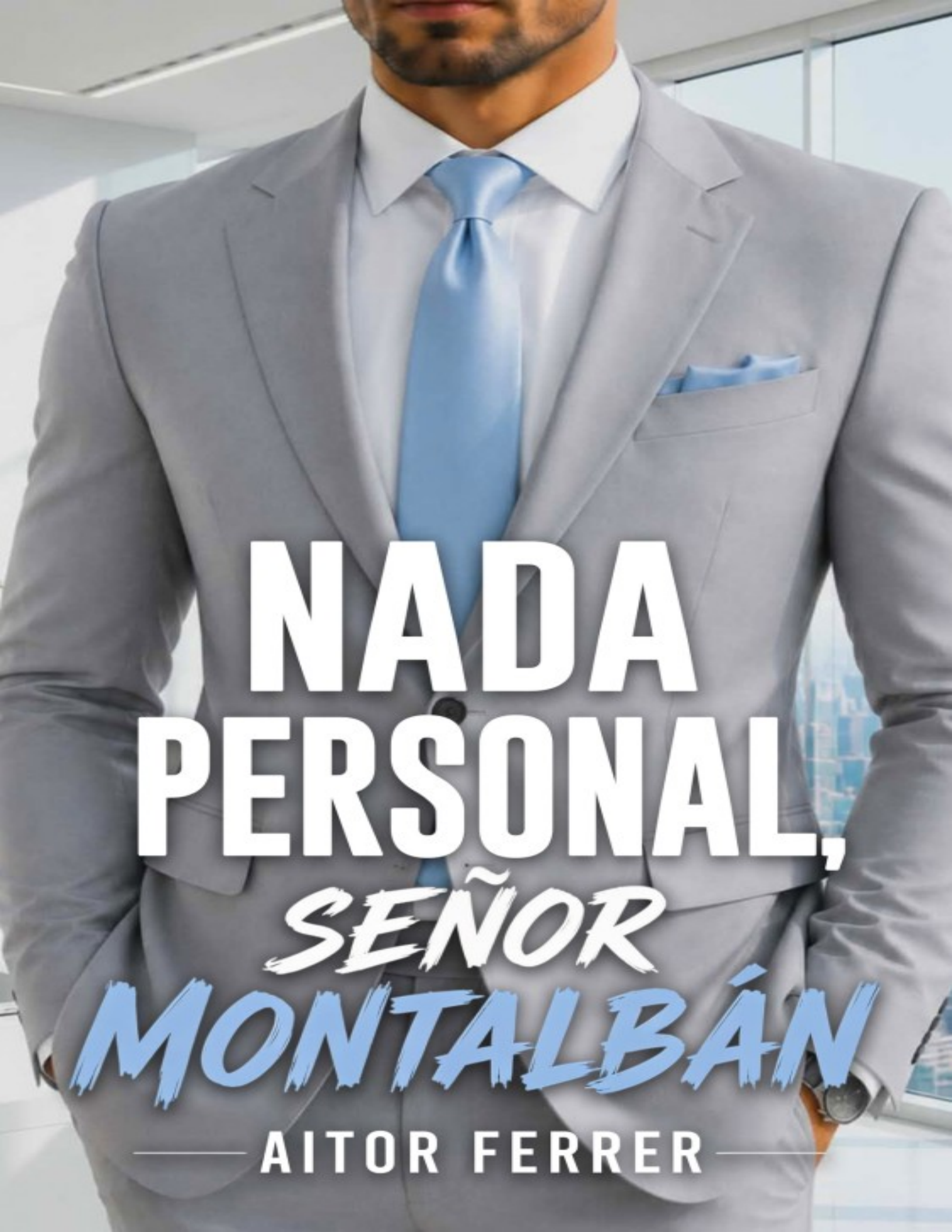

NADA PERSONAL, SEÑOR MONTALBÁN
AITOR FERRER

NADA PERSONAL, SEÑOR MONTALBÁN

AITOR FERRER

Primera edición.
Nada personal, señor Montalbán
©Aitor Ferrer
©junio, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Capítulo 1



Arai

Llegué a la oficina antes de las ocho, como hacía casi todas las mañanas, y agradecí esos minutos en los que el edificio todavía parecía un lugar razonable. No porque lo fuera, claro. Una oficina solo parece razonable antes de que empiecen a sonar los teléfonos, a entrar correos marcados como urgentes por personas que no entienden el concepto de urgencia y a aparecer compañeros con frases tipo «solo será un segundo», que casi siempre significan veinte minutos, tres favores y una llamada que nadie quiere hacer.

A esa hora, en cambio, todo seguía donde yo lo había dejado el día anterior. La sala de reuniones estaba preparada, la agenda de Antonio Montalbán no había sufrido ningún atentado de última hora y mi mesa mantenía ese orden que algunos confundían con obsesión, cuando en realidad era pura supervivencia. Si alguien ha intentado coordinar durante años la vida profesional de un hombre como Antonio, sabe que el orden no es una virtud: es un arma defensiva.

Dejé el bolso en el cajón, encendí el ordenador y revisé la carpeta que había preparado para la reunión de las diez. Informes, previsiones, el contacto actualizado de Aranda y una nota al margen para recordar a Antonio que revisara la página cuatro antes de que alguien intentara venderle como oportunidad lo que, en realidad, tenía más pinta de gasto que de inversión. Todo estaba listo. Todo funcionaba. O, al menos, todo fingía funcionar, que a veces era lo máximo que se podía pedir un lunes por la mañana.

Desde que Antonio anunció su jubilación, aquella oficina tenía algo distinto en el aire. Nadie se había puesto dramático, porque trabajábamos en una empresa y no en una telenovela, pero el cambio se notaba en los pasillos, en las conversaciones a media voz y en esa manera tan poco disimulada que tenía la gente de callarse cuando yo aparecía. Como si por trabajar directamente con Antonio me hubiera convertido en alguien capaz de saberlo todo antes que los demás. O peor, en la persona a la que podían acudir para cualquier cosa porque, total, seguro que yo tenía la respuesta.

El problema no era solo que Antonio se marchara. Bastante tenía yo con encajar eso sin admitir que me dolía más de lo prudente. El verdadero problema era quién iba a ocupar su sitio.

Bruno Montalbán.

El hijo que llevaba años fuera. El que algunos describían como brillante y otros como demasiado seguro de sí mismo, que venía a ser lo mismo dependiendo de quién lo contara. El que, según Beatriz, de recursos humanos, traía «una visión muy actualizada de la empresa», frase que a mí me provocaba el mismo entusiasmo que una auditoría sorpresa.

A las ocho y media exactas, la puerta principal se abrió y Antonio entró con el abrigo doblado sobre el brazo, el móvil en la mano y esa calma suya de hombre que podía estar a punto de cambiarte la vida laboral sin alterar el tono de voz. Antonio no necesitaba imponerse para que una sala se ordenara a su alrededor. Tenía ese tipo de presencia que no hacía ruido, pero pesaba.

—Buenos días, Arai.

—Buenos días, Antonio.

Se detuvo delante de mi mesa y miró la taza que acababa de dejar sobre mi mesa.

—Café otra vez.

—Lo dices como si no llevaras años viendo el mismo escenario.

—Algún día vas a desayunar algo sólido y me preocuparé.

—No pienso darte ese disgusto.

Sonrió apenas y siguió hacia su despacho. La puerta quedó entornada, así que esperé un par de minutos antes de entrar con la carpeta. Cuando llamé con los nudillos, Antonio estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle con una expresión que no le veía a menudo. No era tristeza. Antonio no era de los que se permitían algo tan evidente. Era más bien cansancio. Uno de hacía tiempo, acumulado.

—Pasa.

Dejé la carpeta sobre su mesa.

—Tienes lo de las diez. He añadido el informe de Aranda porque llegó anoche y viene envuelto en optimismo sospechoso.

—¿Optimismo sospechoso?

—El peor tipo. El que suele preceder a una petición de dinero.

Antonio abrió la carpeta y revisó las primeras páginas. No dijo nada al principio, pero tampoco hacía falta. Llevábamos demasiados años trabajando juntos; a veces una inclinación de cabeza suya equivalía a un discurso entero.

—Sabía que lo tendrías preparado —dijo al fin.

Lo dijo sin adornos, como si fuera una evidencia, y quizá por eso me tocó más de lo que habría reconocido en voz alta. Antonio no era generoso con los halagos. Cuando valoraba algo, lo hacía porque lo pensaba.

—Bruno llega hoy —añadió.

Ahí estaba. La frase que llevaba toda la mañana esperando y evitando al mismo tiempo.

—Lo sé.

Antonio cerró la carpeta y me miró con esa paciencia suya que, según el día, podía ser una virtud o una provocación.

—Quiero que estés en la reunión.

—¿Dónde iba a estar?

—No lo digo por eso.

—Lo dices con voz de «por favor, compórtate».

—¿Vas a hacerlo?

—Depende de él.

Suspiró despacio, aunque no parecía sorprendido. Después de tantos años, Antonio sabía que pedirme entusiasmo ante un cambio impuesto era como pedirle a una grapadora que escribiera poesía: podía intentarse, pero no convenía esperar resultados.

—Bruno no viene a quitarte tu sitio.

—No he dicho que me preocupe mi sitio.

—No hace falta que lo digas para que yo lo sepa.

Me crucé de brazos y aparté la vista hacia la ventana. Y es que sí, me molestaba que me conociera tanto y todavía más que tuviera razón.

—No me gusta la incertidumbre —admití.

—A nadie le gusta.

—A mí menos que a la media.

—Eso también lo sé.

El silencio que quedó entre nosotros fue breve, pero denso. Antonio no era solo mi jefe, aunque nunca le habíamos puesto otro nombre a lo que éramos. No era familia, no era amigo exactamente, pero había sido una presencia estable durante demasiados años. Alguien que confiaba en mí, que me dejaba trabajar y que entendía mi forma de ordenar el caos sin hacer demasiadas preguntas. Perder eso, aunque fuera de manera progresiva, no era una simple transición empresarial. Era otra cosa. Una que no me apetecía mirar de frente.

—Dale margen —dijo.

—Le daré el margen que se gane.

—Me temía esa respuesta.

—Entonces no te he decepcionado.

Antonio sonrió con cansancio.

—Intenta no morderlo en la primera reunión.

—No muerdo en horario laboral.

—Arai.

—Vale. Lo intentaré.

Salí de su despacho antes de que pudiera pedirme algo más complicado, como madurez emocional o confianza en el proceso. La mañana empezó a moverse enseguida con ese nerviosismo mal disimulado de los días importantes. Elena, de recepción, pasó dos veces junto a mi mesa sin necesidad real; Marcos, de financiero, apareció con un informe que no venía a cuento, y Beatriz soltó un «hoy promete» con una sonrisa demasiado amplia para mi gusto. Todo el mundo quería ver al nuevo jefe. Todo el mundo quería saber qué iba a cambiar.

Yo también quería saberlo. La diferencia era que yo tenía la decencia de no parecer emocionada.

A las diez menos diez, cogí la tableta y fui hacia la sala de reuniones. Antonio ya estaba dentro, sentado en su lugar habitual. Me miró al entrar y levantó apenas una ceja, en un recordatorio silencioso de nuestra conversación. Qué poca fe tenía en mí un hombre que, supuestamente, me apreciaba.

Me senté a la derecha, abrí la agenda y esperé mientras los demás ocupaban sus sitios. La sala olía a café, a perfume caro y a tensión contenida. Había bromas pequeñas, saludos demasiado cordiales y muchas miradas hacia la puerta. La gente intentaba parecer relajada con un esfuerzo tan evidente que casi daba ternura.

Bruno Montalbán llegó a las diez en punto. Ni un minuto antes, ni uno después. Aquella puntualidad exacta ya me cayó regular, porque solo hay dos tipos de personas que llegan así a una primera reunión: las muy educadas y las que disfrutan demostrando que controlan incluso el reloj.

Entró con un traje azul oscuro, camisa blanca sin corbata y una seguridad tranquila que no necesitaba presentación. Era alto, serio y bastante más atractivo de lo que me convenía reconocer, aunque no de esa forma obvia que depende de una sonrisa fácil. Lo suyo era presencia. Una manera de ocupar espacio sin pedir permiso y sin parecer consciente de estar haciéndolo. No parecía arrogante, que habría sido mucho más cómodo. Parecía controlado.

Y la gente demasiado controlada siempre me ha parecido sospechosa.

Antonio se levantó.

—Bruno.

Padre e hijo se estrecharon la mano con una corrección que me llamó la atención. No fue frío, pero tampoco cálido. Había una distancia educada en aquel gesto, algo que no supe colocar y que guardé sin querer en esa parte de la cabeza donde se acumulan detalles que más tarde suelen volverse importantes.

Antonio hizo las presentaciones. Bruno saludó a cada responsable con educación medida, recordando nombres, mirando a los ojos y sin gastar palabras de más. Cuando llegó a mí, Antonio se detuvo un poco más.

—Arai Bethencourt. Mi asistente. Lleva conmigo muchos años.

Bruno me tendió la mano.

—Encantado.

No sonaba encantado. Sonaba correcto.

Le estreché la mano con la misma cortesía.

—Igualmente.

Tampoco yo sonaba encantada. Así nos ahorrábamos malentendidos.

Se sentó frente a mí y la reunión empezó. Antonio habló de la transición, de la continuidad de los proyectos y de la confianza en el equipo. Usó palabras tranquilas y necesarias, pero ninguna consiguió tapar del todo que la empresa acababa de cambiar de eje. Cuando cedió la palabra a Bruno, la sala se quedó un poco más quieta.

—Sé que mi llegada puede generar dudas, y me parece lógico —dijo él, apoyando las manos sobre la mesa—. No he venido a cambiar por cambiar, pero tampoco tiene sentido asumir esta responsabilidad sin revisar cómo estamos trabajando.

»Durante los próximos días quiero reunirme con cada responsable de departamento para entender los procesos, detectar margen de mejora y asegurar que la transición sea útil, no solo ordenada.

Fue un discurso sobrio, bien construido y sin una sola frase de manual barato. Me fastidió no poder odiarlo con comodidad.

La reunión avanzó entre informes, preguntas y aclaraciones. Bruno hablaba poco, pero cuando lo hacía iba directo al punto que necesitaba tocar. No interrumpía por lucirse ni corregía para imponerse. Escuchaba, tomaba notas y dejaba silencios lo bastante largos como para que el otro terminara explicándose solo. Era eficaz. Mucho. Y eso me irritó más que si hubiera llegado comportándose como un imbécil.

Cuando llegó el turno de la agenda de dirección, Antonio me cedió la palabra y expliqué los compromisos de la semana, las reuniones que se habían movido y los filtros habituales para que no todo acabara convertido en una urgencia. Lo hice sin adornos, porque llevaba años encargándome de aquello y no necesitaba demostrarlo.

Al terminar, Bruno levantó la vista.

—¿Toda la agenda de dirección pasa por ti?

—Sí.

—¿También el filtro de reuniones externas?

—También.

—Entonces tendremos que sentarnos esta tarde.

No fue una pregunta.

Respiré hondo sin que se notara demasiado.

—Depende de la hora.

Antonio se movió apenas a mi lado. Su versión silenciosa de «por favor, no empieces».

Bruno no pareció captar la advertencia o decidió ignorarla.

—A las cinco.

—A las cinco tengo veinte minutos.

—Los aprovecharé.

El silencio que siguió fue pequeño, pero suficiente para que yo entendiera una cosa: acabábamos de inaugurar algo. No sabía si una dinámica de trabajo, una «guerra fría» o una relación profesional de esas que terminan con alguien buscando en internet cómo esconder un cadáver en un Excel compartido.

—Perfecto —dijo.

No lo era.

La reunión terminó poco después. Los demás salieron con discreción apresurada, deseando comentar lo ocurrido sin parecer demasiado evidentes. Yo recogí la tableta y me levanté, pero no llegué a la puerta.

— Bethencourt.

Me detuve.

Bruno estaba junto a la mesa, con la carpeta en una mano y la mirada puesta en mí. El apellido, dicho así, sonó a distancia impuesta. A línea marcada. A territorio.

Me giré despacio.

—Señor Montalbán.

Algo casi imperceptible le cruzó la mirada. No una sonrisa, pero sí la conciencia de que había entendido perfectamente el gesto.

—Envíame antes de las cinco la agenda completa de las próximas dos semanas.

—La tienes en tu correo desde las ocho y doce.

Esta vez sí lo sorprendí. Apenas, pero lo suficiente para alegrarme la mañana.

—Bien.

—Eso intento.

Antonio apareció a nuestro lado justo antes de que aquello siguiera creciendo con la elegancia de dos adultos dispuestos a caerse mal de forma profesional.

—Arai, ¿puedes reenviarme el contacto actualizado de Aranda?

Lo miré. Él me miró. Bruno nos miró a los dos.

—Te lo envié anoche.

Antonio parpadeó con suspiro incluido.

—Reenvíamelo, por favor.

—Claro.

Salí de la sala, volví a mi mesa y reenvié el contacto con el asunto «por segunda vez», porque incluso en los días complicados una tiene derecho a pequeñas satisfacciones.

Después miré hacia el despacho principal.

Bruno Montalbán no me gustaba. No todavía. No en ese sentido práctico y laboral, que era el único que importaba. Tenía demasiada calma, demasiada seguridad y una forma demasiado precisa de observar las cosas, como si pudiera desmontarlas sin romperlas y volver a montarlas a su manera.

Y lo peor era que, seguramente, podía hacerlo.

Tenía correos que contestar, llamadas que filtrar y una reunión a las cinco con mi nuevo jefe. Lo normal habría sido pensar que aquello era solo trabajo.

Pero algo en Bruno Montalbán me dijo que, con él, lo normal iba a durar bastante poco.

Capítulo 2



Bruno

Aterricé en Barcelona poco después de las nueve de la noche y, aunque había hecho aquel trayecto muchas veces durante los últimos años, aquella vez no se pareció a ninguna de las anteriores. Normalmente, volvía para reuniones puntuales, comidas familiares o visitas breves que terminaban antes de que pudiera acostumbrarme del todo a estar de regreso. Esa noche, en cambio, venía para quedarme, y la diferencia era pequeña sobre el papel, pero enorme en la práctica.

Mientras el taxi abandonaba el aeropuerto y se incorporaba a la ronda, observé la ciudad a través de la ventanilla. Barcelona seguía teniendo ese movimiento constante que nunca había terminado de parecerme cómodo después de vivir en Hamburgo. Allí todo era más ordenado, más silencioso, más fácil de entender. Durante años había construido una vida que funcionaba: un trabajo exigente como director de operaciones, un equipo competente, amigos, rutinas y la distancia suficiente para no mirar demasiado hacia atrás cada mañana.

Había sido feliz en Alemania. No de una forma espectacular, pero sí con esa felicidad práctica que se instala cuando todo encaja y no hace falta preguntarse demasiado por qué. Aun así, mientras el coche avanzaba hacia Pedralbes, tuve que admitir algo que llevaba meses apartando con bastante disciplina: Barcelona seguía siendo mi sitio. No porque volver me entusiasmara, ni porque fuera más sencillo, sino porque había responsabilidades que no podían delegarse eternamente.

La empresa familiar se había dedicado durante décadas a la inversión inmobiliaria en zonas donde casi nadie podía permitirse equivocarse. Comprábamos pisos, locales, edificios antiguos en áreas privilegiadas, los reformábamos con criterio y los devolvíamos al mercado con un valor muy distinto al de entrada. Era un negocio exigente, preciso, con mucho margen si sabías leer bien la oportunidad y bastante riesgo si confundías una ruina con una joya esperando pulido. Mi padre había levantado *Montalbán & Soler Inversiones* con una mezcla de intuición, paciencia y una capacidad casi ofensiva para detectar valor donde otros solo veían problemas.

El taxi se detuvo frente a la casa familiar y me quedé unos segundos mirando la fachada iluminada tras la verja. La casa seguía igual, al menos desde fuera, pero yo ya no era el mismo que se había marchado. Supongo que eso era lo que convertía los regresos en algo tan poco fiable: una parte de ti espera encontrarlo todo intacto y otra sabe perfectamente que lo único que no vuelve igual eres tú.

La puerta se abrió antes de que sacara las llaves. Mi padre apareció en el umbral con una camisa clara, el gesto tranquilo y ese aire suyo de hombre capaz de recibirte después de meses sin verte como si hubieras salido a comprar el pan. Durante un instante vi al de siempre; después me fijé en las ojeras, en el cansancio contenido y en la forma en que apoyaba una mano en el marco antes de apartarse para dejarme entrar.

—Has llegado.

—Eso parece.

—Empiezas a parecerte demasiado a mí.

—Eso llevo oyéndolo desde los dieciocho años.

—Y sigue siendo verdad.

Nos estrechamos la mano y después nos abrazamos, breve, torpe y suficiente para nosotros. Nunca habíamos sido especialmente expresivos. No por falta de cariño, sino porque los Montalbán teníamos una capacidad bastante limitada para convertir lo que sentíamos en frases útiles. Algunas familias heredaban ojos claros, talento musical o recetas de cocina. La mía parecía haber transmitido la habilidad de transformar emociones en gestos prácticos y conversaciones incómodas en silencio bien vestidos.

Entrar en casa me obligó a pensar en mi madre antes de lo que habría querido. Todo seguía teniendo algo de Lola: los cuadros, las lámparas, los libros colocados con un criterio que nadie se había atrevido a cambiar y esa sensación absurda de que podía aparecer por el pasillo en cualquier momento para decirme que habíamos dejado una chaqueta en el sitio equivocado. Hacía tres años que había muerto en un accidente tan inesperado como absurdo, uno de esos golpes de mala suerte que parten una vida por la mitad sin darte tiempo a hacer una sola pregunta. Algunas ausencias no desaparecen; solo aprenden a ocupar espacio de otra manera.

Mi padre debió notar que me había quedado demasiado quieto en el recibidor, porque cogió una de mis maletas y echó a andar hacia la escalera.

—He dejado preparada tu habitación.

—Gracias.

No hablamos de ella. Ninguno de los dos lo hizo. Cenamos algo ligero en la cocina y mantuvimos la conversación en terrenos seguros: el vuelo, Hamburgo, un par de nombres del equipo que debía recordar y la agenda del día siguiente. Mi padre evitaba cargar las cosas de solemnidad, y yo se lo agradecí, pero había algo en la forma en que se movía por la casa que no me pasó por alto. Estaba cansado. Más de lo que había admitido por teléfono.

Cuando terminamos de recoger, se apoyó en la encimera y me miró con una seriedad tranquila.

—La empresa está preparada.

—Eso espero.

—No lo digo por la empresa.

Entendí lo que quería decir antes de que añadiera nada más. También entendí que no estaba de humor para un discurso paternal, aunque mi padre nunca había sido amigo de los discursos.

—Prepararse y hacerlo son cosas distintas —respondí.

—Lo sé. Por eso lo digo.

No insistió. Mi padre tenía esa virtud: sabía cuándo una conversación había llegado al límite de lo que dos hombres como nosotros éramos capaces de sostener sin buscar una excusa para hablar de otra cosa. Me fui a dormir tarde, después de deshacer parte de la maleta, revisar unos documentos y repasar mentalmente una jornada que ya llevaba semanas ordenando en mi cabeza. Aun así, cuando apagué la luz, tardé más de lo habitual en dormirme.

Me desperté antes de que sonara la alarma. A las seis y media ya estaba en pie, no por nervios exactamente, sino porque mi cabeza siempre se adelantaba a las reuniones importantes. Me duché, me afeité y bajé a la cocina cuando la casa seguía en silencio. Preparé café, revisé el correo en el móvil y repasé por última vez los nombres de los responsables de área. Siempre me había gustado llegar con el terreno estudiado. Las improvisaciones podían ser útiles, pero solo cuando uno sabía de antemano qué margen tenía para permitírselas.

El móvil vibró sobre la encimera mientras la cafetera terminaba de funcionar. Era Carla.

Sonreí antes de descolgar. Llevábamos cuatro años juntos y, aunque nuestras vidas parecían construidas sobre escenarios completamente distintos, habíamos encontrado una forma sorprendentemente sencilla de encajar. Carla era italiana, *influencer* y probablemente la última mujer que habría imaginado en mi vida antes de conocerla. Nos presentó Nicolás durante una fiesta en Milán a la que me arrastró con la misma insistencia con la que llevaba años intentando convencerme de que trabajar menos no provocaba el colapso de la economía mundial.

Lo cierto era que aquella noche había ido con intención de marcharme pronto. Cuatro años después, seguía sin haberlo conseguido.

—Buenos días.

—¿Ya estás despierto? —preguntó con voz todavía espesa.

—Hace un rato.

—Eso es inhumano, Bruno.

—Son las siete.

—Exacto. Lo mantengo.

Me serví un café y me apoyé en la encimera.

—Algunas personas trabajan.

—Y otras tienen una relación sana con las sábanas.

Aquello me arrancó una sonrisa. Carla tenía facilidad para aligerar cualquier conversación, y a veces eso era justo lo que necesitaba. No era una mujer complicada. Iba a lo suyo, me dejaba espacio y rara vez convertía mis silencios en interrogatorios. Quizá por eso la relación había funcionado durante tanto tiempo. O quizá porque yo había confundido esa ausencia de fricción con algo más profundo. En aquel momento, por supuesto, no lo veía así.

Hablamos unos minutos, lo suficiente para que me preguntara si estaba nervioso, para que no se creyera mi primera respuesta y para que acabara arrancándome un «un poco» que pareció dejarla satisfecha. No hablamos de nada importante, y quizá por eso la llamada resultó cómoda.

Cuando colgué, me terminé el café y subí a vestirme. Elegí un traje azul oscuro, camisa blanca y ninguna corbata. Formal, pero sin pasarme. Cercano sin fingir una cercanía que aún no existía. Había aprendido que la primera impresión importaba, pero también que intentar gustar demasiado era una forma bastante eficaz de empezar perdiendo autoridad.

A las nueve y media salí de casa. Barcelona ya estaba completamente despierta, con el tráfico avanzando a trompicones y las aceras llenas de gente que parecía llegar tarde a alguna parte. Al detenerse el coche frente al edificio de la empresa, cerca de la Diagonal y de Francesc Macià, me quedé unos segundos mirando la fachada. Había entrado allí muchas veces de niño, de adolescente, incluso durante mis primeros años de trabajo. Sin embargo, aquella mañana todo parecía diferente, supongo que porque ahora era mi responsabilidad.

Entré, pasé por recepción, saludé a quien correspondía y soporté las presentaciones, las miradas, sobre todo, muchas miradas. Nada inesperado. La gente siempre observaba al nuevo jefe como si intentara resolver un acertijo, y yo hacía exactamente lo mismo con ellos.

Cuando llegué a la sala de reuniones, mi padre ya estaba dentro. Y fue al entrar cuando lo vi. No fue la primera persona en la que me fijé, sino que lo hice con la única que no parecía pendiente de impresionarme. Mientras los demás observaban, ella evaluaba; mientras los demás parecían esperar algo, ella analizaba. Por alguna razón, aquello captó mi atención inmediatamente.

Arai Bethencourt.

Mi padre había mencionado su nombre más de una vez durante los últimos meses. Arai esto, Arai aquello, Arai se encarga, Arai lo solucionará. Después de verla, entendí por qué. No parecía una asistente intentando agradar, sino una profesional juzgando si el recién llegado estaba a la altura. Y sospechaba que la nota inicial no era especialmente alta.

Me acerqué cuando llegó el momento de las presentaciones.

—Arai Bethencourt. Mi asistente. Ya sabes que lleva muchos años conmigo.

Le tendí la mano.

—Encantado.

—Igualmente.

Su tono fue impecable. Su entusiasmo, inexistente. Curiosamente, lo agradecí. En una primera reunión solían sobrar las sonrisas profesionales, las frases preparadas y esa disposición exagerada a colaborar que desaparecía en cuanto empezaban los cambios reales. Bethencourt no fingió nada de eso. No me dio calidez, pero me dio algo bastante más útil: una medida clara de resistencia.

La reunión confirmó varias sospechas. La empresa estaba mejor organizada de lo que esperaba; mi padre había construido un equipo sólido y, por la forma en que todos miraban a Arai antes de responder ciertas cuestiones prácticas, ella era mucho más que una asistente eficiente. Había personas que ocupaban un cargo y personas que sostenían un sistema. Bethencourt parecía pertenecer al segundo grupo.

Lo comprobé cuando explicó la agenda de dirección. No consultó apenas sus notas, no se perdió en detalles irrelevantes y no necesitó adornar nada para dejar claro que conocía cada movimiento antes de que ocurriera. Aquello era una ventaja para mí. También podía convertirse en un problema, porque las personas imprescindibles rara vez disfrutaban cuando alguien nuevo llegaba dispuesto a revisar el método que las había hecho imprescindibles.

—¿Toda la agenda de dirección pasa por ti? —pregunté.

—Sí.

—¿También el filtro de reuniones externas?

—También.

—Entonces tendremos que sentarnos esta tarde.

Vi cómo mi padre se movía apenas a mi lado, en una advertencia silenciosa que entendí demasiado tarde o decidí ignorar demasiado pronto. Arai, en cambio, no necesitó mirar a nadie para responder.

—Depende de la hora.

—A las cinco.

—A las cinco tengo veinte minutos.

—Los aprovecharé.

La respuesta fue rápida, precisa y lo bastante afilada como para confirmar algo que ya empezaba a sospechar: discutir con Arai Bethencourt no iba a ser complicado. Lo complicado iba a ser no hacerlo.

La reunión terminó poco después y esperé a que recogiera sus cosas antes de llamarla.

—Bethencourt.

Se giró despacio.

—Señor Montalbán.

Ahí estaba otra vez. La línea, la distancia y el desafío perfectamente educado.

Interesante.

—Envíame la agenda de las próximas semanas.

—La tienes en tu correo desde las ocho y doce.

Aquello sí logró sorprenderme. No mucho. Suficiente para que ella lo notara, cosa que me molestó más de lo razonable.

Cuando regresé al despacho, lo primero que hice fue comprobarlo.

Tenía razón.

Por supuesto.

Abrí el documento y encontré las dos semanas siguientes perfectamente organizadas: reuniones, llamadas, visitas, desplazamientos, notas de contexto y prioridades marcadas con un criterio que no parecía improvisado. Todo estaba estructurado, pensado y preparado antes de que yo hubiera llegado siquiera a la sala.

Mi padre no había exagerado.

Arai Bethencourt tenía la desagradable costumbre de adelantarse a todo.

Aquello debería haberme tranquilizado. En cambio, mientras cerraba el documento y miraba por la ventana de mi nuevo despacho, me descubrí preguntándome cuánto tiempo tardaríamos en discutir por primera vez.

Sospechaba que no demasiado.

Capítulo 3



Arai

A las cinco menos diez ya tenía claro que la reunión con Bruno Montalbán iba a salir regular.

No por intuición femenina, ni por ninguna de esas frases que la gente suelta cuando quiere parecer profunda sin hacer el esfuerzo de pensar. Era pura estadística. Él llevaba toda la mañana haciendo preguntas con esa calma tan suya; yo llevaba toda la mañana contestando correos mientras intentaba no imaginar cuántas cosas querría tocar antes de aprender dónde estaba la máquina de café, y Antonio llevaba desde primera hora mirándome como si temiera que fuera a convertir la transición empresarial en un deporte de contacto.

No iba a hacerlo.

Probablemente.

Antes de entrar en el despacho principal, revisé por última vez la documentación que había preparado: agenda de las próximas semanas, listado de reuniones externas, llamadas filtradas, prioridades de dirección y notas internas. Todo ordenado, todo claro y todo bastante más útil de lo que a Bruno le daría tiempo a reconocer en media hora.

Llamé con los nudillos y esperé su respuesta.

—Adelante.

Entré.

El despacho seguía siendo el de Antonio, pero ya empezaba a parecer menos suyo. Bruno no había cambiado gran cosa, y quizá por eso me molestó más. La chaqueta estaba colgada en el perchero con una percha, el portátil estaba abierto sobre la mesa y varias carpetas ocupaban un espacio que, hasta el día anterior, yo había sabido describir con los ojos cerrados. No era una invasión. Era peor. Era una toma de posesión civilizada.

—Buenas tardes —dije.

Bruno levantó la vista de la pantalla.

—Buenas tardes, Bethencourt.

Me senté frente a él sin pedir permiso. Si íbamos a empezar con apellidos, al menos que quedara claro que la cortesía no implicaba sumisión.

—Tengo veinte minutos.

—Lo sé.

—Bien. Me gusta que empecemos por algo en lo que estamos de acuerdo.

Algo cruzó la mirada, apenas una sombra. No llegó a ser una sonrisa, pero estuvo cerca. Lo bastante cerca para que me irritara un poco.

—Necesito entender cómo está organizada la agenda real de dirección —dijo, cerrando el portátil—. No la oficial. La que funciona.

Dejé la tableta sobre la mesa y abrí el documento.

—La oficial funciona porque yo me encargo de que se parezca a la real.

—Eso no responde a ninguna pregunta.

—No has hecho ninguna.

Esta vez sí se quedó mirándome un segundo más de lo necesario.

—De acuerdo. ¿Qué reuniones son imprescindibles y cuáles se mantienen por costumbre?

Empezamos por ahí. Le expliqué qué llamadas no se podían mover, qué clientes necesitaban contacto directo con Antonio, qué visitas eran más políticas que útiles y qué reuniones se mantenían porque cancelarlas daría más trabajo que celebrarlas. Bruno escuchaba sin interrumpir demasiado, lo cual habría agradecido si no fuera por su manera de escuchar; se parecía mucho a desmontar mentalmente cada frase para ver si encajaba en su sistema.

—Esto puede optimizarse —dijo al cabo de un rato, señalando la agenda del jueves.

—Funciona.

—No es lo mismo.

—Cuando deje de funcionar, lo optimizamos.

—Esa no es una estrategia.

—Es experiencia.

Bruno apoyó la espalda en la silla y me observó con una calma que empezaba a resultarme peligrosamente familiar, teniendo en cuenta que lo conocía desde hacía menos de ocho horas.

—¿Siempre defiendes así cada proceso?

—Solo los que tienen sentido.

—¿Y quién decide cuáles lo tienen?

—De momento, la persona que lleva años evitando que esto se convierta en una verbena.

—Mi padre confía mucho en ti.

—Tu padre es un hombre inteligente.

—No he dicho lo contrario.

—Bien. Otro punto en común.

Ahí sí sonrió. Poco. Lo necesario para que se le notara y desapareciera antes de que pudiera decidir si me molestaba o no. Para ser justos, Bruno no estaba siendo desagradable. Eso era parte del problema. Si hubiera llegado imponiendo ideas absurdas, habría sido más sencillo colocarlo en la categoría de jefe nuevo con exceso de autoestima. Pero preguntaba con criterio, escuchaba las respuestas y no parecía interesado en cambiar por cambiar.

Me fastidiaba bastante que no me lo pusiera fácil.

—No quiero que interpretes esto como una crítica a tu trabajo —dijo.

—Qué alivio.

—Arai.

Mi nombre, dicho por él por primera vez sin apellido, me pilló con la guardia ligeramente baja. No se notó. O eso quise pensar.

—¿Qué?

—Necesito tener una visión completa antes de decidir qué cambios aplicar.

—Y yo necesito saber si vienes con intención de entender cómo funciona la empresa o de demostrar que puedes hacerla funcionar mejor que nadie.

Silencio.

No fue largo, pero sí distinto. Bruno bajó la mirada al documento, pasó una página y tardó un segundo en responder.

—Las dos cosas no son incompatibles.

—Depende de la humildad con la que se hagan.

—¿Me estás llamando arrogante?

—Estoy diciendo que todavía tengo datos suficientes.

Me miró de nuevo. Esta vez no había sonrisa, pero tampoco enfado.

—Los tendrás.

—Eso me temo.

La reunión duró cuarenta minutos, no veinte. Me habría gustado fingir que fue culpa suya, pero lo cierto era que a mitad de la conversación los dos habíamos dejado de mirar el reloj. Había demasiado que explicar y, por mucho que me incomodara admitirlo, Bruno hacía las preguntas adecuadas. Cuando terminó, había anotado más cosas de las que esperaba y yo había cedido más información de la que pretendía.

Mala combinación.

—Quiero revisar contigo la agenda cada mañana esta semana —dijo, cerrando la carpeta.

—Con Antonio no lo hacía.

—Conmigo sí.

—Porque no sabes moverte todavía.

—Porque prefiero comprobar el terreno antes de pisarlo.

—Eso ha sonado muy preparado.

—Ha sido improvisado.

—Peor.

Se quedó callado un instante y luego negó apenas con la cabeza, como si no supiera si discutir conmigo o dar la reunión por terminada. Eligió lo segundo, que fue una decisión inteligente por su parte.

—Mañana a las ocho y media.

—Mañana a las ocho cuarenta y cinco.

—A las ocho y media.

—A las ocho y cuarenta. Es mi última oferta y ni siquiera sé por qué estoy negociando contigo mi propia agenda.

—Ocho y cuarenta.

Me levanté antes de que cambiara de opinión.

—Perfecto, señor Montalbán.

—Bruno.

—Ya veremos.

Salí del despacho con la sensación de haber ganado una batalla pequeña y perdido algo más difícil de identificar. Antonio estaba junto a la mesa de Elena, revisando unos documentos, y al verme pasar alzó las cejas con una pregunta silenciosa.

—Sigue vivo —dije.

—Me quedo más tranquilo.

—No cantes victoria. Mañana hay otra reunión.

Antonio bajó la vista para esconder una sonrisa, pero lo vi igual. Después de tantos años, había pocas cosas que pudiera disimularme del todo.

A las siete salí de la oficina con la cabeza llena y la paciencia en reserva. El calor de Barcelona me recibió en la calle como una bofetada conocida. En verano, la ciudad tenía esa manera tan suya de pegarse a la piel y recordarte que cualquier trayecto podía convertirse en una prueba de resistencia si elegías mal la acera.

Yaiza me esperaba en una terraza del Eixample, con una copa delante, las gafas de sol en la cabeza y la expresión de quien llevaba diez minutos preparando preguntas. No había cambiado tanto desde que llegamos juntas a Barcelona hacía una década, aunque ella sostenía que la ciudad me había estropeado más a mí. Según ella, yo hablaba más rápido, caminaba más deprisa y había desarrollado una relación preocupante con el calendario. Según yo, aquello se llamaba adaptación.

Las dos habíamos salido de un pueblo de Tenerife con veintidós años, una maleta cada una y una confianza en la vida que hoy me parecía casi ofensiva. Al principio, Barcelona nos arrolló un poco. La gente hablaba deprisa, comía deprisa, caminaba como si alguien le hubiera puesto una cuenta atrás en la espalda y tenía la costumbre de soltar tres planes en el tiempo que nosotras tardábamos en decidir si queríamos café o cortado. En casa todo tenía otro ritmo, incluso las conversaciones. A veces parecía que a la gente se le estaban agotando las pilas, pero en vez de moverse menos, hablaban más despacio.

—Tienes cara de haber conocido al heredero —dijo Yaiza en cuanto me senté.

—Tengo cara de necesitar alcohol.

—Eso también, pero no me cambies de tema.

Pedí una copa de vino blanco y dejé el bolso en la silla libre. Yaiza esperó exactamente lo que tardó el camarero en alejarse.

—¿Y?

—Y nada.

—Arai.

—Ha llegado, ha hablado, ha preguntado y ha decidido que mañana quiere revisar conmigo la agenda a primera hora.

—¿Guapo?

La miré.

—¿Esa es tu conclusión empresarial?

—Es una pregunta preliminar.

—Es mi jefe.

—No te he preguntado si te vas a casar con él. Te he preguntado si es guapo.

Bebí un trago de agua para ganar tiempo. Mala señal.

—Es atractivo de esa forma molesta de los hombres que lo saben, pero no hacen nada evidente con ello.

Yaiza abrió mucho los ojos.

—Madre mía.

—No empieces.

—No he empezado. Estoy archivando información.

—Archívala lejos.

—¿Y te cae mal?

—Todavía estoy reuniendo pruebas.

—Eso significa que sí.

—Eso significa que no me gustan los hombres que llegan a una empresa como si fueran a reorganizar hasta las plantas.

—Tú reorganizas plantas.

—Porque la gente las coloca mal.

Yaiza sonrió con esa cara de satisfacción que me daba ganas de tirarle una aceituna.

—Te va a caer fatal.

—Eso espero.

—¿Por qué?

—Porque si no, me cae fatal, me complica la vida.

La frase salió antes de que pudiera detenerla. Yaiza dejó la copa sobre la mesa y me miró con una atención menos burlona.

—¿Te preocupa lo de Antonio?

Miré hacia la calle. Un autobús pasó demasiado cerca de la acera, una pareja discutía con el móvil entre las manos y un camarero cruzaba la terraza con una bandeja llena de vasos que parecía un acto de fe.

—Me preocupa todo —admití—. Antonio se jubila, su hijo llega con ganas de revisar cada rincón y yo no sé dónde quedo cuando empiecen a mover piezas.

Yaiza no hizo bromas. A veces tenía ese talento: sabía cuándo dejar de pinchar.

—Tú quedas donde te dé la gana, mi niña.

—Eso suena muy bonito, pero no es tan fácil.

—No he dicho que sea fácil. He dicho que no eres una figurita que alguien pueda cambiar de estantería.

La miré y sonreí a medias.

—Eso casi parece una frase de taza.

—Con lo bonita que me había quedado.

—Preciosa.

La conversación siguió más ligera después. Yaiza me contó un drama absurdo con una clienta que quería «algo sencillo» y llevaba tres semanas cambiando de opinión; yo le resumí la reunión de las cinco con la cantidad justa de detalles para que pudiera indignarse conmigo y, por primera vez en todo el día, sentí que el aire volvía a entrar con normalidad a mis pulmones.

Hasta que lo vi.

Bruno salió del edificio justo cuando nos levantábamos para irnos. No venía solo. Una mujer rubia, altísima y vestida como si la calle fuera una sesión de fotos, caminaba hacia él con una sonrisa perfecta. Llevaba unas gafas enormes, un vestido claro y esa seguridad de quien sabe que la miran incluso antes de girarse.

Bruno la vio, y su expresión cambió.

No mucho.

Lo suficiente.

—¿Esa es…? —preguntó Yaiza.

—Supongo.

Carla, la novia italiana, la *influencer* que, por lo visto, encajaba en la vida de Bruno Montalbán sin hacer demasiado ruido.

No sentí celos. Habría sido ridículo sentirlos por un hombre al que conocía desde esa mañana y que ya me había provocado más dolor de cabeza que interés real. Lo que sentí fue otra cosa. Una especie de confirmación incómoda, como si al verlos juntos el día terminara de colocar cada pieza en su sitio.

Bruno levantó la vista entonces y me vio. Durante un segundo, solo uno, su mirada se quedó en mí. Después volvió a Carla.

—Vámonos —dije.

Yaiza me miró con una sonrisa peligrosa.

—Claro.

—No digas nada.

—No he dicho nada.

—Por si acaso.

Eché a andar antes de darle oportunidad de compartirlo. Mientras nos alejábamos, intenté convencerme de que aquel cruce no significaba nada. Solo era el nuevo jefe, su novia y un final de día demasiado largo.

Nada más.

Lo repetí dos veces.

A la tercera, empezó a sonar poco convincente.

Capítulo 4



Bruno

Carla llegó a la empresa a media mañana con unas gafas de sol enormes, un vestido blanco y la naturalidad de quien podía entrar en cualquier sitio convencida de que, si algo no encajaba con ella, el problema lo tenía el sitio.

Yo estaba revisando unos informes cuando Elena me avisó de que había subido. No me sorprendió. Carla llevaba dos días en Barcelona y era cuestión de tiempo que apareciera por la oficina, aunque solo fuera para verme, sacar alguna conclusión rápida del lugar y decidir si la luz del despacho favorecía o no en una fotografía. La conocía bastante como para saber que había parte de broma en ese pensamiento, pero no toda.

—Amore —dijo al entrar, sin esperar a que terminara la llamada que yo acababa de cerrar.

Me levanté y la recibí con un beso breve.

—Pensaba que hoy tenías una sesión.

—La tengo después. Quería ver cómo sobrevivías a tu segundo día de CEO.

—Técnicamente, todavía no soy CEO.

—Técnicamente, eres insoportable cuando corriges detalles.

Sonreí, porque aquello era verdad y porque Carla tenía esa manera de decir las cosas con ligereza suficiente para que no parecieran reproches. Se quitó las gafas, miró alrededor y paseó por el despacho con una curiosidad que nunca sabía si era auténtica o escénica. A veces sospechaba que para ella ambas cosas eran lo mismo.

—Es muy serio —comentó, pasando un dedo por el borde de la mesa—. Muy tu padre.

—Es el despacho de mi padre.

—Ya, pero tú tienes que hacerlo un poco más tuyo. Una planta grande, quizá. Algo con diseño. Y una lámpara mejor. Esta parece de médico privado.

Miré la lámpara. Llevaba allí más años de los que podía recordar.

—No me había fijado en la lámpara.

—Eso dice mucho de ti.

—No sé si quiero saber qué.

—Que necesitas una planta, una lámpara y, probablemente, salir más.

Carla se sentó en una de las butacas y cruzó las piernas con esa elegancia despreocupada que tanta gente confundía con falta de esfuerzo. La primera vez que la vi, en aquella fiesta en Milán a la que Nicolás me arrastró casi a la fuerza, pensé que era demasiado distinta a mí para que pudiéramos mantener una conversación de más de diez minutos. Cuatro años después, seguía en mi vida. Quizá porque era distinta. Quizá porque nunca me había pedido que le explicara demasiadas cosas.

—¿Y cómo va? —preguntó—. ¿Muchos dramas?

—Menos de los esperados.

—Qué decepción. Yo pensaba que los cambios de poder eran más cinematográficos.

—Esto es una empresa de inversión inmobiliaria, no una serie.

—Pues deberías intentarlo. Comprar edificios viejos, convertirlos en joyas de lujo y venderlos por el triple tiene bastante más glamur del que tú le das.

No le faltaba razón. Montalbán & Soler Inversiones tenía una parte atractiva desde fuera: inmuebles antiguos en zonas privilegiadas, reformas elegantes, operaciones discretas y mucho dinero moviéndose sin necesidad de hacer demasiado ruido. Por dentro era otra cosa. Números, riesgos, permisos, retrasos, contratistas, clientes con exigencias absurdas y decisiones que podían salir muy caras si alguien se dejaba impresionar por una fachada bonita.

—No todo es glamur.

—Qué frase tan tuya.

Me apoyé en el borde de la mesa.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende del día.

Carla sonrió, y durante un momento todo fue sencillo. Ella allí, hablando de decoración, de una campaña que tenía esa tarde y de una cena a la que quería que fuéramos después. La escuché mientras revisaba mentalmente los tiempos del día, aunque sabía que eso era precisamente lo que a veces nos separaba sin que ninguno lo dijera. Carla vivía en escenas. Yo vivía en estructuras. Ella buscaba ligereza donde yo buscaba control, y durante años había pensado que ese equilibrio nos venía bien a los dos.

El problema era que la comodidad, cuando dura lo suficiente, puede parecerse mucho a una respuesta.

—Esta tarde no puedo —dije cuando mencionó la cena.

—Bruno.

—Tengo reuniones hasta tarde.

—Llevas cinco días aquí.

—Por eso mismo.

Carla dejó caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—Vas a convertir Barcelona en Hamburgo.

—Barcelona sobrevivirá.

—Yo no estoy tan segura.

El comentario salió ligero, pero algo en su expresión me hizo apartar la vista del informe y prestarle atención de verdad.

—¿Te molesta que haya vuelto?

—No. Me molesta que hayas vuelto y ya parezca que llevas seis meses encerrado aquí.

No supe qué responder a eso de inmediato. Antes de que pudiera hacerlo, llamaron a la puerta. Arai apareció con una carpeta en la mano y se detuvo apenas un segundo al ver a Carla. No lo bastante para parecer sorprendida, sí lo suficiente para que yo notara que la había reconocido.

—Perdona —dijo—. Elena me ha dicho que podía pasar.

—Pasa.

Carla se incorporó con una sonrisa perfecta.

—Tú debes de ser Arai.

Arai cambió la carpeta de mano.

—Eso parece.

—Bruno me ha hablado de ti.

No lo había hecho. No demasiado, al menos. Arai lo supo, yo lo supe y Carla probablemente no necesitaba saberlo para decirlo.

—Espero que bien —respondió Arai.

—Claro.

El silencio posterior fue breve, educado y bastante informativo. Carla observó a Arai con interés rápido, de arriba abajo, sin llegar a ser grosera. Arai, por su parte, hizo algo mucho peor: la miró como si estuviera tomando nota sin mover un músculo.

—Traía los cambios de la agenda —dijo Arai, dirigiéndose a mí—. La reunión con Vidal pasa al jueves y la visita al edificio de Sarrià se adelanta a mañana.

—¿Sarrià? —preguntó Carla—. ¿El edificio antiguo?

—Uno de ellos —respondí.

—Ese sí es bonito. El de las molduras en la entrada, ¿no?

La miré con cierta sorpresa.

—Sí.

Carla sonrió, satisfecha.

—¿Ves? Algo sé.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Lo piensas a veces.

Arai bajó la vista a la carpeta de una forma muy profesional, aunque sospeché que estaba haciendo un esfuerzo por no sonreír. Aquello no debería haberme resultado entretenido.

—Te he dejado también el resumen de los asistentes a la reunión de las doce —añadió—. Y la propuesta del hotel rural para las jornadas de septiembre.

—¿Qué hotel rural? —preguntó Carla antes que yo.

Arai abrió la carpeta y señaló una página.

—Antonio organiza todos los años unas jornadas internas con dirección y responsables de área. Este año se había pensado en mantenerlas porque coinciden con la transición.

—Mi padre no me lo había dicho —dije.

—Porque todavía no habías preguntado.

La respuesta fue inmediata. Carla soltó una risa suave.

—Me gusta.

Arai la miró, y por primera vez desde que había entrado pareció no tener claro qué hacer con ese comentario.

—Gracias.

—¿Dónde es? —pregunté, volviendo al documento.

—En el Pirineo. Zona de Aigüestortes. Hotel rural exclusivo, piscina exterior, piscina cubierta, *spa*, actividades de montaña, ruta a caballo y posibilidad de rafting para quien tenga ganas de complicarse la vida voluntariamente.

Carla abrió mucho los ojos.

—¿Rafting?

—Eso pone.

—¿Y es obligatorio?

—Para dirección, sí —respondió Arai—. Para lanzarse a un río, espero que no.

Esta vez fui yo quien tuvo que contener una sonrisa.

—Revisaré la propuesta.

—Está marcada con prioridad media, pero Antonio quería cerrarlo esta semana.

Arai dejó la carpeta sobre mi mesa y dio un paso atrás.

—Si no necesitas nada más…

—Mañana a las ocho cuarenta.

—Me alegra ver que recuerdas los acuerdos.

—Los que me interesan.

—Qué selectivo.

—Eficiente.

—Claro.

Se despidió con un gesto educado hacia Carla y salió del despacho. Cuando la puerta se cerró, Carla se quedó mirándome con una sonrisa extraña.

—Es intensa.

—Es eficiente.

—Eso también.

Me senté de nuevo y abrí la carpeta para revisar la propuesta del hotel. Carla se levantó y rodeó la mesa para inclinarse sobre mi hombro. Olía a perfume caro y a verano, una mezcla que en otro momento me habría resultado familiar y cómoda.

—Pirineos, caballos, *spa*… —leyó—. Tu padre sabe más de planes que tú.

—Mi padre sabe delegar.

—En Arai, por lo visto.

No había reproche claro en su voz, pero sí algo parecido a una observación con filo. La miré.

—Lleva años trabajando con él.

—Ya me he dado cuenta.

Carla se enderezó y cogió las gafas de sol.

—Me voy, que llego tarde. Esta noche hablamos.

—Te llamo cuando salga.

—Si sales antes de convertirte en parte del mobiliario.

Me besó en la mejilla y se marchó dejando en el despacho una sensación que no supe colocar. No era incomodidad exactamente. Tampoco culpa. Más bien la impresión de que dos partes de mi vida acababan de cruzarse y ninguna había terminado de encajar con la otra.

El resto del día fue una sucesión de reuniones, cifras y decisiones pendientes. Revisé informes de activos, la previsión de reformas en dos edificios del Eixample, una operación complicada en Sarrià y el estado de un local en Turó Park que podía convertirse en una oportunidad si el propietario dejaba de comportarse como si estuviera vendiendo el Taj Mahal. La empresa estaba viva, en marcha, llena de piezas que conocía sobre el papel, pero que todavía tenía que tocar con las manos.

Arai volvió a aparecer dos veces más durante la tarde. Una para corregir una hora que yo había movido sin avisarla y otra para dejarme claro, con una educación impecable, que si pretendía reorganizar llamadas, tenía que hacerlo antes de que ella cerrara el calendario del día siguiente. No discutimos. Al menos, no oficialmente. Pero empecé a entender que trabajar con ella iba a requerir algo más que autoridad.

A las ocho, cuando salí del edificio, la luz de Barcelona seguía teniendo ese tono dorado que hacía que incluso el tráfico pareciera menos hostil. Carla me había enviado tres mensajes: una foto de la sesión, una queja sobre el calor y una nota de voz que escuché en el coche camino a Pedralbes. Hablaba deprisa, mezclando italiano y español, contándome algo de una marca, un vestido y una invitación que le interesaba aceptar. Respondí con un mensaje breve antes de guardar el móvil.

No estaba enfadada. Carla rara vez se enfadaba de verdad. Simplemente, seguía moviéndose en su mundo, igual que yo seguía intentando ordenar el mío.

Al llegar a casa, mi padre estaba en el salón con un libro abierto sobre las piernas y las gafas en la mano. La televisión estaba encendida sin sonido, una costumbre que nunca había entendido y que él defendía como si tuviera una lógica científica.

—Llegas tarde.

—Segundo día.

—Mala señal.

—Eso debería decirlo yo.

Se quitó las gafas y señaló la carpeta que llevaba en la mano.

—¿Has visto lo del hotel?

—Sí. Arai me lo ha pasado.

—Buen sitio. Tranquilo. Nos vendrá bien salir de la oficina.

—¿A todos o a ti?

—A todos.

Lo observé con cierta sospecha.

—¿Rafting?

—Eso fue idea de recursos humanos.

—Claro.

—Yo propuse la cata.

—Eso sí te lo creo.

Mi padre sonrió y volvió a mirar el libro. Estaba cansado, pero parecía satisfecho. Lo dejé en el salón y subí a mi habitación con la carpeta bajo el brazo. Al pasar por el pasillo, me detuve frente a la puerta del antiguo dormitorio de mi madre. Estaba cerrada, como casi siempre. No había motivo para abrirla.

Aun así, lo hice.

La habitación olía a limpio y a cerrado, no a ella. Eso era lo más injusto de todo. Durante un tiempo había conservado su perfume, esa presencia ligera que parecía quedarse en las telas y en los libros. Ahora solo quedaban objetos. La cómoda, el sillón, una caja de pañuelos sobre la mesilla y varias fotografías enmarcadas.

Me acerqué a una de ellas. Mis padres aparecían en una terraza, riendo por algo que quedaba fuera de plano. Mi madre llevaba un vestido azul y mi padre la miraba como si hubiera olvidado que existía una cámara delante.

No recordaba haber visto esa foto allí la noche anterior.

Quizá no me había fijado.

La dejé como estaba y apagué la luz antes de salir. Ya en mi habitación, abrí la carpeta del hotel y me obligué a centrarme en horarios, asistentes y actividades. Montaña, spa, cenas de trabajo, caballos, rafting y una convivencia que, sobre el papel, debía servir para alinear equipos.

Sobre el papel.

En la práctica, si Arai Bethencourt iba a estar allí, sospechaba que la palabra alinear se quedaba bastante corta.

Estaba leyendo la tercera página cuando escuché un golpe seco en el pasillo.

Me levanté y abrí la puerta.

No había nadie.

Al fondo, la puerta del dormitorio de mi madre estaba entreabierta.

Yo habría jurado haberla cerrado.

Capítulo 5



Arai

A las ocho y cuarenta de la mañana entré en el despacho de Bruno Montalbán con una puntualidad tan exacta que casi me molestó a mí misma. No porque llegar a la hora acordada fuera un defecto, sino porque había una parte infantil de mí que había querido aparecer a las ocho y cuarenta y uno solo para ver si le temblaba un párpado. No lo hice, claro. Yo era una profesional adulta, con una agenda que mantener y muy poco tiempo para pequeñas guerras absurdas. Bueno, con algo de tiempo, pero no a primera hora.

Bruno estaba de pie junto a la ventana, con una taza de café en la mano y el móvil sobre la mesa. Llevaba el traje impecable, como el día anterior, pero tenía algo distinto en la cara. No mucho. Solo lo suficiente para que yo lo notara y para que me molestara notarlo. Ojeras, el gesto un poco más serio y pinta de haber dormido bastante peor de lo que quería admitir.

—Buenos días —dije.

—Buenos días, Arai.

El nombre, sin apellido, me hizo levantar apenas la vista. No iba a darle importancia porque eso habría significado reconocer que me había fijado.

—Veo que hoy hemos abandonado el protocolo militar.

—Estoy probando métodos nuevos.

—Qué atrevido.

Se sentó y señaló la silla frente a él. Yo ocupé mi sitio, abrí la tableta y dejé sobre la mesa una copia impresa de la agenda del día, porque una nunca sabe cómo un jefe nuevo va a decidir que el papel es más fiable que un enlace compartido.

—Tenemos veinte minutos —le recordé.

—Treinta.

—Tenemos veinte.

—He bloqueado hasta las nueve y diez.

Lo miré.

—Eso significa que has movido mi siguiente reunión.

—He pedido a Elena que la retrasara diez minutos.

Respiré hondo y despacio, con una dignidad bastante discutible, pero dignidad al fin y al cabo.

—Bruno.

—¿Sí?

—Si vuelves a tocar mi agenda sin decírmelo, voy a asumir que quieres vivir peligrosamente.

No sonrió, pero la comisura de la boca le hizo algo sospechoso.

—Quería comprobar si era cierto que todo pasaba por ti.

—¿Y?

—Lo es.

—Maravilloso. Ahora que has resuelto el misterio, no lo repitas.

Empezamos la revisión con una tensión bastante razonable para dos personas que llevaban menos de cuarenta y ocho horas trabajando juntas y ya habían conseguido negociar horarios como si estuvieran en una cumbre internacional. Le expliqué las reuniones de la mañana, el cambio con Vidal, el adelanto de la visita al edificio de Sarrià y los puntos que Antonio quería dejar cerrados antes del viernes. Bruno escuchó con atención, hizo dos preguntas útiles y una innecesaria, aunque tuve la elegancia de no señalar cuál era cuál.

A mitad de la reunión, dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—He visto la propuesta del hotel rural.

—Me alegra. Así no tengo que fingir que te la estoy descubriendo.

—¿Todos los años se hacen esas jornadas?

—Sí. Antonio las organizó por primera vez hace seis años. Al principio fueron dos días de reuniones intensivas con comidas de trabajo y caras largas. Luego alguien añadió una cata, otro sugirió actividades y ahora tenemos un retiro corporativo con *spa* y caballos.

—¿Caballos?

—Eso pone.

—¿Y rafting?

—Eso también pone.

Bruno apoyó la espalda en la silla y me observó como si sospechara que yo había tenido algo que ver con aquello.

—¿A quién se le ocurrió meter a dirección en un río?

—A recursos humanos, imagino. Son gente con una relación muy particular con el sufrimiento ajeno.

Esta vez sí sonrió. No mucho, pero lo suficiente para que el gesto le cambiara la cara. Tenía una sonrisa menos seria de lo que debería. Otro dato que no pensaba archivar en ningún sitio útil.

—¿Tú vas? —preguntó.

—Voy todos los años.

—No pareces entusiasmada.

—No confundas falta de entusiasmo con experiencia. El primer año un responsable de obra se cayó de una bicicleta eléctrica a veinte metros del hotel y tuvimos que hacer una reunión sobre prevención de riesgos durante la cena.

—Entiendo.

—No. Todavía no.

La sonrisa le duró un poco más, y yo bajé la vista a la agenda antes de que aquello empezara a parecer otra cosa. No era otra cosa. Era trabajo. Un trabajo con un jefe nuevo, atractivo de una forma molesta, con novia italiana espectacular y una capacidad preocupante para escucharme sin perder la calma.

Nada más.

—Mi padre quiere mantener las jornadas —dijo Bruno.

—Antonio cree que salir de la oficina ayuda a que la gente hable de verdad.

—¿Y funciona?

—A veces. Otras solo ayuda a que la gente beba vino y diga cosas que luego intenta olvidar en el ascensor del lunes.

—Entonces puede ser útil.

—Depende de quién hable.

Pasamos al resto de la agenda y conseguimos terminar sin que ninguno de los dos necesitara mediación externa. Cuando me levanté, Bruno cogió la carpeta del hotel rural y la dejó sobre el montón de documentos prioritarios.

—Cierra la reserva.

Me detuve.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Sin revisar otras opciones?

—Esta funciona. Mi padre la conoce, el equipo también y la zona encaja con lo que necesitamos.

—¿Y qué necesitamos exactamente?

—Que la gente salga de la oficina unos días y hable sin una mesa de reuniones delante.

La frase quedó en el aire un momento. No era una frase de taza, gracias a Dios, pero tenía algo de intención que no supe colocar.

—Qué tranquilizador —dije al fin.

—No pretendía serlo.

—Pues lo has conseguido.

Salí del despacho con la carpeta del hotel y la sensación desagradable de que Bruno Montalbán, cuando dejaba de medir cada palabra, podía resultar todavía más peligroso que cuando lo hacía.

El resto de la mañana avanzó con ese ritmo de oficina que solo parece monótono si no eres la persona encargada de evitar que todo se desmorone.

Confirmé la reserva del hotel rural en la zona de Aigüestortes, pedí el listado actualizado de asistentes, revisé las actividades disponibles y marqué con un interrogante enorme lo del rafting, porque no tenía claro que ver a medio equipo directivo empapado y gritando en un río ayudara realmente a la transición empresarial.

A media mañana, Antonio apareció junto a mi mesa con una carpeta bajo el brazo y una expresión demasiado inocente para resultar creíble.

—Bruno me ha dicho que ya habéis hablado del hotel.

—Bruno habla mucho para ser tan contenido.

—Eso ha sonado a crítica.

—Era una observación con posibilidades.

Antonio dejó la carpeta sobre mi mesa.

—Quiero que vayas.

—Voy todos los años.

—Quiero decir que vayas de verdad. No solo a organizarlo todo desde una esquina.

Lo miré con recelo.

—No sé qué significa eso, pero ya me cae mal.

Antonio se apoyó en el borde de mi mesa con esa calma suya que siempre anunciaba conversación incómoda disfrazada de comentario casual.

—Este año es importante.

—Todos los años dices lo mismo.

—Este año lo es más.

No respondí enseguida. Lo conocía demasiado para no captar lo que había detrás. No se trataba solo de las jornadas, ni del equipo, ni de que Bruno conociera a los responsables fuera de una sala llena de carpetas y planos. Antonio quería que yo estuviera allí porque sabía que, si algo se torcía, sería más fácil corregirlo conmigo cerca.

—No soy un airbag empresarial —dije.

—No.

—Ni un traductor simultáneo entre tú y tu hijo.

—Tampoco.

—Antonio.

—Confío en ti.

Qué rabia daba cuando decía esas cosas sin dramatismo, como si no fueran a dejarte margen para negarte.

—Eso es chantaje emocional de baja intensidad.

—Pero efectivo.

—Muchísimo.

Antonio sonrió y se incorporó.

—Además, te vendrá bien salir de Barcelona.

—¿Ahora también eres mi médico?

—Soy tu jefe hasta que deje de serlo.

—Muy cómodo ese argumento.

Se marchó antes de que pudiera contestarle algo mejor, dejándome con la reserva abierta en la pantalla y la sospecha de que aquel viaje iba a dar más trabajo del que prometía el folleto. Piscina exterior, piscina climatizada, spa, rutas a caballo, excursiones por la zona y actividades de aventura. Todo muy exclusivo, muy bonito y muy poco compatible con mi deseo profundo de pasar desapercibida entre reuniones, horarios y café.

A la hora de comer, Yaiza llamó por videollamada mientras yo intentaba decidir entre un bocadillo triste y una ensalada que tampoco venía a mejorarme el día.

—Tienes cara de que alguien ha usado la palabra equipo —dijo en cuanto aparecí en pantalla.

—Peor. Hotel rural.

—Eso no suena peor.

—Con dirección.

—Ah.

—En los Pirineos.

—Eso suena bien.

—Con rafting.

Yaiza soltó una carcajada.

—Por favor, dime que vas a grabar a un señor con traje cayéndose de una barca.

—No voy a grabar a nadie.

—Qué desperdicio de oportunidad.

—También hay caballos.

—Mejor todavía.

La miré con cansancio.

—Tú disfrutas mucho con mi sufrimiento laboral.

—Solo cuando incluye animales grandes y ejecutivos fuera de contexto.

No pude evitar reírme. Yaiza tenía ese talento irritante de convertir cualquier drama en algo un poco menos pesado. Después me preguntó por Bruno, por Carla y por si había vuelto a mirarme de esa forma que ella había decidido inventarse la noche anterior.

—No me mira de ninguna forma.

—Claro.

—Es mi jefe.

—Eso lo dices mucho.

—Porque parece que no lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente. Por eso me divierte.

Colgué diez minutos después con mejor humor y la decisión firme de no darle a Yaiza más información sobre Bruno de la estrictamente necesaria. Era una decisión sensata. También era una decisión que probablemente incumpliría el viernes.

Por la tarde, la oficina se llenó de comentarios sobre el hotel. Que si el *spa*, que si las excursiones, que si alguien pensaba hacer rafting, que si habría habitaciones individuales. Lo habitual. La gente podía llevar años quejándose de las jornadas internas, pero bastaba mencionar piscina climatizada para que de repente todos recordaran que trabajar en equipo era precioso.

A última hora entré en el despacho de Antonio para dejarle unos documentos. No estaba. La sala tenía la luz encendida, la chaqueta sobre el respaldo de la silla y una fotografía de Lola enmarcada sobre una estantería lateral. La había visto muchas veces, aunque nunca me había detenido demasiado en ella. Lola Montalbán sonreía en la imagen con una copa en la mano y un vestido azul que le daba un aire elegante sin parecer impostado. Era una de esas mujeres que parecían estar cómodas en su propia piel incluso dentro de una foto.

Dejé la carpeta sobre la mesa y me giré para salir, pero un ruido seco a mi espalda me hizo volverme de golpe. El marco estaba bocabajo sobre la estantería. La ventana estaba cerrada, no había corriente y nadie había entrado. Podría haber sido cualquier cosa, claro. Un mal apoyo, una vibración, el edificio haciendo uno de esos ruidos absurdos que siempre suenan más inquietantes cuando una está cansada.

Aun así, tardé un instante en acercarme.

Levanté el marco y volví a colocarlo en su sitio. La sonrisa de Lola quedó otra vez frente a mí, tranquila, luminosa y extrañamente presente.

—Qué susto me has dado —murmuré.

Me sentí idiota en cuanto lo dije. Estaba hablando con una foto.

Apagué la luz y salí del despacho sin volver a mirar atrás.

Esa noche llegué a mi piso del Eixample con la cabeza saturada de horarios, habitaciones, caballos y una fotografía que no tenía ninguna razón de haberse caído. Dejé las llaves en el cuenco de la entrada, me quité las sandalias y fui directa a la cocina. Mi planta del salón, la única superviviente de una larga lista de intentos fallidos, estaba junto a la ventana, igual que siempre.

O casi.

El tiesto estaba girado hacia la luz.

Yo no lo había movido.

Me acerqué despacio, con esa prudencia absurda que una reserva para las cosas que no tienen sentido. Toqué la tierra. Estaba seca, como siempre que se me olvidaba regarla. Miré alrededor, esperando encontrar una explicación razonable escondida detrás del sofá, pero mi piso seguía exactamente igual que cuando me había ido por la mañana. Salvo por la planta.

Cogí la regadera del mueble bajo y eché agua en el tiesto, porque quizá la forma más digna de afrontar un misterio doméstico era convertirlo en una tarea pendiente.

—Ya está —dije en voz baja—. Feliz.

El piso permaneció en silencio, cosa que me pareció bastante razonable y, al mismo tiempo, menos tranquilizadora de lo que habría querido. Dejé la regadera en su sitio, me serví un vaso de agua y decidí que estaba demasiado cansada para convertir una planta torcida en una señal de nada. Al fin y al cabo, llevaba dos días con un nuevo jefe, una jubilación pendiente y un viaje de empresa a los Pirineos con rafting incluido. Lo raro era que no hubiera empezado a mover muebles dormida.

Apagué la luz del salón y me fui al dormitorio. Justo antes de cerrar la puerta, oí un golpe suave en la ventana, no fuerte ni dramático, solo un toque, como si alguien hubiera llamado desde fuera. Me quedé inmóvil. Vivía en un quinto, así que cualquier explicación que implicara a alguien al otro lado del cristal era lo bastante grave como para no apetecerme en absoluto.

Respiré despacio, volví al salón y miré la ventana. No había nadie, claro. Lo que sí había, apoyada contra el marco por dentro, era una de las hojas secas de la planta.

La recogí con dos dedos y la miré como si fuera capaz de darme explicaciones. No lo hizo.

—Vale —murmuré—. Mañana compro abono.

Y, por primera vez en mucho tiempo, cerré la puerta del dormitorio con pestillo.

Capítulo 6



Arai

Dormí mal.

No fue una de esas noches en las que una se despierta cada hora, mira el móvil y calcula con dramatismo cuánto tiempo le queda antes de que suene el despertador. Fue peor. Dormí de corrido, pero con esa sensación espesa de no haber descansado nada, como si mi cabeza hubiera seguido trabajando mientras mi cuerpo fingía colaborar. Cuando abrí los ojos, tardé unos segundos en recordar por qué tenía el pestillo echado en la puerta del dormitorio.

La planta, la ventana y la hoja seca volvieron de golpe, y me quedé mirando el techo con la dignidad de una mujer adulta que estaba a punto de admitir que quizá había cerrado la puerta con pestillo por culpa de una planta.

No era mi mejor momento.

Me levanté con el mal humor justo para enfrentarme al día. Me duché, preparé café y salí al salón con esa prudencia ridícula que una adopta cuando sabe que no hay nada raro en su casa, pero tampoco quiere comprobarlo demasiado deprisa. La planta seguía junto a la ventana. El tiesto estaba en la misma posición que la noche anterior y la hoja seca, que había dejado sobre la mesa baja para analizarla con más calma al día siguiente —porque por lo visto ese era ahora mi nivel de vida—, seguía allí.

Me acerqué, la miré y solté el aire por la nariz.

—Muy bien —murmuré—. Seguimos todas en nuestro sitio.

No sé por qué hablé en plural. Preferí no pensarlo.

La mañana en la oficina no ayudó. Había días en los que todo parecía organizado para demostrarte que el universo tenía sentido del humor y muy mala leche. Primero, un proveedor decidió que entregar «a primera hora» significaba aparecer a las once y media con cara de haber cumplido una misión histórica. Después, Beatriz, de recursos humanos, envió un correo en el asunto «Actividades de cohesión» que consiguió que medio equipo empezara a hablar de rafting antes de haber terminado el segundo café. Y, para rematar, Bruno Montalbán movió una llamada de las doce y diez a las doce menos cuarto sin avisarme.

Eso sí me despertó.

Entré en su despacho con la tableta en una mano y la paciencia en la otra, aunque esta última ya venía bastante dañada de casa.

—Buenos días —dijo él, levantando la vista del portátil.

—No lo sé todavía. Estoy evaluándolo.

—¿Ha pasado algo?

—Has movido la llamada con Requena.

Bruno miró la pantalla como si el problema estuviera ahí y no en su falta de instinto de conservación.

—Solo veinticinco minutos.

—Veinticinco minutos es tiempo suficiente para descompensar una agenda entera cuando el resto del día está metido con calzador.

—Puedo encargarme yo de la llamada.

—Ese no es el punto.

—¿Cuál es el punto?

Me quedé mirándolo un segundo. Tenía la habilidad de preguntar con calma justo cuando una necesitaba que al menos pusiera cara de culpable.

—El punto es que, si quieres cambiar algo, me lo dices antes. No cuando ya está hecho y tengo que encajar el resto del día como puedo.

Bruno apoyó la espalda en la silla. Llevaba dos días allí y ya empezaba a entender que, cuando hacía ese gesto, no estaba reculando; estaba eligiendo la siguiente frase con cuidado.

—Lo tendré en cuenta.

—Qué generoso.

—Arai.

—¿Qué?

—No pretendía pisarte terreno.

No esperaba esa frase. No así. Mi cerebro, que venía preparado para otra ronda de tira y afloja, tardó nada y menos en reorganizarse.

—Pues intenta no parecer tan bueno haciéndolo.

La comisura de su boca volvió a moverse. Esa casi sonrisa empezaba a ser un problema menor, pero problema al fin y al cabo.

—Haré lo posible.

—Me tranquiliza muchísimo.

Salí antes de que la conversación se volviera menos profesional de lo recomendable y pasé el resto del día intentando centrarme en cualquier cosa que no fueran plantas, hojas secas, ventanas de un quinto piso o el hecho de que Bruno, cuando bajaba un poco la guardia, resultaba bastante menos insoportable de lo que me convenía.

A media tarde, Antonio me pidió que revisáramos los últimos detalles del hotel rural. No había nada especialmente grave, solo ajustes de habitaciones, horarios y esa clase de decisiones pequeñas que siempre parecen inofensivas hasta que alguien las convierte en un problema.

—Esto se nos ha ido de las manos —dije, pasando página.

Antonio, sentado al otro lado de mi mesa, no pareció impresionado.

—Todos los años dices lo mismo.

—Todos los años tengo razón.

—Y todos los años sale bien.

—Porque yo estoy allí evitando que la gente convierta el trabajo en una despedida de soltero con facturas.

Antonio sonrió.

—Este año tendrás ayuda.

—¿Bruno?

—Bruno.

—Qué descanso.

—No le has dado margen.

—Le he dado dos días enteros de margen. En mi escala, eso ya cuenta como esfuerzo.

Mi respuesta le hizo gracia, aunque intentó disimularlo. La conversación quedó ahí, pero me marché de la oficina con la sensación de que todo el mundo, incluido Antonio, esperaba que el viaje al hotel rural arreglara algo que ninguno sabía nombrar. O quizá sí lo sabían, y yo era la única empeñada en fingir que aquello no iba conmigo.

Esa noche llegué a casa con la cabeza saturada de horarios, habitaciones y una fotografía que no tenía ninguna razón para haberse caído. Dejé los zapatos en el zapatero de la entrada, fui directa al baño y me metí en la ducha con la intención de que el agua caliente me quitara de encima el cansancio del día y, de paso, cualquier pensamiento absurdo relacionado con marcos que se caían solos.

No funcionó del todo, pero ayudó.

Me puse el pijama, me recogí el pelo con una pinza y fui a la cocina con la dignidad de quien no piensa pedir comida a domicilio por tercer día consecutivo. Abrí la nevera, miré dentro con esperanza y encontré dos huevos, media cebolla y un trozo de queso que todavía parecía aprovechable.

Una tortilla era algo que podía hacer, fácil y rápida.

Batí los huevos, puse la sartén al fuego y empecé a cortar la cebolla mientras intentaba convencerme de que mi noche iba a consistir en cenar, ver cualquier serie sin pensar y acostarme pronto. Un plan adulto, sencillo y bastante necesario.

No fue un golpe claro ni una voz, sino un roce suave, como si alguien hubiera movido una tela o se hubiera acomodado en la butaca junto a la ventana.

Me quedé inmóvil, con el cuchillo en una mano y la media cebolla en la otra.

El aceite empezó a calentarse en la sartén.

—No —murmuré.

Porque una cosa era tener un día raro, y otra muy distinta era que mi piso decidiera participar.

Me dirigí al salón. Estaba en penumbra. Solo entraba la luz de la calle por el balcón, suficiente para distinguir el sofá, la mesa baja y la butaca junto a la ventana.

Y en la butaca había una mujer.

No grité.

Me habría gustado decir que no grité porque soy una persona serena, madura y capaz de gestionar situaciones extremas con elegancia, pero la verdad es bastante menos favorecedora: no grité porque el cuerpo se me bloqueó de tal manera que ni siquiera me salió el aire suficiente para respirar. Me quedé clavada en la puerta, mirando aquella mujer sentada en mi salón como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí, con las piernas cruzadas, la espalda recta y una paciencia casi ofensiva.

La reconocí al instante, y ese precisamente fue el problema.

No era una intrusa. No era una vecina confundida. No era una señora que hubiera entrado por error y se hubiera sentado a esperar explicaciones.

Era Lola Montalbán.

Lola, la mujer de Antonio. Lola, la madre de Bruno. Lola, la señora que había visto entrar más de una vez en el despacho de su marido con una bolsa porque «Antonio se olvida de comer cuando se mete en reuniones absurdas». Lola, la que me había llamado alguna vez para preguntarme si Antonio se había dejado el móvil en la oficina cuando en realidad lo tenía en casa, debajo de una revista, porque el hombre era brillante para algunas cosas y un peligro con patas para otras.

Lola Montalbán, muerta desde hacía tres años y sentada en la butaca de mi salón.

El batidor que todavía llevaba en la mano se me cayó al suelo y di un paso atrás, golpeándome con el marco de la puerta.

—No —dije, o eso intenté, porque la palabra salió más parecida a un hilo de aire que a una negación convincente.

Lola inclinó ligeramente la cabeza, como si mi reacción le pareciera comprensible pero poco práctica.

—Buenas noches, Arai.

Aquello fue suficiente para que mi cerebro, que hasta ese momento había estado intentando buscar una explicación racional por algún rincón, decidiera dimitir.

Salí disparada hacia el baño.

No corrí con dignidad. Conviene dejarlo claro. Tropecé con la bolsa del supermercado, casi me llevé por delante una estantería que tenía en el pasillo y cerré la puerta del baño con tanta fuerza que probablemente se enteraron todos los vecinos. Una vez dentro, apoyé las manos en el lavabo y me miré en el espejo.

Estaba blanca, pero no un poco, no. Blanca de verdad.

No un pálido favorecedor de novela gótica. Blanca de «esta mujer está a punto de besar el suelo».

—Vale —murmuré, abriendo el grifo—. Vale. Esto no está pasando.

Me mojé la cara con agua fría. Una vez. Otra. Otra más, por si las dos primeras no habían llegado al nivel de realidad suficiente. Después cerré el grifo, levanté la cabeza y volví a mirarme en el espejo.

Seguía teniendo cara de haber visto a una muerta.

Lo cual era lógico, ¡porque acababa de ver una muerta!

—No —repetí, señalándome a mí misma como si pudiera imponer cordura a base de dedo—. Has dormido mal. Has trabajado mucho. Has visto su foto en el despacho. Te has sugestionado. Y ahora vas a salir ahí, no habrá nadie y vas a preparar una tortilla, porque si encima te desmayas con el estómago vacío, ya sería el remate.

Al otro lado de la puerta, la voz de Lola sonó con una claridad insultante.

—No hace falta una sesión de ouija para decirte que, como no salgas ya del baño, te vas a quedar sin casa.

Me quedé inmóvil.

—¿Perdona?

—La sartén sigue en el fuego.

Entonces recordé la sartén en el fuego, el aceite calentándose y la cebolla esperando en la tabla, y el pánico cambió de forma.

—¡MIERDA!

Abrí la puerta de golpe, olvidando por completo que, al otro lado, seguía existiendo una señora muerta en mi pasillo. Eso fue un error. El susto de verla otra vez ahí, plantada con toda su elegancia fantasmal, me hizo retroceder medio paso y tropezarme con la alfombrilla del baño.

No caí al suelo de milagro.

O porque me agarré al marco con una mano y al toallero con la otra, llevándome por delante una toalla, un bote de crema hidratante y un neceser que cayó abierto, dejando esparcidas un montón de horquillas, pinturas y hasta un tampón.

Lola miró el desastre.

—No quería alterarte.

—¡Tarde!

Salí como pude, con una toalla arrastrando detrás de mí y una horquilla clavándoseme en la planta del pie, porque por lo visto la noche había decidido no dejar ningún género sin tocar. Pasé junto a Lola intentando no rozarla, aunque no tenía claro si eso era posible, si era peligroso o si mi cerebro iba a terminar apagándose por exceso de información.

—A la izquierda —dijo ella.

Me detuve en seco.

—Sé dónde está mi cocina.

—Lo digo porque ibas hacia el dormitorio.

Miré alrededor.

Efectivamente, iba hacia el dormitorio.

—¡No me des indicaciones siendo fantasma!

—Estoy intentando que no ardas.

—¡Pues hazlo en silencio!

Llegué a la cocina justo cuando el aceite empezaba a humear de una forma bastante poco prometedora. Apagué el fuego, retiré la sartén y abrí la ventana con tanta prisa que casi me pillé los dedos.

Me quedé allí, apoyada en la encimera, descalza, con el pijama torcido, el pelo mojado, una toalla colgando y el corazón haciendo méritos para sacar número en urgencias.

Lola apareció en el umbral.

—Bueno —dijo—. Podría haber sido peor.

La miré despacio.

—Lola.

—¿Sí?

—Estoy hablando con una muerta, mi cena acaba de convertirse en una amenaza doméstica y hay un tampón en el pasillo. No sé cuánto margen queda para empeorar.

Lola guardó silencio un momento.

—Visto así, poco.

Me entró una risa nerviosa, desastrosa y muy poco digna. No quería reírme. De verdad que no. Pero la imagen de mí misma huyendo del baño, peleando con la alfombrilla y siendo dirigida por una fantasma como si estuviera en una evacuación de emergencia, superó cualquier capacidad de resistencia.

Y me reí.

Me reí tanto que tuve que apoyar las dos manos en la encimera para no doblarme del todo.

Lola me observó en silencio, hasta que no pudo hacerlo más.

—Bien —dijo—. Ya respiras.

—No estoy respirando. Estoy perdiendo la cabeza.

—Puede ser, pero con mejor color.

La risa se me fue apagando poco a poco, hasta que el silencio volvió a ocupar la cocina. El olor a aceite quemado seguía flotando en el aire, la ventana estaba abierta de par en par y yo continuaba apoyada en la encimera con la sensación cada vez más clara de que acababa de reírme en medio de una crisis.

Porque la sartén ya no estaba a punto de incendiar mi casa, de acuerdo. Eso era una mejora. Pero Lola Montalbán seguía en el umbral de mi cocina, muerta desde hacía tres años y mirándome con una paciencia que empezaba a parecerme personal.

—Esto no puede estar pasando de verdad —dije.

—Sí está pasando.

—No.

—Arai…

—No me digas Arai como si estuvieras a punto de ofrecerme una tila. Tú estás mu-er-ta.

Lola aceptó el dato con una inclinación mínima de cabeza.

—Soy consciente de ello, te lo aseguro.

—Y estás en mi casa.

—Sí.

—Y yo estoy hablando contigo.

—Eso parece.

—Pues no me parece un detalle menor.

—No he dicho que lo sea.

Me aparté de la encimera y señalé a mi alrededor, aunque no sabía exactamente qué estaba señalando. La cocina, el humo, el pasillo, mi vida entera cayéndose por un barranco.

—Antes has dicho que esto era incómodo.

—Lo he dicho porque intentaba no empeorarlo.

—Incómodo no es la palabra, Lola. Incómodo es que te pille el jefe comprando compresas. Incómodo es saludar con dos besos a alguien que iba a darte la mano. Incómodo es darte cuenta de que llevas la camiseta del revés cuando ya estás en el metro. Esto es otra cosa.

Lola me observó con mucha atención.

—¿Y qué palabra usarías?

Abrí la boca, la cerré y volví a abrirla, porque había tantas opciones que ninguna parecía suficiente.

—No lo sé. Terrorífico. Imposible. Ilegal.

—No creo que exista legislación al respecto.

—No me lleves la contraria con tecnicismos fantasmales.

—Perdón.

Me pasé una mano por la frente, agotada de golpe.

—No puedo con esto.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. Tú llevas tres años muerta, quizá has tenido tiempo de adaptarte. Yo llevo quince minutos intentando no quemar una tortilla mientras una señora fallecida me da indicaciones desde el pasillo.

—Visto así, entiendo que el proceso puede ser brusco.

—¿Brusco? Lola, me he encerrado en el baño, casi me mato con una alfombrilla y hay un tampón en el pasillo que ahora mismo sabe más de esta situación que yo.

Lola miró hacia el pasillo.

—Sigue ahí.

—No me informes.

—Perdón.

Respiré hondo y apoyé las dos manos en la encimera. Necesitaba orden. Una lista. Un protocolo. Cualquier cosa que pudiera convertir aquello en un problema con pasos, aunque fuera el problema más absurdo de mi vida.

—Vale —dije—. Vamos a empezar por lo básico.

—Me parece sensato.

—No uses esa voz de señora tranquila. Me pone peor.

—Intentaré usar otra voz.

—No uses otra voz. Eso me pondría muchísimo peor.

Por primera vez, Lola sonrió de verdad.

—Entiendo.

—No entiendes nada, pero gracias por fingir.

Se produjo un silencio extraño. Menos terrorífico que antes, pero todavía cargado de una realidad que no sabía dónde colocar. Lola seguía en el umbral, sin invadir la cocina, y yo agradecí ese detalle más de lo que quería admitir.

—Necesito que me expliques qué haces aquí —dije al fin—. Y necesito que lo hagas despacio, sin frases raras y sin aparecer de golpe en otra habitación, porque mi sistema nervioso está ahora mismo trabajando sin contrato.

Capítulo 7



Bruno

La puerta del dormitorio de mi madre seguía entreabierta cuando salí al pasillo a la mañana siguiente. Durante un segundo pensé en llamar a mi padre, aunque no habría sabido qué decirle. Que aquella puerta parecía empeñada en abrirse sola no era exactamente un motivo razonable para empezar el día.

Me detuve frente a ella con la camisa a medio abrochar y la sensación incómoda de que una parte de mí esperaba encontrar una explicación razonable solo por mirar más tiempo. No la había. La noche anterior la había cerrado, de eso estaba seguro. No de forma distraída ni mecánica, sino con esa precisión absurda que uno adopta cuando hace algo que le remueve más de lo que quiere admitir. Había apagado la luz, había salido y había cerrado la puerta.

Ahora estaba abierta, no mucho, apenas lo suficiente para que desde el pasillo pudiera verse una línea de claridad gris sobre la alfombra. Cualquier otra persona habría pensado en una corriente, en una ventana mal ajustada o en una bisagra vieja. Yo también lo pensé, porque la alternativa era darle demasiada importancia a un detalle doméstico antes de las siete de la mañana y no tenía ninguna intención de empezar el día pareciéndome más a mi padre de lo estrictamente necesario.

Empujé la puerta con dos dedos y miré dentro. La habitación estaba igual que la noche anterior: la cómoda, el sillón junto a la ventana, las fotografías, la colcha clara sobre la cama. Todo en orden. Demasiado en orden, quizá. Desde la muerte de mi madre, aquella estancia había quedado suspendida en el tiempo. No era un santuario, porque mi padre no era hombre de santuarios, pero tampoco una habitación viva. Era un espacio conservado con cuidado, como si tocar demasiado pudiera interpretarse como una falta de lealtad.

Me acerqué a la cómoda y observé la fotografía que había visto la noche anterior. Mis padres aparecían en una terraza, mi madre riéndose de algo que no recordaba y mi padre mirándola de una forma que jamás le vi sostener en público. Aquella imagen seguía allí, en el mismo lugar. No había señales de nada fuera de sitio. Aun así, me quedé varios segundos frente a ella, con la sensación absurda de estar esperando que alguien me diera una explicación.

—Buenos días —dijo mi padre desde el pasillo.

Me giré. Estaba apoyado en el marco de la puerta, ya vestido, con una taza de café en la mano y la mirada puesta primero en mí y después en la habitación. No preguntó qué hacía allí, seguramente porque lo sabía o porque tampoco él quería decirlo en voz alta.

—La puerta estaba abierta —dije.

Mi padre miró la hoja de madera, luego la bisagra, y asintió como si acabara de resolver algo.

—Debe de no cerrar bien.

No pude evitar una sonrisa breve.

—Claro.

—Puedo pedir que la miren.

—No hace falta.

—Si se queda abierta, es porque algo falla.

Lo dijo con una seguridad tan suya que, por un momento, pensé que mi madre habría puesto los ojos en blanco de haberlo escuchado. La idea me llegó de golpe, inesperada, y casi me hizo sonreír de verdad.

—Probablemente —respondí.

Mi padre bebió un sorbo de café.

—¿Has dormido?

—Algo.

—Eso significa que no.

—Significa que no lo suficiente.

—Segundo día. Todavía puedes culpar al viaje.

—Lo haré mientras me sirva.

Salimos de la habitación y cerré la puerta con más cuidado del necesario. Esta vez comprobé el pomo. Encajó bien. Mi padre no comentó nada, pero noté que miraba el gesto. Después bajamos a desayunar en una de esas conversaciones silenciosas que siempre se nos habían dado mejor que las otras. La cocina olía a café y a pan tostado. Durante unos minutos hablamos de asuntos prácticos: la visita al edificio de Sarrià, la llamada con Vidal, la confirmación del hotel rural y el estado de una operación en Turó Park que llevaba semanas atascada.

Montalbán & Soler Inversiones funcionaba sobre una mezcla delicada de intuición, paciencia y dinero bien colocado. Comprábamos inmuebles antiguos en zonas donde el precio de entrada era alto, pero el margen podía serlo todavía más si la reforma se hacía con criterio. El problema era que ese tipo de operaciones rara vez dependían solo de números. Había propietarios, herencias, licencias, vecinos, arquitectos, compradores finales y una cantidad considerable de egos convencidos de que su piso valía más porque desde un balcón lejano se intuía un árbol.

—Arai te acompañará a Sarrià —dijo mi padre mientras dejaba la taza en el fregadero.

Levanté la vista.

—¿Es necesario?

—Sí.

La respuesta fue inmediata. Demasiado inmediata.

—¿Por la visita o por mí?

Mi padre se secó las manos con un paño y me miró con esa calma que solía usar cuando ya había decidido algo.

—Por ambas cosas.

—Puedo revisar un edificio sin supervisión.

—No dudo de tu capacidad para mirar paredes.

—Qué alivio.

—Pero Arai conoce el proyecto, al propietario, las condiciones previas y los tres cambios de criterio que han hecho que esa operación siga abierta. Si vas solo, perderás tiempo. Si vas con ella, quizá pierdas paciencia, pero ganarás información.

Aquello era difícil de discutir porque probablemente era cierto.

—Mi paciencia empieza a estar sobrevalorada.

—La de ella también.

—Eso sí lo he notado.

Mi padre sonrió apenas. Había algo divertido en su expresión, algo que no supe si me gustó o me preocupó. Mi padre no era un hombre dado a emparejar personas ni a disfrutar del conflicto ajeno, pero sí tenía una fe excesiva en poner juntas a dos personas eficaces y esperar que el resultado compensara los daños colaterales.

El teléfono vibró sobre la mesa antes de que pudiera responder. Era Nicolás.

—¿Vas a cogerlo? —preguntó mi padre.

—Si no lo hago, insistirá.

—Entonces será mejor que lo hagas.

Descolgué mientras salía al jardín.

—No son horas.

—Son las ocho menos cuarto —respondió Nicolás—. Los adultos funcionales ya estamos despiertos.

—Tú no eres un adulto funcional.

—Correcto, pero finjo mejor que tú.

Nicolás Morelli llevaba en mi vida desde que éramos adolescentes y, por algún motivo que ninguno de los dos había querido analizar demasiado, seguía allí. Había sido testigo de mis peores cortes de pelo, de mis primeras decisiones equivocadas y de la época en que creí que trabajar dieciséis horas al día era una muestra de carácter y no una señal de alarma. Él, por su parte, se había casado con su amor de juventud, se había divorciado con más heridas que bienes compartidos y desde entonces defendía que el romanticismo era una estafa con música de fondo.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Saber si has sobrevivido al desembarco.

—De momento.

—Qué decepción. Esperaba algo más épico.

—Esto es una empresa, no una batalla.

—Todas las empresas familiares son una batalla, Bruno. Algunas solo tienen mejores sillas.

Me apoyé en la barandilla del porche y miré el jardín. El sol empezaba a tocar las copas de los árboles de Pedralbes y, por un instante, Barcelona pareció más tranquila de lo que era.

—¿Has llamado para filosofar?

—He llamado porque Carla me dijo que ya estabas comportándote como si hubieras nacido pegado a un escritorio.

—Carla exagera.

—Carla vive de exagerar. A veces incluso factura por ello.

—Ten cuidado.

—¿Con Carla o con facturar?

—Con ambas.

Nicolás soltó una risa.

—También me dijo que conoció a la famosa Arai.

Cerré los ojos un segundo. Aquello no podía presagiar nada bueno.

—No es famosa.

—Si tu padre la nombra tres veces por conversación, empieza a serlo.

—Es eficiente.

—Eso decías de una cafetera en Hamburgo y terminaste comprando dos iguales.

—No veo la relación.

—Ese es tu problema principal.

No respondí. Con Nicolás, a veces, el silencio era menos peligroso que abrir una puerta que después no podía cerrarse.

—¿Y? —insistió.

—¿Y qué?

—¿Cómo es?

Pensé en Arai sentada a la derecha de mi padre, mirándome como si la presentación oficial también fuera una evaluación. Pensé en su respuesta cuando le pedí la agenda, en el modo en que sostenía una discusión sin levantar la voz y en la manera exacta en que había dicho «señor Montalbán», como quien coloca una barrera y se queda a comprobar si intentas cruzarla.

—Complicada —dije.

—Ah.

—No empieces.

—No he dicho nada.

—Ese «ah» tuyo ocupa demasiado.

—Porque te conozco.

—No la conozco ni yo.

—No hace falta. Cuando alguien te parece solo eficiente, dices eficiente. Cuando dices complicada, ya te ha tocado las narices.

—Me toca las narices que todo el mundo parezca depender de ella para respirar.

—Entonces el problema no es ella. Es que respiran mal.

A veces olvidaba que, debajo de toda su pose de cínico sentimental, Nicolás era bastante más lúcido de lo conveniente.

—Tengo que irme —dije.

—Claro. Ve a conquistar tu imperio de paredes nobles y agendas imposibles.

—No voy a conquistar nada.

—Eso también lo diría un conquistador aburrido.

Colgué antes de que pudiera seguir disfrutando de sí mismo y regresé a la cocina. Mi padre ya no estaba; había dejado una nota junto a la cafetera con la dirección del edificio de Sarrià, como si no supiera que Arai me habría enviado la ubicación tres veces antes de que terminara el café.

Y, efectivamente, al abrir el correo, allí estaba. Enviado a las 07:52. Asunto: Visita Sarrià / documentación y acceso.

Bethencourt tenía la desagradable costumbre de hacer difícil quejarse de ella.

A las nueve entré en la oficina. La zona de Diagonal estaba ya en plena actividad, con el tráfico acumulándose cerca de Francesc Macià y los bares de alrededor llenos de gente que parecía resolver media vida con un café de pie. Al llegar a mi despacho, encontré sobre la mesa una carpeta impresa, una copia de las llaves de acceso al edificio de Sarrià y una nota adhesiva con una letra ordenada.

«Por si decides improvisar, al menos que sea con información. A.»

Me quedé mirando la nota un segundo más de lo necesario. Después la guardé dentro de la carpeta, no porque me hiciera gracia, sino por no dejarla tirada.

A las nueve y diez, Arai apareció en la puerta con una blusa clara, una falda azul marino y la misma expresión de alguien que no había venido a perder el tiempo. Si había dormido mal, no se le notaba de forma evidente, aunque había algo en su cara, quizá en la tensión de la mandíbula o en la rapidez con la que miró alrededor, que no encajaba del todo.

—Buenos días.

—Buenos días —respondí—. Gracias por la documentación.

—No quería que sufrieras.

—Qué consideración.

—No te acostumbres.

Me levanté, cogí la chaqueta y la carpeta.

—¿Vamos?

—Vamos.

El trayecto hasta Sarrià fue menos incómodo de lo que esperaba, quizá porque Arai dedicó los primeros minutos a explicarme el historial del inmueble con una precisión que dejaba poco espacio para conversaciones innecesarias. El edificio estaba en una calle tranquila, con fachada antigua, balcones de hierro forjado y ese aire de propiedad venida a menos que en nuestro sector podía significar una ruina carísima o una oportunidad excelente. A veces ambas cosas.

—El propietario heredó el edificio de su tía —explicó Arai mientras subíamos la escalera—. Quiere vender, pero cada vez que se acerca la firma decide que quizá debería conservarlo porque «ya no se hacen cosas así».

—¿Y tiene razón?

—Sí. Ese es parte del problema.

La miré.

—¿Parte?

—La otra parte es que cree que eso justifica pedir un veinte por ciento más de lo razonable.

—Eso es habitual.

—Lo habitual no siempre es soportable.

Durante la visita, Arai habló poco, pero intervino justo cuando hacía falta. Conocía los puntos débiles, las dudas del propietario, las obras necesarias y las posibilidades reales del espacio. No intentó impresionarme. Tampoco suavizó nada. Cuando una pared tenía humedades, decía humedades. Cuando una terraza podía convertirse en un argumento de venta, lo explicaba sin convertirla en un milagro arquitectónico. Era directa, práctica y bastante más útil que la mitad de los informes que había leído desde mi llegada.

Al salir a la calle, el calor nos golpeó de lleno.

—¿Veredicto? —preguntó.

—Tiene potencial.

—Eso dicen todos antes de gastar más dinero del previsto.

—También tiene problemas.

—Me tranquiliza que los hayas visto.

—¿Dudabas de mí?

—Estoy intentando no convertirlo en costumbre.

No pude evitar mirarla con cierta diversión. Ella caminaba a mi lado con la carpeta pegada al cuerpo, el pelo recogido y la expresión de quien probablemente estaba funcionando con menos horas de sueño de las recomendables.

—¿Dormiste mal? —pregunté antes de pensarlo demasiado.

Arai me miró de reojo.

—¿Eso forma parte del análisis del edificio?

—No.

—Entonces no veo la relevancia.

—Pareces cansada.

—Qué habilidad para el cumplido, señor Montalbán.

—No era un cumplido.

—Eso ya lo había deducido.

Estuvimos a punto de cruzar la calle, pero un coche pasó demasiado rápido y Arai se detuvo en seco. Fue un gesto mínimo, instintivo, pero la vi tensarse durante una fracción de segundo. No supe si fue por el coche, por el cansancio o por algo que no tenía nada que ver conmigo.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí. Barcelona recordándome que la paciencia vial es un mito.

El tono fue normal, quizá demasiado normal. No insistí.

Volvimos a la oficina casi en silencio. Al llegar, Carla estaba en recepción.

La vi antes de que Arai dijera nada. Carla llevaba un vestido verde, gafas de sol sobre la cabeza y una bolsa de una tienda que probablemente no vendía nada que pudiera definirse como necesario. Al verme, sonrió. Al ver a Arai, sonrió más.

—Amore.

Se acercó y me besó en la mejilla.

—Pensaba que estabas en una sesión.

—He terminado antes. ¿Comemos?

—Tengo una reunión en veinte minutos.

—Entonces café.

Arai se quedó un paso atrás, en esa postura impecable que podía pasar por discreción profesional si uno no empezaba a conocerla.

—No te entretengo —dijo.

Carla la miró.

—Puedes venir. Así me cuentas cosas de Bruno en la oficina.

Arai parpadeó. Solo una vez.

—No creo que Recursos Humanos recomiende ese tipo de intercambio.

Carla rio.

—Me gusta mucho.

No supe si hablaba de la respuesta o de Arai. Sospeché que Arai tampoco, y quizá por eso su expresión fue todavía más neutra.

—Luego revisamos lo de Sarrià —dije.

—Claro.

Se marchó hacia los ascensores sin mirar atrás, aunque no hacía falta verla para saber que había captado cada detalle. Carla me cogió del brazo y tiró de mí hacia la salida.

—Tu asistente es divertida.

—No es mi asistente.

—¿No?

—Era la asistente de mi padre. Trabaja con dirección.

—Ajá.

La forma en que dijo «ajá» no me gustó especialmente.

—¿Qué?

—Nada. Solo que la corriges muy rápido.

—Porque no es exacto.

—Claro.

Nicolás habría disfrutado demasiado de aquella conversación. Por suerte, no estaba allí.

Comimos algo rápido en una cafetería cercana. Carla habló de su sesión, de una marca que quería proponerle una colaboración y me recordó la invitación para un evento en Milán. Yo escuché, respondí, comenté lo necesario. Era fácil estar con ella. Eso siempre había sido parte de la explicación. Carla no me pedía que abriera lugares que yo prefería mantener cerrados, no intentaba descifrar mis silencios y no convertía mi tendencia a ordenar el mundo en un defecto grave. A veces pensaba que esa era una forma de amor. O quizá solo era descanso.

Cuando regresé a la empresa, Arai me había dejado el informe de Sarrià sobre la mesa sin nota, y casi me decepcionó.

El resto del día pasó entre reuniones y llamadas. Al salir, ya tarde, volví a casa con la cabeza llena de cifras y de una imagen que no pertenecía a ningún informe: Arai deteniéndose en seco antes de cruzar, el coche pasando demasiado cerca y su expresión recuperándose tan deprisa que casi parecía no haber estado allí.

La casa estaba en silencio cuando llegué. Mi padre había salido a cenar con un antiguo socio, según una nota que dejó en la entrada. Subí a mi habitación, me quité la chaqueta y me quedé mirando la puerta cerrada del dormitorio de mi madre al otro lado del pasillo.

Me acerqué y comprobé el pomo; no se movió, y me sentí bastante estúpido por el alivio que eso me produjo.

Después entré en mi habitación, dejé la carpeta sobre el escritorio y encendí la lámpara. Sobre la cama había un libro que no recordaba haber sacado de ninguna estantería.

Lo reconocí al instante. Era de mi madre.

Una novela con el lomo gastado y un punto de lectura de tela azul asomando entre las páginas. La cogí despacio, como si pesara más de lo que debía. Al abrirla por el punto marcado, encontré una frase subrayada a lápiz que no recordaba haber visto antes.

Hay casas a las que uno vuelve mucho antes de estar preparado.

Cerré el libro con cuidado y miré hacia la puerta.

No había nadie, aunque por primera vez desde que había vuelto a Barcelona me costó bastante creerlo.

Capítulo 8



Arai

Lo primero que hice al abrir los ojos fue quedarme muy quieta.

No porque hubiera dormido bien ni porque el despertar invitara a la calma, sino porque mi cerebro recordó con bastante precisión que la noche anterior había dejado a Lola Montalbán en mi salón. Lola, la mujer de Antonio. La madre de Bruno. Una señora que llevaba tres años muerta y que, después de impedir que yo incendiara mi cocina con una tortilla, me había explicado lo mínimo para que mi vida dejara de tener cualquier lógica: llevaba meses intentando hablar con Antonio; él no la oía y, por algún motivo que ninguna de las dos entendía, yo sí podía verla.

Miré la puerta del dormitorio.

Seguía cerrada, aunque eso no significaba nada. Durante la noche había llegado a la conclusión de que los pestillos eran más un concepto emocional que una defensa real contra personas fallecidas. Aun así, me aferré a aquella puerta como si fuera la última frontera entre mi vida anterior y la nueva, que al parecer incluía fantasmas con buenos modales.

El piso estaba en silencio. Un silencio normal, de mañana entre semana, con el murmullo lejano del tráfico y el vecino de arriba arrastrando una silla como si intentara mover un piano sin ayuda. Durante unos segundos casi conseguí convencerme de que todo había sido un sueño. Uno muy elaborado, muy absurdo y con demasiada información empresarial, pero un sueño al fin y al cabo.

Entonces oí una voz al otro lado de la puerta.

—No he entrado.

Cerré los ojos.

—Joder.

—Lo aclaraste anoche.

—No he preguntado nada ahora.

—Pero estabas pensando en ello.

Me llevé las manos a la cara y respiré hondo. No sabía si me daba más miedo que Lola siguiera allí o que hubiera empezado a contestar a pensamientos que yo no había pronunciado. Abrí la puerta apenas unos centímetros, apenas para asomar la cabeza con la dignidad de quien intenta mantener algún tipo de autoridad en su propia casa.

Lola estaba en el pasillo, de pie, con el mismo aspecto impecable de la noche anterior y una tranquilidad que me pareció injusta en todos los sentidos posibles. No parecía haber pasado la noche en vela. Tampoco parecía haber dormido, claro, porque esa parte del funcionamiento fantasmagórico seguía pendiente de explicación.

—Buenos días —dijo.

—No.

—¿No qué?

—No empieces con buenos días como si esto fuera normal.

—Es una fórmula de cortesía.

—Tú eres una muerta en mi pasillo.

—También lo era anoche y aun así terminamos hablando.

—Anoche estaba en *shock*. Hoy todavía no he tomado café.

Lola inclinó la cabeza con una seriedad muy estudiada.

—Entiendo que eso empeora la situación.

—No sabes cuánto.

Fui al baño sin cerrar la puerta de golpe, más que nada porque no quería darle la satisfacción de parecer histérica dos días seguidos. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y me miré al espejo. Tenía ojeras, el pelo con ideas propias y una expresión que habría preocupado a cualquier persona con un mínimo de empatía.

—¿Sigues ahí? —pregunté.

—Sí.

—Era una pregunta retórica.

—No estaba segura.

—Pues empieza a asumir que muchas cosas que diga a partir de ahora serán retóricas. Es un mecanismo de defensa.

—Lo tendré en cuenta.

Me vestí rápido, con la sensación de que, si me detenía demasiado, mi vida se desmontaría del todo. Blusa blanca, pantalón negro, sandalias cómodas, el pelo recogido y maquillaje mínimo, porque bastante tenía con parecer viva después de haber pasado la noche con una fantasma en el salón.

Cuando salí hacia la cocina, Lola me siguió a una distancia prudente.

—¿Tienes que caminar detrás de mí?

—No sé cuál es la distancia adecuada.

—La distancia adecuada sería tres años y un cementerio.

Lola se quedó callada. Me giré de golpe, arrepentida antes incluso de verle la cara.

—Perdón. Eso ha sido horrible.

Ella me miró con una mezcla de sorpresa y diversión suave.

—Ha sido bastante horrible, sí.

—No quería…

—Lo sé.

Aquella respuesta me dejó sin réplica. Lola tenía una forma de decir «lo sé» que no sonaba a reproche, como si entendiera incluso las cosas que una decía mal porque estaba asustada. Eso era profundamente incómodo, porque me resultaba mucho más fácil enfrentarme a una aparición elegante y sarcástica que a una mujer muerta capaz de no enfadarse antes del café.

Me puse a preparar la cafetera con manos torpes.

—Necesito establecer normas.

—Me parece razonable.

—Primera norma: nada de aparecer en mi dormitorio. Segunda: nada de aparecer en el baño. Tercera: si vas a moverte por mi casa, haz algún ruido normal antes de hablar. Carraspea, tose, canta una copla, lo que sea, pero no me hables de golpe desde una esquina, porque me va a dar algo.

—No sé si puedo toser.

—Pues practicas.

Lola asintió con una seriedad que me habría hecho gracia si mi vida no acabara de convertirse en una cosa rarísima.

—Yo también estoy aprendiendo —dijo—. No siempre puedo tocar objetos. A veces sí, a veces no. Depende del objeto, del momento y, sospecho, de lo irritada que esté.

—Eso explica la planta.

—La planta estaba pidiendo auxilio.

—La planta estaba sobreviviendo a su manera.

—Arai, esa planta no sobrevive; negocia con la muerte.

La miré con la taza en la mano.

—Mira quién fue a hablar.

Lola sonrió, y esta vez fui yo quien tuvo que esconder una risa detrás del primer sorbo de café. Estaba mal. Todo aquello estaba mal. Pero una parte de mí, la más insensata y quizá la más agotada, empezaba a aceptar que, si iba a perder la cabeza, al menos el delirio tenía buen ritmo.

—Tengo que ir a trabajar —dije.

—Lo sé.

—No puedes venir conmigo.

—Sí puedo.

Casi escupí el café.

—No era una invitación.

—Ya lo he entendido, pero necesito acercarme a Antonio.

—No.

—Arai.

—No me digas Arai con tono de señora que va a convencerme de algo, porque no va a funcionar.

—Necesito verlo.

—Y yo necesito conservar mi trabajo, mi cordura y, si puede ser, la capacidad de subir en un ascensor sin hablar sola delante de nadie.

Lola juntó las manos delante del cuerpo, elegante incluso en mitad de una negociación imposible.

—No tienes por qué hacerlo.

—Qué fácil lo ves desde tu lado del problema.

—Solo necesito estar cerca de él.

Me apoyé en la encimera. No quería entenderla. Entenderla era el primer paso para hacer alguna estupidez, y yo llevaba años construyendo una reputación basada precisamente en no hacer estupideces antes de las nueve de la mañana.

—Antonio no te ve —dije.

La expresión de Lola cambió apenas, pero bastó.

—Lo sé.

—Y si yo empiezo a decirle que su mujer muerta está siguiéndome por la oficina, no va a pensar que soy una intermediaria espiritual. Va a pensar que necesito vacaciones, medicación o ambas cosas.

—No te pido que se lo digas hoy.

—Eso implica que me lo vas a pedir otro día.

—Probablemente.

Me quedé mirándola, odiando un poco su honestidad y mucho más la punzada de pena que me provocaba. Porque era terrible imaginar a Lola en aquella casa de Pedralbes, moviendo libros, apagando lámparas, intentando hacerse notar ante un hombre que no sabía escuchar ni cuando las señales venían del más allá. Y era todavía peor porque conocía a Antonio. Sabía que, si hubiera podido verla una sola vez, se habría roto por dentro con esa misma dignidad silenciosa con la que lo hacía todo.

—Solo vienes —dije al fin—. No hablas. No te sientas en mi mesa. No comentas nada. No me das sustos. No opinas de Bruno, ni de Carla, ni de nadie.

—Son muchas normas para alguien que no está organizada.

—Pues te organizas.

—Intentaré no ofenderme por lo de no opinar de nadie.

—Te ofenderías menos si no se te notaran las ganas.

—Es posible.

Terminé el café, cogí el bolso y comprobé que llevaba el móvil, las llaves y la carpeta del hotel rural. Después miré a Lola.

—¿Cómo funciona esto? ¿Vienes andando? ¿Te metes en el ascensor? ¿Atraviesas paredes? Necesito saber con qué nivel de ridículo voy a convivir.

—Puedo ir andando.

—Gracias a Dios.

—Aunque atravesar puertas resulta práctico.

—No lo hagas delante de mí.

—Lo tendré en cuenta.

El trayecto hasta la oficina fue un ejercicio de autocontrol. En el ascensor de casa coincidimos con un vecino del tercero que llevaba una bolsa de basura y que no sospechaba que estaba compartiendo espacio con una mujer fallecida que había presidido más cenas de Navidad de Montalbán & Soler Inversiones que él reuniones de comunidad. Cuando me saludó, respondí con demasiada energía.

—Estás muy rígida —dijo Lola.

—Estoy fingiendo que no voy acompañada de una muerta.

—Lo haces bastante bien.

—No me evalúes.

Después caminamos hasta la parada y subimos al autobús. Pasé quince minutos mirando por la ventanilla mientras Lola observaba Barcelona con una atención que me descolocó. No hizo comentarios. No preguntó nada. Solo miraba las calles, la gente, los escaparates, los árboles, como si llevara mucho tiempo sin poder recorrer la ciudad así.

Aquello me dio demasiada pena para la hora que era.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste de casa antes de…? —Empecé, pero me detuve porque no sabía cómo terminar la frase.

—Antes de morirme —dijo ella con naturalidad.

—Podrías no decirlo así.

—Podría, pero no cambiaría nada. Salí el mismo día. Por eso resulta tan absurdo. Uno no piensa que la última vez que cierra una puerta es la última.

No supe qué responder. Por suerte, el autobús frenó, alguien pidió paso y la realidad cotidiana me dio una excusa para no abrir un hueco emocional tan temprano.

Llegamos a la oficina a las ocho y media. Subí en el ascensor con tres personas de administración, un comercial que hablaba por teléfono y Lola, que miraba los botones como si estuviera valorando el diseño. Yo mantuve la vista fija en la pantalla que marcaba los pisos y deseé con todas mis fuerzas que nadie notara que mi hombro derecho estaba tenso porque una fantasma estaba demasiado cerca.

Al salir, hice lo que llevaba años haciendo: sonreí, saludé, revisé mensajes y me senté en mi mesa como si mi vida no acabara de volverse incompatible con cualquier formulario de prevención de riesgos. Lola se quedó a mi lado, observando la oficina con una emoción contenida que me hizo apretar los labios.

—No digas nada —susurré sin mirarla.

—No lo he hecho.

—Pero lo iba a hacer.

—Solo pensaba que han cambiado las plantas de recepción.

—Lola.

—Perdón.

Abrí el correo y empecé a responder mensajes con la determinación de una mujer que había decidido sobrevivir a base de tareas. Todo normal. Todo aburrido. Bendito aburrimiento.

Antonio llegó poco antes de las nueve.

El efecto en Lola fue inmediato.

Lo vi cruzar la oficina con su paso tranquilo, saludando a dos empleados y deteniéndose junto a mi mesa como hacía siempre. Llevaba una carpeta bajo el brazo y esa expresión suya de hombre que parecía tenerlo todo bajo control incluso cuando no recordaba dónde había dejado el móvil.

—Buenos días, Arai.

—Buenos días, Antonio.

Lola se había quedado a mi izquierda. Muy cerca. Demasiado cerca.

—¿Tienes un minuto? —preguntó él.

—Sí.

—Quería revisar contigo la lista definitiva del hotel antes de hablar con Bruno.

—Claro.

Antonio dejó la carpeta sobre mi mesa. Lola lo miraba como si el mundo se hubiera estrechado hasta dejar solo a ese hombre, sus manos, su voz y la arruga leve entre las cejas. Yo no sabía dónde mirar. A la pantalla. A la carpeta. A Antonio. A cualquier sitio que no fuera ella.

—Has dormido poco —dijo Antonio.

—Empieza a ser una observación muy popular.

—¿Todo bien?

Antes de que pudiera responder, Lola dio un paso hacia él.

—Antonio…

Fue apenas un murmullo, pero a mí me atravesó entera.

Él no se movió, no parpadeó ni levantó la vista. Solo abrió la carpeta y señaló el listado de asistentes.

—Beatriz ha incluido a los jefes de equipo de reformas. Me parece bien, pero no sé si el hotel tiene suficientes habitaciones individuales.

Yo tragué saliva.

—Lo compruebo ahora.

—Gracias.

Antonio siguió hablando de habitaciones, horarios y una posible cena con el equipo directivo. Yo asentía, apuntaba y respondía con una profesionalidad que merecía algún tipo de premio, porque a menos de medio metro su mujer muerta acababa de decir su nombre y él no había oído nada.

Cuando Antonio se marchó, Lola no lo siguió. Se quedó al lado de mi mesa, mirando el espacio por el que él había desaparecido.

—No me oye —dijo.

No era una pregunta.

—No.

—Ni siquiera aquí.

—Lola…

—Pensé que quizá en la oficina sería distinto.

La frase me dejó sin aire un segundo. Porque entendí entonces que para ella aquello no había sido solo acompañarme. Había sido una prueba. Una esperanza pequeña, absurda, pero esperanza al fin y al cabo.

—Lo siento.

Lola asintió despacio, sin mirarme.

—Yo también.

El teléfono de mi mesa sonó y las dos dimos un respingo. Bueno, yo di un respingo. Lola solo se sobresaltó con elegancia, que era bastante irritante.

Era Vidal, por supuesto. Quería adelantar la llamada, cambiar el enfoque de la reunión y comprobar si Bruno estaba disponible «un momento». Le expliqué, con toda la calma que pude reunir, que Bruno no estaba disponible un momento, ni medio, ni un cuarto, y que la llamada se mantenía a la hora prevista.

Cuando colgué, había recuperado algo de color.

—Era Vidal —dije, no sé muy bien por qué.

—Nunca me cayó bien.

La miré.

—¿Conoces a Vidal?

—Claro. Una vez intentó explicarme durante veinte minutos que una terraza pequeña podía considerarse un espacio exterior de lujo si se decoraba bien.

—Sigue siendo él.

—Qué disgusto comprobar que algunas cosas no cambian.

La risa me salió sin permiso, breve y bajita. Una compañera de administración me miró desde su mesa, y yo fingí que estaba leyendo algo divertido en la pantalla.

—Cuidado con reírte sola —dijo Lola.

—Gracias por el aviso. No se me había ocurrido.

—Estoy ayudando.

—Estás complicando.

—También.

A las nueve y diez, Bruno apareció en la puerta de su despacho con la chaqueta puesta y la carpeta de Sarrià en la mano.

—¿Vamos?

Miré a Lola, que seguía junto a mi mesa con una tristeza demasiado reciente en la cara.

—Tú te quedas aquí —susurré.

—Arai…

—Aquí. Ni Bruno, ni coche, ni obra, ni comentarios maternales. Ahora no.

Lola abrió la boca como si quisiera discutir, pero al final miró hacia Bruno y se quedó callada.

—Está bien.

No me fie. Habría sido absurdo fiarme de una mujer muerta que llevaba menos de veinticuatro horas en mi vida y ya había conseguido meterse en mi casa, en mi ascensor y en mi oficina.

Me levanté con la carpeta contra el pecho y caminé hacia Bruno, intentando parecer una persona normal. No lo era, claro. Pero todavía confiaba en poder fingirlo durante una visita a Sarrià.

La confianza me duró hasta que entramos en el ascensor.

—No pienso quedarme aquí —dijo Lola a mi lado.

Cerré los ojos.

Bruno me miró.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —respondí—. Solo estaba repasando mentalmente el orden de la visita.

—¿Con los ojos cerrados?

—Me ayuda a concentrarme.

Lola, muy digna, se colocó al otro lado de Bruno.

—Además, quiero ver cómo trabaja mi hijo.

—Ni se te ocurra —murmuré.

Bruno volvió a mirarme.

—¿Perdón?

—Que ni se te ocurra olvidarte de que el propietario es sensible con el edificio. —Improvisé—. Si entramos hablando solo de números, se cerrará en banda.

Bruno asintió, serio.

—Lo tendré en cuenta.

Lola me sonrió con una satisfacción insoportable.

—¿Ves? Si hasta le eres útil cuando hablas conmigo.

Fuimos en el coche de Bruno. Yo habría preferido ir andando, en metro o arrastrándome por la Diagonal si hacía falta, pero Sarrià no estaba precisamente a la vuelta de la esquina y Bruno ya tenía las llaves en la mano antes de que pudiera inventarme una excusa digna.

Lola se sentó detrás.

No necesitó abrir la puerta. De repente estaba allí, en el asiento trasero, muy recta, muy elegante y muy muerta.

—No hagas eso —susurré mientras me abrochaba el cinturón.

Bruno, sentado al volante, giró apenas la cabeza.

—¿El qué?

—Nada. Hablaba conmigo.

—¿Te das órdenes en voz baja?

—A veces funciona.

—Interesante.

Lola se inclinó entre los dos asientos.

—Conducía mejor de joven.

Apreté los labios.

—No voy a contestar a eso.

Bruno me miró de reojo.

—¿A qué?

—A nada.

—Has dicho que no ibas a contestar.

—A un pensamiento.

—¿Tus pensamientos suelen exigir respuesta?

—Últimamente sí.

Lola observó a Bruno con una mezcla de orgullo y tristeza que me apretó algo en el pecho.

—Tiene la misma forma de sujetar el volante que Antonio. Demasiado fuerte, como si el coche fuera a discutirle algo.

Solté una tos rara para no reírme.

—¿Estás bien? —preguntó Bruno.

—Sí. Alergia.

—¿Otra vez?

—Es una semana muy alérgica.

Lola miró por la ventanilla.

—Y esa camisa le queda demasiado seria.

—Por favor —murmuré.

—¿Por favor qué? —preguntó Bruno.

—Por favor, aparca cerca si puedes. Hace calor.

—Claro.

Lola sonrió.

—Mientes bastante bien bajo presión.

—No me ayudes —dije entre dientes.

Bruno frenó en un semáforo y me miró con más atención.

—Arai, ¿seguro que estás bien?

Yo sonreí con una naturalidad que probablemente habría asustado a cualquiera que me conociera de verdad.

—Perfectamente. Solo necesito que esta visita salga rápida, limpia y sin sorpresas.

Desde el asiento trasero, Lola suspiró.

—Qué poca fe tienes en la vida.

No contesté, porque si lo hacía, Bruno iba a aparcar el coche y llamar a recursos humanos antes de llegar a Sarrià.

La visita al edificio fue, objetivamente, bien. Subimos escaleras, revisamos humedades, hablamos de licencias, del propietario, de la reforma y de todas esas cosas que en mi vida anterior habrían ocupado el centro de mi atención.

En mi vida nueva, el centro de mi atención era Lola Montalbán opinando desde una esquina.

—Esta barandilla es preciosa.

—No digas nada.

Bruno, dos escalones por delante, se volvió.

—¿Decías?

—Que la barandilla es preciosa —respondí.

Lola sonrió.

—Lo es.

Bruno miró la barandilla, luego me miró a mí.

—Sí. Puede conservarse.

—Eso mismo iba a decir.

—Ya.

Su tono no fue de sospecha, pero tampoco de absoluta confianza. En algún momento de la visita, Bruno empezó a mirarme como si intentara decidir si yo estaba cansada, distraída o directamente necesitada de una intervención suave. No podía culparlo. Desde fuera, yo debía de parecer una mujer muy competente atravesando una pequeña avería interna.

Cuando volvimos a la oficina, Carla estaba en recepción. Bruno la vio primero, y yo vi a Lola verla a ella.

Eso, por desgracia, fue mucho peor.

—Ah —dijo Lola.

—No —susurré.

—Solo he dicho ah.

—Ese ah no me gusta.

Bruno se detuvo a mi lado.

—¿Qué?

—Nada.

Carla sonrió al vernos.

—Amore.

Lola ladeó la cabeza.

—Conque esta es Carla.

Yo apreté la carpeta contra el pecho y recé por no contestar en voz alta.

—No te entretengo —dije, dando un paso atrás.

Carla me miró con interés.

—Puedes venir. Así me cuentas cosas de Bruno en la oficina.

—No creo que Recursos Humanos recomiende ese tipo de intercambio.

Carla rio.

—Me gusta mucho.

Lola, a mi lado, no apartaba los ojos de ella.

—Es guapa.

—Luego revisamos lo de Sarrià —dijo Bruno.

—Claro —respondí.

—Pero no es para él —añadió Lola.

Me fui hacia mi mesa sin mirar atrás, porque si me quedaba un segundo más, iba a contestarle a una muerta delante de la novia italiana de mi jefe, y había límites que incluso mi nueva vida paranormal debía respetar.

Al llegar, dejé la carpeta de Sarrià sobre el escritorio de Bruno y respiré como si acabara de sobrevivir a una prueba física. Lola apareció a mi lado, serena y satisfecha.

—Ha ido bastante bien.

La miré.

—Lola, Bruno cree que he dejado la medicación; Carla acaba de conocerme mientras yo discutía mentalmente contigo y tú has decidido que su novia no es para él después de verla tres segundos.

—No he decidido nada.

—Has dicho que no es para él.

—Eso no es decidir. Es observar.

Me senté, abrí el correo y apoyé las manos sobre el teclado.

—Mañana no vienes.

—Arai…

—Mañana no vienes.

Lola miró hacia el despacho de Bruno y después hacia el pasillo por donde Antonio había desaparecido un rato antes.

—Ya veremos.

Y entonces entendí que mi problema no era haber conocido a una fantasma, sino que aquella fantasma tenía agenda propia.

Capítulo 9



Bruno

Casi no dormí.

No lo suficiente como para que al día siguiente resultara evidente, pero sí lo justo para notar la cabeza más pesada de lo habitual y esa sensación desagradable de haber pasado la noche rozando una idea sin llegar a atraparla. La culpa, en teoría, la tenía el libro de mi madre. En la práctica, quizá era más fácil culpar a un objeto que admitir que la casa llevaba dos noches comportándose de una manera que no terminaba de gustarme.

El libro seguía sobre la mesa de mi habitación cuando me levanté.

No lo había vuelto a tocar desde la noche anterior, después de leer aquella frase subrayada: *«Hay casas a las que uno vuelve mucho antes de estar preparado»*. Era una frase cualquiera. Una línea de una novela. Algo que mi madre pudo haber marcado años atrás por motivos que no tenían nada que ver conmigo, con mi vuelta a Barcelona ni con la puerta de su dormitorio abriéndose sola.

Esa era la explicación razonable.

También era la explicación que menos me tranquilizaba.

Me vestí, bajé a desayunar y encontré a mi padre en la cocina, leyendo el periódico con la taza de café junto al plato. Tenía esa expresión de concentración tranquila que podía aplicar tanto a una crisis empresarial como a una tostada demasiado hecha. A veces pensaba que mi padre había perfeccionado el arte de parecer sereno hasta el punto de que ni él mismo sabía cuándo dejaba de estarlo.

—Buenos días —dijo sin levantar la vista.

—Buenos días.

Me serví café y me quedé un momento junto a la encimera, dudando. No era una conversación que quisiera tener, pero la pregunta llevaba toda la noche ocupándome un espacio incómodo.

—¿Entraste ayer en la habitación?

Mi padre levantó la mirada.

—No.

—¿Seguro?

—Bastante.

—Había un libro sobre la cama.

—¿Un libro?

—De mamá.

Algo cambió en su cara. Muy poco. Apenas una tensión breve en la mandíbula, pero lo suficiente para que yo supiera que el tema había tocado un punto sensible.

—¿Cuál?

Le dije el título. Mi padre dejó el periódico a un lado.

—Era uno de sus favoritos.

—No lo recordaba.

—Tu madre tenía muchos favoritos. Era poco fiable con eso.

La frase casi le hizo sonreír, aunque no llegó a hacerlo. Yo bebí un sorbo de café y dejé la taza sobre la encimera.

—No sé cómo llegó a mi habitación.

Mi padre sostuvo mi mirada un segundo más de lo normal.

—Quizá lo subiste sin darte cuenta.

—No.

—Entonces lo habrá dejado alguien.

—¿Quién?

No contestó enseguida. Miró hacia el pasillo, como si la casa pudiera ofrecerle una respuesta práctica. Por supuesto, no lo hizo.

—Preguntaré a Carmen —dijo al fin.

Carmen era la mujer que ayudaba en casa dos veces por semana desde hacía años. La explicación tenía sentido. También tenía un problema: Carmen no había ido el día anterior.

—No estuvo ayer.

Mi padre volvió a coger el periódico, aunque no lo abrió.

—Entonces no lo sé.

Eso fue todo. En boca de mi padre, aquellas tres palabras eran casi una rendición. No insistí. Si lo hacía, la conversación podía acabar en sitios que ninguno de los dos tenía ganas de pisar antes de las ocho de la mañana.

—Hoy revisaremos Sarrià con Arai —dije, cambiando de terreno.

—Bien.

—El informe está bastante claro.

—Ella suele serlo.

Lo dijo con naturalidad, sin énfasis, como quien habla de una herramienta fiable o de una puerta que siempre cierra bien. Aun así, noté algo más debajo. Agradecimiento, quizá. O esa forma de afecto seco que mi padre reservaba para las personas que habían estado más cerca de él de lo que admitía.

—Confías mucho en ella.

—Me ha dado motivos.

—Eso ya lo dijiste.

—Y sigue siendo verdad.

No añadí nada. Mi padre tampoco. Desayunamos en silencio, y por primera vez en años tuve la sensación extraña de que el silencio no era solo nuestro. Como si hubiese una tercera ausencia sentada a la mesa, ocupando el lugar que nadie se atrevía a mirar demasiado.

Llegué a la oficina antes de las nueve.

La mañana ya estaba en marcha en la Diagonal, con el tráfico acumulándose cerca de Francesc Macià y los bares llenos de gente que parecía resolver media vida con un café rápido. Al entrar en mi despacho, encontré el informe de Sarrià sobre la mesa. Arai lo había dejado ordenado, con dos pestañas adhesivas y una nota breve.

«Revisado. Sin milagros, pero con opciones. A.»

Me quedé mirando la nota más tiempo del necesario. No porque me hiciera gracia, por supuesto. Solo porque era una forma bastante precisa de resumir aquella operación.

Arai apareció diez minutos después.

Llevaba una blusa azul claro, el pelo recogido y la expresión de quien había decidido funcionar a pesar de lo que fuera que tuviera encima. Había algo en ella que seguía sin encajar. No era cansancio sin más. Era una atención partida, como si una parte de su cabeza estuviera en la reunión y otra pendiente de algo que podía ocurrir en cualquier momento.

—Buenos días —dije.

—Buenos días.

—Gracias por el informe.

—No quería que te enfrentaras al propietario armado solo con optimismo.

—No suelo llevar optimismo a las reuniones.

—Eso explica muchas cosas.

Entró y se sentó frente a mí, dejando la tableta sobre la mesa. La naturalidad con la que ocupaba el despacho empezaba a resultarme llamativa. No invadía, no se imponía, pero tampoco se comportaba como si aquel lugar pudiera intimidarla.

—He dejado dos estrategias marcadas —dijo—. Una para negociar precio y otra para introducir la conservación de elementos originales como parte del acuerdo.

—Si el precio sigue alto, hacemos una oferta por debajo y dejamos claro que no vamos a entrar en su juego.

Arai levantó la vista del informe.

—Si haces eso, se cerrará.

—O entenderá que no pensamos pagar nostalgia a precio de ático reformado.

—No es nostalgia. Es su edificio familiar.

—Es una operación.

—Para nosotros. Para él no.

Apoyé el bolígrafo sobre la mesa.

—No podemos dirigir la empresa en función de lo que cada propietario siente por sus molduras.

—Y tampoco podemos entrar como si todo el mundo estuviera esperando que Bruno Montalbán llegara de Hamburgo a explicarles cómo se hacen las cosas.

El silencio cayó de golpe.

Arai sostuvo mi mirada, consciente de que había ido demasiado lejos y, aun así, sin retroceder. Aquella era una de las cosas que más empezaban a irritarme de ella: no disparaba sin pensar, pero cuando lo hacía, no fingía que se le había escapado.

—Interesante —dije.

—¿El qué?

—Que creas que esto va de mí.

—¿Y no?

—Va de cerrar una operación.

—Entonces escucha a quien lleva meses tratando con el propietario.

—Te estoy escuchando.

—No. Estás esperando a que termine para decirme por qué lo harías diferente.

Tenía respuesta para eso. Varias, de hecho. El problema era que ninguna me dejaba en buen lugar.

—No he venido a deshacer todo lo que se ha hecho hasta ahora —dije.

—Pues a veces lo parece.

—Quizá porque hasta ahora nadie me ha dejado tocar nada sin ponerse en guardia.

—Quizá porque has llegado tocándolo todo como si hubiera una alarma de incendio y solo tú supieras dónde está la salida.

—Arai.

—¿Qué?

—Estamos hablando de Sarrià.

—No, Bruno. Estamos hablando de Sarrià con una capa bastante evidente de «yo necesito demostrar que puedo dirigir esto» y otra de «yo necesito que no me descoloquen todo lo que lleva años funcionando».

La precisión me molestó bastante más que el tono.

—Al menos reconoces tu parte.

—Soy muchas cosas, pero no ciega.

Durante unos segundos no dijimos nada. En el pasillo sonó un teléfono, alguien rio cerca de recepción y la oficina siguió funcionando con una normalidad que contrastaba demasiado con aquella tensión cerrada entre los dos.

—Bien —dije al fin—. Entonces hagamos algo útil con toda esta sinceridad. Explícame cómo negociarías tú.

Arai no sonrió, pero su postura cambió apenas, como si esa fuera la primera frase sensata que había oído desde que había entrado.

—Primero, no empezaría por el precio.

—Eso es justo lo que hay que cerrar.

—Sí, pero no lo que él necesita oír primero.

—¿Y qué necesita oír?

—Que entendemos lo que vende. Luego ya le recordamos, con mucho cariño, que lo que vende también tiene humedades, licencias pendientes y una reforma carísima.

—Mucho cariño.

—El justo para que no nos cueste cincuenta mil euros más.

A pesar de todo, casi sonreí.

—De acuerdo. Veamos tus dos opciones.

La reunión con mi padre fue media hora después.

Arai se sentó a mi derecha, con el informe abierto y esa profesionalidad afilada que parecía usar como escudo. Mi padre escuchó en silencio mientras le presentábamos las opciones para Sarrià. No interrumpió hasta el final, lo cual en él era señal de interés, no de acuerdo.

—Podríamos ofrecer conservar la escalera principal y, al mismo tiempo, esperar a que baje el precio —dijo.

Arai no me miró, pero noté la energía exacta de su «te lo dije» atravesando la mesa.

—Podríamos —respondí—, pero perderíamos fuerza en las dos direcciones.

Mi padre me observó.

—¿Por qué?

—Porque si el propietario entiende que estamos dispuestos a integrar elementos por valor sentimental, no tendrá prisa por bajar precio. Y si esperamos demasiado, puede aparecer otro comprador dispuesto a pagar por romanticismo mal calculado.

Arai bajó la vista al papel. Juraría que estaba conteniendo una sonrisa.

—Romanticismo mal calculado —repitió mi padre.

—Es una forma de decirlo.

—No es mala.

Arai intervino entonces, muy tranquila.

—La conservación de la escalera tiene sentido si se plantea como parte de la identidad del proyecto, no como una concesión emocional. Si lo vendemos bien, puede ayudarnos en la salida. Pero hay que cerrar precio antes de que el propietario lo convierta en un argumento para subirlo.

Mi padre asintió despacio.

—De acuerdo.

Solo eso.

De acuerdo.

Arai no celebró la victoria, pero su bolígrafo dejó de moverse entre los dedos. Era un gesto mínimo, y aun así me resultó absurdo fijarme en él.

Cuando mi padre salió, ella empezó a recoger las carpetas.

—Ha ido bien —dije.

—Ha ido sorprendentemente bien.

—¿Dudabas de nosotros?

—Dudaba del concepto «dos decisiones incompatibles» aplicado a Antonio.

—Te ha hecho caso.

—A ti.

—A los dos.

Arai me miró como si aquella precisión le importara más de lo que habría querido admitir.

—A los dos —aceptó.

El teléfono de mi mesa sonó antes de que pudiera decir nada más. Era Carla.

Vi su nombre en la pantalla y, por alguna razón, Arai también lo vio. No hizo ningún gesto raro. Solo cerró la carpeta con un poco más de cuidado.

—No te entretengo —dijo.

—Arai.

Se detuvo en la puerta.

—¿Sí?

No sabía por qué la había llamado. Ese fue el problema. Había algo en su forma de irse que me había dado la impresión de estar cerrando una puerta antes de que yo supiera si quería cruzarla.

—Buen trabajo.

Su expresión cambió apenas. Casi nada.

—Gracias.

Salió del despacho y respondí la llamada.

—Amore —dijo Carla en cuanto descolgué—. Dime que hoy comes conmigo.

Miré la agenda abierta en la pantalla.

—Tengo una reunión en media hora.

Hubo un silencio breve al otro lado. No fue dramático, pero sí lo bastante largo para que entendiera que aquella respuesta no había caído bien.

—Perfecto —dijo—. Cuando termines, comemos.

—Carla…

—No, Bruno. No me digas, Carla, con esa voz. He dejado Hamburgo por ti, llevo días en Barcelona y me tienes como si hubiera venido a pasar un fin de semana largo.

Me quedé quieto.

—No te tengo abandonada.

—¿No? Porque yo he tenido que preguntar en recepción si estabas en la oficina o si seguías en una visita. A tu novia. En la recepción de tu empresa.

—He estado en Sarrià.

—Ya lo sé. Con Arai.

El nombre quedó entre los dos con más intención de la necesaria.

—Era una visita de trabajo.

—No he dicho lo contrario.

—Entonces no lo digas así.

—¿Así cómo?

Cerré los ojos un segundo. Aquello no iba a resolverse con una frase práctica, y esa era precisamente la clase de conversación para la que yo nunca encontraba el tono correcto.

—Estoy en plena transición, Carla. Hay muchas cosas que cerrar.

—Y yo estoy intentando encajar en una vida que, por ahora, parece no tener sitio para mí.

No respondí enseguida.

—Además —continuó—, tengo que confirmar lo de Milán. Te lo he recordado tres veces y tú sigues haciéndote el sueco.

—No me estoy haciendo el sueco.

—Bruno, vivías en Hamburgo. No me obligues a hacer el chiste fácil.

A pesar de todo, casi sonreí.

—No sé si puedo ir.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo ahora.

—Pues necesito una mejor. Es importante para mí.

Aquello sí me golpeó. No porque Carla levantara la voz, que no lo hizo, sino porque por primera vez en días dejó de sonar ligera. Debajo del vestido bonito, los eventos y las frases dichas como si todo pudiera arreglarse con una lámpara nueva, había una mujer que empezaba a sentirse fuera de sitio.

—Lo sé —dije.

—No, no lo sabes. O no lo estás demostrando.

Miré hacia la puerta cerrada del despacho. Pensé en mi padre, en la empresa, en el libro de mi madre sobre la mesa de mi habitación y en Arai saliendo de mi despacho como si yo acabara de tocarle un nervio.

—Comemos cuando termine la reunión —dije al fin.

—Bien.

—Y hablaremos de Milán.

—Eso espero.

Colgó sin despedirse con su habitual «amore», y por primera vez desde que Carla había llegado a Barcelona, sentí que lo cómodo entre nosotros empezaba a exigir algo que yo no sabía si podía darle.

La reunión se alargó veinte minutos más de lo previsto. Cuando salí, Carla ya estaba en recepción.

No esperaba sentada. Esperaba de pie, con el bolso colgado del antebrazo, las gafas de sol en la mano y esa sonrisa perfecta que, en ella, podía significar muchas cosas distintas. A primera vista parecía tranquila. Yo, que la conocía mejor, supe que no lo estaba.

—¿Has terminado? —dijo.

—Sí.

—Qué suerte.

—Carla.

—No empieces otra vez con esa voz, por favor.

Se acercó, me besó en la mejilla y miró por encima de mi hombro hacia la zona de despachos. Arai estaba en su mesa, hablando por teléfono, con la espalda recta y el bolígrafo en la mano. No miraba hacia nosotros, pero tampoco hacía falta. La tensión se notaba igual.

—Vamos —dije.

Bajamos a la cafetería de la esquina. Carla pidió un café con leche vegetal y una ensalada que después apenas tocó. Yo pedí algo rápido porque tenía otra reunión a primera hora de la tarde y porque, en realidad, no tenía hambre.

—No vas a comerte eso —dijo ella.

—Sí.

—Bruno.

—Tengo poco tiempo.

—Ya. Ese es exactamente el problema.

Dejé los cubiertos sobre el plato.

—Estoy intentando organizarme.

—No. Estás intentando seguir como si todo fuera igual, pero no lo es. Yo ya no estoy en Hamburgo, tú ya no estás en Hamburgo, y lo nuestro no puede vivir de llamadas a última hora y huecos entre reuniones.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Lo dices porque es lo que toca decir.

No me gustó oírlo, quizá porque una parte de mí sospechaba que tenía razón.

—Carla, llevo tres días en la empresa.

—Y yo llevo tres días esperando a que me mires como algo más que una complicación añadida.

Aquello sí me hizo levantar la vista.

—No eres una complicación.

—Pues a veces lo parece.

Durante unos segundos solo se oyó el ruido de la cafetería, las tazas, las conversaciones de otras mesas y una máquina de café funcionando al fondo. Carla respiró hondo y se tocó el pendiente, un gesto suyo cuando intentaba no perder la paciencia.

—Tengo que confirmar nuestra asistencia al evento de Milán hoy —dijo—. No mañana. Hoy.

—¿Cuándo es?

Me miró como si acabara de confirmar todo lo que sospechaba.

—Te lo he dicho tres veces.

—Lo siento.

—El viernes de la semana que viene.

—Estamos fuera con las jornadas del hotel rural.

—Las jornadas acaban antes.

—No sé cómo va a quedar la agenda.

—Siempre hay agenda, Bruno. Siempre hay algo. Tu padre, la empresa, Sarrià, el hotel, una reunión, otra reunión, una llamada, Arai…

—No metas a Arai en esto.

—Yo no la estoy metiendo. Está metida.

—Es trabajo.

—Entonces dime que no estoy compitiendo con tu trabajo.

Abrí la boca, pero no contesté lo bastante rápido.

Carla sonrió sin ganas.

—Eso pensaba.

—No estás compitiendo con nadie.

—No me mientas para quedar bien. Lo odio.

—No te estoy mintiendo.

—Entonces ven a Milán conmigo.

La petición quedó encima de la mesa con una sencillez incómoda.

—No puedo confirmártelo ahora.

—Claro.

—Carla…

—No. Ya está. Lo confirmaré yo. Como siempre.

—No he dicho que no vaya.

—Tampoco has dicho que sí.

Se levantó, cogió el bolso y se puso las gafas de sol aunque estábamos dentro.

—No quiero montar una escena.

—No la estás montando.

—Lo sé. Por eso me voy antes de hacerlo.

Dejé dinero sobre la mesa y salí detrás de ella. En la calle, Carla se detuvo un momento, más seria de lo que solía mostrarse en público.

—Yo también he cambiado cosas por ti, Bruno.

—Lo sé.

—Pues empieza a comportarte como si lo supieras.

Me besó en la mejilla, esta vez sin suavidad, y se marchó antes de que pudiera decir nada útil.

Volví a la oficina con la sensación incómoda de haber perdido una discusión sin haber llegado a empezarla. Al entrar, vi a Arai en su mesa, concentrada en una lista del hotel rural. Parecía completamente metida en el trabajo. También parecía agotada.

No me detuve.

A veces, por respeto, uno tenía que no preguntar. Y a veces, por cobardía, uno llamaba respeto a no saber qué hacer con lo que estaba viendo.

La tarde avanzó con llamadas, firmas y una reunión con el equipo financiero que consiguió alargar cuarenta minutos lo que podría haberse resuelto en diez. Al salir, pasé junto a la mesa de Arai. Seguía allí, revisando un contrato.

—Deberías irte a casa —dije.

Levantó la vista.

—Qué curioso. Iba a decirte lo mismo.

—Yo soy tu jefe.

—Y yo soy quien tiene acceso real a tu agenda. No subestimaría mi poder.

—No lo hago.

—Bien.

Se produjo un silencio breve. No incómodo del todo, pero tampoco fácil.

—¿Sarrià queda cerrado por hoy? —pregunté.

—Por hoy sí. Mañana el propietario puede levantarse melancólico y arruinarlo todo.

—Entonces disfrutemos de estas horas de paz.

—Qué optimista.

—Estoy probando métodos nuevos.

Arai sonrió. Fue rápido, casi involuntario, pero real. Después volvió a la pantalla, como si hubiera decidido que aquello era suficiente.

—Vete, Bruno.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre sin que sonara a desafío.

Me quedé un segundo más de lo necesario.

—Buenas noches, Arai.

—Buenas noches.

Volví a casa con esa despedida dando vueltas en la cabeza, lo cual era una estupidez. Un nombre. Dos palabras. Nada que mereciera análisis. Aun así, la mente tiene formas muy poco dignas de elegir sus propios asuntos.

La casa estaba en silencio cuando entré. Mi padre no estaba en el salón ni en la cocina. Subí despacio, sin saber por qué bajé el ritmo al acercarme al pasillo. La puerta del dormitorio de mi madre estaba cerrada.

Me quedé frente a ella.

No la toqué.

En mi habitación, el libro seguía sobre la mesa. Lo abrí por la página marcada y miré de nuevo la frase subrayada. Luego pasé una página, casi sin pensarlo.

Había otra línea marcada a lápiz.

A veces, lo que se queda pendiente encuentra la forma de llamar a la puerta.

Cerré el libro despacio.

Me quedé un rato con el libro cerrado entre las manos, sin saber muy bien qué esperaba que pasara después. La casa no hizo nada raro. No se abrió ninguna puerta, no cayó ningún objeto y no apareció otro libro en mitad de la habitación.

Y, aun así, me costó bastante apagar la luz.

Capítulo 10



Arai

A la mañana siguiente, Lola no estaba en mi casa.

Lo comprobé con tal prudencia que habría resultado humillante si alguien me hubiera visto. Abrí primero un ojo, luego el otro y miré hacia la puerta del dormitorio, esperando oír una voz educada desde el pasillo. No pasó nada. Ni una sombra. Ni un carraspeo fantasmal. Ni una señora muerta opinando sobre mi forma de despertar.

Me incorporé despacio.

—¿Lola?

Silencio.

Durante unos segundos no me moví, por si el universo estaba esperando a que me confiara para soltarme otra sorpresa. Pero el piso siguió siendo solo mi piso: el ruido de la calle, el vecino de arriba arrastrando algo y la planta junto a la ventana sobreviviendo con más dignidad que yo.

—Vale —murmuré—. Bien.

Me duché, me vestí y preparé café con una sensación bastante peligrosa: alivio. Durante veinte minutos casi me sentí una persona normal. Casi, porque la cafetera hizo un ruido raro y pegué un salto, la nevera crujió y me giré de golpe, y el móvil vibró sobre la encimera justo a tiempo para demostrar que mi sistema nervioso iba por libre.

Era mi amiga.

Yaiza: *¿Sigues viva después de tu CEO guapo?*

Miré el mensaje, luego la cocina vacía y luego la planta.

Arai: *Sí. Mucho trabajo. Luego te cuento.*

La respuesta de inmediato.

Yaiza: *Ese «luego te cuento» huele a hombre.*

—Ojalá —dije en voz alta.

Me arrepentí al instante, porque hablar sola había dejado de ser una rareza inofensiva en mi vida.

Llegué a la oficina a las ocho y media y agradecí la acumulación de tareas con una intensidad poco sana. Había que cerrar la logística del hotel rural, revisar habitaciones, confirmar horarios, mandar a administración la lista definitiva de asistentes y conseguir que tres jefes de departamento dejaran de comportarse como si elegir entre piscina climatizada o paseo a caballo fuera una decisión estratégica de alto impacto.

Bendito caos de oficina.

Antonio apareció poco antes de las nueve, con una carpeta bajo el brazo y esa calma suya que a veces tranquilizaba y otras daban ganas de sacudirlo un poco.

—Buenos días, Arai.

—Buenos días, Antonio.

—¿Tenemos lo del hotel?

—Tenemos una versión bastante decente. No prometo milagros, pero sí camas, comida y actividades sin demanda judicial.

Antonio sonrió apenas.

—Eso ya es mucho.

Dejó la carpeta sobre mi mesa y miró la pantalla, donde tenía abierto el documento de distribución.

—Bruno quiere revisar las actividades.

—Bruno quiere revisar muchas cosas.

—Está tomando el pulso.

—Pues tiene buen agarre.

Antonio me miró por encima de las gafas.

—Arai.

—¿Qué?

—Paciencia.

—De eso tengo bastante, lo que pasa es que si la uso, se gasta.

Esta vez sí sonrió.

—Necesita encontrar su sitio.

—Lo sé.

Y lo sabía. Ese era el problema. Una parte de mí entendía perfectamente que Bruno hubiera aterrizado en la empresa familiar con un padre que todavía ocupaba demasiado espacio incluso cuando fingía apartarse. Pero otra parte, la que tenía que arreglar agendas, rehacer documentos y explicar a media oficina por qué el nuevo director quería cambiar cosas que llevaban años funcionando, estaba menos dispuesta a abrazar su proceso personal.

—No se lo pongas muy difícil —dijo Antonio.

—¿A él?

—A los dos.

Antes de que pudiera responder, una voz sonó a mi espalda.

—Tu jefe te conoce bien.

Me quedé inmóvil.

Antonio frunció un poco el ceño.

—¿Todo bien?

Yo cerré los ojos un segundo.

Lola estaba junto a la fotocopiadora, impecable, serena y completamente incumplidora de acuerdos.

—Sí —dije, procurando no mirar hacia ella—. Todo bien.

—Te has puesto blanca.

—Es la iluminación.

Antonio miró hacia el techo, como si valorara si los fluorescentes podían provocar un cambio de color tan evidente en una persona.

—Luego hablamos con Bruno —dijo—. A las diez.

—Perfecto.

Cuando se fue, giré despacio la silla hacia la fotocopiadora.

—No.

Lola ladeó la cabeza.

—Buenos días.

—No me digas buenos días. Te dije que hoy no venías.

—Técnicamente, no he venido contigo.

—No empieces con tecnicismos de ultratumba.

—He aparecido aquí.

—Eso no lo mejora.

Lola se acercó a mi mesa con una naturalidad que me puso de los nervios.

—Necesitaba ver a Antonio.

—Ya lo viste ayer.

—Y no me oyó.

—Hoy tampoco va a oírte si me haces perder el trabajo antes del desayuno.

—No quiero complicarte la vida.

La miré.

—Lola.

—Más.

—Eso sí me lo creo.

Se le escapó una sonrisa pequeña. Después miró hacia el pasillo por donde Antonio se había marchado, y la sonrisa desapareció.

—Solo necesito intentarlo.

Aquello me pinchó donde no debía. Porque no era justo. Nada de aquello era justo. Ni para ella, ni para Antonio, ni para mí, que había pasado de gestionar reuniones a gestionar apariciones.

—No puedo hacerlo aquí —dije más bajo—. No mientras trabajo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Bruno ya me mira como si estuviera a dos pasos de pedir cita con un especialista.

—Quizá solo te mira.

—No necesito que comentes eso.

—No lo he comentado.

—Lo ibas a hacer.

—Es posible.

Apreté los labios para no reírme, porque no pensaba darle esa victoria.

—Desaparece. Por favor.

Lola me sostuvo la mirada un segundo; después asintió.

—Intentaré volver luego.

—No. Esa no era la idea.

Pero ya no estaba.

Me quedé mirando el hueco junto a la fotocopiadora con una mezcla de alivio y cabreo. Después respiré hondo, abrí el documento del hotel rural y decidí que, si el universo quería seguir poniéndome pruebas, al menos podía hacerlo por orden de prioridad.

A las diez, entré en la sala de reuniones con la tableta, la carpeta del hotel y una paciencia que empezaba a parecerse peligrosamente a una amenaza. Antonio ya estaba sentado. Bruno llegó un minuto después, portátil en mano, camisa blanca, americana azul y cara de haber dormido peor de lo que admitiría bajo tortura.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —respondí.

Fue una respuesta correcta. Educada. Casi civilizada.

No duró.

Bruno abrió el documento en la pantalla.

—He revisado el plan de actividades.

—Qué sorpresa —dije.

Antonio me miró.

—Arai.

—Perdón. Continúa.

Bruno no pareció especialmente dispuesto a pasar por alto el comentario.

—Creo que está demasiado disperso.

—Está diseñado para que la gente pueda elegir.

—Y precisamente por eso no funciona como jornada de equipo.

—No todo el mundo quiere hacer equipo tirándose por un río o fingiendo entusiasmo en una actividad obligatoria.

—Nadie ha hablado de obligar a nadie.

—Todavía.

Bruno apoyó las manos sobre la mesa.

—La idea no debería ser solo sacar a la gente de la oficina. Deberíamos crear espacios donde se mezclen departamentos que normalmente no hablan entre sí.

—Eso ya está previsto en las comidas y en las reuniones cruzadas.

—No basta.

—¿Según qué criterio?

—Según el de alguien que ha visto cómo funcionan equipos en más de un país.

La frase cayó sobre la mesa con más peso del que quizá él pretendía.

Yo dejé el bolígrafo despacio.

—Qué suerte tenemos entonces.

Bruno apretó la mandíbula.

—No era un ataque.

—No. Era una postal de Hamburgo con sello de superioridad.

Antonio suspiró.

—Me gustaría llegar al hotel con la plantilla tranquila y con vosotros dos hablándoos.

—Nos hablamos —dijo Bruno.

—Muchísimo —añadí.

Antonio no pareció impresionado.

—Bruno, explícanos qué cambiarías.

Bruno giró el portátil hacia nosotros.

—Tocaría el bloque del viernes por la mañana y la actividad del sábado. El viernes podemos trabajar por grupos mezclados y el sábado plantear una actividad común.

—El sábado no —dije.

—Es el bloque más flexible.

—Es el único en el que la gente puede respirar sin sentir que está siendo evaluada.

—No se trata de evaluar.

—Eso lo sabemos tú, yo y, con suerte, Antonio. La plantilla oye «actividad común» y empieza a fingir alergias.

Antonio se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

—No le falta razón.

Bruno lo miró.

—¿Solo a ella?

—A los dos. Y ese es el problema.

Me recosté en la silla.

—Podemos tocar el viernes.

—Y la cena del jueves —dijo Bruno.

—No.

—Arai.

—No. La cena del jueves se queda como está. Si mezclas mesas el primer día, antes de que la gente haya dejado la maleta, vas a tener a media empresa intentando negociar cambios como si fueran prisioneros de guerra.

Antonio hizo un ruido extraño, entre tos y risa.

Bruno no se rio.

—Exageras.

—Organizo. La exageración viene sola cuando trabajas con personas.

—La empresa necesita que algunos departamentos se relacionen mejor.

—La empresa necesita muchas cosas. Entre ellas, no provocar una guerra fría con menú degustación.

Durante unos segundos nos miramos en silencio. Había cansancio, tensión y esa irritación particular que aparece cuando dos personas están convencidas de tener razón y, para empeorarlo todo, quizá la tienen.

—Tocamos el viernes —dijo Bruno al fin.

—Y dejamos la cena.

—Por ahora.

—No, por ahora no. Dejamos la cena.

—Lo veremos.

—No, Bruno. No todo lo que no te gusta queda en revisión permanente.

Antonio levantó una mano.

—Viernes. Solo viernes —dijo Antonio—. Arai prepara una propuesta y Bruno la revisa.

—La tendrás esta tarde —respondí.

—Prefiero que la veamos juntos antes de enviarla —dijo Bruno.

Lo miré.

—¿Antes de enviarla o antes de que pueda llamarse propuesta?

—Antes de que perdamos tiempo corrigiendo algo que quizá no encaje.

—Qué considerado.

Antonio levantó una mano.

—A las cuatro. Los dos. Media hora.

Miré a Antonio con traición en los ojos.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Bruno cerró el portátil.

—A las cuatro, entonces.

—Perfecto —dije, en un tono que no tenía nada de perfecto.

La reunión terminó con un acuerdo mínimo, que era la forma elegante de decir que Bruno había conseguido tocar el programa y yo había conseguido evitar que lo desmontara entero. Salí de la sala con la tableta pegada al pecho y la sensación de haber estado negociando un tratado internacional sobre sillas, cenas y actividades de empresa.

El resto del día fue una sucesión de correos, llamadas, cambios pequeños y comentarios en el documento compartido que Bruno respondía con una rapidez irritante.

Esto no resuelve el problema, escribió en uno de los márgenes.

Respondí:

Porque no es un problema, Bruno. Es una parte del programa que a ti no te gusta.

Tardó menos de un minuto.

Las preferencias también pueden mejorar un programa.

Tecleé con más fuerza de la necesaria.

Y también pueden estropearlo si llegan tarde.

Su respuesta apareció casi al instante.

A las cuatro lo vemos.

Miré la pantalla con ganas de discutir con el cursor.

A las cuatro menos cinco, cogí la tableta y me levanté. Bruno estaba en su despacho, de pie junto a la ventana, hablando por teléfono en un tono bajo. Al verme, terminó la llamada con una frase breve y dejó el móvil sobre la mesa bocabajo.

Tenía la mandíbula tensa, la mirada seria y cero pinta de venir dispuesto a facilitarme la tarde, así que aquella reunión prometía.

—Pasa —dijo.

Entré y me senté frente a él.

—Tienes media hora —dije.

—Buenas tardes a ti también.

—Las buenas tardes dependen mucho de lo que hagas con el bloque del viernes.

—Siempre tan abierta al diálogo.

—Estoy aquí, ¿no?

—Casi por obligación.

—Sin el casi.

Bruno se sentó, abrió el documento y durante unos minutos trabajamos. No de forma amable, desde luego. Él defendía estructura; yo defendía supervivencia. Él hablaba de objetivos; yo de personas concretas con nombres, manías y una capacidad sorprendente para complicar cualquier plan sencillo.

Lo irritante fue que, cuando dejaba de intentar ganar, Bruno escuchaba.

Y lo peor fue que, cuando yo dejaba de ponerme a la defensiva, algunas de sus propuestas tenían sentido.

—El bloque del viernes puede funcionar si lo planteamos como una reunión de proyectos, no como una actividad de equipo —dije.

Bruno apoyó los antebrazos en la mesa y miró el documento.

—Eso no cambia demasiado el fondo.

—Cambia cómo lo recibe la gente, que en este caso importa bastante.

—¿Porque si lo llamamos reunión protestarán menos?

—Porque si lo llamamos actividad de equipo, media plantilla pensará que alguien va a obligarla a compartir emociones con contabilidad antes del café.

Bruno bajó la vista al programa. No sonrió, pero vi que la idea le había entrado.

—Podemos dividirlos por proyectos reales —dijo—. Nada de grupos al azar.

—Eso sí tiene sentido.

—Gracias por tu entusiasmo.

—No confundas prudencia con falta de entusiasmo. Bastante generosa estoy siendo para alguien que ha visto cómo intentabas tocar también la cena del jueves.

—Sigo pensando que esa cena podría aprovecharse mejor.

—Y yo sigo pensando que hay batallas que no conviene empezar con el primer plato.

Bruno me miró un momento, serio, cansado y todavía un poco picado.

—De acuerdo. Viernes por proyectos. La cena se queda como está.

—Qué detalle.

—No te acostumbres.

—Tranquilo. No estaba en mis planes.

A las cuatro y treinta y cinco teníamos una propuesta razonable, lo cual me molestó porque habría preferido salir de allí con la certeza de que él era un cabezota sin remedio. La realidad, como de costumbre, tuvo la poca delicadeza de complicarlo todo.

—Se la enviaré a Antonio —dijo Bruno.

—Bien.

Me levanté.

—Arai.

Me detuve.

—¿Sí?

—Lo de Hamburgo no era un argumento de superioridad.

Lo miré. Había cansancio en su cara, pero también algo parecido a una disculpa sin envolver del todo.

—Ha sonado a eso.

—Lo sé.

No dijo más. Y precisamente por eso no supe qué hacer con la respuesta.

—Yo tampoco quería sonar como si todo lo que vienes a tocar estuviera mal por principio —dije.

—Ha sonado a eso.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio un segundo. Justo lo suficiente para que la tensión cambiara de forma y se volviera un poco menos cómoda todavía.

—Buenas tardes, Bruno.

—Buenas tardes, Arai.

Salí de su despacho antes de que aquella conversación encontrara un lugar raro donde quedarse.

Cuando llegué a casa, eran casi las ocho. Entré, dejé el bolso en una silla y me quité las sandalias con un cansancio que me llegaba hasta los huesos. El piso estaba en silencio, pero esa vez no me confié. Había aprendido rápido. Dos días con Lola Montalbán en mi vida habían sido suficientes para entender que el silencio no significaba ausencia; significaba que el susto todavía no había elegido esquina.

—Lola —llamé desde la entrada.

No hubo respuesta.

Dejé las llaves en el cuenco, fui a la cocina y abrí la nevera. No tenía hambre exactamente, pero mi cuerpo reclamaba algo frío, con azúcar y sin implicaciones paranormales. Saqué una lata de refresco, la abrí y bebí directamente porque vivir sola tenía esas pequeñas ventajas que ninguna fantasma elegante iba a quitarme.

Me apoyé en la encimera, cerré los ojos un segundo y solté el aire.

Había sobrevivido a Bruno Montalbán, a Antonio mediando como si aquello fuera una cumbre internacional y a un documento compartido con más tensión que algunas rupturas sentimentales. Solo quería ducharme, ponerme el pijama y no hablar con nadie vivo ni muerto.

—He estado pensando —dijo Lola a mi espalda.

Esta vez el grito no se quedó atascado en mi garganta.

No salió un gritito fino, ni una exclamación discreta, ni un sobresalto con dignidad. Grité como si acabara de ver a un asesino con motosierra en mi cocina. La lata salió disparada de mi mano, chocó contra la puerta de la nevera, rebotó en la encimera y terminó en el suelo dando vueltas, esparciendo refresco por todas partes.

—¡Pero tú estás mal de la cabeza! —chillé, aunque la frase tenía sus complicaciones lógicas.

Lola apareció junto a la mesa, con cara de haber cometido un error administrativo menor.

—He carraspeado.

—¡Mentira!

—Muy bajo, quizá.

—¡Eso no cuenta como carraspear! ¡Eso cuenta como susurrarle al aire antes de provocarme un infarto!

La lata seguía rodando por el suelo, dejando un rastro pegajoso que avanzaba peligrosamente hacia la alfombra del salón. Salí detrás de ella con el mismo nivel de coordinación que un cervatillo recién nacido, pisé un charco de refresco y estuve a punto de abrirme la cabeza contra la mesa.

—Cuidado —dijo Lola.

—¡No me digas cuidado después de haber convertido mi cocina en una fuente pública!

Conseguí atrapar la lata con el pie, demasiado tarde para salvar nada, y me quedé de pie en medio del desastre, con un calcetín empapado, la encimera salpicada y una gota de refresco bajando por la puerta de la nevera con una calma insultante.

Lola miró el suelo.

—Lo siento.

—No lo sientas. Coge una fregona.

Hubo un silencio.

La miré.

Ella me miró.

—Ah, claro —dije—. Perdón. Qué fallo el mío. La muerta no friega.

—A veces puedo mover objetos pequeños.

—Pues empieza por desarrollar una relación seria con la bayeta.

Lola bajó la vista hacia el rollo de papel de cocina. Durante unos segundos no pasó nada. Luego una hoja se desenrolló muy despacio, tembló, se soltó y cayó al suelo como si acabara de morir también ella.

La miré.

—Impresionante.

—Estoy practicando.

—No me cabe duda. En dos o tres siglos igual puedes limpiar una encimera.

Cogí el papel, la fregona y un trapo, y empecé a limpiar con movimientos bruscos. Lola permaneció junto a la mesa, prudente por primera vez desde que la conocía. Eso ya era bastante decir.

—Te dije que hicieras ruido antes de hablar —murmuré.

—Lo sé.

—Ruido normal.

—Lo sé.

—Carraspear, toser, cantar una copla. Te di opciones.

—No me sé ninguna copla.

—Pues aprendes. YouTube está lleno de recursos.

—No puedo usar YouTube.

—Lola, ahora mismo ese es el menor de nuestros problemas.

La lata, traicionera hasta el final, soltó un último chorro cuando la levanté para tirarla a la basura. Me cayó en la mano y en la manga de la camisa. Cerré los ojos, conté hasta tres y decidí que no iba a llorar por una bebida carbonatada porque todavía me quedaba algo de orgullo, aunque cada vez menos.

—Arai —dijo Lola.

—Como lo siguiente que digas no sea «he venido con una empresa de limpieza», te aconsejo prudencia.

—He estado pensando en lo del hotel.

Me quedé quieta, con el trapo en una mano y la lata vacía en la otra.

—No.

—Aún no sabes qué voy a decir.

—Lo sé perfectamente.

—Creo que debería ir.

Solté la lata en la basura con más fuerza de la necesaria.

—Por supuesto que lo crees. Porque una persona normal aparece de golpe en una cocina, provoca una catástrofe con refresco y luego decide que es buen momento para proponer una excursión de empresa.

Lola no respondió con humor esta vez. Se quedó muy quieta junto a la mesa, y esa quietud me apagó un poco el cabreo.

—Antonio estará allí.

—Antonio también estará en la oficina mañana, y ya has visto lo bien que funciona tu plan.

—En la oficina hay demasiada gente.

—En el hotel habrá toda una empresa.

—Pero será diferente.

—Lola, no puedes venir conmigo a unas jornadas de empresa en un hotel rural.

—Puedo.

—No era una duda técnica.

—Arai.

—No.

—Necesito intentarlo.

Me dejé caer en el sofá y la miré con agotamiento.

—Yo necesito dormir, conservar mi trabajo y no acabar hablando sola en mitad de una actividad de equipo. Todos tenemos necesidades.

Lola no sonrió.

—No me queda mucho tiempo.

Aquella frase cambió el aire del salón.

Me incorporé despacio.

—¿Qué significa eso?

Lola bajó la mirada a sus manos.

—No lo sé. Pero cada vez me cuesta más aparecer donde quiero. Y a veces… a veces siento que me voy.

No dije nada. No porque no quisiera, sino porque no encontré una sola respuesta que no sonara inútil.

Lola levantó la vista.

—Si hay una posibilidad de que Antonio me oiga, aunque sea pequeña, tengo que intentarlo.

La parte sensata de mí tenía muchas razones para negarse. Muchísimas. Razones laborales, psicológicas, logísticas y alguna relacionada con mi dignidad personal. Pero la parte sensata de mí llevaba dos días perdiendo terreno frente a una mujer muerta que solo quería hablar con su marido.

—Una condición —dije al fin.

Lola se enderezó.

—La que quieras.

—No hablas en las reuniones.

—De acuerdo.

—No opinas de Bruno.

—Eso será complicado.

—Lola.

—De acuerdo.

—No apareces en mi habitación.

—Jamás.

—Y si te digo que desaparezcas, desapareces.

—Si puedo.

—No me gusta ese matiz.

—Es el único que tengo.

Me pasé una mano por la cara.

—Esto es una pésima idea.

—Probablemente.

—No deberías estar tan de acuerdo.

—La honestidad ayuda.

—No en mi caso.

Lola sonrió un poco.

Yo miré hacia el techo, como si pudiera explicarme en qué momento exacto mi vida había pasado de organizar unas jornadas de empresa a negociar condiciones de viaje con una fantasma.

—Vale —dije—. Pero como Bruno Montalbán piense que he perdido la cabeza, te juro que pienso culparte en voz alta.

—Me parece justo.

—No, Lola. No lo es. Nada de esto lo es.

Ella me sostuvo la mirada, y por primera vez en todo el día no vi a la señora elegante, mandona y sarcástica que se colaba en oficinas y opinaba de barandillas. Vi a una mujer asustada.

—Lo sé —dijo.

Y esa fue, precisamente, la razón por la que no pude decirle que no otra vez.

Capítulo 11



Bruno

El viernes por la tarde, Carla me llamó tres veces.

La primera no pude contestar porque estaba en una reunión. La segunda la dejé sonar mientras mi padre me hablaba de Sarrià. La tercera llegó cuando estaba solo en mi despacho, mirando un correo que llevaba diez minutos sin leer.

Respondí.

—Por fin —dijo ella.

No sonó enfadada. Sonó cansada, que era bastante peor.

—Perdona. Ha sido un día complicado.

—Todos tus días son complicados desde que llegamos a Barcelona.

Me recliné en la silla y me pasé una mano por la cara.

—Carla…

—No empieces con ese tono. Solo necesito una respuesta: Milán.

Cerré los ojos un segundo.

—No lo sé.

Hubo un silencio.

—Bruno, te lo he preguntado de todas las formas posibles.

—Tengo las jornadas del hotel rural la semana que viene, varias reuniones pendientes y mi padre quiere cerrar Sarrià antes de…

—Tu padre, Sarrià, la empresa, las jornadas… —me interrumpió—. Siempre hay algo en la lista antes que yo.

—Eso no es justo.

—Puede. Pero empieza a parecerlo.

Al otro lado del cristal, Arai pasó con una carpeta bajo el brazo. Iba hablando con alguien de administración, seria, rápida, como si supiera dónde estaba cada problema antes de que el problema se atreviera a aparecer.

—¿Sigues ahí? —preguntó Carla.

Aparté la mirada del cristal.

—Sí.

—Entonces responde. ¿Vienes a Milán o no?

No quería decir que no. Tampoco quería decir que sí.

—Voy —dije al fin.

Carla tardó un segundo en responder.

—¿De verdad?

—Sí.

—No quiero que vengas como si te estuviera arrastrando.

—No me estás arrastrando.

—A veces parece que tengo que convencerte para que quieras pasar tiempo conmigo.

Aquello me molestó porque era bastante exacto.

—Carla, he dicho que voy.

—Vale.

No sonó satisfecha.

—Te mando los detalles —dijo—. Y esta noche podríamos cenar.

Miré la agenda.

—Hoy no puedo.

El silencio volvió. Esta vez fue más frío.

—Claro.

—Mañana.

—No. Déjalo. Nos vemos en Milán.

—Carla.

—Buenas noches, Bruno.

Colgó.

Dejé el móvil sobre la mesa y me quedé mirándolo unos segundos. La mayor parte de lo que empezaba a desordenarse en mi vida no podía arreglarse apagando una pantalla.

Alguien llamó a la puerta.

—No —dije.

La puerta se abrió igualmente.

Nicolás entró en mi despacho con una chaqueta oscura sobre el brazo y la sonrisa de quien venía dispuesto a molestar.

—Qué recibimiento tan cálido.

—Estoy ocupado.

—Eso dices siempre.

—Porque suele ser verdad.

—No. Sueles usarlo como escondite.

Se dejó caer en la silla frente a mí sin pedir permiso.

—Levántate —dijo.

—No.

—Vamos a salir.

—No.

—Has dicho dos veces «no» en menos de diez segundos. Tengo que intervenir.

—Tengo trabajo.

—Tienes cara de hombre que lleva tres días acumulando cosas y llamándolo trabajo.

—Estoy trabajando.

—Estás evitando pensar. No es lo mismo.

—No estoy de humor.

—Precisamente por eso. Una copa. Solo una. Sales, tomas aire y finges durante un rato que no estás casado con tu agenda.

—No estoy casado con mi agenda.

—Peor. Tenéis una relación tóxica y encima no lo admites.

Miré el reloj. Eran las ocho y veinte.

Si me iba a casa, acabaría abriendo el portátil sin avanzar nada y mirando el móvil cada cinco minutos. Una copa con Nicolás no iba a arreglarme la noche, pero al menos me sacaba del despacho.

—Solo una —dije.

Nicolás sonrió.

—Sabía que seguía habiendo una persona debajo del director general.

—No te emociones.

—Tarde.

El sitio se llamaba Sombra y estaba en una calle del Eixample en la que yo habría pasado de largo sin mirar dos veces. Desde fuera no parecía gran cosa: una puerta oscura, un portero con auricular y una placa pequeña junto a la entrada.

Dentro había luz baja, música alta sin llegar a ser insoportable, sofás oscuros y varios reservados desde los que se veía la pista sin tener que mezclarse demasiado.

—No está mal —dije.

—Qué emoción. Casi pido que te traigan una tarta con bengalas.

Nos sentamos. Nicolás pidió dos copas sin preguntarme y me miró con demasiadas ganas de meterse donde no le llamaban.

—Venga —dijo—. Suelta.

—No hay nada que soltar.

—Bruno.

—Estoy cansado.

—Eso ya lo veo. También veo que has aceptado lo de Milán con la misma alegría con la que uno acepta una colonoscopia.

Lo miré.

—Qué imagen tan necesaria.

—Es viernes. Estoy inspirado.

Bebí un trago y dejé el vaso sobre la mesa.

—Carla necesitaba una respuesta.

—Carla necesitaba sentir que no tenía que arrancártela con alicates.

Bebí un trago.

—No empieces.

—Tarde. El problema no es Milán.

—¿Ah, no?

—No. El problema es que te cuesta más irte dos días con tu novia que discutir con Arai Bethencourt por una cena de empresa.

Lo miré.

—No metas a Arai.

Nicolás sonrió.

—Qué rápido.

—Es trabajo.

—Claro.

—No voy a hablar de ella.

—Perfecto —dijo, cogiendo su copa—. Entonces no hablemos de la mujer que acabas de mencionar tú solo.

No respondí, porque justo en ese momento miré hacia la entrada.

Y la vi.

Arai acababa de entrar en el local con una mujer morena, de pelo largo, vestido negro y expresión de venir bastante más preparada para la noche que ella. Arai no llevaba ropa de oficina. Eso fue lo primero que noté y lo que más me descolocó. Vaqueros oscuros, top color vino, blazer negra y pelo suelto. Parecía ella, pero fuera del sitio donde yo sabía discutir con ella.

Nicolás siguió mi mirada.

—Ah —dijo.

—No.

—Solo he dicho ah.

—Ese ah no me ha gustado.

—Normal. Era un ah con intención.

Arai aún no me había visto. Su amiga le decía algo al oído mientras señalaba hacia la barra. Arai respondió con una sonrisa rápida, más abierta que las que solía usar en la oficina. Aquello me molestó de una forma absurda.

—¿La conoces? —preguntó Nicolás.

—Sí. La del top es Arai.

—La amiga tiene pinta de ser peligrosa.

—No la conozco.

—Yo tampoco, pero eso tiene fácil arreglo.

—No.

Arai se giró entonces y nuestros ojos se encontraron.

Fue un segundo. Lo suficiente para que su sonrisa desapareciera y su amiga siguiera su mirada hasta nuestro reservado.

La amiga sonrió.

Mucho.

—Nos vamos —dije.

Nicolás se acomodó mejor en el sofá.

—Ni hablar. Esto acaba de ponerse interesante.

Arai dijo algo entre dientes. Su amiga le contestó con entusiasmo y empezó a caminar hacia nosotros antes de que Arai pudiera frenarla.

—Buenas noches —dijo la amiga, mirando primero a Nicolás y luego a mí—. Qué casualidad más interesante.

Arai la fulminó con la mirada.

—Yaiza.

—¿Qué? He saludado.

Me levanté por educación. Nicolás hizo lo mismo, aunque en su caso la educación parecía mezclada con otros intereses.

—Bruno Montalbán.

—Yaiza Santana. Amiga, asesora moral y, en ocasiones, testigo de malas decisiones.

—Nicolás Morelli. Amigo, asesor inmoral y, en ocasiones, mala decisión.

Yaiza lo miró un instante.

—Tú y yo vamos a llevarnos fatal.

—Esto promete.

Arai suspiró.

—Esto era evitable.

—Casi todo lo interesante lo es —dijo Nicolás.

Un camarero apareció junto al reservado, y Yaiza aprovechó aquel gesto como si hubiera recibido una invitación oficial.

—¿Nos sentamos?

—No —dijo Arai.

—Sí —dijo Nicolás.

Arai podría haberse marchado. Debería haberse marchado. Pero al final se sentó en el borde del sofá contrario, a una distancia prudente de mí y con toda la intención de no parecer incómoda.

Le salió regular.

—No sabía que venías a sitios así —dije.

Arai levantó una ceja.

—¿A sitios con puertas, música y gente?

—A discotecas.

—Qué raro. Juraría que mi contrato no incluía una cláusula de confinamiento.

Nicolás soltó una risa baja. Yaiza miró a Arai con orgullo descarado.

—No quería decir eso.

—Entonces quizá deberías probar a decir lo que quieres decir.

—Contigo eso no suele salir bien.

—Porque normalmente lo que quieres decir viene con instrucciones.

Yaiza se inclinó hacia Nicolás.

—¿Ves? Este es el tono del que te hablaba.

Arai giró la cabeza.

—No has hablado de ningún tono porque acabas de conocerlos.

—Me refería al tono de tu cara cuando mencionas al CEO guapo.

—Yaiza.

Nicolás casi se atragantó con su copa.

—¿CEO guapo?

—No —dijo Arai.

—Sí —dijo Yaiza.

Yo miré a Arai. Ella no me miró a mí, lo que confirmó bastantes cosas y no aclaró ninguna.

—Interesante —dijo Nicolás.

—No lo es —respondió Arai.

—Para mí sí —dije, antes de pensarlo.

Arai giró la cabeza despacio.

—No te vengas arriba.

—No he hecho nada.

—Todavía.

Yaiza pidió una copa y se acomodó junto a Nicolás como si aquel reservado hubiera sido suyo desde el principio.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Arai, mirándome de nuevo.

—Nicolás me ha obligado.

—Qué capacidad de liderazgo.

—No soy fácil de obligar.

—Eso me cuesta creerlo. Tienes cara de discutir hasta con el GPS.

—Solo cuando se equivoca.

—Claro.

Nicolás levantó su vaso.

—Por las personas que siempre tienen razón, especialmente cuando nadie se la ha pedido.

—No brindes por él delante de mí —dijo Arai.

—Yo hablaba de los dos.

Yaiza asintió.

—Empiezo a entender por qué os lleváis así.

—No nos llevamos de ninguna manera —dijimos Arai y yo al mismo tiempo.

El silencio fue breve, incómodo para nosotros y muy divertido para los otros dos.

—Precioso —dijo Yaiza.

Arai cogió su copa.

—Necesito beber.

—Yo también —dije.

—Tú no. Tú necesitas relajarte.

—No sabes si estoy relajado.

—Bruno, estás sentado en una discoteca como si fueras a evaluar la acústica para una junta de accionistas.

Nicolás se llevó una mano al pecho.

—Me cae bien.

—No la animes —dije.

—Tarde —respondió Arai.

La conversación se abrió durante un rato. Yaiza habló de un cliente que había intentado ligar con ella usando una frase sobre inversiones emocionales, y Nicolás declaró que ciertos hombres deberían firmar una renuncia voluntaria al flirteo. Arai se rio. No mucho, pero se rio de verdad.

Me gustaba discutir con ella porque sabía dónde colocar la distancia.

No sabía qué hacer cuando se reía.

—¿Bailas? —preguntó Yaiza a Nicolás.

—Depende.

—Mala respuesta.

—¿Es una invitación o una amenaza?

—Una amenaza.

Nicolás se levantó.

—Entonces sí.

Arai abrió los ojos.

—¿Me vas a dejar aquí?

—Por supuesto —dijo Yaiza—. Tienes compañía ejecutiva.

—Te odio.

—Luego me lo agradeces.

Nicolás me lanzó una mirada rápida antes de irse con Yaiza hacia la pista. No necesitó decir nada. Sabía cuándo largarse y dejar un desastre detrás.

Arai y yo nos quedamos solos en el reservado.

La música llenó el hueco al principio. Ella removió la pajita de su copa sin beber. Yo miré hacia la pista, donde Yaiza ya estaba diciéndole algo a Nicolás con un dedo levantado y él parecía encantado de que lo regañaran.

—Tu amiga es intensa —dije.

—Tu amigo parece disfrutarlo.

—Nicolás disfruta casi cualquier cosa que no le obligue a hablar de sus sentimientos.

—Qué cómodo.

—Dice lo mismo de mí.

Arai me miró.

—No me sorprende.

—A ti tampoco te gusta mucho hablar de los tuyos.

—Yo no he venido a hablar de mis sentimientos. He venido a bailar, beber algo y no pensar en habitaciones, bloques de viernes ni personas que corrigen documentos a deshoras.

—¿Personas?

—No quería señalar.

—Me has mirado.

—Ha sido un fallo técnico.

Bebió un poco y apartó la vista.

—¿Qué tal Carla? —preguntó de pronto.

La pregunta me sentó fatal.

—Bien.

—Qué respuesta tan amplia.

—¿Qué esperabas?

—Nada. Solo preguntaba.

—No suele ser solo eso contigo.

Arai soltó una risa sin humor.

—Mira quién habla de preguntas con doble fondo.

—Carla está bien —dije, quizá demasiado seco—. Vamos a Milán.

Su mano se detuvo sobre la copa.

—Ah.

—¿Ah?

—He dicho ah.

—Ese ah no me gusta.

—Ahora me copias las frases.

—Quizá eran útiles.

Arai sonrió apenas, pero la sonrisa no llegó a los ojos.

—Milán está bien.

—Sí.

—Carla estará contenta.

—Eso espero.

No sé por qué sonó como una confesión. Arai me miró un segundo más de la cuenta.

—¿Y tú? —preguntó al fin.

—¿Yo qué?

—¿Estás contento?

La pregunta quedó entre los dos de una forma demasiado directa para una discoteca.

—No lo sé —dije.

Arai bajó la mirada.

—Eso ya es una respuesta.

—No una buena.

—No todas lo son.

Me molestó la tranquilidad con que lo dijo.

—¿Por qué has preguntado?

—Curiosidad.

—No me mientas.

Su expresión cambió.

—No me hables así.

—No era una orden.

—Ha sonado a una.

—Entonces no me escondas la respuesta.

Arai dejó la copa sobre la mesa.

—Pregunto porque te pasas el día con cara de estar en un sitio por obligación. Y sí, ya sé que no te conozco lo suficiente para decir eso, así que puedes ahorrártelo.

Aquello fue demasiado lejos. Lo supe yo y lo supo ella.

—No tienes ni idea de dónde estoy —dije.

—Puede ser.

—Ni de lo que estoy intentando sostener.

—También puede ser.

—Entonces no hables como si lo supieras.

Arai asintió despacio.

—Tienes razón. Me he pasado.

La falta de réplica me dejó peor que cualquier discusión.

—Yo tampoco debería haberte dicho que mentías —admití.

—No. No deberías.

—Lo sé.

Arai cogió su copa otra vez, pero no bebió.

—Parece que esta noche estamos progresando.

—No demasiado. No vaya a ser que nos acostumbremos.

Esta vez sí sonrió un poco.

—Tranquilo. No estaba en mis planes.

Yaiza volvió con Nicolás detrás y una expresión triunfal.

—Vengo a rescatarte —dijo.

—Llegas tarde —respondió Arai.

—¿Ha sido horrible?

—Soportable.

—Eso parece casi una declaración —dijo Nicolás.

—No empieces —respondió Arai.

La noche no se alargó mucho más. Arai y Yaiza se marcharon antes de medianoche porque, según Arai, aún tenía cosas que preparar para el hotel rural y, según Yaiza, porque su amiga era incapaz de tener una vida social completa sin consultar la lista de pendientes.

Nos despedimos en la salida.

La calle estaba más fresca. Arai se puso la chaqueta y Yaiza pidió un coche desde el móvil. Nicolás se alejó unos metros para fingir que no estaba pendiente, cosa que hizo fatal.

—Buen viaje a Milán —dijo Arai.

—Gracias.

—Y suerte con el evento.

—¿Suerte?

—La gente que va a eventos siempre parece necesitarla.

Casi sonreí.

—Intentaré sobrevivir.

Yaiza llamó a Arai desde la acera.

—Nuestro coche.

Arai asintió y dio un paso atrás.

—Buenas noches, Bruno.

—Buenas noches, Arai.

Se dio la vuelta, pero antes de subir al coche, miró hacia mí una vez más. Fue rápido. Tan rápido que podría haber fingido que no ocurrió.

No lo hice.

El coche se alejó, y Nicolás apareció a mi lado con las manos en los bolsillos.

—Bueno —dijo.

—No.

—No he dicho nada.

—Lo ibas a hacer.

—Sí. Iba a decir que estás metido en un lío precioso.

—No estoy metido en ningún lío.

Nicolás me miró con una compasión insoportable.

—Bruno, estás a punto de irte a Milán con tu novia y acabas de mirar cómo se iba otra mujer como si se llevara las llaves de tu casa.

—No digas tonterías.

—Ojalá fueran tonterías.

Empezamos a caminar hacia la esquina. Saqué el móvil. Tenía un mensaje de Carla con los datos del vuelo y del hotel en Milán.

Lo abrí.

Luego miré la calle por la que el coche de Arai ya había desaparecido.

—Vamos —dije.

—¿A dónde?

—A casa.

Nicolás me dio una palmada en el hombro.

—Pues mañana haz bien la maleta para Milán. Y procura no meter también a Arai, porque no creo que a Carla le encaje demasiado bien.

No contesté.

No hacía falta.

Aquella noche, por primera vez desde que Carla había llegado a Barcelona, ir a Milán no me pareció una solución.

Me pareció una distancia.

Capítulo 12



Arai

Me desperté con la sensación de haber dormido encima de una lavadora en centrifugado.

Abrí un ojo, luego el otro.

Mi dormitorio seguía en su sitio. Mi armario también. La silla con la ropa del día anterior continuaba pareciendo una acusación silenciosa, y por un momento tuve la esperanza absurda de que todo hubiera sido una pesadilla.

Entonces Lola asomó la cabeza por la puerta.

—Buenos días.

Grité.

No mucho, porque a aquellas alturas mi cuerpo ya debía haber gastado la cuota de sustos para toda la semana, pero lo suficiente para que la vecina golpeara la pared.

—¡No hagas eso! —susurré, llevándome una mano al pecho.

Lola se quedó en el umbral, muy digna.

—No he entrado.

—Has asomado la cabeza por la puerta como si esto fuera lo más normal del mundo.

—Solo quería saber si estabas despierta.

—Ahora ya lo estoy. Y posiblemente también la vecina.

—Lo siento.

—No lo sientas, avisa. Haz un ruido, tira una cucharilla, canta un villancico; ya sé que las coplas no están en tu repertorio, lo que sea antes de aparecer ahí.

—Estamos en agosto.

—El susto también está fuera de temporada y mira.

Me tapé la cara con la almohada y suspiré.

—Necesito despertarme y fingir durante cinco minutos que mi vida es normal.

—Eso va a estar complicado.

Bajé la almohada.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

—Ese «nada» no me gusta.

—Bruno se va hoy a Milán con Carla.

Me incorporé tan rápido que casi me mareé.

—No. Ni se te ocurra. No voy a hablar de Bruno antes del café.

—Solo te lo he dicho.

—Pues no me digas cosas que llevan nombre propio, novia italiana y billete de avión antes del café.

—No sabía que había una norma.

—La hay desde ahora.

Me levanté arrastrando la dignidad hasta la cocina. Lola me siguió como si aquello fuera una convivencia perfectamente normal y no la prueba definitiva de que yo necesitaba vacaciones, terapia o un exorcista con referencias.

Preparé café mientras ella observaba mi planta.

—Tiene mejor cara que ayer.

—No te encariñes con el ficus. No estamos para ampliar la familia.

—No es un ficus, por cierto.

La miré.

—¿También vas a corregirme eso?

—Solo digo que, si le vas a coger manía, al menos que sea con su nombre correcto.

Cerré los ojos.

—Necesito silencio.

—Yo necesito ir a la oficina.

Abrí los ojos de golpe.

—Ni de coña.

—Arai…

—No. Ayer apareciste en mi salón. Hoy no vienes conmigo al trabajo como si fueras una becaria invisible.

—Ya he estado en la oficina muchas veces.

—Sí, y yo he comido patatas de bolsa para cenar, pero no lo pongo como ejemplo de buena decisión.

Lola me observó con esa serenidad suya que empezaba a parecerme peligrosísima.

—Necesito ver a Antonio.

Se me aflojó un poco el enfado. Muy poco, pero lo suficiente para odiarme por ello.

—No puedes hablarle.

—Lo sé.

—Ni tocar cosas.

—Haré lo que pueda.

—Esa frase me da pánico.

—No prometo lo que no sé si voy a cumplir.

—Estupendo. Una fantasma honesta. Justo lo que me faltaba.

Llegué a la oficina con Lola a mi lado y el convencimiento de que en cualquier momento alguien iba a preguntarme por qué miraba tanto al vacío. Ella, por supuesto, caminaba encantada, saludando a gente que no podía verla y opinando sobre la decoración.

—Han cambiado las lámparas.

—No me hables en recepción.

—Las de antes eran más bonitas.

—Lola…

—Estas son frías.

—Estoy entrando en mi puesto de trabajo hablando sola. ¿Podemos dejar las lámparas para cuando no haya testigos?

—De acuerdo.

Duró siete segundos.

—Antonio está arriba.

Me paré en seco.

—¿Cómo lo sabes?

—Acaba de pasar hacia los ascensores.

—¿Y por qué no lo he visto?

—Porque estabas muy concentrada en parecer normal.

—Pues gracias por valorar mi esfuerzo.

Subí a mi planta con el pulso en la garganta. Me senté frente al ordenador, abrí un documento cualquiera y fingí leerlo mientras Lola se acomodaba en la silla de enfrente.

—Ahí no.

—¿Qué pasa?

—Que si alguien entra, voy a estar mirando una silla vacía con cara de discutir con ella.

—Puedo ponerme detrás de ti.

—Peor.

—Al lado.

—Mucho peor.

—Entonces, ¿dónde me pongo?

—En otra dimensión, si hay hueco.

—No seas desagradable.

—No seas visible solo para mí.

A las diez y cuarto apareció Antonio.

No llamó. Los Montalbán debían de traerlo en el ADN.

—Arai, ¿tienes un momento?

Me puse de pie tan rápido que la silla casi salió disparada.

—Sí, claro. Momentos tengo. Muchísimos. Para repartir.

Antonio me miró raro.

Lola, a su lado, suspiró.

—Disimulas peor que Bruno cuando rompió el jarrón azul.

—No he dicho nada —murmuré.

Antonio frunció el ceño.

—¿Perdón?

Me quedé helada.

—No. Que digo que no he dicho… nada raro. Nada. ¿Qué necesitas?

Lola ladeó la cabeza.

—Te estás hundiendo tú sola.

—Lola —solté entre dientes.

Antonio abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

El alma se me salió del cuerpo, dio una vuelta por la oficina y volvió porque debía de tener asuntos pendientes.

—Lo… lo de Lola —improvisé—. La carpeta. La carpeta Lola.

Antonio miró mi mesa.

—¿Qué carpeta, Lola?

—La de logística… operativa… laboral… administrativa.

—¿Administrativa?

—Sí.

—¿Y por qué se llama Lola?

—Porque… las siglas.

Antonio me observó como si estuviera reconsiderando varias decisiones laborales a la vez.

—¿Te encuentras bien?

—No he dormido mucho.

—Eso explica algunas cosas.

—Ojalá las explicara todas.

Lola se tapó la boca para no reírse.

Antonio dejó unos papeles sobre mi mesa.

—Bruno se marcha esta tarde a Milán y quiero revisar contigo el último listado del hotel rural antes de que salga.

—Claro. Bruno. Milán. Carla. El listado. Perfecto. Todo muy cómodo.

—¿Cómodo?

—Quería decir claro. He dicho cómodo porque… porque estoy cómoda con el listado.

—Ya.

Lola se acercó a Antonio. Se quedó a su lado, mirándolo con una ternura tan íntima que tuve que apartar la vista.

—Lleva mal la corbata —murmuró.

—Llevas mal la corbata —dije sin pensar.

Antonio bajó la mirada a su nudo.

Lola abrió los ojos.

Yo también.

—Perdón —añadí—. Eso no tenía que salir de mi boca.

Antonio se tocó la corbata, incómodo.

—Lola siempre me lo decía.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Lola no dijo nada. Solo lo miró, y durante unos segundos la situación dejó de ser graciosa. Hasta que Antonio carraspeó y yo, en mi intento desesperado por no llorar ni ingresar voluntariamente en ningún sitio, cogí el listado al revés.

—Vamos con las habitaciones —dije.

Lola se inclinó sobre el papel.

—La veintidós está duplicada.

—La veintidós está duplicada —repetí.

Antonio bajó la mirada.

—Es verdad.

—Y Beatriz no puede compartir con María. No se soportan.

—Beatriz no puede compartir con María porque no se soportan —repetí, ya metida en el desastre.

Antonio me miró.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Soy observadora.

—Eso fue hace cinco años.

—Soy observadora a largo plazo.

Cuando Antonio salió de mi despacho, cerré la puerta y me apoyé contra ella.

—Como vuelvas a usarme de walkie-talkie emocional, te juro que me mudo.

—Ha salido bastante bien.

—He inventado una carpeta llamada Lola por sus supuestas siglas.

—Ha sido rápido.

—Ha sido lamentable.

—Pero rápido.

A mediodía, Bruno apareció en mi despacho con una carpeta en la mano y la chaqueta colgando del brazo.

—Venía a despedirme antes de irme.

—¿A Milán?

—Sí.

—Qué considerado. No hay nada más romántico que empezar un viaje pasando por administración.

—No vengo a administrar nada, vengo a coordinar.

—Perdón. Coordinación con ojeras.

Bruno me miró un segundo más de la cuenta.

—¿Estás bien?

—Esa pregunta está empezando a perseguirme.

Lola apareció a mi lado y lo observó en silencio.

—Está nervioso —murmuró.

—No empieces —dije entre dientes.

Bruno frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Nada. Que no empieces tú con cambios de última hora.

—No venía a cambiar nada.

—Milagro.

Él casi sonrió.

—Me voy en una hora.

—Pues buen viaje.

—Gracias.

Se quedó un segundo más. Demasiado poco para justificarlo, demasiado para que no se notara.

—Nos vemos a la vuelta —dijo.

—Si sobrevives a Milán.

—Haré lo posible.

Cuando salió, Lola no se movió.

—No.

La miré.

—¿No qué?

—No me gusta cómo se va.

—Se va andando, Lola.

—No me refiero a eso.

—No empieces.

—Tengo que ir.

—¿A dónde?

—A Milán.

—Ni se te ocurra.

Pero Lola ya no estaba.

Desapareció sin humo, sin música dramática y sin dejar una nota. Un segundo estaba junto a mí y al siguiente yo estaba sola, plantada en mitad del despacho, mirando el pasillo como una imbécil.

Respiré.

Por primera vez en casi veinticuatro horas, respiré de verdad.

Aquella tarde trabajé sin que nadie me corrigiera plantas, corbatas ni parejas ajenas. Fue casi bonito. Inquietante, pero bonito.

Al salir, Yaiza me arrastró a una terraza.

—Tienes una cara horrible —dijo, sentándose frente a mí.

—Gracias, qué gusto tener amigas.

—No, horrible de verdad. Como de mujer que ha visto algo.

—He visto correos.

—No cuela.

Pedimos dos copas de vino y unas bravas. Yo estaba a punto de contarle una versión muy editada de mi vida cuando Lola apareció en la silla libre.

—A que no sabes de dónde vengo.

Se me cayó la servilleta al suelo.

Yaiza dio un respingo.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Has mirado esa silla como si te acabara de saludar.

Lola sonrió.

—Milán.

—No —susurré.

Yaiza entrecerró los ojos.

—¿No qué?

—No… quiero aceitunas.

—No hemos pedido aceitunas. Y no te gustan.

—Pues por eso. Me adelanto.

Lola se inclinó hacia mí, emocionadísima.

—El hotel, monísimo. Mucho beige, eso sí. Beige en paredes, beige en cortinas, beige emocional.

—No quiero saberlo.

—Carla le ha dicho que igual tendría que pedirte cita en la agenda para poder verlo.

Me atraganté con el vino.

Yaiza me dio una palmada en la espalda.

—¡Arai!

—Estoy bien.

—Y él ha mirado el móvil tres veces durante la cena —continuó Lola —. Tres. Las he contado.

—No me cuentes nada.

—¿Con quién hablas? —preguntó Yaiza.

—Con nadie.

—Arai.

—Con mi conciencia.

—Tu conciencia no sabe tanto de Milán.

Lola levantó un dedo.

—Luego ella le ha dicho que últimamente está más pendiente de Barcelona que de ellos.

—Normal —dije sin pensar.

Yaiza dejó la copa en la mesa.

—¿Normal?

—Nada. Que Barcelona engancha.

—¿Desde cuándo defiendes tú Barcelona como si fueras de turismo?

Lola se acercó más.

—Y te dijo una cosa: si esto es pasión, yo soy Rosalía.

Cerré los ojos.

—No puedo más.

Yaiza me agarró la mano.

—Vale, ya está. Me estás asustando. ¿Dónde estás?

Abrí los ojos.

—Aquí.

—No, aquí estoy yo. Tú estás mirando esa silla vacía, contestando frases que no he oído y hablando de aceitunas que nadie ha pedido. ¿Qué pasa?

Lola se quedó callada por primera vez.

Yo miré a mi amiga. A mi mejor amiga. A la única persona del mundo capaz de escuchar una locura y acompañarla con patatas bravas.

Respiré hondo.

—Prométeme que no vas a llamar a nadie.

Yaiza se puso pálida.

—Eso no se promete a ciegas.

—Estoy conviviendo con Lola Montalbán.

Yaiza se quedó callada durante unos segundos larguísimos. Primero miró la silla vacía, luego me miró a mí y después volvió a mirar la silla, con la cara exacta de quien acaba de entender que su amiga ha cruzado una frontera de la que quizá no se vuelve.

—Arai.

—Ya lo sé.

—¿Lola Montalbán?

—Sí.

—¿La madre muerta del CEO guapo?

—No le llames así en este contexto.

—¿Y en qué contexto se puede llamar guapo a un hombre cuya madre muerta se sienta con nosotras a tomar unas bravas?

Lola levantó la mano.

—A mí no me molesta.

—Dice que no le molesta —traduje.

Yaiza cerró los ojos.

—Necesito vacaciones.

—Yo también.

—No, tú necesitas un equipo médico.

—Yaiza.

Mi amiga abrió los ojos y señaló la silla vacía.

—A ver, Lola, si estás ahí, dame una señal.

—No —dije enseguida.

Lola sonrió y la copa de Yaiza se desplazó unos centímetros sobre la mesa.

—Me cago en mi vida —soltó Yaiza, apartándose de la mesa.

Lola juntó las manos, encantada.

—Me gusta tu amiga.

—Dice que le gustas —traduje.

Yaiza seguía mirando la copa, blanca como la pared.

—Ahora mismo mi prioridad no es caerle bien a una señora muerta, Arai.

—Ya.

—Mi prioridad es no desmayarme encima de las bravas.

Lola se rio.

—Tiene carácter.

—Dice que tienes carácter.

Yaiza señaló la silla sin apartar la vista de mí.

—Pues dile que ella tiene mucha facilidad para mover copas y muy poca para pagar rondas.

Yaiza cogió su copa con manos temblorosas, bebió un trago enorme y señaló la silla.

Lola se rio.

Yo también.

Y por primera vez desde que una muerta había aparecido en mi salón, pensé que quizá no estaba tan loca.

O que, si lo estaba, al menos ya no estaba sola.

Capítulo 13



Bruno

Volví de Milán con una maleta pequeña, dos horas de sueño y la sensación bastante incómoda de haber dejado una conversación a medias en demasiados sitios.

Carla no vino conmigo al aeropuerto.

No discutimos por eso. Ni siquiera hizo falta. A primera hora, mientras yo cerraba la cremallera de la maleta, ella salió del baño ya vestida, maquillada y perfectamente entera. Eso era muy de Carla. Podía estar dolida, enfadada o a punto de romperse, pero siempre encontraba la forma de parecer recién colocada en el mundo.

—Tengo una reunión a las diez —dijo.

—Puedo pedir un coche para los dos y te dejo de camino.

—No hace falta.

Dejé la camisa que estaba doblando sobre la cama.

—Carla.

Ella se giró hacia mí.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Decir mi nombre como si con eso ya estuvieras haciendo algo.

Me quedé callado.

No porque no tuviera respuesta, sino porque todas sonaban mal.

Carla cogió su bolso y se acercó a la mesa para revisar que no olvidaba nada. No miró el móvil. No miró la cama. No me miró a mí.

—Ayer no tenía que haberte dicho algunas cosas delante de Marco y Alessia —dijo.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Me comporté fatal.

—Estabas enfadada.

—Estaba cansada. No es lo mismo, pero se parece bastante.

Me acerqué un paso.

—Podemos hablarlo cuando vuelva del hotel rural.

Carla soltó una risa pequeña, sin ganas.

—¿Ves? Eso es justo.

—¿Qué?

—«Cuando vuelva del hotel rural». Siempre hay algo antes.

—Es trabajo.

—Ya lo sé. Lo sé de verdad, Bruno. No soy una niña caprichosa que no entiende que tengas responsabilidades.

—No he dicho eso.

—No. Tú no dices casi nada. Ese es parte del problema.

Aquello me llegó más hondo de lo que habría querido.

Carla se colocó la correa del bolso al hombro y respiró despacio, como si eligiera las palabras para no lanzármelas a la cara.

—No quiero que te quedes conmigo por costumbre.

—No es costumbre.

—Entonces dime qué es.

La miré.

Era la pregunta más sencilla del mundo y, aun así, no supe contestar.

Carla asintió despacio, como si mi silencio le confirmara algo que llevaba tiempo intentando no ver.

—Buen viaje, Bruno.

—Carla, espera.

—No. Ahora no. Ahora te vas a Barcelona, organizas tus jornadas, resuelves lo de tu padre, haces lo que tengas que hacer. Y cuando tengas un rato de verdad, no uno de esos que me concedes entre llamada y llamada, hablamos.

—No quiero dejarlo así.

—Pues no lo dejes así mucho tiempo.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Su perfume se quedó un segundo en el aire, elegante y conocido. Luego se fue.

La puerta de la habitación se cerró con un golpe suave.

Suave, pero definitivo.

En el avión intenté dormir. No pude. Abrí el portátil, revisé dos informes, respondí tres correos y releí un mensaje de Arai sobre la salida hacia el hotel rural más veces de las necesarias.

No era un mensaje especial.

Ni siquiera era amable.

«Tu padre ha cambiado de opinión con la distribución de las habitaciones. Otra vez. Antes de que preguntes: sí, ya he respirado hondo. Dos veces.»

Lo leí en Barajas, durante la escala. Lo leí en el embarque. Lo leí antes de poner el modo avión.

Y sonreí como un imbécil las tres veces.

Aquello no ayudaba a mi situación.

Llegué a Barcelona cerca del mediodía. Desde el aeropuerto fui directo a la oficina, porque aparentemente mi instinto de supervivencia consistía en meterme en lugares donde nadie me dejara pensar demasiado.

Mi padre estaba en la sala pequeña de reuniones con Arai, dos carpetas abiertas y una expresión que no prometía nada bueno. Arai, sentada frente a él, tenía un bolígrafo en la mano, el pelo recogido de cualquier manera y esa cara de concentración peligrosa que ponía cuando estaba a medio minuto de decir algo inconveniente.

No estaba sola.

Yaiza Santana ocupaba la silla de al lado, con una libreta que no parecía corporativa y una bolsa de patatas abierta entre las dos.

Me detuve en la puerta.

—¿Interrumpo algo?

Arai levantó la vista.

—Depende. ¿Vienes a cambiar otra habitación?

—Acabo de aterrizar.

—Eso no responde.

Mi padre cerró una carpeta.

—Bruno, bien. Necesitábamos revisar contigo la salida de mañana.

—¿La salida o el desastre que habéis convertido en salida?

Yaiza levantó una mano.

—Yo solo estoy aquí como apoyo emocional y porque en recepción me han dejado subir.

Miré a Arai.

—¿Apoyo emocional?

—No preguntes.

—Voy a preguntar.

—Pues hazlo luego.

Mi padre miró a Yaiza con una educación algo desconcertada.

—Perdona, ¿tú eras…?

—Yaiza. Amiga de Arai. Testigo, acompañante y, si hace falta, persona que le recuerda que beber café no cuenta como comer.

—No necesitaba la presentación completa —murmuró Arai.

—Sí la necesitabas. Llevas dos días con cara de expediente paranormal.

Arai se quedó quieta al oírlo. No fue un gesto exagerado, pero sí lo bastante claro para que yo notara que aquella palabra le había tocado algún nervio que no entendía.

—¿Expediente qué?

—Nada —dijo Arai demasiado rápido.

Yaiza metió una patata en la boca y fingió mirar la libreta.

—He dicho personal. Expediente personal.

—Has dicho paranormal.

—Bueno, depende del departamento.

Mi padre me miró.

—¿Siempre trabajan así?

—Estoy empezando a preguntármelo.

Arai me señaló con el bolígrafo.

—No me mires como si aquí el raro fueras tú. Tú has llegado de Milán y vienes con cara de no haber dormido ni en el avión.

—He dormido algo.

—¿Cinco minutos o seis?

—Siete. Soy ambicioso.

Yaiza levantó las cejas.

—Mira, si también sabe bromear. Esto mejora.

Arai la fulminó con la mirada.

—Tú no ayudes.

—Yo estoy ayudando muchísimo. Estoy creando clima.

Mi padre carraspeó. Tenía esa cara de hombre que había visto muchas cosas en la empresa, pero quizá no tantas a la vez en una sala de reuniones.

—Si podemos volver al hotel rural…

—Por favor —dije.

Arai abrió una carpeta y empezó a repasar el plan de salida. Autobuses, coches privados, horarios, distribución de habitaciones, llegada de proveedores, actividad de bienvenida y cena. Lo explicaba rápido, con seguridad y sin mirar demasiado a ningún punto fijo. Había algo raro en ella. No era cansancio, o no solo. Era como si estuviera pendiente de una conversación que los demás no oíamos.

En un momento dado, se giró hacia la silla vacía junto a la ventana.

—No —dijo en voz baja.

Mi padre levantó la cabeza.

—¿Perdón?

Arai parpadeó.

—No… hace falta cambiar eso.

—Nadie ha dicho nada —respondí.

—Lo he pensado yo.

Yaiza soltó una tos tan poco convincente que hasta mi padre, que no la conocía de nada, la miró como si acabara de pillarla robando material de oficina.

—Arai piensa en voz alta cuando está cansada —dijo.

—Arai no suele pensar en voz alta —contesté.

—Pues hoy innova.

Arai cerró los ojos un segundo.

—¿Podemos terminar con esto?

Mi padre consultó el reloj.

—Tengo otra reunión en diez minutos. Bruno, necesito que mañana estés pendiente de la llegada. Arai coordinará recepción, habitaciones y actividades.

—Perfecto.

—Y, por favor, procurad no mataros antes de llegar.

—Papá.

—Lo digo como petición logística, no como juicio personal.

Yaiza sonrió.

—Me cae bien tu padre.

Arai volvió a quedarse rígida.

No entendí por qué.

Cuando mi padre salió, la sala quedó en un silencio incómodo. Yaiza recogió la bolsa de patatas con demasiada rapidez.

—Yo voy a… hacer una llamada.

—No tienes a quién llamar —dijo Arai.

—Pues voy a fingirla con mucha dignidad.

Yaiza salió antes de que Arai pudiera retenerla con la mirada. Nos quedamos solos, y ella bajó enseguida la vista a los papeles, como si el listado de habitaciones acabara de volverse mucho más interesante que cualquier cosa que pudiera pasar entre nosotros.

—¿Qué tal Milán? —preguntó, sin levantar demasiado la vista.

Lo dijo como quien pregunta por el tiempo, pero le salió demasiado pendiente para ser solo educación.

—Bien.

Arai asintió, aunque no pareció tragárselo.

—Bien —repitió—. Qué derroche.

—¿Qué querías? ¿Un informe por apartados?

—No, hombre. Con que uses más de una palabra, ya me doy por satisfecha.

Me apoyé en el respaldo de una silla.

—Fue… correcto.

Levantó la mirada.

—Uf.

—¿Uf?

—Correcto es peor que mal.

—No siempre.

—Sí. Mal, al menos tiene sangre. Correcto, tiene mantel blanco y ganas de irse a casa.

No pude evitar mirarla un segundo más de la cuenta.

—Tienes una opinión muy concreta sobre la palabra correcto.

—Tengo una opinión muy concreta sobre muchas cosas.

—Eso ya lo había notado.

Arai bajó de nuevo la vista a los papeles, pero vi cómo apretaba un poco el bolígrafo.

—Pues entonces Milán fue correcto —dijo—. Entendido.

—¿Eso qué significa?

—Nada. Que correcto está bien. Correcto es… correcto.

—No suena a que te parezca bien.

—Es que cuando alguien vuelve de pasar dos días con su novia y lo mejor que se le ocurre decir es correcto, tampoco parece que haya que abrir champán.

Me quedé mirándola.

—¿Te importa?

Arai abrió la boca, la cerró y se recolocó en la silla.

—Me importa que vengas con esa cara a una reunión en la que dependemos de que sepas distinguir un autobús de una catástrofe.

—Gracias por la confianza.

—De nada.

—No has respondido.

—Sí he respondido. Otra cosa es que no te sirva.

Casi sonreí.

No debía, pero casi.

Arai lo vio. Y, por algún motivo, eso la puso más nerviosa.

—¿Qué?

—Nada.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Mirarme como si estuvieras pensando algo y luego decir nada.

—Tú lo haces todo el tiempo.

—Yo tengo motivos.

—¿Y yo no?

—Tú vienes de Milán. Tus motivos deberían estar allí.

La frase le salió demasiado rápido. Lo noté yo y lo notó ella, porque apartó la vista enseguida, como si quisiera recogerla del aire antes de que yo pudiera hacer nada con ella.

Yo sentí que el cansancio, Carla, el avión y toda la tensión acumulada se colocaban de golpe entre nosotros.

—Arai.

—Déjalo.

—No he dicho nada.

—Pero ibas a hacerlo.

—¿Y si quería hacerlo?

Ella me miró.

Ya no había humor en sus ojos. Tampoco distancia suficiente.

—Pues quizá no deberías.

La puerta se abrió de golpe y Yaiza asomó la cabeza.

—Perdón. Interrumpo tensión, ¿verdad?

Arai se levantó.

—No hay tensión.

Yaiza miró mi cara, luego la suya.

—Claro. Y yo soy discreta.

—¿Qué querías?

—Que nos vamos. He pedido un taxi porque, si sigues aquí diez minutos más, o te da algo o dices algo. Y cualquiera de las dos opciones me viene fatal.

Arai cogió sus papeles demasiado deprisa.

—Mañana a las ocho en la entrada —me dijo.

—A las ocho.

—No llegues tarde.

—No suelo llegar tarde.

—No. Sueles llegar complicado.

Yaiza la agarró del brazo.

—Vámonos antes de que eso pida explicación.

Las vi salir.

Arai caminaba deprisa, como si quisiera poner distancia. Yaiza hablaba a su lado sin parar, aunque por la cara de Arai estaba claro que no escuchaba la mitad.

Me quedé solo en la sala, con los papeles sobre la mesa y una frase de Carla dando vueltas en la cabeza.

No quiero que te quedes conmigo por costumbre.

Saqué el móvil; tenía un mensaje suyo.

Carla: *Avísame cuando llegues al hotel rural. Aunque sea por educación.*

Leí el mensaje dos veces y, antes de bloquear el móvil, abrí el chat de Arai sin saber muy bien qué esperaba encontrar allí. No escribí nada, claro. No era el momento, ni el lugar, ni mucho menos la persona a la que debía buscar después de recibir un mensaje de Carla. Pero cuando cerré la pantalla y miré hacia la puerta por la que Arai acababa de salir, entendí que saberlo no cambiaba demasiado las cosas.

Nada de aquello estaba bien. Yo tenía una relación que se me estaba deshaciendo en las manos, una culpa enorme metida en el pecho y, aun así, por primera vez desde que había vuelto a Barcelona, el problema no era no saber dónde quería estar. El problema era que empezaba a saberlo demasiado.

Capítulo 14



Arai

A las seis y media de la mañana, mi móvil sonó con un mensaje.

Yaiza: *¿Sigue la señora en tu casa o ha vuelto al más allá?*

Lo leí desde la cama, con un ojo abierto, la cara pegada a la almohada.

Lola estaba en el salón. Lo sabía porque había dejado la puerta entreabierta, no por confianza, sino porque si una muerta iba a moverse por mi casa, al menos quería tener control visual.

Arai: *Sigue aquí.*

Respondió al segundo.

Yaiza: *Vale. Pregúntale si ronca.*

Miré hacia el pasillo.

—Yaiza pregunta si roncas.

—No duermo.

Volví a escribir.

Arai: *Dice que no duerme.*

Yaiza: *Qué cómodo para ella. Qué desgracia para ti.*

Me incorporé con un gemido y fui hacia el salón. Lola estaba sentada en la butaca.

Me paré en seco.

—¿Por qué tienes mi vestido?

—Porque no estaba en la maleta.

—Exacto. Por eso pregunto.

—Debería estar.

—No debería.

—Te favorece.

—Lola, voy a unas jornadas de empresa, no a seducir a nadie entre una charla de liderazgo y una visita a las cuadras.

Ella levantó la vista con una calma insultante.

—Yo no he dicho seducir.

—Lo has pensado tan fuerte que casi se ha movido la lámpara.

—Arai.

—No.

—Solo digo que una nunca sabe cuándo puede necesitar un vestido bonito.

—Yo sí lo sé: nunca delante de Bruno Montalbán, su padre y un PowerPoint sobre objetivos trimestrales.

Cerré la maleta con más fuerza de la necesaria.

—¿Eso es todo lo que vas a llevar?

—Voy dos noches a un hotel rural, no a refundar una civilización.

—Has metido tres camisetas negras.

—Son distintas.

—Son negras.

—Exacto. Distintas dentro de un concepto.

El móvil volvió a sonar.

Yaiza: *Voy contigo hasta la salida. No me fío de que llegues sola con la difunta.*

Lola leyó la pantalla por encima de mi hombro.

—Tu amiga es muy considerada.

—Mi amiga está disfrutando demasiado de mi caída libre.

—También.

Una hora después, Yaiza apareció en mi portal con dos cafés, un cruasán en una bolsa de papel y unas gafas de sol enormes que no se quitó ni dentro del edificio.

—¿Dónde está? —susurró nada más verme.

—Buenos días a ti también.

—Buenos días. ¿Dónde está?

Lola, muy digna, estaba junto al ascensor.

—Aquí.

Yaiza dio un respingo aunque no pudiera verla.

—No hagas eso. No la oigo, pero me ha dado algo igual.

—Dice que está aquí.

—Pues dile que no se coloque cerca de mis órganos vitales. Soy nueva en esto.

—Lo tendré en cuenta —respondió Lola.

—Dice que lo tendrá en cuenta —traduje.

Yaiza señaló el aire, sin acertar demasiado.

—Gracias, señora. Muy amable, pero lejos de mi bazo.

—Esto es una locura.

—Sí.

—¿Y tú vas a irte dos días a un hotel con tu jefe, su padre y su madre muerta?

—Gracias por resumirlo así. Ahora suena mucho mejor.

—No, si mejor no suena. Suena a que tendrías que firmar una autorización antes de subir al autobús.

Bajamos a la calle entre cafés, maleta, cruasán y una fantasma que miraba Barcelona como si no terminara de acostumbrarse a poder estar en todas partes y en ninguna. El trayecto en taxi hasta la oficina fue un ejercicio de autocontrol. Yaiza no dejaba de mirar por el retrovisor y Lola, sentada entre las dos, opinó tres veces sobre el tráfico, dos sobre el peinado del conductor y una sobre el escaparate de una tienda que, según ella, tenía «más luces que criterio».

Cuando llegamos, la entrada de Montalbán & Soler Inversiones era un pequeño caos organizado. Había maletas, mochilas, gente con café, gente con cara de no haber dormido, dos autobuses aparcados y Antonio Montalbán hablando con un conductor como si estuviera revisando la compra de una empresa entera.

Bruno estaba junto a la puerta principal.

Con camisa blanca, chaqueta azul oscuro, maleta de cabina y esa cara de hombre que había dormido poco y estaba fingiendo que no se notaba.

Se notaba.

Muchísimo.

—Ahí está —dijo Yaiza.

—Lo veo.

—Lo digo por si la señora quiere ir haciendo calentamiento.

—Yaiza.

Lola se quedó mirando a Bruno.

—Tiene peor cara que ayer.

—Todos tenemos peor cara que ayer —murmuré.

Bruno me vio entonces. Su mirada pasó de mi cara a la maleta, luego a Yaiza y finalmente volvió a mí.

—Buenos días.

—Eso dicen.

—¿Problemas?

—Son las ocho de la mañana y hay dos autobuses llenos de empleados que creen que esto es una excursión escolar con nómina. Dame margen.

Yaiza levantó su café.

—Yo solo vengo a entregarte el paquete.

Bruno la miró.

—¿El paquete?

—Ella —dijo, señalándome—. Y viene frágil.

—No soy frágil.

—Llevas hablando sola desde ayer, cariño. Vamos a no ponernos finas.

Bruno frunció el ceño.

—¿Hablando sola?

—Es una forma de hablar —dije rápido.

Yaiza sonrió con toda la inocencia que no tenía.

—Sí. Una forma muy suya. Creativa.

Antonio se acercó a nosotros con una carpeta en la mano.

—Arai, al final necesito que vayas en el coche de Bruno.

Yo parpadeé.

—¿Perdón?

—Hay que revisar el orden de llegada con el hotel y los autobuses van completos.

—Puedo ir en el maletero de uno de ellos. Soy flexible.

Bruno me miró.

—No vas a ir a un maletero.

—Era una opción logística.

—Era una estupidez.

—También bastante logística.

Lola, a mi lado, sonrió de una forma que no me gustó nada.

—Esto viene bien.

—No —dije entre dientes.

Antonio levantó la mirada.

—¿No?

—No… hay problema —corregí, deseando desaparecer dentro de mi propia maleta.

Yaiza se acercó a mi oído.

—¿La señora está contenta?

—Mucho.

—Pues miedo.

—Mucho también.

Bruno cogió mi maleta antes de que yo pudiera reaccionar.

—Vamos.

—Puedo llevarla yo.

—Lo sé.

—Entonces no la lleves tú.

—Arai, son las ocho y media. Discutimos en el coche.

Yaiza se llevó una mano al pecho.

—Ay, qué bonito. Ya tienen agenda de pareja.

—Cállate —murmuré.

—Te quiero.

—Yo ahora mismo no.

Me despedí de Yaiza con una mirada de auxilio que ella ignoró con bastante descaro. Subí al coche de Bruno con la sensación de estar entrando en un sitio demasiado pequeño para tanta tensión. Él dejó mi maleta en el maletero, se sentó al volante y revisó el navegador.

Lola apareció en el asiento trasero.

—Ni una palabra —susurré.

Bruno me miró.

—¿Qué?

—Nada.

—Has dicho algo.

—He dicho que… qué día tan largo.

—Acaba de empezar.

—Pues imagina mi entusiasmo.

Arrancó.

Durante los primeros minutos, ninguno dijo nada. Barcelona fue quedándose atrás entre semáforos, motos y gente que tenía la indecencia de vivir una mañana normal. Yo miraba por la ventanilla. Bruno conducía con las dos manos en el volante. Lola, detrás, iba demasiado callada, y eso era casi peor.

—¿Has dormido algo? —pregunté al final.

Bruno no apartó la vista de la carretera.

—Algo.

—Eso es una respuesta de hombre que no ha dormido nada.

—¿Y tú?

—Yo estoy estupenda. Fresca como una lechuga.

Lola se inclinó hacia delante.

—Una lechuga con ojeras.

Apreté los dientes.

Bruno me miró de reojo.

—¿Qué pasa?

—Nada. He recordado que odio el campo.

—No odias el campo.

—No lo odio cuando está lejos y no lleva actividades programadas.

—Hay rutas, una visita a las cuadras y una cena.

—Qué bien. Naturaleza con horarios. Mi sueño.

Bruno casi sonrió. Lo vi, y me molestó más de lo que debería.

—¿Qué?

—Nada.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Ese casi. O sonríes o no sonríes, pero no dejes la sonrisa en prácticas.

Esta vez sí sonrió un poco.

—Estás muy intensa para ser tan temprano.

—He tomado mucho café.

—¿Cuántos?

—No hagas preguntas personales.

Lola soltó una risa desde atrás.

Yo cerré los ojos un instante.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Bruno.

—Como vuelvas a preguntármelo, me bajo en marcha.

—Iba a frenar.

—No me robes dramatismo.

Antes de que Bruno pudiera replicar, el manos libres del coche emitió un pitido.

—Es Nicolás —dijo, pulsando el botón del volante—. Dime.

La voz de su amigo llenó el coche con esa alegría irritante de quien no tiene ningún problema serio a la vista.

—Voy en camino. Si el GPS no decide arruinarme la mañana, llego antes que vosotros.

—Milagro.

—No te pongas borde, que bastante hago con ir a unas jornadas de empresa sin trabajar en tu empresa.

Miré a Bruno.

Él lo notó.

—Nicolás está colaborando conmigo en una parte del proyecto de expansión —dijo, sin apartar la vista de la carretera—. Mi padre ha aceptado que venga como apoyo externo.

—Traducido —intervino Nicolás—, me han dado acreditación para que parezca legal.

—No ayudas —dijo Bruno.

—Yo siempre ayudo. Otra cosa es que no os guste el formato.

Bruno cortó la llamada antes de que la cosa se alargara más de la cuenta y puso algo de música para llenar el silencio.

A mitad de camino, el nombre de Carla apareció en la pantalla del coche.

—Dime, Carla.

La voz de ella llenó el coche, clara y demasiado serena.

—¿Has llegado ya?
Bruno apretó un poco las manos sobre el volante.

—No. Todavía estamos en camino.

Hubo un silencio breve.

—¿Estamos?

Yo cerré los ojos.

Lola, desde el asiento trasero, se inclinó hacia delante con un interés indecente.

—Voy con Arai —dijo Bruno—. Estás en manos libres.

El silencio siguiente fue bastante peor.

—Genial —respondió Carla al fin.

No sonó genial. Sonó a todo lo contrario.

—Cuando llegue te mando un mensaje —añadió Bruno—. Era lo que habíamos quedado.

—Sí, claro. No quería molestar.

—No molestas.

—Ya.

Yo miraba por la ventanilla como si los árboles acabaran de volverse importantísimos.

—Bueno —dijo Carla—. Que vaya bien la llegada.

—Gracias. Te escribo luego.

—Eso espero.

La llamada se cortó.

Durante unos segundos, en el coche solo se oyó el motor y el aire acondicionado.

Lola suspiró desde atrás.

—Pues menos mal que no quería molestar.

Le lancé una mirada de soslayo.

Bruno me miró de reojo.

—¿Qué?

—Nada.

—Has puesto cara.

—Tengo muchas. Van saliendo según el nivel de incomodidad.

—Arai.

—¿Qué quieres que diga? Estoy aquí de copiloto involuntaria en una llamada de pareja que claramente no necesitaba público.

—No ha sido para tanto.

—No, claro. Ha sido una llamada comodísima. Yo casi he sacado unas palomitas.

Lola soltó una risa encantada.

Bruno apretó los labios, como si no quisiera sonreír.

—No era mi intención que la escucharas.

—Lo sé.

—Carla tampoco sabía que ibas conmigo.

—Eso también lo he notado. Soy muy intuitiva cuando una mujer dice «genial» y suena a «me estoy acordando de toda tu agenda familiar».

Bruno soltó aire por la nariz, esta vez sin poder evitarlo del todo.

—No estás ayudando.

—No era mi objetivo. Mi objetivo era llegar viva al hotel rural y ya vamos regular.

Lola suspiró en el asiento de atrás.

—Qué cabezotas sois los dos.

—No empieces —murmuré.

Bruno giró apenas la cabeza.

—¿Otra vez?

—Estoy hablando conmigo misma.

—Lo haces mucho últimamente.

—Porque me doy buenas respuestas.

—No lo dudo.

Llegamos al hotel rural poco antes de la una. Era más bonito de lo que esperaba y bastante más grande. Piedra clara, madera oscura, balcones con flores, montañas al fondo y esa calma que parecía diseñada para engañarte antes de que alguien sacara una carpeta.

Los autobuses llegaron un rato después. En cuestión de minutos, la entrada se llenó de empleados, maletas, comentarios sobre el paisaje y quejas sobre el hambre. Antonio bajó de uno de los coches con el gesto satisfecho de quien considera que, si nadie ha perdido una maleta todavía, todo va razonablemente bien.

Yo entré directa a recepción con mi listado en la mano.

—Buenos días —dije a la recepcionista—. Grupo Montalbán & Soler Inversiones. Soy Arai Bethencourt. Teníamos las habitaciones reservadas.

La chica sonrió, tecleó mi nombre y frunció un poco el ceño.

Ese gesto, en recepción, nunca anuncia nada bueno.

—Un segundo, por favor.

Lola apareció a mi lado.

—Qué hotel tan bonito.

—Ahora no —susurré.

La recepcionista volvió a teclear.

—Perdona, ¿me repites el apellido?

—Bethencourt.

—Con th —añadió Lola.

—Con th —repetí sin pensar.

La recepcionista me miró.

—Sí, lo tengo. Pero aquí me aparece la reserva cancelada.

Noté cómo me bajaba toda la sangre a los pies.

—¿Cancelada?

Bruno, que acababa de entrar con Antonio, se acercó al mostrador.

—¿Qué pasa?

Me giré hacia él muy despacio.

—Mi habitación se ha cancelado.

Antonio frunció el ceño.

—Eso es imposible.

Lola se quedó mirando la pantalla del ordenador con una expresión demasiado inocente.

Demasiado.

—Lola —dije en voz baja.

Bruno me miró.

—¿Decías?

La recepcionista carraspeó.

—El hotel está completo, pero vamos a buscar una solución.

Lola sonrió apenas.

Yo cerré los ojos.

—Dime que no has sido tú —murmuré.

—Qué manía con acusar sin pruebas.

Y supe, con una claridad espantosa, que aquel fin de semana acababa de empezar de verdad.

Capítulo 15



Bruno

Arai miraba a la recepcionista como si aquella mujer acabara de anunciarle que el hotel no tenía habitaciones, ni paredes, ni intención de sobrevivir al día.

—¿Cancelada? —repitió.

La recepcionista asintió con una sonrisa pequeña, de esas que no solucionan nada pero intentan no empeorarlo.

—Eso me aparece en el sistema, sí.

Arai dejó el listado sobre el mostrador con mucho cuidado. Demasiado cuidado. Como si estuviera intentando no cometer un delito.

—Vale. Respiremos todos.

Mi padre frunció el ceño.

—No entiendo cómo ha podido pasar.

—Yo tampoco —dijo la recepcionista—. La reserva estaba confirmada, pero aquí figura una anulación esta mañana.

Arai cerró los ojos.

—Esta mañana.

—Sí.

—Qué madrugador el desastre.

Me acerqué al mostrador.

—Tiene que haber alguna habitación libre.

—El hotel está completo, señor Montalbán. Su grupo ocupa prácticamente todo el alojamiento y esta noche tenemos también una boda pequeña en el edificio anexo.

Arai abrió los ojos.

—Perfecto. Si hace falta, me cuelo con la novia. Igual ni se nota.

Mi padre la miró.

—Arai.

—Perdón. Estoy gestionando la noticia con madurez.

—No lo parece.

—Porque la madurez, en mi caso, va por dentro.

La recepcionista volvió a mirar la pantalla.

—Tenemos una opción.

Arai levantó una mano.

—No me gusta cómo ha sonado eso.

—Aún no sabes qué voy a decir.

—Por eso precisamente.

La chica me miró a mí, luego a mi padre y por último a Arai.

—La *suite* del señor Montalbán dispone de dos habitaciones independientes.

Durante un segundo no se oyó nada. Ni los empleados entrando, ni las ruedas de las maletas, ni el murmullo de recepción.

Arai giró la cabeza muy despacio hacia mí.

—No.

—Yo no he dicho nada.

—Lo has pensado.

—No he tenido tiempo.

—Pues no empieces.

Mi padre se aclaró la garganta.

—Si son dos habitaciones independientes, puede ser una solución temporal.

—Antonio, con todo mi cariño profesional, no digas temporal cuando todos sabemos que temporal significa «hasta que no quede más remedio que aceptar la desgracia».

—Dramatizas un poco.

—Se me ha cancelado la habitación en un hotel completo y la única alternativa es dormir pared con pared con su hijo. Creo que estoy siendo elegantísima.

Yo intenté no sonreír.

No lo conseguí del todo.

Arai lo vio.

—Ni se te ocurra.

—No he hecho nada.

—Tienes cara de estar a punto.

La recepcionista consultó algo en la pantalla.

—La *suite* tiene dos dormitorios, dos baños y una zona común. Pueden cerrarse las puertas.

—Maravilloso —dijo Arai—. Un piso compartido con vistas al Pirineo y conflicto laboral incluido.

Mi padre me miró.

—Bruno.

—Por mí no hay problema.

Arai giró hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Perdón?

—He dicho que por mí no hay problema. Son dos habitaciones.

—Eso lo dices tú porque no has visto mi semana.

—Arai, no podemos inventar una habitación.

—Yo no descarto nada. A estas alturas, igual abro un armario y aparece una cama.

La recepcionista tragó saliva. Mi padre parecía debatirse entre intervenir o marcharse antes de que aquello empeorara. Yo, por mi parte, estaba empezando a notar que había algo más debajo de la reacción de Arai. No solo incomodidad. No solo vergüenza.

Era como si estuviera enfadada con alguien que no estaba allí.

—Podemos revisar si hay alojamientos cerca —propuse.

Arai respiró, y por un momento pareció recuperar algo de control.

—Eso. Alojamientos cerca. Me vale una casa rural, una pensión, una tienda de campaña con dignidad.

—Estamos a cuarenta minutos del pueblo más cercano con plazas disponibles —dijo la recepcionista—. Y por la tarde hay previsión de tormenta.

—Claro. Tormenta. Faltaba el toque de realismo mágico.

Mi padre miró el reloj.

—La reunión de bienvenida empieza en cuarenta minutos. No podemos tener a todo el grupo esperando por esto.

Arai lo miró como si acabara de traicionarla.

—Antonio.

—Lo siento, pero ahora mismo es la solución más práctica.

—La practicidad está sobrevalorada.

—No cuando tienes a sesenta empleados hambrientos en un vestíbulo.

Eso sí era difícil de discutir. Detrás de nosotros, Beatriz preguntaba a alguien dónde estaba el baño, Mario intentaba conectar el móvil al wifi del hotel y dos personas de contabilidad abrían una bolsa de patatas como si estuvieran en una estación de autobuses.

Arai pasó una mano por la frente.

—Vale. Bien. Perfecto. La *suite*. Pero con normas.

La recepcionista nos entregó dos tarjetas.

—Por supuesto.

—No se lo decía a usted. Se lo decía a él.

Yo cogí mi tarjeta.

—¿Ya tengo normas?

—Vas a tener un manual.

—Qué ilusión.

—Primera: la zona común se usa solo para trabajo.

—¿Y si quiero leer?

—Lees en tu habitación.

—¿Y si quiero tomar café?

—Te lo llevas a tu habitación.

—¿Y si quiero respirar?

—Depende del aire que cojas.

Mi padre hizo un sonido sospechosamente parecido a una risa. Arai lo miró con decepción.

—No te pongas de su parte.

—No me he puesto de parte de nadie.

—Estás disfrutando.

—Un poco.

Aquello me pilló desprevenido. Mi padre casi nunca entraba en ese tono. O quizá hacía años que yo no lo veía.

Arai también lo notó, porque su expresión se aflojó apenas un segundo.

—Vale —dijo, más baja—. Pues *suite*. Pero si esto sale mal, constará en acta que yo propuse el maletero.

—Constará —respondí.

Subimos juntos porque mi padre se quedó resolviendo un problema con las acreditaciones. Arai caminaba a mi lado con la maleta, la carpeta pegada al pecho y una tensión visible en los hombros. Yo llevaba mi equipaje y las dos tarjetas. Cada vez que el ascensor emitía un sonido, ella miraba hacia un lado concreto, como si esperara que alguien le dijera algo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté.

Se giró hacia mí.

—Te lo voy a decir con cariño: si vuelves a preguntarme eso, te cambio la habitación por la mía y duermo yo en la *suite* sola.

—Eso no tiene sentido.

—Nada de mi vida lo tiene desde el miércoles. No me exijas coherencia ahora.

El ascensor llegó y entramos en silencio. Cuando las puertas se cerraron, el espacio pareció encogerse de golpe, demasiado estrecho para dos personas, dos maletas y todo lo que ninguno de los dos estaba diciendo.

Arai apretó la carpeta contra el pecho.

—¿Qué pasó el miércoles?

—Nada.

—Acabas de decir que tu vida no tiene sentido desde el miércoles.

—Era una forma de hablar.

—Muy concreta.

—Soy una mujer de formas concretas.

—Eso ya lo sabía.

Me miró de reojo.

—¿Vas a interrogarme en un ascensor?

—Estoy intentando entenderte.

—Pues te deseo suerte. Yo llevo treinta y dos años y voy justa.

Las puertas se abrieron antes de que pudiera contestar.

La *suite* estaba en la última planta. La recepcionista no había exagerado: era enorme. Un salón con chimenea, ventanales hacia la montaña, dos puertas a cada lado y una terraza que, en cualquier otra circunstancia, habría sido un buen lugar para respirar.

Arai entró detrás de mí y se quedó quieta.

—No.

Dejé mi maleta junto al sofá.

—¿Qué pasa ahora?

—Esto es demasiado bonito.

—¿Y eso es malo?

—Sí. Las desgracias deberían ocurrir en sitios feos. Ayuda a mantener la indignación.

—Puedo quejarme del sofá si quieres.

Lo miró.

—No te esfuerces. Tiene pinta de costar más que mi primer coche.

Me acerqué a una de las puertas.

—Elige habitación.

—La más lejos de ti.

—Están una frente a la otra.

—Pues mal diseño.

Casi sonreí otra vez. Arai me señaló con la tarjeta.

—Cuidado.

—No he dicho nada.

—Pero estás acumulando.

—¿Son normas o amenazas?

—Conmigo casi siempre son híbridos.

Dejó la maleta en la habitación de la derecha y abrió la puerta del baño. Después volvió al salón y revisó la terraza, las ventanas y hasta el minibar con una seriedad absurda.

—¿Qué haces?

—Comprobar que no haya más sorpresas.

—¿En el minibar?

—Nunca se sabe dónde se esconde una catástrofe.

Mi móvil vibró. Carla.

Arai lo vio en la pantalla antes de que yo pudiera guardarlo.

—Puedes contestar.

—Luego.

—Bruno.

No me gustó cómo dijo mi nombre. No fue una broma. No fue defensa. Fue algo más parecido a una advertencia tranquila.

—Le escribiré cuando baje.

—Hazlo ahora.

—No hace falta.

Arai dejó la carpeta sobre la mesa.

—Sí hace falta. Porque si no lo haces, después será tarde, luego tendrás una reunión, luego una cena, luego otro incendio, y al final esa mujer tendrá razón en cosas que yo no tendría ni que saber.

Me quedé mirándola.

Arai se dio cuenta demasiado tarde.

—Quiero decir… supongo que te diría cosas. No sé. Por lógica.

—¿Por lógica?

—Por novia. Las novias tienen tendencia a decir cosas cuando sus novios se van a hoteles rurales con compañeras de trabajo sin avisar correctamente.

—No me voy contigo. Coincidimos en una solución logística.

—Eso suena tan sexi que casi me mareo.

Solté una risa. No pude evitarlo.

Arai se quedó mirándome, y durante un segundo se le olvidó discutir. Fue muy breve, pero estuvo ahí.

Luego apartó la vista y señaló el móvil.

—Escríbele.

Esta vez la obedecí. Mandé un mensaje sencillo a Carla.

Bruno: *Ya hemos llegado. Ha habido un problema con las habitaciones. Luego te llamo y te explico.*

No añadí nada más porque, sinceramente, no sabía qué añadir. Arai miró hacia la terraza, como si fuera muy urgente comprobar que las montañas seguían en su sitio.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Adulto funcional. Me gusta verlo de vez en cuando.

—Gracias por tu aprobación.

—No te acostumbres.

Alguien llamó a la puerta.

Arai se tensó.

—Si es la recepcionista diciendo que ahora solo queda una cama, me tiro por la terraza.

Abrí.

Era un botones con nuestras acreditaciones y el programa de actividades. También traía una cesta de bienvenida con fruta, una botella de vino y una tarjeta manuscrita.

—De parte del hotel —dijo.

—Gracias.

Cuando cerré, Arai cogió el programa.

—A ver qué maravillas nos esperan.

Leyó en silencio durante tres segundos.

—No.

—¿Otra vez no?

—Actividad de bienvenida: dinámica por parejas.

Miré el papel por encima de su hombro.

—Es una búsqueda de pistas por el hotel.

—Por parejas.

—No dice que tengamos que ir juntos.

En ese momento, mi móvil vibró con un mensaje de mi padre.

«Cambio de última hora. Tú y Arai haréis pareja para revisar que la dinámica funciona antes de la cena.»

Arai leyó el mensaje al mismo tiempo que yo.

Muy despacio, dejó el programa sobre la mesa.

—Bruno.

—No he sido yo.

—Ya. Claro.

—Te lo juro.

—Pues entonces dile a tu padre que no.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Porque si hablo ahora con Antonio, igual acabo pidiéndole que me adopte para desheredarte.

Me pasé una mano por la cara.

—Solo es una dinámica.

—No, Montalbán. Una dinámica es cuando alguien te pide que digas tu color favorito en una formación de empresa. Esto es pasar una tarde contigo, en una *suite* compartida y buscando pistas como si fuéramos dos adolescentes en un campamento caro.

El móvil de Arai sonó. Miró la pantalla.

—Yaiza.

—Contesta.

—No.

—¿Por qué?

—Porque huele el drama a kilómetros.

Contestó de todos modos.

—No puedo hablar.

La voz de Yaiza se oyó desde el otro lado, alta y clara.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—No me mientas. Te noto la frente sudada por teléfono.

Arai cerró los ojos.

—Estoy en una *suite* con Bruno.

Silencio.

Luego Yaiza gritó:

—¿Con el vivo?

Arai bajó el volumen a toda prisa.

—¡Yaiza!

Yo la miré.

—¿Con el vivo?

Arai se puso roja.

—Es una expresión nuestra.

—Rara.

—No juzgues nuestras expresiones.

Yaiza seguía hablando.

—¿Y la señora? ¿Está ahí?

Arai me miró. Luego miró hacia el sofá vacío.

—No lo sé.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

—La señora de recepción —improvisó—. Yaiza pregunta por la señora de recepción.

—No he preguntado eso. —Se oyó al otro lado.

Arai colgó.

Durante un segundo nos quedamos mirándonos.

—Arai.

—Ni una palabra.

—No he dicho nada.

—Pero ibas.

—Sí.

—Pues no.

El programa seguía sobre la mesa. Mi padre esperaba respuesta. Carla también esperaba una explicación. Y Arai Bethencourt estaba de pie en mitad de la *suite*, con cara de querer incendiar el hotel entero y salir corriendo al mismo tiempo.

Debería haberme parecido un desastre.

Quizá lo era.

Pero entonces volvió a sonar su móvil, probablemente Yaiza insistiendo, y Arai lo metió dentro de un cojín del sofá para amortiguar el ruido.

—Eso no va a servir de nada —dije.

—Me da igual. Necesito sentir que tengo el control de algo.

Y me reí. De verdad, además, con una falta de prudencia bastante notable para alguien que acababa de aceptar compartir *suite* con Arai Bethencourt.

Ella me miró como si mi risa fuera una complicación más que añadir a la lista.

—No tiene gracia.

—No estoy de acuerdo.

Arai intentó mantenerse seria, pero la comisura de la boca le tembló.

Solo un poco.

Lo suficiente para que el día, que había empezado mal, se volviera de pronto peligrosamente soportable.

Capítulo 16



Arai

Bruno se rio.

De verdad.

No una risa educada, ni esa media sonrisa suya de hombre que cree tenerlo todo bajo control aunque esté claramente a dos decisiones malas de meterse en un lío. Se rio con ganas, como si lo de meter mi móvil dentro de un cojín para no escuchar a Yaiza fuera objetivamente gracioso.

Y lo peor era que tenía razón, pero yo no pensaba darle esa alegría.

—No tiene gracia —dije, intentando sacar el teléfono del cojín con la dignidad que todavía me quedaba.

—Tiene bastante.

—No te vengas arriba, Montalbán. Acabamos de descubrir que vamos a compartir *suite*. Mi tolerancia hacia tu felicidad está bajo mínimos.

—No era felicidad. Era supervivencia.

—Pues sobrevive más bajo.

Volvió a sonreír y tuve que mirar hacia otro lado. No necesitaba que encima me pareciera simpático en una tarde en la que ya tenía bastante con compartir *suite*, esquivar preguntas y fingir que la llamada de Carla no había dejado el ambiente del coche para abrir ventanas.

Mi móvil volvió a vibrar.

Yaiza, por supuesto.

Lo saqué del cojín, contesté y, antes de que pudiera decir nada, su voz salió disparada.

—¿Sigues viva?

—Depende de cómo definamos viva.

—Arai.

—Estoy bien.

—No estás bien. Estás en una *suite* con Bruno Montalbán y has colgado después de decir «con el vivo». Eso no es estar bien, eso es el resumen de una crisis.

Bruno levantó una ceja.

Yo bajé el volumen.

—Estoy ocupada.

—¿Haciendo qué?

Miré el programa sobre la mesa.

—Una dinámica por parejas.

Hubo un silencio.

—¿Con el vivo?

—Yaiza.

—Perdón, es que necesito ordenarme. En tu vida ahora mismo hay vivos, muertos y hombres que no deberían gustarte. Tengo que clasificar.

Bruno seguía mirándome con una mezcla de curiosidad y ganas de intervenir. Le señalé con un dedo para que ni se le ocurriera.

—Te llamo luego.

—No. Dime solo una cosa: ¿la señora está allí?

Miré alrededor y no vi a Lola. En otra vida aquello me habría tranquilizado; en esta, solo significaba que una señora muerta andaba suelta por un hotel rural con demasiado tiempo libre.

—Ahora mismo no.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Con Lola nunca se sabe.

Bruno frunció el ceño.

—¿Lola?

Cerré los ojos un segundo. Perfecto. Acababa de soltar el nombre de Lola delante de Bruno con la naturalidad de quien no está ocultando absolutamente nada.

—La señora de recepción —improvisé—. Se llama Lola.

—La recepcionista llevaba una placa que ponía Laura.

Yaiza soltó un ruido al otro lado que sonó peligrosamente parecido a una carcajada ahogada.

—Tengo que colgar —dije.

—Claro que tienes que colgar. Te estás hundiendo sola.

—Adiós.

Colgué y dejé el móvil bocabajo sobre la mesa, como si así también pudiera tapar mi falta de autocontrol.

Bruno cruzó los brazos.

—¿La recepcionista se llama Laura o Lola?

—Laura Lola.

—¿Laura Lola?

—Hay padres muy creativos.

—Arai.

—¿Qué? ¿Ahora vamos a juzgar nombres compuestos? Muy feo por tu parte.

Me miró unos segundos más, pero tuvo la decencia de no insistir. O quizá estaba guardando las preguntas para un momento en el que yo tuviera menos escapatoria, lo cual era una estrategia muy suya y muy poco conveniente para mi salud mental.

Cogí el programa.

—Vamos a acabar con esto.

—¿Con la dinámica?

—Con mi paciencia. La dinámica es solo el método.

La primera pista estaba, según el papel, en la biblioteca del hotel. Bajamos por una escalera de madera que crujía lo justo para recordarme que el edificio era precioso, antiguo y probablemente lleno de rincones perfectos para que una fantasma se sintiera inspirada. Bruno caminaba a mi lado a esa distancia absurda en la que no puedes quejarte, pero tampoco respirar del todo tranquila.

—No tienes que hacerlo si te incomoda —dijo.

—¿La dinámica?

—Compartir *suite*.

—Ah, eso. Llegas tarde. Ya he pasado por incomodidad, cabreo, negociación interna y aceptación con rencor.

—¿Aceptación con rencor?

—Es mi estado natural.

—Empiezo a verlo.

—No empieces a verme demasiado, que luego vienen los problemas.

Lo dije sin pensar.

Bruno bajó la mirada hacia mí.

Yo seguí caminando, muy interesada de pronto en una lámpara de pared que no tenía nada de especial, salvo estar ahí, salvándome de mi propia boca.

La biblioteca era pequeña, con estanterías hasta el techo, butacas de cuero y una chimenea apagada que alguien había decorado con velas. Olía a madera, a papel viejo y a hotel caro intentando parecer casa de campo sin renunciar al minibar.

—Aquí —dijo Bruno, señalando una mesa.

Había un sobre cerrado con el logo del hotel.

Lo abrí antes de que él pudiera hacerlo, porque si íbamos a ser pareja en una dinámica absurda, al menos pensaba conservar el control de los sobres.

Dentro había una tarjeta.

Leí en voz alta:

—«Donde los huéspedes brindan por lo que no se atreven a decir, encontraréis la siguiente señal.»

Bruno se apoyó en el respaldo de una butaca.

—El bar.

—O cualquier reunión familiar de Navidad.

—El bar parece más probable.

—Eso es porque no conoces a mi familia.

Entonces la vi.

Lola estaba junto a la estantería del fondo, hojeando un libro como si hubiera pagado la *suite*, el hotel y parte de la montaña.

Me quedé quieta.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno.

—Nada.

Lola levantó la vista.

—Qué biblioteca tan mona. Un poco de decoración de catálogo, pero mona.

Apreté los labios.

—¿Seguro? —insistió Bruno.

—Sí. Solo estaba pensando que el bar es una opción demasiado obvia.

—A veces las opciones obvias son correctas.

Lola cerró el libro.

—A veces las opciones obvias son aburridísimas.

La miré mal.

Bruno siguió mi mirada, claro, y encontró una estantería perfectamente normal.

—¿Buscas algo?

—Oxígeno.

—Hay bastante.

—No del que necesito.

Lola vino hacia nosotros con una tranquilidad ofensiva.

—Yo diría que es la terraza del comedor. Allí sirven el aperitivo y hay unas vistas estupendas para que la gente diga cosas que luego niega.

—No —murmuré.

Bruno ladeó la cabeza.

—¿No?

—No al bar. Vamos a la terraza del comedor.

—¿Por qué?

—Intuición.

—Hace dos minutos decías que necesitabas oxígeno.

—Mi intuición funciona con poco aire.

Bruno me sostuvo la mirada, y por un segundo pensé que iba a discutir. En vez de eso, cogió el sobre, se lo guardó en el bolsillo y señaló la puerta.

—Después de ti.

—Qué obediente.

—No te acostumbres.

—No pensaba.

Lola sonrió al pasar a mi lado.

—Me gusta cuando os coordináis.

—Cállate —dije entre dientes.

Bruno se detuvo.

—¿Perdón?

—Que qué detalle —corregí—. He dicho qué detalle.

—No ha sonado a eso.

—La acústica rural engaña mucho.

La terraza del comedor estaba llena de mesas preparadas para la cena, con manteles blancos, copas alineadas y un camarero colocando panecillos con la concentración de quien desactiva explosivos. Al fondo, las nubes empezaban a cubrir las montañas. Parecía que iba a llover, porque por lo visto al día todavía le quedaba margen de mejora.

—Allí —dijo Bruno.

Sobre una mesa lateral, junto a una cubitera vacía, había otro sobre.

Lo cogió él esta vez.

—Estás cogiendo confianza con los sobres —le dije.

—Trabajo en una empresa. He abierto cosas más peligrosas.

—Como correos de proveedores.

—Exacto.

Leyó la tarjeta.

—«Bajad donde el vino duerme y las verdades esperan.»

—Bodega —dije.

—Sí.

—Esto lo ha escrito alguien que se toma demasiado en serio.

—Es una actividad de empresa en un hotel rural. El dramatismo viene incluido.

Lola apareció al otro lado de la mesa, mirando hacia el cielo.

—Va a llover.

—Ya lo veo.

Bruno miró también.

—Sí, bastante.

Me mordí la lengua.

Hablar con dos personas cuando una de ellas no existía oficialmente requería una capacidad de gestión que Recursos Humanos debería valorar con un plus.

—¿Vamos? —preguntó Bruno.

—Vamos.

La bodega estaba en la planta baja, al final de un pasillo de piedra que olía a humedad y a madera. La puerta estaba entreabierta. Dentro, las paredes estaban cubiertas de botelleros y había una mesa larga preparada para alguna cata posterior.

Un sitio precioso, sí. También el lugar exacto donde una no debería quedarse a solas con su jefe si está intentando conservar dos gramos de sentido común.

—No pongas esa cara —dijo Bruno.

—¿Qué cara?

—La de «esto va a salir mal».

—Es mi cara de reposo.

—No lo es.

—¿Ahora también sabes cuál es mi cara de reposo?

—Empiezo a distinguir algunas.

Lola suspiró detrás de mí.

—Ay.

Me giré.

—Ni una palabra.

Bruno, que ya estaba revisando una estantería, levantó la vista.

—¿Qué?

—Que ni una palabra de esto a los demás —dije, improvisando con la velocidad de una persona al borde del colapso—. Si alguien pregunta, la dinámica era normal.

—¿Y no lo es?

—Estamos en una bodega buscando pistas. Normal, lo que se dice normal, no.

Bruno sonrió de lado y siguió buscando.

Lola se acercó a la mesa y señaló una botella.

—Ahí.

Me incliné.

Había un sobre medio escondido detrás de una botella de garnacha.

—Lo tengo.

Bruno se acercó demasiado rápido. Nuestras manos coincidieron sobre el cuello de la botella y, durante un segundo absurdo, ninguno de los dos se movió.

No fue nada, solo el roce de su mano contra la mía, pero bastó para que mi cuerpo reaccionara antes que mi sentido común. Retiré la mano.

—Tuya —dije.

Bruno cogió el sobre, pero no lo abrió enseguida.

—Arai.

—¿Qué?

—Estás rara desde hace unos días.

Solté una risa seca.

—Bruno, desde que te conozco han pasado tantas cosas raras que ya no sé cuál es mi versión normal.

—El miércoles dijiste algo parecido.

—El miércoles estaba cansada.

—Hoy también.

—Mira qué continuidad tan bonita.

No sonrió.

Eso fue peor.

—No voy a presionarte —dijo—, pero si hay algo que te preocupa y afecta al trabajo, necesito saberlo.

Lola, que estaba detrás de él, puso cara de «este chico ha salido a su padre cuando se pone intenso».

Yo miré el sobre en sus manos.

—No afecta al trabajo.

—¿Seguro?

—Afecta a mi estabilidad emocional, a mis hábitos de sueño y a mi relación con las plantas, pero al trabajo todavía no.

Bruno parpadeó.

—¿Con las plantas?

—No preguntes.

—Cada vez que dices eso, me entran más ganas de preguntar.

—Pues trabaja ese impulso.

La puerta de la bodega se cerró de golpe y el sonido retumbó entre las paredes. Me sobresalté, Bruno se giró hacia la salida y Lola levantó las manos con una rapidez muy sospechosa para alguien que quería parecer inocente.

—Yo no he sido.

—No —dije.

Bruno me miró.

—¿No qué?

—No puede ser.

Fue hasta la puerta y tiró del pomo.

Nada.

Volvió a intentarlo.

Nada.

—Se ha atascado.

—Claro —dije—. Porque faltaba esto.

—No pasa nada. Aviso a recepción.

Sacó el móvil, miró la pantalla y frunció el ceño.

—No tengo cobertura.

Yo saqué el mío.

Tampoco.

Lola miró alrededor con una calma insultante.

—Bueno, pues ya que estamos aquí, podríais hablar.

—No.

Bruno dejó de mirar el teléfono.

—¿A quién le dices que no?

—A la situación.

—¿La situación te habla?

—Últimamente, demasiado.

Se oyó un trueno fuera. No fue muy fuerte, pero bastó para que las luces parpadearan una vez. Miré al techo.

—Te lo advierto, universo: no estoy de humor para simbolismos.

Bruno se rio casi para sí.

—¿Hablas mucho con el universo?

—Solo cuando se pone pesado.

—¿Y suele responder?

Miré a Lola.

—Por desgracia, sí.

Lola sonrió.

—Eso ha sido bonito.

—No ha sido para ti.

Bruno ya ni disimulaba su desconcierto.

—Arai.

—Mira, estoy intentando no perder la paciencia, no perder una reunión de bienvenida y no perder la cabeza. El orden puede variar.

—Vale.

La forma en que lo dijo me desarmó un poco. No sonó burlón. Ni impaciente. Solo… presente.

Eso también era un problema.

Bruno dejó el sobre sobre la mesa y se apoyó en ella.

—Podemos esperar unos minutos. Alguien bajará.

—¿Y si no?

—Entonces gritaremos.

—Gran plan empresarial.

—Tengo otros peores.

—No me sorprende.

Lola se sentó sobre una barrica como si aquello fuera un palco.

—Pregúntale por Carla.

—No.

—No tienes que decir mi nombre.

—He dicho que no.

Bruno ladeó la cabeza.

—¿Otra vez la situación?

—La situación está muy pesada hoy.

—Ya.

Hubo un silencio raro. No incómodo del todo, pero sí cargado de cosas que no estaban donde debían estar. Carla. La *suite*. La llamada del coche. La mano sobre la botella. Lola mirándonos como si aquello fuera una serie y ella tuviera el mando.

—Carla parecía molesta —dije al final, porque al parecer mi instinto de supervivencia había decidido tomarse un descanso.

Bruno bajó la mirada.

—Lo estaba.

—Tiene derecho.

—Lo sé.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Me tranquiliza saber que todavía distinguimos cosas básicas.

—No creas que siempre es tan fácil.

Aquello salió más honesto de lo que yo esperaba.

Lo miré.

—¿Qué no es fácil?

Bruno no respondió enseguida. Fuera volvió a tronar, y la bodega se llenó de ese silencio denso que llega antes de que la lluvia caiga de verdad.

—No hacer daño —dijo.

Se me apretó algo por dentro, y no fui la única en notarlo. Lola dejó de sonreír, mientras yo apartaba la vista hacia los botelleros para no seguir mirando a Bruno.

—Pues intenta no hacerlo.

—Eso hago.

—Ya.

—¿No me crees?

—Creo que intentarlo no siempre basta.

La frase salió sola, con más verdad de la que quería. Pensé en Carla, pero también en Antonio y en Lola, en todo lo que parecía haberse quedado atascado entre ellos sin que yo supiera todavía por qué.

Bruno me observó con una seriedad nueva.

—¿Hablamos de Carla?

—Hablamos de la vida en general. Me ha dado por lo filosófico. Será el encierro.

Iba a decir algo más, pero al otro lado de la puerta sonaron pasos.

—¿Hola? —gritó una voz.

—Aquí —respondió Bruno.

La puerta se abrió después de varios intentos y apareció un empleado de mantenimiento con cara de haber vivido ya demasiadas cosas para su sueldo.

—Perdón. Esta puerta se encalla a veces.

—Qué sorpresa —dije.

Bruno cogió el sobre de la mesa.

—Gracias.

Salimos al pasillo justo cuando la lluvia empezó a golpear los cristales del hotel con fuerza. Al fondo, vi a Antonio cruzar la recepción con el móvil en la mano y el gesto preocupado.

Lola también lo vio.

Toda la ligereza desapareció de su cara.

—Antonio —susurró.

No me dio tiempo a pensar. Caminó hacia él como si se le hubiera olvidado que no podía alcanzarlo, y yo sentí una punzada absurda, triste y muy humana.

Bruno me miró.

—¿Qué pasa?

Tragué saliva.

—Nada.

Pero esta vez ni siquiera yo me creí.

Capítulo 17



Bruno

Arai dijo que no pasaba nada.

Lo dijo con la cara de una persona a la que claramente le pasaba algo.

No era la primera vez desde que la conocía que me encontraba con aquella contradicción, pero allí, en mitad del pasillo de un hotel rural, con la lluvia golpeando los cristales y mi padre cruzando la recepción al fondo, resultaba bastante más difícil dejarlo pasar.

—¿Seguro? —pregunté.

Arai no me miró. Seguía con la vista puesta en mi padre, o quizá en algún punto cercano a él.

—Sí.

—No lo parece.

—Pues será que tengo una cara muy expresiva.

—Ahora mismo tienes cara de haber visto algo.

—He visto a Antonio.

—Mi padre no suele provocar ese efecto.

—Eso lo dices tú.

La respuesta habría podido sonar normal si no hubiera estado tan tensa. Arai apretaba el sobre de la dinámica con demasiada fuerza y tenía la mandíbula rígida, como si estuviera intentando sujetar algo que no quería decir.

Mi padre nos vio en ese momento y cambió de dirección para acercarse.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —respondió Arai demasiado rápido.

Mi padre se detuvo frente a nosotros y miró primero a Arai, luego a mí.

—¿Seguro? Me han dicho que se había quedado encallada la puerta de la bodega con vosotros dentro.

—Solo han sido cinco minutos —dije—. No ha sido para tanto.

—Bien. La tormenta está complicando un poco la llegada de algunos proveedores, pero nada grave.

Arai seguía callada y eso sí era grave.

Mi padre pareció notarlo.

—Arai, ¿de verdad estás bien?

Ella parpadeó, como si acabara de volver al pasillo.

—Sí. Solo estaba pensando en la cena.

—No tienes que ocuparte de eso ahora.

—Ya. Pero alguien tendrá que hacerlo si el proveedor decide que una tormenta es motivo suficiente para abandonar a sesenta personas con hambre en medio del Pirineo.

Mi padre sonrió apenas.

—Vuelves a sonar como tú.

—No sé si eso es bueno.

—Es práctico.

—Me conformo.

La vi respirar un poco mejor. Solo un poco. Después miró hacia la recepción con una expresión extraña, casi triste, y volvió a bajar la vista al programa de actividades.

—Tenemos que terminar esto —dijo—. Si no, tu padre seguirá mandándonos misiones como si fuéramos becarios con botas de montaña.

—Yo no he mandado ninguna misión —protestó mi padre.

—Antonio, has creado una dinámica por parejas en un hotel rural. Eso cuenta como misión.

—La creó Recursos Humanos.

—Peor. Entonces cuenta como amenaza.

Mi padre soltó una risa breve, más cansada que divertida, pero real. Últimamente me estaba acostumbrando a verlo así con Arai, menos cerrado, menos pendiente de medir cada gesto. No sabía si me gustaba porque era bueno para él o si me inquietaba porque ella parecía provocar en todos nosotros cosas que no teníamos previstas.

—Os dejo terminar —dijo mi padre—. En media hora empieza la bienvenida.

—Estaremos —respondió Arai.

Cuando se alejó, Arai se quedó mirando su espalda un segundo más de lo normal.

—Le tienes cariño —dije.

Se giró hacia mí.

—A tu padre lo conoce mucha gente en la empresa desde hace años.

—Eso no responde.

—No pretendía responder. Pretendía esquivar.

—Al menos lo reconoces.

—Estoy creciendo como persona.

Empezamos a caminar hacia el salón principal, donde, según la última pista, había que encontrar algo *«bajo el lugar donde todos miran y nadie observa»*. Arai dijo que aquello solo podía haberlo escrito alguien con una agenda nueva y demasiada confianza en sí mismo. Yo habría discutido, pero probablemente tenía razón.

El salón estaba lleno de empleados que habían ido llegando de sus habitaciones. Algunos llevaban ya la acreditación colgada del cuello, otros tenían el pelo húmedo por la lluvia, y Mario, de operaciones, intentaba convencer a la recepcionista de que el wifi no podía llamarse «HotelMirador_Invitados» si luego no invitaba a conectarse.

—Esto va bien —dijo Arai.

—¿Eso es ironía?

—¿Por quién me tomas?

—Bueno, ¿dónde buscarías?

Arai observó la sala. Había una chimenea, una mesa con folletos turísticos, un plano antiguo y un gran reloj de pared que presidía el espacio.

—Bajo el reloj —dijo.

—¿Por qué?

—Porque «todos miran y nadie observa» suena a reloj. También suena a reunión de comité, pero no veo ninguna así.

Fuimos hacia allí. El sobre estaba pegado bajo una repisa, casi invisible.

—Bien visto.

—No pongas esa cara de sorpresa. Soy útil.

—No he dicho que no lo fueras.

—Lo has pensado con esa cara de empresario descubriendo el fuego.

—Esa cara no existe.

—En ti sí.

Abrí el sobre. Dentro había una tarjeta final.

—«Entregad estas pistas en recepción y habréis completado la prueba».

Arai me quitó la tarjeta de la mano.

—¿Ya?

—¿Decepcionada?

—Me preocupa. Cuando algo termina fácil, suele ser porque detrás hay una segunda parte con peor calzado.

—No siempre.

—Bruno, hoy me han cancelado una habitación, me han colocado en tu *suite*, me he quedado encerrada en una bodega y tu novia ha llamado por manos libres mientras yo estaba en el coche. Permíteme desconfiar de los finales sencillos.

No supe qué responder a eso porque, puesto así, sonaba bastante peor de lo que yo me había permitido ordenar en mi cabeza.

Entregamos las pistas en recepción. Arai aprovechó para preguntar por décima vez si había alguna habitación libre. La recepcionista, Laura, ya la miraba con esa compasión suave de quien sabe que no tiene una buena noticia y empieza a temer por su seguridad.

—Lo siento, de verdad —dijo—. Seguimos completos.

—¿Y si alguien se arrepiente de venir?

—Se lo comunicaré.

—¿Y si alguien ronca y su compañero lo abandona?

—Arai —dije.

—Estoy explorando vías.

—Lo sé.

Laura miró la pantalla.

—La tormenta ha obligado a retrasar un poco la llegada de dos personas, pero las habitaciones siguen asignadas.

Arai suspiró.

—Vale. Gracias, Laura.

Ella sonrió.

—De nada.

Arai se alejó conmigo hacia el comedor.

—¿Ves? Laura. No Laura Lola.

—No empieces.

—Solo estoy ordenando información.

—Pues ordénala en silencio.

—Eso se me da regular.

La bienvenida empezó con diez minutos de retraso y una bandeja de croquetas que desapareció en menos de tres. Mi padre habló primero. Agradeció el esfuerzo de todos, explicó el objetivo del fin de semana y pidió que nadie interpretara «trabajo en equipo» como una invitación a tirarse por ningún barranco durante la actividad del sábado. Arai, a mi lado, murmuró que era una pena que hubiera que aclararlo.

Después me tocó a mí.

Subí al pequeño estrado improvisado junto a la chimenea y miré a la sala. Sesenta personas esperando algo que sonara firme, cercano y no demasiado largo. Mi padre sentado en primera fila. Arai al fondo, junto a una columna, con los brazos cruzados y esa expresión suya de «te estoy escuchando, pero no te emociones».

Hablé del cambio, de la empresa, de la necesidad de entendernos mejor si queríamos que lo que estaba por venir no nos pasara por encima. Mientras lo decía, intenté no mirar demasiado hacia ella.

Fracasé un par de veces.

Arai no sonrió, pero levantó apenas las cejas cuando dije que esperaba un fin de semana útil y tranquilo. Incluso desde el estrado pude leerle la cara: tranquilo, dice.

Me dieron ganas de reírme.

No lo hice, porque aún me quedaba algo de juicio.

Cuando terminé, la gente aplaudió y empezó el movimiento hacia la cena. Mi móvil vibró en el bolsillo antes de que pudiera bajar del todo.

Miré la pantalla.

Carla: *¿Puedes hablar ahora?*

Me quedé quieto un segundo, con el murmullo del comedor alrededor y el peso de una conversación pendiente metido en la mano.

Arai apareció a mi lado.

—Si es Carla, contesta.

—No he dicho que lo fuera.

—Tienes cara.

—Últimamente todo el mundo parece saber qué cara tengo.

—No todo el mundo. Yo soy especialmente observadora cuando alguien se queda mirando el móvil como si fuera una notificación de Hacienda.

Miré la pantalla otra vez.

—Tengo que llamarla.

—Sí.

No había reproche en su voz, y eso me incomodó más que si lo hubiera habido.

—¿Te importa encargarte de que la gente entre al comedor?

—Estoy aquí por trabajo, no como acompañante sentimental de tu caos.

—No he dicho eso.

—Bien. Porque como acompañante sentimental de tu caos cobro bastante más.

Me salió una sonrisa.

—Gracias.

Arai se encogió de hombros.

—Ve.

Salí a la terraza cubierta, donde la lluvia caía con fuerza sobre el tejado de madera. Marqué.

Carla contestó al segundo tono.

—Hola.

—Hola. Perdona, acaba de terminar la bienvenida.

—Ya.

Respiré despacio.

—Ha sido una tarde complicada.

—Eso me ha parecido.

—Lo de la habitación de Arai ha sido un error del hotel.

—Bruno, no te he llamado para que me expliques la logística de tu compañera.

Me quedé callado.

Tenía razón.

—Lo sé.

—No estoy enfadada porque haya ido contigo en el coche. Ni siquiera porque compartáis *suite* si no hay otra solución. Estoy enfadada porque me he enterado de todo después, como si yo fuera una molestia que hay que gestionar cuando hay un hueco.

Aquello dolió porque no era injusto.

—No eres una molestia.

—A veces actúas como si lo fuera.

—Carla…

—No quiero discutir ahora. Estás trabajando y yo tampoco tengo ganas de hacer esto por teléfono.

Miré hacia el cristal. Desde allí podía ver parte del comedor. Arai hablaba con Beatriz, señalando una mesa. Mi padre estaba cerca, escuchando a un empleado de contabilidad. Todo parecía normal desde fuera.

—Cuando vuelva, hablamos —dije.

—Sí. Cuando vuelvas.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Por eso quiero que hablemos.

Hubo un silencio.

—¿Estás bien? —pregunté.

Carla tardó un poco en responder.

—No mucho. Pero no pasa nada.

—Sí pasa.

—Entonces haz algo con eso, Bruno.

No supe qué decir.

Ella soltó aire al otro lado.

—Escríbeme cuando termines la cena. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó.

Me quedé un momento bajo la terraza, con el teléfono en la mano y la lluvia delante. No había habido gritos. Ni reproches exagerados. Ni una escena que pudiera usar para sentirme menos culpable. Solo Carla diciendo cosas que yo no podía negar.

Cuando volví al comedor, Arai estaba de pie junto a la puerta, revisando una lista. Al verme, no preguntó nada.

—Tu padre quiere que te sientes en la mesa central —dijo.

—¿Y tú?

—Yo quiero sentarme cerca de una salida, pero parece que hoy nadie está interesado en mis necesidades básicas.

—Arai.

Levantó la vista.

—¿Qué?

Iba a decirle algo. No sabía muy bien qué, solo que tenía que ver con Carla, conmigo haciendo las cosas regular y con Arai estando demasiado cerca para no complicarlo todo.

No dije nada de eso.

—Gracias por encargarte.

—De nada.

—Y por decirme que llamara.

Arai bajó la vista a la lista.

—No era tan difícil.

—A veces sí.

Su expresión cambió apenas, lo suficiente para que supiera que había entendido más de lo que yo había dicho.

—Pues que no lo sea —respondió—. Hay cosas que, si se dejan mucho rato, luego pesan más.

La frase quedó entre nosotros con demasiada claridad.

En ese momento, mi padre nos llamó desde la mesa central y Arai se movió antes de que yo pudiera contestar.

—Vamos, Montalbán. Si no cenamos pronto, Recursos Humanos empezará a hacer dinámicas con panecillos.

La seguí hacia la mesa, intentando convencerme de que esa era la parte fácil de la noche. Solo tenía que sentarme, cenar, hablar de trabajo y fingir normalidad, que en teoría eran cosas que sabía hacer.

Pero entonces Arai se detuvo de golpe junto a una silla vacía al lado de mi padre. Miró la silla. Luego miró a mi padre. Después volvió a mirar la silla con una expresión que no supe descifrar.

—¿Arai? —pregunté.

Ella tragó saliva y forzó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Nada. Solo estaba pensando que esta mesa está muy llena.

Miré alrededor. Había una silla libre, solo una, pero Arai la miraba como si aquel sitio ya estuviera ocupado.

Capítulo 18



Arai

La silla estaba vacía.

Vacía para todo el mundo, claro.

Para mí, no.

Lola Montalbán estaba sentada al lado de Antonio como si aquello fuera lo más normal del mundo. Con la espalda recta, las manos sobre el regazo y una expresión suave que no le había visto desde que apareció en mi vida para convertirla en un expediente psiquiátrico con vistas al Pirineo.

Antonio, que no podía verla, tenía la mirada puesta en el plato vacío.

Y yo, que sí podía verla, estaba intentando no poner cara de estar viendo a una mujer muerta ocupando el sitio más incómodo de la mesa.

Bruno me observaba a mi derecha.

—¿Seguro que estás bien?

Le lancé una mirada.

—Como me lo preguntes una vez más, voy a empezar a contestarte cosas raras.

—Ya lo haces.

—Pues más raras.

—Me arriesgo.

Me senté porque no podía quedarme de pie toda la cena mirando una silla como si esperase que me pidiera el pan. Bruno ocupó el sitio a mi lado. Antonio estaba enfrente, con Beatriz a su derecha y Mario, de operaciones, explicándole a alguien que había encontrado cobertura solo en la esquina del baño del primer piso, junto al secador.

Lola giró la cabeza hacia mí.

—Está más delgado.

Apreté la servilleta sobre las piernas.

No, no, no.

No iba a empezar la cena haciendo de intérprete sentimental entre una muerta y su viudo. Yo había ido allí a trabajar, a sobrevivir a una *suite* compartida y, con suerte, a no hablar sola delante de sesenta personas.

—¿Qué? —preguntó Bruno.

Me giré hacia él.

—¿Qué de qué?

—Tienes una expresión rara.

—Es mi cara. En general.

—No, era algo concreto.

—¿Ahora vas a hacer inventario?

—Si sigues así, quizá.

Antonio levantó la vista.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondí demasiado rápido.

Lola suspiró.

—Dile que ha cenado poco últimamente.

Cogí el vaso de agua y bebí un trago largo. Muy largo. Tanto que Bruno acabó mirándome con preocupación real.

—Arai.

—Estoy hidratándome.

—Parece que estás intentando ahogar algo.

—La paciencia.

Beatriz, que estaba al otro lado, sonrió.

—Eso en estas jornadas va a hacer falta.

—Por fin alguien entiende el espíritu del evento —dije.

Un camarero empezó a servir el primer plato: una crema de verduras con un chorrito de aceite y unas semillas que seguramente tenían una explicación muy bonita en la carta. Yo solo pensaba en que la cuchara era grande, el plato hondo y mis posibilidades de no mirar a Lola durante toda la cena, bastante pequeñas.

Antonio probó la crema y se quedó un segundo quieto.

—Está buena.

Lola se inclinó hacia él.

—No tanto como la mía.

Cerré los ojos.

—¿No te gusta? —preguntó Bruno.

Los abrí.

—¿Es a mí?

—¿Has hecho una mueca?

—No era por la crema.

—¿Entonces?

—Me ha parecido ver… cilantro.

Bruno miró mi plato.

—No lleva cilantro.

—Por eso he dicho que me ha parecido. Ha sido una falsa alarma herbácea.

Me miró como si estuviera a punto de pedirme que repitiera la frase para archivarla en algún rincón de su cerebro y usarla contra mí más adelante.

Lola se tapó la boca, divertida.

—Eres malísima mintiendo.

—No empieces —murmuré.

Bruno dejó la cuchara sobre el plato.

—¿Otra vez?

—Estoy repasando mentalmente el programa de mañana.

—¿Y has dicho que no empiece?

—A la parte del programa que incluye rafting.

—Eso sí tiene sentido.

—Gracias.

—No he dicho que tengas razón.

—No abuses.

Antonio nos miraba con una expresión tranquila. Demasiado tranquila. Como si, por primera vez en mucho tiempo, estuviera viendo algo que le resultaba familiar y no terminara de saber si le dolía o le gustaba.

—Mañana el rafting será por grupos —dijo.

—Qué pena —respondí—. Yo pensaba fingir una lesión de tobillo.

—Puedes fingirla igual —dijo Bruno—, pero vamos a notarlo.

—No subestimes mi lado dramático.

—No lo hago. Lo estoy sufriendo desde que llegamos.

—Perdona, pero si alguien aquí tiene motivos para dramatizar, soy yo. Me han cancelado la habitación.

—No la hemos cancelado nosotros.

Lola levantó una ceja.

Miré mi crema con absoluta concentración.

—No —dije—. Claro que no.

Bruno entrecerró los ojos.

—¿Por qué dices «claro que no» así?

—¿Así cómo?

—Como si supieras algo.

—Sé muchas cosas. La mayoría, inútiles.

—Arai.

—Bruno.

Antonio carraspeó, pero no para cortarnos. Más bien para esconder una risa.

Lola lo miró de inmediato. La expresión se le ablandó tanto que me dio un pellizco en el pecho.

—Ahí está —dijo en voz baja.

Yo bajé la mirada.

No quería escuchar eso. No porque fuera desagradable, sino porque era demasiado íntimo. Estaba sentada en una mesa, rodeada de compañeros, con Bruno rozándome el codo cada vez que movía el brazo, y aun así, de pronto, todo lo que veía era a una mujer muerta emocionada porque su marido había vuelto a reír, aunque fuera un poco.

La cena avanzó entre platos, copas de vino y conversaciones cruzadas. Alguien de finanzas contó una anécdota larguísima sobre una impresora que solo tenía gracia si se había vivido desde dentro; Beatriz preguntó por la agenda del día siguiente y Mario insistió en que el hotel tenía un problema serio con el wifi.

—Mario —dijo Bruno—, estamos aquí para desconectar.

—Yo desconecto cuando quiero, no porque el hotel lo decida.

—Tiene un punto —dije.

Bruno me miró.

—No lo animes.

—No lo animo. Reconozco su sufrimiento digital.

—Gracias, Arai —dijo Mario, muy serio.

—De nada. Mantente fuerte.

Bruno negó con la cabeza, pero estaba sonriendo. Poco, porque él sonreía como si tuviera que pedir permiso antes, pero lo hacía.

Y yo lo vi.

Qué rabia.

Porque una cosa era admitir que Bruno Montalbán era atractivo, que eso lo podía admitir cualquiera con ojos y un mínimo de honestidad. Otra muy distinta era que empezara a parecerme gracioso en momentos puntuales. Eso ya era bastante más peligroso.

Lola, por supuesto, no perdió detalle.

—Te gusta cuando sonríe.

Casi me atraganté con el agua.

—¿Estás bien? —preguntó Antonio.

—Sí. Se me ha ido, por otro lado.

—¿El agua? —preguntó Bruno.

—La vida.

Beatriz soltó una risa.

—Eso nos pasa a todos.

—A mí últimamente demasiado.

El postre llegó con una mousse de chocolate que hizo que la mesa guardara un silencio bastante respetuoso. Incluso Lola se quedó mirando los platos con una tristeza nueva.

—Echo de menos el chocolate —dijo.

Se me apretó algo por dentro.

Cogí la cuchara y empujé mi plato un poco hacia la silla vacía, por puro instinto. Una estupidez, porque Lola no podía comer. Pero lo hice.

Bruno lo vio.

Claro que lo vio.

—¿No te gusta?

Retiré el plato enseguida.

—Sí.

—Lo has apartado.

—Porque estaba calculando si me cabía otro.

—Eso no tiene sentido.

—En mi relación con el chocolate no todo tiene que ser matemático.

Lola me miró con una ternura que no me ayudó nada.

—Gracias.

Yo fingí que se me había caído la servilleta para agacharme un segundo y respirar sin que nadie me estudiara la cara. Cuando volví a incorporarme, Bruno seguía mirándome, pero esta vez no había burla. Solo atención.

Eso era peor.

Después del postre, el hotel abrió una pequeña sala contigua con música. Lo llamaron «copa informal de bienvenida», que era una forma muy elegante de decir que Recursos Humanos había decidido que después de encerrarnos en un hotel rural, también teníamos que fingir espontaneidad.

—No —dije en cuanto vi a la gente entrando.

Bruno caminaba a mi lado.

—¿No qué?

—No bailo.

—Nadie te ha pedido que bailes.

—Lo digo por si el universo está cogiendo ideas.

Lola apareció al otro lado de Bruno, encantada.

—A mí me gustaba bailar.

—Qué sorpresa —murmuré.

Bruno me miró.

—¿El universo otra vez?

—Está muy activo hoy.

La sala tenía luces cálidas, una barra pequeña y un hombre del hotel poniendo música desde una mesa con más cables que criterio. Al principio todo fue bastante digno: gente con copas, grupos charlando, algún valiente marcando el ritmo con el pie.

Luego sonó una canción conocida.

Y ahí se acabó la dignidad.

Beatriz arrastró a dos compañeras al centro, Mario dejó el móvil por primera vez desde que llegamos y Antonio se quedó cerca de la barra, mirando la escena con una copa en la mano y esa sonrisa pequeña que a Lola le rompió la cara de amor.

—Baila con él —me dijo.

—No.

Bruno se inclinó hacia mí.

—¿Has dicho algo?

—He dicho que no.

—¿A qué?

—A la vida social en general.

—Estamos de acuerdo.

—Bien. Qué bonito momento de unión.

Íbamos a quedarnos los dos junto a la pared, perfectamente cómodos en nuestra antipatía compartida, cuando Beatriz apareció delante de nosotros con esa energía peligrosa de las personas que ya llevan una copa y creen que todo el mundo necesita divertirse.

—Vosotros dos, al centro.

—Ni loca —dije.

—Soy tu responsable directo —dijo Bruno.

Lo miré.

—¿Perdón?

—Técnicamente, no. Pero sonaba convincente.

—No vuelvas a usar tu cargo para acercarme a una pista de baile.

Beatriz se rio.

—Vamos, solo una canción. Antonio dice que hay que participar.

Miré a Antonio. Y él levantó las manos desde la barra, fingiendo inocencia.

Lola estaba a su lado con cara de haber participado bastante en aquella decisión.

—Traidores —dije.

—Plural interesante —comentó Bruno.

—No empieces.

Beatriz me cogió de la mano y me empujó hacia el centro. Yo tiré de Bruno porque, si iba a caer, no pensaba hacerlo sola.

—Esto es culpa tuya —le dije.

—¿Mía?

—Sí.

—Yo estaba quieto en una pared.

—Pues haberla defendido mejor.

La canción no era lenta. Gracias a Dios. Era una de esas que todo el mundo conoce aunque finja que no, y eso ayudaba a que el ridículo estuviera repartido. Bruno no bailaba mal. Tampoco bien de una forma ofensiva, que habría sido peor. Se movía lo mínimo, con una seriedad absurda, como si estuviera negociando con su propio cuerpo.

—Estás muy concentrado —dije.

—No quiero pisarte.

—Qué considerado.

—No te acostumbres.

—No pensaba.

Me giré para evitar a Mario, que había decidido que la pista era suya, y acabé demasiado cerca de Bruno. Su mano rozó mi cintura para apartarme antes de que chocara con una compañera.

No fue nada. Una mano en la cintura para evitar que me llevara por delante a media empresa, nada más. Pero mi cuerpo, que últimamente iba por libre, decidió hacer sus propias interpretaciones.

Bruno retiró la mano enseguida, como si también se hubiera dado cuenta.

—Perdón.

—No me has hecho nada.

—Ya.

—Solo me has salvado de morir arrollada por operaciones.

—Mario está dando lo mejor de sí.

—Mario lleva toda la tarde buscando cobertura. Esto es libertad acumulada.

A Bruno se le escapó una sonrisa.

Lola pasó por detrás de él como si bailara sola, con los ojos brillantes.

—Hacéis buena pareja.

—No —dije en voz baja.

Bruno se detuvo un segundo.

—¿Qué?

—Que no mires ahora, pero Mario viene otra vez.

Mario no venía, claro, pero Bruno miró hacia otro lado y yo aproveché para respirar justo antes de que cambiara la canción.

La siguiente era más lenta.

No lenta de película, gracias, porque tampoco hacía falta que el hotel rural se convirtiera en un videoclip. Pero sí lo bastante como para que varias parejas se quedaran en la pista y el resto buscara excusas en la barra.

Yo di un paso atrás.

—Hasta aquí mi aportación cultural.

Bruno no se movió.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Por miedo a Mario?

—Por respeto a mí misma.

—Qué pena. Se te daba bien.

Solté una risa.

—No.

—Sí.

—Bruno, he movido los brazos y he esquivado a un señor con entusiasmo. No confundas supervivencia con talento.

—A veces se parecen.

La frase era bastante normal. Su forma de mirarme, no tanto.

Y Lola, que debía de tener un radar para los momentos incómodos, apareció justo a mi lado.

—Quédate.

—No.

—Una canción.

—Lola.

Bruno oyó mi susurro.

Esta vez no pude arreglarlo tan rápido.

—¿Has dicho Lola?

Me quedé quieta.

La música seguía, la gente seguía moviéndose y yo sentí que la sangre me subía a la cara a una velocidad bastante humillante.

—Laura —dije.

—Has dicho, Lola.

—He dicho Laura.

—No hay ninguna Laura aquí.

—La recepcionista.

—La recepcionista está en recepción.

—De ahí su nombre profesional.

Bruno me miró sin apartar los ojos.

—Arai.

—¿Qué?

—No pasa nada si no quieres bailar.

Ah. Por una vez, parecía que no estaba intentando pillarme en nada, y eso me desinfló un poco.

—No es eso.

—¿Entonces?

Lola me miró, expectante.

Yo miré a Bruno. Luego a Antonio, que seguía junto a la barra sin saber que su mujer estaba a pocos metros de él intentando meterse en una conversación que ya era bastante difícil sin intervención paranormal.

—Es que estoy cansada —dije.

Bruno asintió.

—Vale.

No insistió. Y mira que habría sido más fácil si lo hubiera hecho.

Volvimos hacia la barra, pero Beatriz nos interceptó con dos copas.

—Una para cada uno. Y no discutáis, que os veo venir.

—No discutimos —dijo Bruno.

—No —añadí—. Nosotros intercambiamos puntos de vista con tensión facial.

Beatriz nos miró a los dos.

—Pues relajaos un poco. Dais estrés.

Se fue antes de que pudiéramos responder.

Bruno me tendió una copa.

—Por la tensión facial.

—Por sobrevivir al primer día.

Chocamos los vasos.

No fue un brindis bonito. Fue un gesto pequeño, de esos que en teoría no significan nada y luego te fastidian la cabeza durante horas.

Antonio se acercó a nosotros.

—Mañana salimos temprano.

—Rafting —dije, con la ilusión de una persona camino del dentista.

—Será divertido.

—Antonio, tú y yo tenemos conceptos muy distintos de diversión.

—Te vendrá bien.

—¿El agua helada?

—Salir de la oficina.

—La oficina no intenta volcarme en un río.

Bruno bebió de su copa para esconder una sonrisa.

—¿A qué hora? —preguntó.

—A las nueve. Desayuno a las ocho. Luego, reunión breve con los monitores.

—Perfecto —dijo él.

—Perfecto, no —lo corregí—. Madrugar para meterse en un río nunca puede ser perfecto.

Lola apareció junto a Antonio.

—A Bruno le encantaba el agua de pequeño. Aunque luego se ponía muy serio porque no quería que nadie supiera que se lo estaba pasando bien.

Miré a Bruno sin querer.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada.

—Has sonreído.

—No.

—Sí.

—Es el cansancio. Me mueve los músculos sin permiso.

Antonio observó a su hijo un momento.

—Es verdad que de pequeño eras igual de serio.

Bruno frunció el ceño.

—No era serio.

—Bruno, con siete años organizabas los cubos de playa por tamaño.

Lola soltó una carcajada y a mí se me escapó otra antes de poder frenarla.

Bruno me miró con una mezcla de ofensa y resignación.

—¿Tú también?

—Perdón, pero eso es muy tú.

—Tenía un sistema.

—Claro que tenías un sistema. Seguro que también hacías reuniones con las palas.

Antonio sonrió más abiertamente.

—No reuniones, pero sí discutía con otros niños si mezclaban arena seca con mojada.

—Era importante —dijo Bruno.

Me tapé la boca con la mano.

—No puedo.

—Arai.

—No puedo, de verdad.

Lola miraba a Antonio como si aquella risa fuera un regalo. Y quizá lo era.

La música siguió, la gente empezó a dispersarse y la noche fue bajando de intensidad poco a poco. Yo no sé en qué momento exacto pasó, pero de pronto ya no estaba tan tensa. Seguía teniendo una fantasma al lado, una *suite* compartida esperándome arriba y una atracción bastante inconveniente hacia mi jefe, pero al menos nadie había volcado una mesa ni me habían pillado hablando con una silla.

Para mis estándares recientes, aquello era casi una victoria.

Cuando Antonio se retiró, Lola fue detrás de él unos pasos y luego se quedó quieta. No podía tocarlo. No podía llamarlo. No podía hacer nada más que mirarlo marcharse hacia el ascensor con la copa vacía en la mano.

La vi apretar los labios.

Y se me borró la sonrisa.

—Voy a subir —dije.

Bruno dejó su copa en la barra.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—Dormimos en la misma *suite*.

—Gracias por recordármelo. Casi había conseguido bloquearlo.

—Puedo subir más tarde.

Lo dijo en serio, que era justo el tipo de detalle que últimamente me dejaba sin respuesta.

—No hace falta —repetí, pero esta vez más suave—. Vamos.

Subimos en silencio. Un silencio menos incómodo que el del ascensor de la tarde, pero no exactamente tranquilo. Era otro tipo de silencio. Uno que venía con cansancio, vino, música y demasiadas cosas sin decir.

Al llegar a la *suite*, abrí con mi tarjeta porque necesitaba hacer algo con las manos.

El salón estaba oscuro, salvo por la luz suave que entraba desde la terraza. Fuera seguía lloviendo, aunque más flojo.

—Bueno —dije, dejando el bolso sobre una silla—. Primera noche de convivencia laboral forzosa.

—Suena terrible.

—Lo es. Pero estoy gestionándolo con una elegancia que nadie está valorando lo suficiente.

Bruno dejó su móvil sobre la mesa.

—Yo lo valoro.

Lo miré.

—No digas cosas raras.

—No era rara.

—En ti sí.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá. Yo aparté la vista demasiado rápido, porque al parecer mi cerebro había decidido que Bruno sin chaqueta era información relevante.

Lola apareció sentada en el sofá.

—Bueno, qué noche tan bonita.

Pegué un respingo.

—¡Joder!

Bruno se giró de golpe.

—¿Qué pasa?

Me llevé una mano al pecho.

—Nada. Que… he pisado mal.

—Estás quieta.

—Por dentro.

Lola sonrió.

—Perdón.

—No lo sientas, desaparece —murmuré.

Bruno dio un paso hacia mí.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí. Solo necesito dormir.

—Vale.

Lola se levantó del sofá y fue hacia la terraza, muy digna.

—Yo no molesto.

—Mentira —dije.

Bruno parpadeó.

—¿Mentira?

Cerré los ojos.

—Mentira que no necesite dormir. O sea, sí lo necesito. Mucho. Demasiado. Estoy tan cansada que ya ni sé ordenar frases.

—Eso sí me lo creo.

—Gracias.

—No era un ataque.

—Contigo nunca se sabe.

Se hizo un silencio. Bruno seguía cerca. No demasiado, pero lo suficiente para que yo notara el calor de su cuerpo y el olor suave de su colonia mezclado con el de la lluvia que entraba por alguna rendija de la terraza.

Lola, desde el cristal, nos miraba con una discreción inexistente.

—Voy a mi habitación —dije.

—Arai.

Me detuve.

—¿Qué?

Bruno dudó un segundo.

—Lo de hoy… gracias.

—Has dicho gracias muchas veces esta noche. Empieza a preocuparme.

—Me refiero a mi padre.

La broma se me quedó a medias.

—No he hecho nada.

—Sí. Le haces bien.

Miré hacia la terraza, donde Lola había dejado de sonreír.

—Tu padre me hizo bien a mí primero —dije antes de poder pensarlo demasiado.

Bruno se quedó callado.

Yo me arrepentí al instante, no porque no fuera verdad, sino porque la verdad a esas horas y en esa *suite* no era buena idea.

—Buenas noches —añadí rápido.

—Buenas noches.

Entré en mi habitación, cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella. Apenas me dio tiempo a respirar dos veces antes de que Lola atravesara la puerta como si aquello fuera perfectamente aceptable.

—¡No! —susurré—. Puertas. Hemos hablado de esto.

—No he querido molestarte.

—Has atravesado una puerta, Lola. Eso, por definición, molesta.

—Solo quería decirte que ha sido una noche bonita.

La miré.

Seguía emocionada. Menos desbordada que antes, pero con los ojos brillantes y esa ternura tan suya que me hacía imposible enfadarme del todo.

—Ha sido una noche rarísima.

—También.

Me quité los zapatos y los dejé junto a la cama.

—No puedes seguir empujando cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Habitaciones. Coches. Dinámicas. Sillas. Bailes. Todo.

Lola se llevó una mano al pecho.

—Yo no he empujado ningún baile.

—Lola.

—Solo he sugerido con energía.

—Eso en tu caso es manipular.

Se sentó en el borde de la cama.

—No quiero hacer daño.

La frase me quitó un poco las ganas de discutir.

Me senté frente a ella.

—Lo sé.

—Solo quiero que estén bien.

—También lo sé.

—Antonio ha sonreído esta noche.

—Sí.

La voz me salió más baja.

Lola miró hacia la puerta, como si pudiera ver a través de ella y encontrar a su hijo al otro lado.

—Y Bruno también.

—Bruno sonríe a veces.

—No así.

No contesté. Darle la razón a Lola era una mala costumbre que no pensaba empezar esa noche, aunque quizá la tuviera.

Lola me miró con demasiada intención.

—Te mira de una forma muy bonita.

—No empieces.

—Solo digo…

—No. No solo dices. Tú dices, mueves señales, cancelas habitaciones y conviertes un fin de semana laboral en un *escape room* sentimental. Así que no, no solo dices.

Lola bajó la vista, aunque no parecía arrepentida del todo.

—Puede que me haya pasado un poco.

—¿Un poco?

—Bastante.

—Gracias.

—Pero no me digas que no está funcionando.

La miré.

—¿Tú sabes que Bruno tiene novia?

—Sí.

—¿Y sabes que Carla no es mala?

—También.

—Pues entonces deja de actuar como si esto fuera tan fácil.

Lola se quedó callada.

Por fin.

—Tienes razón —dijo.

Me sorprendió tanto que tardé en reaccionar.

—¿Perdón?

—Que tienes razón. Carla parece buena chica. No quiero hacerle daño.

—Pues empieza por no meterte.

—Lo intento.

—Mentira.

—Lo intentaré.

Eso ya sonaba un poco más realista.

Me metí en la cama sin cambiarme todavía, solo para sentarme bajo la manta y fingir que así el día podía terminar.

Lola se levantó.

—Descansa.

—Lola.

—¿Sí?

—Mañana no la líes.

Me miró con demasiada inocencia.

—¿En el rafting?

—En nada.

—Intentaré portarme bien.

—Esa frase no me tranquiliza.

—No debería.

Desapareció antes de que pudiera lanzarle una almohada que, además, habría atravesado su cabeza y me habría dejado con menos dignidad de la que ya tenía.

Me quedé sola.

O todo lo sola que podía estar una mujer que compartía *suite* con su jefe, escondía a la madre muerta de su jefe y al día siguiente tenía que meterse en un río a fingir espíritu de equipo.

Me quité la ropa, me puse el pijama y apagué la luz. Durante unos minutos, solo escuché la lluvia.

Luego oí un ruido al otro lado de la pared. Un cajón, unos pasos, el agua del baño de Bruno.

Cerré los ojos con fuerza.

No pienses.

No pienses en la cena, ni en el baile, ni en su mano en mi cintura, ni en cómo me había mirado cuando dijo que le hacía bien a su padre.

No pienses.

Funcionó fatal.

Me giré hacia el otro lado, abracé la almohada y suspiré contra la tela. Al día siguiente tocaba rafting: agua fría, casco ridículo y un grupo de compañeros con ganas de aventura.

¿Qué podía salir mal?

En mi vida, últimamente, la respuesta era bastante sencilla: todo.

Capítulo 19



Bruno

A las ocho de la mañana, el comedor del hotel estaba lleno de gente con café en la mano y cara de estar arrepintiéndose de haber marcado «sí» en la actividad de rafting.

Había café, tostadas, fruta, bollería y sesenta personas intentando parecer deportistas mientras preguntaban si el neopreno iba incluido, si el agua estaría muy fría y si alguien sabía si el seguro cubría «arrepentimiento de última hora».

Arai estaba sentada al fondo, con una taza entre las manos y una cara que no anunciaba espíritu de equipo. Anunciaba, como mucho, una negociación con la vida.

Me acerqué con mi café.

—Buenos días.

Levantó la vista.

—No.

—¿No qué?

—No empieces con energía.

—Solo he dicho buenos días.

—Exacto. Muy pronto.

Me senté frente a ella.

—¿Has dormido?

—He compartido pared contigo, con la lluvia y con mi capacidad para tomar malas decisiones. Dormir, lo que se dice dormir, ha sido una actividad secundaria.

—No sabía que hacía tanto ruido.

—No lo hacías.

—Entonces no entiendo la queja.

—No todo en esta vida necesita que tú lo entiendas, Montalbán.

Bebió café como si le fuera la reputación en ello.

No había forma humana de saber qué le pasaba exactamente, pero desde la noche anterior la notaba más alerta. Más pendiente de cosas que no estaban a simple vista. Durante la cena había mirado varias veces la silla vacía junto a mi padre. En la *suite* había dado un respingo sin motivo. Y ahora, cada dos minutos, miraba hacia la puerta del comedor como si esperara que alguien entrara tarde.

—¿Buscas a alguien? —pregunté.

—No.

—Has mirado la puerta tres veces.

—Estoy valorando vías de escape.

—La actividad es fuera.

—Ya. Por eso me preocupa.

Mi padre apareció junto a la mesa con una carpeta bajo el brazo y una sonrisa demasiado animada para aquella hora.

—¿Preparados?

Arai lo miró.

—Antonio, te tengo cariño, pero no abuses.

—Será divertido.

—La gente dice eso de muchas cosas antes de arrepentirse.

Mi padre sonrió más.

—El autobús sale en veinte minutos. Allí os dividirán por balsas.

—Yo solicito formalmente una balsa con gente tranquila, obediente y con baja tendencia a gritar.

—Eso no depende de mí.

—Qué conveniente.

Mi padre me miró.

—Bruno, vendrás en mi grupo.

—Claro.

Arai pareció relajarse un poco.

Solo un poco.

Hasta que la vi mirar hacia mi izquierda, justo al espacio vacío que había entre mi padre y una planta enorme junto al ventanal.

Su expresión cambió.

—No —murmuró.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Nada. Que no. Que no creo que llueva.

Miré por la ventana. Había sol.

—No parece.

—Pues eso.

Mi padre se fue a revisar no sé qué con Recursos Humanos y Arai apretó la taza con las dos manos.

—¿Seguro que estás bien?

—Si vuelves a preguntarme eso, te meto en el río antes de llegar.

—Entonces entiendo que no.

—Entiende lo que quieras, pero en silencio.

El trayecto hasta el centro de actividades duró veinte minutos. Veinte minutos en los que Mario explicó que si moría, quería que alguien borrara el historial de su navegador, Beatriz repartió caramelos de jengibre contra el mareo y Arai se sentó junto a la ventana con la dignidad de quien acude a una cita judicial.

Cuando llegamos, nos esperaba un grupo de monitores con cascos, chalecos y neoprenos colgados en una estructura metálica. El río se oía cerca, rápido pero no salvaje, y el paisaje era tan bonito que casi resultaba molesto. Como si la naturaleza estuviera empeñada en vendernos la experiencia.

—Buenos días —dijo el monitor principal—. Soy Dani. Vamos a hacer un tramo sencillo, apto para principiantes. No es peligroso si escucháis las instrucciones.

Arai levantó la mano.

—¿Y si escuchamos las instrucciones, pero nuestro cuerpo decide otra cosa?

Dani sonrió.

—Para eso estamos nosotros.

—Respuesta optimista. Me preocupa.

Nos repartieron el material. Arai sostuvo el casco delante de ella como si fuera una ofensa personal.

—Esto no puede favorecer a nadie.

—No estamos en una sesión de fotos.

—Eso lo dices porque a ti te queda bien todo.

No supe qué contestar. Y, como últimamente me pasaba demasiado con Arai, eso ya era un problema.

Se puso el casco torcido.

—Al revés —le dije.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Estaba probando tu nivel de atención.

Me acerqué para ayudarla, pero se apartó medio paso.

—Yo puedo.

—No lo dudo.

—Pero vas a hacerlo igualmente, ¿no?

—Solo si quieres poder ver por dónde vas.

Me dejó ajustar la correa con una mirada de resignación. Fue un gesto práctico, sin más, pero al tenerla tan cerca noté que contenía la respiración. O quizá la contenía yo. No lo tuve claro.

—Ya está —dije.

—Gracias.

Lo dijo en un susurro, casi sin mirarme.

Entonces Dani empezó a leer los grupos.

—Balsa uno: Antonio, Beatriz, Mario, Carmen, Paula y Rodrigo.

Arai levantó la cabeza.

—¿Perdón?

Mi padre miró el papel.

—Creía que Bruno venía conmigo.

—Pues a mí me aparece en la balsa dos.

Arai cerró los ojos.

—Claro.

Dani siguió.

—Balsa dos: Bruno, Arai, Nicolás, Irene, Sergio, Silvia.

Arai abrió los ojos muy despacio y miró hacia un punto detrás de mí.

—Te voy a matar.

Me giré. No había nadie.

—¿A mí? —pregunté.

—No. A la vida.

—Está siendo un día largo para ser tan temprano.

—Ni te imaginas.

Cinco minutos después estábamos en la orilla, subiendo a la balsa dos. Dani nos dio instrucciones claras: remar adelante, remar atrás, agacharse, agarrarse a las cuerdas laterales y no levantarse bajo ningún concepto.

—¿Y si se cae un remo?

—No se os va a caer.

—Me encanta la fe de la gente que no me conoce.

Yo me senté detrás de ella. Nicolás y Sergio al otro lado. Irene y Silvia delante. Dani iba atrás, dirigiendo.

—Arai —dije.

—¿Qué?

—No se te va a caer el remo.

—¿Ahora también das charlas motivacionales?

—Intento que no empieces la actividad enfadada con un objeto.

—Voy a hacer lo que pueda, pero el remo tiene mala actitud.

La primera parte del recorrido fue tranquila. El agua estaba fría, eso quedó claro en cuanto una ola pequeña nos salpicó y Mario, desde la otra balsa, gritó como si acabara de perder una guerra. Arai se rio, y verla reír con un casco rojo torcido otra vez hacia un lado fue una imagen bastante difícil de gestionar con normalidad.

—¿Qué miras? —preguntó sin girarse.

—Tu casco.

Se lo tocó.

—¿Otra vez?

—Un poco.

—Esto es acoso del material.

—Es falta de ajuste.

—No defiendas al casco.

Dani nos hizo remar hacia la derecha para entrar en una zona con más corriente. No era peligrosa, pero sí lo bastante movida para que la balsa empezara a botar y todos dejáramos de bromear.

—¡Adelante! —gritó Dani.

Remamos.

—¡Más fuerte a la izquierda!

Nicolás remó como si estuviera excavando.

—¡Nicolás, menos entusiasmo! —gritó Arai.

—¡No sé hacerlo peor!

—¡Pues invéntatelo!

La balsa giró más de la cuenta. Una ola nos golpeó de lado y Arai perdió el equilibrio. Durante un segundo pensé que se agarraría a la cuerda, pero el remo se le escapó de las manos, golpeó contra el lateral y salió disparado al agua.

Arai intentó sujetarlo por puro reflejo.

—¡No! —gritó Dani.

Demasiado tarde.

La balsa se ladeó justo cuando ella se inclinaba y Arai cayó al río.

No pensé.

Ni siquiera sé si solté el remo o lo tiré. Solo recuerdo el golpe del frío cuando me lancé detrás de ella.

El agua me dejó rígido todo el cuerpo. Salí a la superficie casi al instante, con el chaleco empujándome hacia arriba y el casco ladeado sobre la frente. Arai estaba a pocos metros, boqueando, con los ojos muy abiertos y una mezcla de susto y cabreo que, incluso en mitad del río, era muy suya.

—¡Arai!

—¡Estoy bien! —gritó, aunque sonó bastante poco convencida.

La corriente nos arrastraba hacia un lateral, lejos del centro del cauce, pero la balsa seguía avanzando. Dani gritaba desde atrás, con medio cuerpo inclinado hacia nosotros.

—¡Agarrad una rama! ¡Hacia la orilla! ¡No luchéis contra la corriente!

Arai intentó girarse y tragó agua.

Llegué hasta ella y la agarré del chaleco.

—Mírame.

—¡No me des órdenes ahora!

—Arai.

Me miró.

—No pelees contra el agua. Déjate llevar hacia ese lado.

—Odio esta frase.

—La odias después.

—La odio ya.

Una rama baja asomaba desde la orilla, no demasiado lejos. La corriente nos empujaba justo hacia allí. Arai iba tensa como una tabla, así que la sujeté con un brazo y extendí el otro.

—Cuando te diga, agárrate.

—¿Y si no llego?

—Llegas.

—Estás muy seguro para alguien que también flota sin dignidad.

—Ahora, Arai.

Extendió el brazo y agarró la rama. Yo la sujeté justo detrás. La rama crujió, pero aguantó lo suficiente para que nos acercáramos a la orilla, donde había piedras, barro y raíces.

—¡Eso es! —gritó Dani desde la balsa, que ya se alejaba—. ¡Quedaos ahí! ¡En cuanto lleguemos al final del tramo, aviso al equipo para que vengan a por vosotros!

—¡Perfecto! —gritó Arai—. ¡Un plan comodísimo!

No sé si Dani la oyó. Probablemente no.

Conseguí apoyar un pie en una piedra y empujar a Arai hacia la orilla. Ella trepó como pudo, resbalando una vez, insultando a la piedra y agarrándose a una raíz con la determinación de quien acaba de romper toda relación con la naturaleza.

Subí detrás y me dejé caer a su lado.

Durante unos segundos no dijimos nada, solo respiramos.

El río seguía bajando delante de nosotros, como si no acabara de escupirnos a una orilla cualquiera.

Arai se quitó agua de la cara con las dos manos.

—Voy a matar al remo.

—Creo que el remo ya se ha ido.

—Pues lo encontraré y haré una hoguera con él.

Me salió una risa breve, medio por alivio, medio porque verla empapada, furiosa y viva me hizo notar de golpe todo el susto que acababa de pasar.

Ella me miró.

—¿Te ríes?

—Un poco.

—He caído a un río.

—Lo sé.

—Tú te has tirado detrás.

—También lo sé.

—¿Por qué?

La pregunta no sonó como una broma.

Me quedé mirándola. Tenía el pelo pegado a la cara, las mejillas rojas del frío y el casco torcido otra vez, porque aquel casco parecía tener objetivos propios.

—Porque te caíste.

—Eso no es una explicación. Es una descripción.

—Fue instinto.

Arai apartó la vista hacia el agua.

—Pues dile a tu instinto que se lo agradezco.

—Se lo diré.

—Pero también que no hacía falta montar una escena de película.

—La próxima vez te mando un correo.

—Mucho mejor. Con copia a Recursos Humanos.

Nos quedamos sentados en una especie de playita mínima, rodeados de ramas, piedras húmedas y barro. La balsa ya no se veía. Tampoco la otra. Solo se oía el río, algún pájaro y nuestra respiración todavía acelerada.

—¿Estás bien de verdad? —pregunté.

—Sí.

—Arai.

—Estoy helada, mojada, llena de barro y he perdido una discusión con un remo. Pero estoy bien.

Me acerqué un poco para revisarle el brazo, porque había visto que se lo llevaba al pecho al trepar.

—¿Te has hecho daño?

—No.

—Déjame ver.

—Bruno, estoy bien.

Me miró como si fuera a discutir, pero debió verme la cara, porque al final levantó el brazo. Tenía un arañazo superficial cerca del codo.

—Es nada —dijo.

—Es un arañazo.

—Lo sé. Técnicamente, sigo teniendo ojos.

Saqué una pequeña bolsa impermeable que Dani nos había dado para cosas básicas. Dentro había un pañuelo seco, una botella de agua y un mini botiquín que parecía pensado para personas optimistas.

—No me digas que llevas un botiquín —dijo.

—Lo llevaba la bolsa.

—Claro. Tú solo has venido con vocación de jefe socorrista.

—Siéntate y estate quieta.

—Qué mandón te pones cuando una casi se ahoga.

—No has estado a punto de ahogarte.

—Déjame exagerar. Me he ganado el derecho.

Le limpié el arañazo con cuidado. Arai dejó de hablar, que en ella era una señal más preocupante que cualquier queja. Cuando levanté la vista, me estaba mirando.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Eso suele significar algo.

—Hoy significa eso: nada. No lo estropees.

No lo hice.

Le puse una tirita absurda, demasiado pequeña para la situación y demasiado grande para el arañazo.

Arai la miró.

—Preciosa. Muy discreta.

—Te salva el brazo.

—Me da un aire de niña que se ha caído en el patio.

—Has caído a un río. Es más interesante.

—No pienso ponerlo en LinkedIn.

El frío empezó a notarse de verdad. Los neoprenos ayudaban, pero estábamos empapados, quietos y a la sombra de varios árboles. Arai se abrazó a sí misma.

—Ven —dije.

—¿Perdón?

—Tienes frío.

—Tú también.

—Sí. Por eso.

Me miró como si acabara de proponer una fusión empresarial ilegal.

—No voy a acurrucarme contigo en una orilla.

—No he dicho acurrucarte.

—Lo has pensado.

—He pensado que si nos sentamos cerca, conservamos calor.

—Eso suena a programa de supervivencia.

—Pues haz caso al programa.

Chasqueó la lengua, pero se movió un poco hacia mí. No mucho. Apenas lo suficiente para que nuestros hombros se tocaran.

—Esto no cuenta como nada —dijo.

—De acuerdo.

—Es gestión térmica.

—Totalmente.

—No lo digas con esa cara.

—¿Qué cara?

—La de estar aprendiendo términos para usarlos luego.

No sonreí.

O no mucho.

Nos quedamos así, hombro contra hombro, con el río delante y el resto del mundo bastante lejos. Era absurdo, incómodo y, de alguna manera que no convenía analizar, mucho mejor que seguir en la balsa.

—Te has tirado sin pensarlo —dijo al cabo de un rato.

—Ya hemos hablado de eso.

—No, has esquivado eso.

—No sé qué quieres que diga.

—Nada. Solo… lo he visto.

Su voz sonó más baja.

Yo miré el agua.

—No iba a quedarme en la balsa mirando.

—La gente normal espera instrucciones.

—Nunca he sido tan obediente.

Arai soltó una risa pequeña.

—Mentira. Tú de pequeño seguro que pedías turno para levantar la mano.

—Eso no es verdad.

—Seguro que organizabas los lápices por colores.

—Eso sí puede ser.

—Lo sabía.

Me reí.

Ella también, y el sonido me dejó más tranquilo de lo que quería admitir.

Tardaron unos cuarenta minutos en encontrarnos. Primero oímos un motor, luego voces, y al final aparecieron dos monitores por una pista lateral con mantas térmicas y cara de estar intentando no disfrutar demasiado de la escena.

Uno de ellos nos miró a los dos, empapados, sentados juntos sobre una piedra, con barro en las piernas y el casco de Arai otra vez torcido.

—Bueno —dijo uno de los monitores—. Al menos habéis elegido una zona cómoda para esperar.

Arai levantó un dedo.

—Eso es injusto. Yo no he elegido nada desde que me han puesto este casco.

—Pero bastante preciso —añadí.

Me miró, traicionada.

—No te pongas de su parte.

—Estoy valorando los datos.

—Pues valóralos en silencio.

El monitor se rio y nos entregó las mantas. Arai se envolvió en la suya con la dignidad de una reina destronada.

Nos llevaron en una furgoneta hasta el punto de recogida, donde ya estaban todos los demás. Mi padre vino hacia nosotros en cuanto nos vio bajar.

—¿Estáis bien?

—Sí —dije.

—No —dijo Arai al mismo tiempo.

La miré.

—Estás bien.

—Estoy viva. No es lo mismo.

Mi padre soltó aire, aliviado, y luego intentó no sonreír.

—Me han dicho que te caíste.

—El remo me traicionó.

Mario apareció con una taza de chocolate caliente.

—Desde la otra balsa parecía muy épico.

—Desde el río parecía muy frío —respondió Arai.

Nicolás, envuelto en una toalla, se acercó con una sonrisa enorme.

—Yo lo he visto todo. Bruno ha saltado como si estuviera en una película.

—Nicolás —dije.

—¿Qué? Ha sido bonito. Peligrosamente bonito, pero bonito.

Arai se tapó la cara con la manta.

—Quiero irme a vivir a un sitio sin agua.

Le dieron chocolate caliente. Yo cogí otra taza y me quedé a su lado mientras los demás comentaban la jugada con demasiado entusiasmo. Arai bebió un sorbo y cerró los ojos.

—Vale. Esto ayuda.

—¿El chocolate?

—El chocolate siempre ayuda. Es de primero de supervivencia.

Mi móvil vibró dentro de la bolsa impermeable que nos habían devuelto. Era Carla, y el nombre en la pantalla llegó con una puntualidad bastante incómoda.

Arai lo vio también. No dijo nada, pero su expresión cambió lo justo para que yo lo notara.

—Contesta —dijo.

—Es un mensaje.

Lo abrí.

Carla: *Espero que la actividad haya ido bien. Hablamos cuando puedas.*

No era un reproche. No hacía falta.

Tecleé una respuesta sencilla.

Bruno: *Ya hemos terminado. Todo bien. Luego te llamo.*

Todo bien.

Miré a Arai, envuelta en la manta térmica, con el casco bajo el brazo, el pelo húmedo y esa cara suya de «aquí no ha pasado nada» que cada vez le salía peor.

Técnicamente, todos estábamos vivos, la balsa no se había roto y nadie había acabado en urgencias. Para una actividad de empresa, casi podía considerarse un éxito.

El problema era que lo mío con Arai empezaba a parecerse demasiado a ese río: cuanto más intentaba controlarlo, más claro tenía que me estaba llevando igual.

Capítulo 20



Arai

Después de caerme a un río, descubrir que el agua de montaña no tenía ninguna intención de ser amable y volver al hotel envuelta en una manta térmica como si me hubieran embalado para transporte urgente, pensé que el día solo podía mejorar.

Fue un error por mi parte.

Uno muy básico, además.

A esas alturas ya debería haber aprendido que, cuando una fantasma Montalbán ande cerca, la vida no mejora. La vida organiza una reunión interna, revisa opciones y elige la más absurda.

La comida fue un desfile de gente preguntando si estaba bien.

—Estoy bien —dije por quinta vez, sentada en el comedor con un plato de pasta delante y el pelo todavía medio húmedo.

—Te caíste al río —insistió Beatriz.

—Sí, pero he vuelto. Eso debería cerrar el expediente.

Mario, desde el otro lado de la mesa, levantó el tenedor.

—Yo creo que deberíamos hacerte una placa.

—¿Por caerme?

—Por inaugurar oficialmente el apartado de incidencias.

—Muy amable, Mario. Te recordaré en mi discurso.

Nicolás, que estaba sentado a mi izquierda, sonrió como si aquella mañana hubiera sido la mejor experiencia de su vida.

—Yo sigo pensando que lo vuestro ha tenido algo de cinematográfico.

Bruno, frente a mí, levantó la vista del plato.

—Nicolás.

—¿Qué? No digo nada malo. Ella perdió el equilibrio, él saltó; había río bravo, barro, tensión…

—Y frío —añadí—. No olvides el frío porque fue el protagonista.

—Sí, bueno, pero eso en pantalla no queda bien.

—Tú necesitas ver menos películas y remar mejor.

Nicolás se llevó una mano al pecho.

—He remado con pasión.

—Ese fue el problema.

Bruno bebió agua para esconder una sonrisa. Lo vi. Claro que lo vi. También vi cómo apartó la mirada cuando yo lo pillé mirándome.

Desde el rafting todo estaba raro.

No raro de «he visto una señora muerta en mi salón», que ese nivel ya era una categoría aparte. Rado de verdad. De esos silencios pequeños que se cuelan entre dos frases normales. De ese cuidado suyo al pasarme la taza de chocolate. De su mano sujetándome en la orilla. De mi cuerpo recordándolo con una falta de profesionalidad bastante grave.

Y, por si todo eso fuera poco, Lola estaba de pie junto a la mesa de los postres, observando a Bruno con una satisfacción que me daba ganas de esconderme dentro de la jarra del agua.

—Ha saltado detrás de ti sin pensarlo —dijo.

Yo pinché la pasta con más fuerza de la necesaria.

—¿Arai? —preguntó Bruno.

—¿Qué?

—Lo estás pagando con los macarrones.

—Podrán sobrellevarlo.

Lola sonrió.

—Ha sido muy bonito.

—No —murmuré.

Nicolás se giró hacia mí.

—¿No qué?

—No quiero más pan.

—No te he ofrecido.

—Pero ibas a hacerlo.

—En realidad, no.

—Pues mejor para todos.

Bruno me miró como si estuviera tomando notas mentales otra vez. Últimamente, tenía esa costumbre, y yo no sabía cuánto tiempo más iba a poder esquivar preguntas sin acabar fingiendo una alergia al aire.

La reunión de la tarde fue en una sala con ventanales, sillas incómodas y un proyector que decidió funcionar cuando ya todos habíamos perdido la fe. Antonio habló de objetivos, de coordinación entre áreas y de una nueva fase de crecimiento que, en otras circunstancias, me habría interesado bastante. En aquel momento, lo único que mi cuerpo quería era una ducha, una cama y una orden judicial que prohibiera cualquier actividad relacionada con agua, montaña o confianza entre compañeros.

Bruno estaba sentado dos filas delante de mí. Se había cambiado de ropa, igual que todos, pero seguía teniendo el pelo un poco húmedo en la nuca. Un detalle absurdo. Un detalle que no debería haber notado.

Lo noté, igual que noté a Lola sentada en una silla vacía junto a la ventana, como si aquella reunión también fuera asunto suyo.

—No lo mires tanto —me dijo.

Yo clavé la vista en la libreta.

—Estoy mirando la presentación —murmuré.

—La presentación está a la izquierda.

—La miro en diagonal.

Yaiza, si hubiera estado allí, me habría dado una colleja. O dos. Una por mentir mal y otra por hacerlo delante de una muerta que no tenía nada mejor que hacer que comentar mi vida sentimental.

Bruno se giró justo entonces.

Yo bajé la cabeza tan rápido que casi me di con la frente en el boli.

Genial.

Discreción nivel señora escondiendo un jamón debajo del abrigo.

La reunión terminó con una ronda de preguntas que nadie quería hacer, pero que Recursos Humanos animó con una frase tan peligrosa como «no os cortéis». Se cortaron todos. Gracias a Dios.

Cuando salimos, pensé que por fin tendría una hora de paz antes de la cena.

Otra vez: error.

Beatriz apareció junto a la puerta con una sonrisa y una lista en la mano.

—A las seis salimos a hacer la ruta corta.

Me quedé quieta.

—¿Qué ruta corta?

—Senderismo. Está en el programa.

—No puede estar en el programa. Yo habría percibido esa amenaza.

Bruno apareció a mi lado.

—Está en el programa.

—Tú no ayudes.

—Es una ruta sencilla.

—Eso mismo dijeron del rafting y acabé negociando con una rama.

Beatriz se rio.

—No es obligatoria, pero Antonio quiere que vaya alguien de coordinación para comprobar tiempos y señalización.

Miré a Bruno, Bruno me miró a mí y mi cerebro entendió la amenaza antes de que nadie la dijera en voz alta.

—Yo no puedo —dije—. Tengo… cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Bruno.

—Cosas de coordinación.

—Precisamente.

—Cosas privadas de coordinación.

Beatriz levantó la lista.

—Antonio ha dicho que vayáis vosotros dos. Es solo una hora. Subís por el sendero verde, llegáis al mirador pequeño y bajáis por el camino de la fuente.

—Una hora —repetí.

—Más o menos.

—Ese «más o menos» no me ha gustado como suena.

Bruno cruzó los brazos.

—Podemos hacerlo rápido.

—No me tranquiliza que tú y la palabra rápido aparezcáis junto a una montaña.

—No es una montaña. Es un sendero.

—La montaña siempre empieza siendo un sendero. Luego se crece.

Lola apareció detrás de Beatriz con una sonrisa demasiado satisfecha, y ahí supe que aquello iba a acabar mal. Conociéndola, seguramente también lejos del camino correcto.

—Lola —dije entre dientes.

Bruno ladeó la cabeza.

—¿Otra vez Laura?

—No. Lo lógico. He dicho lo lógico.

—¿Lo lógico?

—Que lo lógico sería no ir.

Beatriz me miró con paciencia.

—Arai, de verdad, es una ruta señalizada. No tiene pérdida.

Lola se llevó una mano al pecho, ofendidísima.

—Qué poca confianza.

La miré por puro reflejo, que fue una idea pésima, porque Bruno siguió mi mirada y solo encontró una pared, una planta y el vacío más sospechoso del mundo.

—¿Qué miras?

—La señalización —dije.

—Estamos dentro del hotel.

—Preparación mental.

Diez minutos después estaba en la entrada con botas de montaña, chaqueta cortavientos, una botella de agua y un móvil al 18% de batería. Bruno apareció sin móvil en la mano.

—¿Y tu teléfono?

—Cargándose arriba. No tenía casi batería.

Me quedé mirándolo.

—¿Has dejado el móvil en la *suite*?

—Sí.

—Vamos a hacer senderismo y has dejado el móvil.

—Es una ruta de una hora al lado del hotel.

—También era un tramo sencillo de rafting y me recogieron en una orilla como a una bolsa del supermercado.

—Llevas el tuyo.

Le enseñé la pantalla.

—Dieciocho por ciento.

—Suficiente.

—Me encanta ese optimismo tuyo. Es como ver a alguien comprar un paraguas de papel antes de un diluvio.

Bruno suspiró.

—Si quieres, subo a por el mío.

Lola apareció a su lado.

—No hace falta. Llegaréis tarde.

—Sí hace falta —dije.

Bruno frunció el ceño.

—¿Qué?

—Que sí hace falta revisar bien la ruta. Vamos.

No sé por qué dije vamos. Tal vez porque estaba cansada. Tal vez porque no quería parecer una histérica delante de Bruno. O tal vez porque Lola me miraba con esa cara de «confía en mí» que debería estar prohibida por ley.

Salimos.

El sendero verde empezaba detrás del hotel, junto a una valla de madera y un cartel con flechas de colores. Verde al mirador. Azul hacia la fuente. Rojo hacia una ruta larga que, según el mapa, no debíamos tocar ni con una pértiga.

—Verde —dijo Bruno.

—Gracias, Dora la exploradora.

—Solo confirmaba.

—Confirma en voz baja.

El camino era bonito, eso había que reconocerlo. Árboles altos, olor a tierra húmeda, luz de tarde entre las ramas. El tipo de sitio donde una persona equilibrada respiraría hondo y pensaría qué suerte estar aquí. Yo respiré hondo y pensé dónde demonios estaba Lola.

La respuesta llegó cinco minutos después.

Estaba junto a un cartel de madera, unos metros más adelante, mirándolo con demasiada atención.

—Lola.

Ella levantó la cabeza.

—¿Sí?

—Aléjate del cartel.

—No he hecho nada.

Bruno se detuvo.

—¿Qué cartel?

Señalé hacia delante, intentando parecer normal.

—Ese. Solo digo que mejor no tocar nada.

—No iba a tocarlo.

—Tú no.

—¿Quién iba a tocarlo?

—Nadie. Es una frase general. De civismo.

Lola sonrió de una forma que no anunciaba nada bueno.

Seguimos caminando. Llegamos al cartel. Una flecha verde señalaba hacia la derecha. El sendero parecía claro, aunque algo más estrecho que el anterior.

—Por aquí —dijo Bruno.

Miré a Lola.

Ella miró el paisaje como si nunca hubiera visto un árbol en su vida.

—Lola.

—Había demasiada gente en el camino correcto.

Me quedé helada.

—¿Qué?

Bruno se giró.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Has dicho qué.

—Porque… qué bonito todo.

—No ha sonado así.

—Es que lo bonito me sale agresivo.

Bruno no parecía convencido, pero siguió andando.

Yo esperé a que diera unos pasos y me acerqué a Lola.

—¡Era el camino correcto por algo! —susurré.

—Solo he girado un poquito la flecha.

—¿Un poquito?

—Técnicamente, sigue señalando un camino.

—Lola, eso no es señalización, eso es sabotaje con madera.

—No quería que fuerais con todo el mundo.

—No íbamos con todo el mundo. Íbamos solos.

—Pero por el camino correcto.

La miré sin poder creérmelo.

—¿Tú te estás escuchando?

—Perfectamente.

—Pues hazlo con más vergüenza.

—Arai —llamó Bruno desde delante—. ¿Vienes?

Me di la vuelta.

—Sí.

Lola sonrió.

—Disfruta.

—Como aparezca un oso, te lo presento.

—No hay osos aquí.

—Me da igual. Lo importo.

Seguí a Bruno por el sendero estrecho. Durante los primeros diez minutos intenté convencerme de que quizá Lola no la había liado tanto. El camino existía, había huellas, no estábamos atravesando maleza ni escalando una pared. Solo era un sendero secundario.

El sendero empezó a subir, luego se estrechó y, al cabo de un rato, ya no estaba tan claro que aquello siguiera siendo un camino.

—Bruno.

Él se detuvo.

—Sí.

—¿Tú ves camino?

Miró alrededor.

—Menos que antes.

—Respuesta incorrecta.

Sacó el mapa de papel que nos había dado Beatriz.

—Deberíamos haber llegado al mirador hace cinco minutos.

—Qué bien. Me encanta cuando el mapa también nos juzga.

Bruno giró sobre sí mismo.

—Podemos volver.

—Eso habría sido una frase preciosa hace diez minutos.

—Aún podemos.

Mi móvil vibró y miré la pantalla: 10% de batería.

—Mi teléfono acaba de mandarme sus últimas voluntades.

Bruno metió la mano en el bolsillo por puro reflejo, recordó que no tenía móvil y me miró con una culpa bastante evidente.

—No digas nada —dije.

—No iba a decir nada.

—Tu cara está redactando un informe.

—Tienes razón. Tendría que haber subido a por el móvil.

—Gracias por el informe.

Intentamos volver sobre nuestros pasos. Digo «intentamos» porque, al parecer, los caminos de montaña tienen la mala costumbre de parecer todos iguales cuando una fantasma ha decidido hacer bricolaje con las señales. Al cabo de quince minutos, llegamos a una bifurcación que ninguno de los dos recordaba.

—Esto no estaba —dije.

—Sí estaba.

—No.

—Arai.

—No me digas «Arai». Si esto hubiera estado, yo lo habría mirado con odio al pasar.

Bruno respiró hondo.

—Vamos por la izquierda.

—¿Por qué?

—Porque baja.

—También baja una montaña rusa y no por eso me subo.

—¿Prefieres derecha?

Miré a la derecha. Más árboles. Más piedras. Más posibilidades de acabar en una noticia local.

—Prefiero una cafetería.

—Izquierda entonces.

Seguimos bajando. La luz empezó a cambiar: más gris, más fría. El bosque se cerraba un poco y yo ya no veía el hotel entre los árboles.

A mi móvil le quedaba un 6%.

Abrí la aplicación de mapas. Tardó una eternidad. Luego enseñó un punto azul moviéndose con una alegría que no correspondía a mi estado emocional.

—No hay cobertura suficiente —dije.

—¿Puedes llamar?

Probé, y el móvil decidió que tampoco estaba para colaborar.

—No.

Bruno se pasó una mano por el pelo.

—Vale. Paramos un momento.

—No me gusta el «vale» de los hombres cuando claramente no está nada vale.

—Necesito pensar.

—Pues piensa rápido antes de que mi móvil muera y yo tenga que orientarme por musgo, cosa que solo sé hacer en teoría y por culpa de internet.

Lola apareció entonces junto a un árbol, sin molestarse siquiera en fingir que había llegado caminando. Como si el bosque fuera suyo y nosotros estuviéramos molestando.

—Arai…

—Ni se te ocurra.

Bruno levantó la vista.

—¿Qué?

—Nada. Estoy hablando conmigo misma.

—Últimamente lo haces mucho.

—Soy una compañía excelente.

Lola parecía menos segura que antes.

—Creo que igual nos hemos desviado un poco.

La miré muy despacio.

—¿Igual?

—El bosque cambia mucho de noche.

—No es de noche.

—Está anocheciendo.

—Lola.

Bruno se acercó.

—Arai, dime qué está pasando.

Durante un segundo estuve a punto.

A punto de decirle: «Tu madre muerta ha girado un cartel porque tiene complejo de agencia matrimonial y ahora estamos perdidos en el Pirineo con un 5% de batería».

Pero, curiosamente, no encontré una forma profesional de expresarlo.

—Que nos hemos desviado —dije.

—Eso ya lo sé.

—Pues eso está pasando.

El cielo empezó a cubrirse. No llovía, pero el aire se enfrió de golpe. Caminamos otros diez minutos hasta que el sendero se abrió en una zona más alta. Desde allí vimos, a lo lejos, una pequeña construcción de piedra con tejado de madera.

—Allí —dijo Bruno.

—¿Qué es?

—Parece un refugio.

—¿Refugio de los de películas o refugio de los de «luego lo cuentan en un pódcast»?

—Vamos a comprobarlo.

—No me tranquiliza.

—No era mi intención. Era dirección.

El móvil bajó al 2%.

Intenté mandar un mensaje a Beatriz con nuestra ubicación, pero se quedó pensando. La barra de envío no avanzó.

—Vamos, cariño —murmuré—. Tú puedes.

La pantalla se apagó.

—No puede —dije.

Bruno me miró.

—¿Batería?

—Muerta. Como mi paciencia.

Llegamos al refugio cuando ya casi no quedaba luz entre los árboles. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. Bruno empujó despacio y la madera cedió con un quejido.

Dentro olía a polvo, leña vieja y humedad. Había una mesa, dos bancos, una chimenea apagada y, al fondo, una litera estrecha con mantas dobladas. No era bonito. No era cómodo. No era el hotel con *suite*, minibar y baños separados.

Pero tenía techo.

Y en aquel momento, techo era una palabra preciosa.

—Vale —dijo Bruno—. Nos quedamos aquí hasta que puedan encontrarnos o hasta que amanezca.

Lo miré.

—¿Hasta que amanezca?

—Si no tenemos cobertura y se hace de noche, es más seguro esperar.

—Claro. Perfecto. Una noche en un refugio, con frío, sin batería y contigo. Justo lo que había puesto en mi lista de objetivos del día.

Bruno dejó la mochila sobre la mesa.

—Podía ser peor.

En ese momento, Lola apareció junto a la chimenea con cara de haber perdido bastante seguridad en su propio plan.

La señalé.

—No digas nada.

Bruno siguió mi gesto, como siempre, y vio una chimenea apagada.

—¿La chimenea?

—Sí. Que no diga nada. Las chimeneas antiguas son muy suyas.

Lola levantó una mano.

—Puede que haya calculado mal.

Solté una risa sin humor.

—¿Puede?

Bruno me miró con preocupación.

—Arai.

Me senté en uno de los bancos, cansada, helada y con ganas de reírme o llorar; todavía no lo tenía claro.

—Montalbán, si salimos de esta, recuérdame que pida vacaciones. Muchas.

—Lo haré.

—Y que no vuelva a confiar en una flecha de madera.

—Eso también.

Fuera, el bosque se quedó oscuro del todo.

Dentro, Bruno empezó a buscar leña seca junto a la chimenea, Lola intentaba parecer arrepentida y yo me quedé mirando la litera del fondo con una única certeza.

Aquella noche iba a ser larguísima.

Capítulo 21



Bruno

Arai se quedó mirando la litera del fondo como si acabara de ver escrita allí la sentencia de la noche.

Yo miré la chimenea apagada, la caja de leña y el armario metálico medio oxidado junto a la pared. El refugio no era cómodo, ni bonito, ni especialmente tranquilizador, pero tenía techo, puerta y cuatro paredes. Después de una tarde de bosque, batería muerta y señales que parecían haber sido colocadas por alguien con muy mala idea, aquello ya era bastante.

—Voy a intentar encender el fuego —dije.

Arai seguía mirando la litera.

—Yo voy a intentar no perder la fe en la humanidad, pero lo tuyo parece más fácil.

—Eso no dice mucho de mi plan.

—Dice muchísimo del estado de mi fe.

Dejó la mochila sobre uno de los bancos y se quitó la chaqueta húmeda. Tenía los puños del jersey mojados, el pelo algo revuelto y esa cara suya de estar cansada, enfadada y a punto de discutir con cualquier objeto que respirara. O que no respirara. Con Arai nunca se sabía.

Se giró de golpe hacia la chimenea.

—No digas nada.

Yo me quedé con un tronco en la mano.

—No he dicho nada.

—No era para ti.

Miré la chimenea.

—¿Era para la chimenea?

—Sí. Las chimeneas antiguas son muy suyas.

—Cada vez entiendo menos cosas.

—Bienvenido a mi vida.

Decidí dejarlo ahí. En parte porque estaba empezando a aprender que insistir con Arai solo conseguía que inventara respuestas más raras, y en parte porque necesitábamos fuego antes de que el frío nos ganara la discusión.

Encender la chimenea me llevó más tiempo del que me habría gustado reconocer. La leña estaba seca a medias, el mechero que encontré sobre la repisa funcionaba cuando quería y Arai observaba desde el banco con una mezcla de escepticismo y ganas de opinar.

—¿Seguro que sabes hacer eso? —preguntó.

—Sí.

—Lo dices con mucha confianza para alguien que lleva tres intentos.

—Estoy creando base.

—Claro. Una base de humo.

Al cuarto intento, la llama prendió. Pequeña, pero suficiente.

—Bien —dijo—. Punto para ti.

—¿Solo uno?

—No te emociones. Estoy generosa porque tengo frío.

Me levanté y noté el escozor en el pulgar.

—Mierda.

Arai se puso de pie enseguida.

—¿Qué?

—Nada. Me he quemado un poco.

—Enséñame.

—No es nada.

—Bruno.

Me señaló el banco como si fuera una orden judicial. Me senté porque, sinceramente, discutir con ella por una quemadura mínima me pareció una pérdida absurda de energía. Arai sacó de su mochila un paquete de pañuelos, una tirita y un gel pequeño.

—¿Llevas botiquín?

—Llevo mochila de mujer canaria criada por una madre previsora. Siempre hay tiritas, caramelos y alguien diciendo que te pongas una chaqueta.

—Eso último no cabe en la mochila.

—Porque no conoces a mi madre.

Me limpió el dedo con cuidado. Demasiado cuidado para lo poco que era. Yo miré sus manos porque era más fácil que mirarla a la cara y preguntarle por qué llevaba toda la tarde hablando con chimeneas, señales, árboles y cosas que yo no veía.

—Ya está —dijo, colocando la tirita.

—Gracias.

—No te emociones. Es una tirita, no una promesa.

—No había pensado eso.

—Mejor.

La chimenea empezó a calentar despacio, así que revisé el armario. Encontré tres latas: fabada, lentejas y una tercera sin etiqueta.

—Tenemos cena.

Arai se acercó, miró las latas y señaló la sin etiqueta.

—Esa no. En mi estado actual no puedo asumir misterio gastronómico.

—¿Lentejas?

—Me parece la opción menos peligrosa.

—Muy específico.

—Soy una mujer práctica.

Calentamos las lentejas en una olla pequeña que había junto a la chimenea y comimos sentados en los bancos, con la mesa entre los dos. No estaban mal. O quizá el hambre era más fuerte que el criterio. Fuera ya era de noche y el viento movía las ramas contra la pared de piedra. Dentro, el fuego iba cogiendo cuerpo y el refugio dejaba poco a poco de parecer un sitio donde alguien encontraría nuestros nombres escritos en un periódico local.

Arai comía en silencio. Eso era raro. Con ella, el silencio podía significar muchas cosas, pero después del rafting, el sendero y aquella llegada al refugio, empecé a sospechar que estaba agotada de verdad.

—Antes, en el camino, estabas nerviosa —dije.

Levantó la mirada.

—Estábamos perdidos.

—Antes de saberlo.

—¿Tú siempre observas tanto o solo cuando no tienes móvil y te aburres?

—Contigo cuesta no hacerlo.

La frase salió antes de que pudiera pensarla.

Arai bajó la vista al cuenco.

—Pues practica menos.

—Lo intento.

—No se nota.

Se hizo un silencio. Esta vez no sonó incómodo, sino cansado. El fuego crujió, Arai dejó la cuchara en el cuenco y se frotó las manos despacio.

—No me gusta perder el control —dijo.

No contesté enseguida. Me dio la impresión de que no era una frase para llenar el hueco.

—Lo he notado.

—No lo digo por hoy.

Dejé mi cuenco sobre la mesa.

Arai miró la chimenea. La luz le daba en la cara y le suavizaba algo que normalmente llevaba muy protegido.

—Cuando vivía en Canarias salí con alguien —empezó—. En la universidad. Al principio fue bonito. Muy bonito. De esas cosas que una cree que sabe manejar porque tiene veinte años y se piensa que con querer mucho ya está todo hecho.

No me moví.

—Luego empezó a cambiar —siguió—. O quizá no cambió. Quizá yo empecé a ver cosas que antes no quería ver. Primero eran bromas: con quién hablas, por qué tardas en contestar, ese amigo te mira raro. Después fueron enfados. Mensajes. Llamadas. Aparecer donde yo estaba. Esperarme a la salida de clase. Decir que lo hacía porque me quería.

Se me tensó la mandíbula.

—Arai…

—No digas nada todavía, por favor.

Asentí.

Ella tragó saliva.

—Cuando intentaba dejarlo, se venía abajo. Lloraba, prometía que iba a cambiar, decía que no podía vivir sin mí. Y yo volvía porque pensaba que igual exageraba, que igual era culpa mía, que igual si lo hacía todo un poco mejor, él estaría tranquilo.

Le miré las manos. Las tenía entrelazadas sobre la mesa.

—Hasta que dejó de darme pena y empezó a darme miedo —añadió.

La frase pesó más que todo lo anterior.

—No hubo una gran escena —continuó—. Eso era parte del problema. No había una cosa enorme que enseñar. Eran muchas pequeñas: mensajes, llamadas, seguirme, hacerme sentir que estaba perdiendo la cabeza. Si lo contaba, sonaba menos grave de lo que era. Y eso te hace dudar de ti misma.

—No suena poco grave —dije.

Me miró un segundo, como si necesitara comprobar que no lo decía por decir.

—La policía no podía hacer gran cosa. Mis padres estaban asustados. Yo también, aunque me costó admitirlo. Al final, mi madre me dijo que a veces, para salvar una planta, hay que cambiarla de sitio.

Pensé en esa analogía. En su forma de mencionarla como si fuera una broma y, al mismo tiempo, algo más.

—Barcelona —dije.

—Sí. Barcelona. Yaiza no me soltó. Me acompañó, me buscó piso, me obligó a comer, a salir, a respirar. Y después apareció Antonio.

—Mi padre.

Asintió.

—Tu padre me dio trabajo cuando yo necesitaba estructura. No me trató como si estuviera rota. No me preguntaba todo el rato si estaba bien. Me daba tareas, me corregía, me exigía. Y eso, aunque suene raro, me ayudó más que muchas frases bonitas. Me hizo sentir útil. Segura. Normal.

No supe qué decir.

O sí, pero todo sonaba demasiado poco.

Mi padre llevaba años encerrado en su propio dolor, caminando por la empresa como si cada pasillo le recordara algo que no quería mirar demasiado. Y, aun así, para Arai había sido un sitio firme. Una persona que había sabido ayudarla sin invadirla.

—Por eso le tengo cariño —dijo—. Porque en una época en la que yo no sabía muy bien dónde ponerme, él me hizo sitio sin preguntarme demasiado.

Respiré hondo.

De pronto entendí muchas cosas de golpe. Su forma de anticiparse a todo. Su rechazo a que alguien decidiera por ella. Su humor rápido. Su necesidad de tener siempre una salida. Y también el modo en que miraba a mi padre, con un cariño discreto, de los que no se anuncian pero están.

—Gracias por contármelo —dije.

Arai se encogió un poco de hombros.

—No sé por qué lo he hecho.

—Yo tampoco. Pero me alegro.

—No quiero que ahora me mires raro.

—No te miro raro.

—Sí.

—Te miro entendiendo mejor algunas cosas.

—Eso también es raro.

—Puede ser.

Soltó una risa pequeña.

—Fatal respuesta.

—Estoy improvisando.

—Se nota.

Después de eso recogimos como pudimos. No había mucho que recoger, pero los dos necesitábamos movernos un poco. Revisé la litera. La de arriba tenía varias tablas rotas y una inclinación bastante poco compatible con sobrevivir a la noche.

—Arriba no duerme nadie —dijo Arai desde detrás.

—Puedo dormir en el banco.

Miró el banco, luego me miró a mí.

—No cabes.

—Ya me las arreglaré.

—No voy a dejarte dormir sentado después de que te hayas tirado a un río por mí, hayas encendido fuego y hayas cenado lentejas sin quejarte.

—Esto último ha sido lo más difícil.

—Lo sé. Por eso cuenta.

—La cama de abajo es estrecha.

—Ya lo veo.

—Podemos turnarnos.

—No seas ridículo. Dormimos los dos abajo, cada uno en su lado, vestidos, con mantas y con una frontera clara.

—¿Una frontera clara?

Pasó la mano por el centro del colchón.

—Aquí. Línea imaginaria. Esto es Andorra.

—¿Andorra?

—Neutral, pequeña y respetable.

—De acuerdo.

—Nada de invadir Andorra.

—No invadiré Andorra.

—Ni con el brazo.

—Ni con el brazo.

—Ni con una pierna accidental.

—Tampoco.

—Ni con excusas térmicas.

—Arai.

—Hay que aclararlo. Luego vienen los conflictos internacionales.

Se me escapó una sonrisa.

—Aclarado.

Nos tumbamos vestidos, con las mantas hasta el cuello y una distancia tan correcta que parecía preparada para una inspección. Arai se puso de lado, dándome la espalda. Yo me quedé bocarriba, mirando el techo, escuchando el fuego y los ruidos pequeños del refugio.

—Bruno —dijo al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Lo de antes no se lo digas a nadie.

—No lo haré.

—Ni a tu padre.

—A nadie.

—Gracias.

—Arai.

—¿Qué?

—No fue culpa tuya.

Se quedó quieta.

Demasiado.

Durante unos segundos pensé que me había equivocado, que había dicho algo que no debía. Luego la oí respirar despacio.

—Ya lo sé —respondió.

Pero no sonó del todo cierto.

No insistí.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches.

Tardé en dormirme. El colchón era duro, hacía frío en la parte de la espalda que no cubría bien la manta y tenía a Arai a pocos centímetros, después de haberla visto contarme una parte de sí misma que no le enseñaba a cualquiera. No había nada sencillo en eso. Tampoco había nada que yo pudiera ordenar con facilidad.

No supe en qué momento me dormí.

Pero sí supe en qué momento desperté.

Fue por un peso cálido sobre el pecho, una pierna enganchada a la mía y una respiración lenta contra mi camiseta.

Abrí los ojos.

Tardé unos segundos en entenderlo.

Luego bajé la mirada.

Arai estaba pegada a mí como si la frontera internacional que había trazado la noche anterior hubiera sido abolida durante la madrugada. Tenía la cara hundida en mi pecho, una mano sobre mi costado y el pelo revuelto por todas partes.

Yo, por mi parte, la tenía rodeada con un brazo.

Muy bien.

Gestión diplomática impecable.

Intenté moverme despacio, pero Arai murmuró algo incomprensible y se acomodó más contra mí.

Entonces noté la humedad en la camiseta.

Miré hacia abajo.

No podía ser.

Arai Bethencourt, la mujer que había establecido una frontera llamada Andorra en medio de una litera, me estaba babeando el pecho.

Me mordí el interior de la mejilla para no reírme, aunque no funcionó del todo. Arai se movió, abrió los ojos muy despacio y tardó un segundo en entender dónde estaba.

Cuando lo hizo, miró mi brazo, luego su mano sobre mi costado y, por último, la mancha en mi camiseta.

Se quedó inmóvil.

—No —dijo.

—Buenos días.

—No.

—Has dormido bien, por lo que veo.

Se incorporó de golpe y casi se cae de la litera.

—Esto no ha pasado.

—¿Qué parte?

—Ninguna.

—Andorra ha sido invadida.

—Tú la has invadido.

—Yo estaba dormido.

—Eso diría un invasor.

No pude aguantar más y me reí.

Arai me miró con una mezcla de horror y amenaza.

—Ni una palabra.

—No he dicho nada.

—Te estás riendo.

—Muy poco.

—Bruno.

—Arai, me has babeado.

Se tapó la cara con las dos manos.

—Quiero morirme.

—Después de sobrevivir al río y al bosque, sería una pena.

—No hagas bromas.

—Estoy siendo delicado.

—Estás disfrutando.

—Un poco.

Apartó las manos y me señaló con el dedo.

—Esto no sale de aquí.

—Por supuesto.

—Ni a Nicolás.

—Especialmente a Nicolás.

—Ni a Antonio.

—Nunca.

—Ni a Lola.

Me quedé quieto.

Arai también.

—¿Lola?

Su cara cambió tan rápido que casi me confirmó que no había sido un error.

—La lona —dijo.

—¿La lona?

—Sí. La manta. La cosa. Acabo de despertarme, no me pidas vocabulario.

La miré.

—Claro.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras archivando rarezas.

—Estoy intentando no reírme.

—Pues inténtalo con más ahínco.

Fuera se oyó una voz.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Los dos giramos la cabeza hacia la puerta.

—Rescate —dije.

—Genial.

—Eso es bueno.

—No si entro en la historia oficial como la mujer que se perdió, cenó lentejas y babeó a su jefe.

Me levanté, todavía sonriendo.

—Podemos omitir la última parte.

—Podemos y vamos a hacerlo.

Abrí la puerta del refugio y la luz fría de la mañana entró de golpe. Dos monitores estaban fuera, con mochilas, chaquetas y cara de haber madrugado demasiado.

Uno de ellos nos miró a los dos. Luego miró la litera. Luego volvió a mirarnos.

—Vaya —dijo—. Pues sí que os habéis apañado.

Arai apareció detrás de mí envuelta en una manta, con el pelo imposible y la dignidad intentando recomponerse a toda prisa.

—Ni empieces.

El monitor levantó las manos.

—No he dicho nada.

—Pero ibas.

Yo me reí detrás de ella.

Arai me miró por encima del hombro.

—Y tú tampoco.

—Yo menos.

—No te creo.

—Haces bien.

Y allí estaba ella: despeinada, helada, enfadada con el mundo y tratando de sostener una dignidad que hacía diez minutos había muerto sobre mi camiseta.

Debería haber pensado en el hotel, en mi padre, en Carla, en la explicación que íbamos a tener que dar al volver.

Pero durante un segundo solo pensé una cosa.

Que Arai Bethencourt, incluso cuando amenazaba a un monitor de rescate envuelta en una manta vieja, era cada vez más difícil de sacar de mi cabeza.

Capítulo 22



Arai

El rescate llegó con demasiada luz, demasiado frío y una frase que confirmó que el universo había decidido dejar de ser sutil conmigo.

—De verdad —dijo Dani, el monitor, en cuanto nos vio salir del refugio—, os vamos a empezar a cobrar por búsqueda y recogida.

Me ajusté la manta sobre los hombros y lo miré con toda la dignidad que pude reunir teniendo el pelo como si hubiera discutido con una zarza y perdido.

—Quiero dejar constancia de que esta vez tampoco ha sido cosa mía.

Bruno, a mi lado, tosió.

No era tos. Era una risa mal escondida.

Lo miré de reojo.

—Ni una palabra.

—No he dicho nada.

—Tu cara sí.

—Mi cara es independiente.

—Pues dile que se calle.

Dani nos miró a los dos con una sonrisa demasiado entretenida.

—¿Habéis dormido aquí?

—No —dije.

Bruno me miró.

—Arai.

—Bueno, sí, técnicamente hemos cerrado los ojos unas horas en una estructura de piedra con pretensiones de refugio. Dormir, lo que se dice dormir, me parece generoso.

—¿Estáis bien? —preguntó la otra monitora, que al menos tenía el detalle de parecer profesional.

—Sí —respondió Bruno—. Cansados y con frío, pero bien.

Yo asentí.

—Y con una relación complicada con las lentejas en lata, pero eso ya lo trataré en privado.

Dani soltó una risa.

—Pues vámonos. En el hotel están todos bastante preocupados.

Maravilloso.

Justo lo que necesitaba: volver al hotel con aspecto de superviviente de excursión escolar y que toda la empresa nos recibiera como si hubiéramos protagonizado una tragedia rural de bajo presupuesto.

Mientras recogíamos las pocas cosas que habíamos usado, intenté no mirar a Bruno. No porque hubiera pasado algo. No había pasado nada. Bueno, salvo que me había dormido pegada a él, había invadido Andorra y, por lo visto, había dejado una prueba húmeda de mi existencia en su camiseta.

Nada grave. Solo el tipo de humillación que podía perseguir a una persona durante años.

Lola apareció junto a la puerta del refugio con una expresión radiante, como si aquella noche hubiera sido una gran idea suya y no una sucesión de decisiones cuestionables.

La miré.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué?

—Poner esa cara.

—¿Qué cara?

—La de señora que ha organizado un milagro y está esperando aplausos.

Lola se llevó una mano al pecho.

—Yo solo estoy contenta de que estéis bien.

—Y de que hayamos dormido juntos en una litera.

—Bueno, eso también ha sido bonito.

Cerré los ojos un segundo.

Dani se giró hacia mí.

—¿Has dicho algo?

—Que el bosque es bonito.

Bruno me observó con esa mirada suya de «cada vez entiendo menos, pero estoy tomando notas».

Perfecto.

Lo que me faltaba.

El camino de vuelta hasta el punto donde esperaba el todoterreno fue incómodo, húmedo y largo, en ese orden. Yo llevaba la manta sobre los hombros, la mochila colgando de un brazo y la sensación de que, si alguien me hacía una foto, tendría que abandonar el país.

Bruno caminaba a mi lado, muy correcto, pero pendiente de cada piedra, cada raíz y cada curva del sendero. No de forma exagerada. Solo lo justo para colocarse un poco delante cuando el terreno bajaba, o para frenar el paso cuando yo tropezaba.

Eso me molestaba, no porque estuviera mal, sino porque no estaba mal. Y eso era bastante peor.

—Puedo caminar sola —murmuré.

—Lo sé.

—Pues deja de hacer de barandilla humana.

—Yo no hago eso.

—Estás a medio paso de ofrecerme el brazo.

—No quiero arriesgarme a que me lo muerdas.

—Buena decisión.

Sonrió.

Y yo aparté la vista, porque ya era suficiente para una mañana.

Cuando llegamos al hotel, confirmé mis peores sospechas: nos estaban esperando.

No todos, gracias a Dios, pero sí demasiada gente para mi gusto. Beatriz estaba en la entrada con cara de haber envejecido tres años desde el desayuno. Mario sujetaba un café como si aquello fuera una retransmisión deportiva. Antonio estaba un poco más apartado, serio, con los brazos cruzados y una preocupación tan clara que me dio un golpe directo en el pecho.

Lola apareció a su lado.

Feliz.

Preocupada, sí. Pero feliz. Como si en vez de dos empleados perdidos y congelados estuviera viendo a una pareja regresar de su luna de miel en condiciones ligeramente mejorables.

—Voy a matarla —susurré.

Bruno me oyó.

—¿A quién?

—A la próxima persona que me pregunte si estoy bien.

Llegamos a la entrada y Beatriz fue la primera en acercarse.

—Arai, por Dios. ¿Estáis bien?

—Sí. Entera, mojada y con una opinión nueva sobre el senderismo.

—Nos teníais preocupadísimos.

—Lo siento.

Lo dije de verdad.

Porque una cosa era estar harta de la atención y otra ver la cara de Beatriz, de Antonio, incluso de Mario, y entender que aquello no había sido divertido para los demás.

Antonio se acercó entonces. Primero miró a Bruno. Luego a mí.

—¿Seguro que estáis bien?

Bruno contestó antes de que yo pudiera hacerlo.

—Sí. Nos desviamos, se nos hizo tarde y encontramos el refugio. No había cobertura.

—Yo me quedé sin batería —añadí—. Y él había dejado el móvil cargando.

—Fue culpa mía —dijo Bruno.

Lo miré.

—No fue culpa tuya.

—Era mi móvil.

—Y el mío estaba sin batería. Si empezamos a repartir culpa, acabamos haciendo un Excel.

Mario levantó la mano.

—Yo puedo hacerlo.

—¡Mario! —dijo Beatriz.

—Perdón.

Antonio no sonrió. Me habría gustado que lo hiciera, pero seguía demasiado serio.

—Subid, duchaos y descansad un rato. La reunión de esta tarde se cancela.

—Antonio, no hace falta…

—Arai.

Ese tono suyo.

El de jefe. El de padre sin ser padre. El de persona que no aceptaba réplica porque ya había decidido protegerte aunque tú no lo hubieras pedido.

Cerré la boca.

—Vale.

Lola miró a Antonio con una ternura insoportable.

—Siempre igual —dijo—. Mandando cuando está preocupado.

Tragué saliva y aparté la vista.

Bruno dio un paso casi imperceptible, colocándose entre mí y el grupo. No de forma evidente. No como si quisiera marcar territorio ni nada parecido. Solo un movimiento pequeño, suficiente para que algunas miradas dejaran de caer directamente sobre mí.

Lo noté.

Y lo peor fue que se lo agradecí.

—Vamos —dijo en voz baja.

Asentí.

Subimos en el ascensor sin hablar. Yo miraba mis botas embarradas. Bruno miraba la puerta. Lola, por supuesto, apareció en una esquina, encantada de la vida.

—Ha sido muy bonito cómo te ha tapado de todos.

—Lola —murmuré.

Bruno giró la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. Que huele a humedad.

—Sí.

—Somos nosotros.

—Creo que sí.

Lola sonrió como si aquello fuera una escena preciosa.

Yo le lancé una mirada que habría tumbado a una persona viva.

En la *suite*, cada uno se fue directo a su habitación. Me duché con agua caliente durante tanto rato que probablemente el hotel empezó a reconsiderar su política de sostenibilidad. Me quedé bajo el agua hasta que dejé de tiritar y mi espalda empezó a perdonarme lo de la litera. Me lavé el pelo, me puse ropa limpia y, durante cinco minutos, casi conseguí sentirme una persona funcional.

Casi.

Cuando salí al salón, Bruno ya estaba allí. También duchado, con el pelo húmedo y ropa limpia. Tenía su móvil en la mano.

Su expresión me dijo lo que pasaba antes de que sonara la llamada.

Carla.

El nombre apareció en la pantalla y el ambiente cambió.

No mucho.

Lo necesario para que yo recordara, de golpe, todo lo que había intentado no mirar desde la noche anterior.

Bruno apretó la mandíbula.

—Tengo que cogerlo.

—Claro.

Me di la vuelta para irme a mi habitación, pero él levantó una mano.

—No tienes que…

—Sí tengo.

No sonó borde. O al menos lo intenté.

—Es una conversación vuestra.

Bruno asintió, aunque parecía incómodo. Mucho.

Me metí en mi habitación y cerré la puerta, pero la *suite* era antigua y las paredes tenían esa maravillosa cualidad de dejar pasar justo lo que una no quería oír.

No escuché a Carla al principio. Solo la voz de Bruno, baja.

—Carla, lo siento. Sí. Lo sé.

Me quedé quieta junto a la cama.

No quería escuchar.

Tampoco quería ponerme a cantar para no hacerlo, porque ya bastante tenía encima.

Lola apareció sentada en el sillón de mi habitación.

—Esto va a ser difícil.

—No ayudes.

—No he dicho nada malo.

—Estás aquí. Eso ya cuenta.

Bruno volvió a hablar al otro lado.

—No pude llamarte. Dejé el móvil cargando antes de salir y luego nos perdimos. No, no es una excusa.

Al otro lado de la pared se hizo un silencio largo. Cerré los ojos, porque Carla tenía razón y eso era lo peor de todo.

Tenía razón en estar enfadada, en sentirse fuera, en pensar que todo aquello sonaba fatal. Si mi novio me dijera que había pasado la noche perdido en un refugio con una mujer con la que además compartía *suite*, yo no estaría exactamente preparando una cesta de comprensión emocional.

—Sí —dijo Bruno—. Pasé la noche con ella. En un refugio. No había otra opción.

Más silencio.

Lola bajó la mirada.

—Pobre chica.

La miré.

—Gracias por llegar a esa conclusión ahora.

—Arai…

—No. En serio. Ahora no.

Me senté en el borde de la cama y me pasé las manos por la cara.

Al otro lado, Bruno sonó más cansado.

—No te estoy pidiendo que no te duela. Sé cómo suena.

La voz de Carla subió un poco. No distinguí todas las palabras, pero sí el tono. Dolor. Enfado. Humillación.

Me encogí por dentro.

—No —dijo Bruno—. No ha pasado nada.

Otra pausa.

—No lo sé.

Aquello sí lo oí claro. Levanté la cabeza y Lola hizo lo mismo; seria por primera vez desde que habíamos vuelto al hotel.

—Carla, no lo sé —repitió Bruno, más bajo—. Y creo que ese es el problema.

Me quedé inmóvil.

No quería estar allí. No quería ser parte de eso. No quería que mi nombre existiera en aquella llamada, aunque no lo estuvieran diciendo.

Pero existía.

—No quiero mentirte —continuó él—. Ni hacer como si todo estuviera igual.

La respuesta de Carla debió de ser dura, porque Bruno no contestó enseguida.

Cuando lo hizo, su voz estaba rota de una forma tranquila. Peor que si hubiera gritado.

—No sé si nos estamos echando de menos o si llevamos tiempo echando de menos lo que éramos.

Me tapé la boca con una mano.

Lola cerró los ojos.

Durante unos segundos no se oyó nada. Luego Bruno dijo:

—Lo siento.

Otra pausa.

—No, no quiero decidir esto así. No por teléfono. No después de una noche así. Pero quizá necesitamos parar un poco. Pensar. Sin hacernos más daño.

Carla habló. Esta vez sí oí una frase suelta.

—Qué casualidad que lo descubras ahora.

Me dolió a mí.

Bruno no respondió rápido.

—Tienes derecho a pensar eso.

La conversación siguió unos minutos más. No entendí todo, ni quise. Solo fragmentos.

Que Carla estaba cansada de sentirse lejos incluso cuando hablaban.

Que Hamburgo había sido una excusa cómoda.

Que Bruno no sabía cuándo habían empezado a convertirse en dos personas educadas manteniendo una relación por inercia.

Que ella no quería ser «la novia razonable» mientras él se aclaraba con otra.

Esa frase sí llegó entera y me dejó helada. Lola me miró, como si por fin entendiera el tamaño del lío, pero no dijo nada. Por una vez.

Al final, Bruno solo dijo:

—Lo siento, Carla. De verdad.

Después hubo silencio.

La llamada había terminado.

Me quedé en la habitación un minuto más, sin moverme. Luego dos. No sabía qué hacer. Salir parecía invadir. No salir parecía esconderme. Y, sinceramente, yo ya no tenía energía para elegir la opción adulta.

Al final abrí la puerta.

Bruno estaba en el salón, de pie junto a la ventana, con el móvil todavía en la mano. No se giró enseguida.

—Lo siento —dije.

Él cerró los ojos un momento.

—No tienes que disculparte.

—Sí tengo. Aunque no sea culpa mía. Aunque no sea culpa de nadie. Lo siento.

Se giró entonces.

Tenía la cara seria, cansada. No de enfado. De algo peor: de haber hecho daño a alguien sin querer y no poder arreglarlo con una frase.

—Carla está dolida —dijo.

—Tiene motivos.

Asintió.

—Sí.

No añadí nada.

Bruno dejó el móvil sobre la mesa.

—No ha sido justo para ella.

—No.

—Tampoco para ti.

Solté una risa sin ganas.

—Yo ahora mismo estoy intentando no aparecer en ninguna estadística.

—Arai.

—No sé qué quieres que diga.

—Nada.

—Pues eso puedo hacerlo.

Se quedó mirándome un segundo. Luego bajó la vista.

—He pedido tiempo.

—Lo he oído.

No tenía sentido fingir.

Bruno levantó la mirada.

—¿Has oído mucho?

—Lo suficiente para sentirme fatal.

—No has hecho nada.

—Ya. Pero estaba aquí.

—Eso no es culpa tuya.

—Bruno, hemos pasado la noche en un refugio. Tú tienes novia. O tenías. O estás en pausa. No sé. No quiero meterme, pero tampoco puedo hacer como si esto no existiera.

La frase salió más directa de lo que pretendía.

Él no se defendió.

—Lo sé.

Lola apareció detrás de él, con la cara más seria que le había visto en todo el día.

—No quería esto así —dijo.

La miré sin pensar y la cagué. Bruno siguió mi mirada, pero detrás de él no había nada: solo pared, una lámpara y una fantasma metomentodo con cara de culpa.

—¿Qué miras? —preguntó.

Volví a él demasiado rápido.

—Nada.

—Arai.

—Estoy cansada.

—Siempre dices eso cuando no quieres contestar.

—Porque suele ser verdad.

Se hizo un silencio incómodo.

Lola dio un paso hacia mí.

—Arai…

—No —dije en voz baja.

Bruno frunció el ceño.

—¿No qué?

Mierda.

—No quiero hablar ahora —improvisé—. No así.

Bruno respiró hondo.

—Vale.

Aquello me descolocó. Otra vez. Que no insistiera. Que no empujara. Que aceptara el límite incluso cuando estaba claro que yo ocultaba algo.

Era bastante molesto que alguien pudiera gustarte más precisamente por comportarse bien.

—Voy a bajar a buscar un café —dije.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—No quiero que todo el mundo te vea sola.

Lo dijo de una forma tan sencilla que me apretó algo en el pecho.

—Van a mirar igual.

—Entonces, que nos miren a los dos.

No supe qué responder.

Lola, detrás de él, sonrió con tristeza.

Yo habría querido decirle que dejara de hacer esa cara, que no ayudaba, que aquello no era bonito, que Carla estaba llorando en otra ciudad y que yo no quería ser la razón por la que nadie llorara.

Pero no dije nada. Solo asentí y bajamos juntos, para que nos miraran los dos, porque era exactamente lo que iba a pasar.

En recepción. En el pasillo. En la zona de café. Miradas rápidas, curiosas, algunas preocupadas, otras con ese brillo horrible de quien ya está montando una versión mejorada de la historia.

Bruno se colocó a mi lado sin tocarme, con esa distancia correcta de jefe que no hace nada raro y, aun así, consigue cubrirte un poco.

Antonio estaba junto a la barra, hablando con Beatriz. Al vernos, dejó la taza y vino hacia nosotros.

—¿Habéis descansado algo?

—Un poco —dijo Bruno.

—Yo he recuperado la temperatura corporal —añadí—. Ya es un avance.

Antonio me miró con cariño, pero también con esa forma suya de ver más de lo que una quería enseñar.

—Come algo.

—Antonio…

—Come algo, Arai.

Suspiré.

—Vale.

Lola apareció junto a él, mirándolo como si quisiera tocarle la manga y no pudiera.

—Siempre manda comer cuando no sabe qué hacer —dijo.

Me mordí la lengua.

Bruno pidió café para los dos y algo de pan tostado. Yo no protesté porque estaba demasiado cansada y porque, sinceramente, tenía hambre.

Nos sentamos en una mesa apartada. No demasiado apartada, porque entonces habría sido peor. Lo bastante para respirar.

Durante un rato comimos en silencio, de ese que no es incómodo del todo, pero tampoco cómodo. Un silencio de después.

—Carla no es una mala tía —dije al fin.

Bruno dejó la taza sobre el plato.

—No.

—No quiero que parezca eso.

—No lo parece.

—Bien.

—Es buena —dijo—. Más de lo que yo he sabido cuidar.

No contesté. No había consuelo bueno para eso, y quizá ni siquiera me tocaba consolarlo. Además, una parte de mí, muy egoísta y pequeña, se sintió aliviada al oírlo, y esa parte me dio vergüenza.

Bruno miró por la ventana. Fuera, la mañana seguía gris, con el monte mojado y el cielo bajo.

—Tengo que ordenar mi vida —dijo.

—Qué ambicioso para antes de comer.

Sonrió apenas.

—Sí.

—Yo empezaría por no volver a dejarte el móvil en la *suite*.

—Buen primer paso.

—Y evitar actividades organizadas por este hotel.

—Segundo paso.

—Y no dormir en refugios con mujeres que babean.

Se me escapó y me arrepentí al instante, sobre todo cuando Bruno me miró y una sonrisa lenta le cambió la cara.

—No iba a decirlo.

—Pues no lo digas ahora.

—No lo estoy diciendo.

—Lo estás pensando.

—Muchísimo.

Le di una patada suave por debajo de la mesa.

—Ay.

—Eso ha sido poco. Podría haber sido peor.

—Lo tendré en cuenta.

Por primera vez desde que habíamos vuelto, algo se aflojó. Muy poco. Pero se aflojó.

Luego Bruno bajó la mirada a su café.

—No quiero hacerte daño tampoco a ti.

Aquello quedó entre los dos y se llevó cualquier posibilidad de seguir bromeando.

—Pues no me metas en mitad de algo sin cerrar —dije.

Me miró.

—Lo sé.

—Y no me digas cosas que no puedas sostener mañana.

—No lo haré.

—Y no me mires así.

—¿Así cómo?

No respondí.

Porque no podía explicarlo sin quedar demasiado expuesta.

Lola estaba de pie junto a Antonio, a unos metros, observándonos con una mezcla de esperanza y culpa que me dieron ganas de gritarle. No allí. No delante de todos. Pero sí algún día. Pronto.

Porque aquello se le estaba yendo de las manos, y quizá también se nos estaba yendo de las manos a todos.

Cogí la taza y bebí un sorbo de café ya tibio.

—Necesito que el resto del día sea aburrido —dije.

Bruno soltó una risa baja.

—No creo que dependa de nosotros.

Miré a Lola.

Ella levantó las manos, ofendida.

—Hoy no he hecho nada.

La miré peor.

—Todavía —murmuré.

Bruno inclinó la cabeza.

—¿Todavía qué?

Suspiré.

—Todavía no he terminado el café.

—Eso sí tiene solución.

Me rellenó la taza con la jarra que había dejado el camarero, como si fuera un gesto pequeño y normal. Que lo era. Y por eso era peligrosísimo.

Volví a mirar por la ventana, intentando pensar en otra cosa. En el trabajo. En la ducha caliente. En el pan tostado. En cualquier cosa que no fuera Carla llorando, Bruno pidiendo tiempo y Lola observándonos como si el amor fuera algo que se pudiera empujar hasta que encajara.

Pero mi vida últimamente no iba de cosas sencillas.

Iba de fantasmas, refugios, llamadas incómodas y hombres que te tapaban de las miradas sin tocarte.

Y lo peor era que, incluso sabiendo todo eso, una parte de mí ya estaba esperando el próximo desastre.

Capítulo 23



Bruno

Había salido a la terraza trasera del hotel con la excusa de respirar un poco, pero en realidad solo quería cinco minutos sin gente, sin música y sin la sensación de que todo el mundo estaba un poco cerca.

La tarde se había quedado gris, húmeda, con ese olor a tierra mojada que dejaba la montaña después de la lluvia. Apoyé las manos en la barandilla y cerré los ojos un momento.

Nicolás tardó menos de un minuto en encontrarme.

—Tienes una cara de mierda importante —dijo.

No me giré.

—Gracias.

—De nada. ¿Qué ha pasado con Carla?

Solté el aire por la nariz.

—Nos hemos dado un tiempo.

Nicolás tardó un instante en responder.

—Eso suena fatal.

—Porque lo es.

Se colocó a mi lado, con las manos en los bolsillos y esa facilidad suya para parecer relajado incluso cuando estaba entrando en terreno delicado.

—¿Lo habéis dejado?

—No exactamente.

—Traducción: Nadie ha tenido valor para ponerle nombre todavía.

Lo miré.

—No estoy para tus genialidades.

—No es una genialidad. Es una observación.

Volví la vista al jardín.

—No quería seguir haciéndole daño, ni haciéndole perder el tiempo.

Nicolás asintió despacio.

—Bien.

—No suena bien.

—No, claro que no suena bien. Suena a una mierda. Pero al menos suena a verdad.

Me quedé callado porque tenía razón.

Porque Carla merecía algo mejor que meses de distancia, llamadas correctas y un novio que llevaba demasiado tiempo sin estar del todo. Yo también lo sabía. Y haber tardado tanto en admitirlo no me hacía sentir honesto, sino tarde.

Nicolás se apoyó en la barandilla.

—¿Y Arai?

Lo miré.

—No ha pasado nada.

Alzó una ceja.

—Bruno.

—Nada que deba pasar.

—Eso tampoco es una respuesta.

Bajé la vista al jardín, al suelo mojado, a cualquier cosa que no fuera su cara.

—Me importa.

Nicolás ya no sonreía.

—Eso lo sé.

—Y eso no arregla nada. De hecho, lo complica todo bastante más.

—Puede.

—Carla tiene motivos para estar dolida. Arai no merece meterse en mitad de esto. Mi padre no necesita otro desastre. Y yo llevo días comportándome como si no estuviera viendo lo que tengo delante.

Nicolás se quedó callado un momento.

—¿Te gusta?

Solté una risa breve, sin humor.

—Me tiré a un río detrás de ella.

—Buen punto.

—No sé en qué momento empezó a pasarme.

—Da igual cuándo. Lo importante es que ya te está pasando.

Me pasé una mano por la cara.

—No quiero ser un cabrón.

—Entonces no lo seas.

—Qué fácil.

—No he dicho que sea fácil. He dicho que no lo seas. Son cosas distintas.

Me quedé mirando la lluvia acumulada en la barandilla.

—No sé qué hacer con esto.

Nicolás suspiró.

—De momento, dejar de fingir que el problema es el trabajo, el hotel, las actividades o la mala suerte. El problema es que Carla ya no basta y Arai te importa más de lo que quieres admitir.

No dije nada porque no hacía falta.

—Y otra cosa —añadió—. Si no vas en serio, no te acerques más.

Giré la cabeza hacia él.

—Lo sé.

—No, Bruno. Lo sabes, no; lo entiendes, que es distinto.

Nos quedamos un momento en silencio. Dentro del hotel sonaba música amortiguada y alguna risa. La cena de despedida estaría empezando a ponerse en marcha.

Nicolás se enderezó.

—¿Vas a entrar con esa cara?

—Seguramente.

—Pues arréglala un poco. Das miedo.

—Gracias otra vez.

—Para eso estoy.

Se fue hacia la puerta, pero antes de entrar se giró.

—Y otra cosa más.

Sonrió, esta vez sí.

—Si al final la cagas, que sepas que yo voy a decir «te lo dije» con una energía insoportable.

A pesar de todo, se me escapó una sonrisa.

—No esperaba menos.

—Bien. Ya vuelves a tener cara humana. Entra antes de que Arai piense que te has fugado.

Lo vi desaparecer dentro y me quedé un segundo más en la terraza, con la humedad pegada a la piel y la sensación bastante clara de que Nicolás acababa de resumirme la situación mucho mejor de lo que me convenía.

Me giré y regresé al interior del hotel.

Cuando entré en el comedor, Arai ya estaba sentada a la mesa.

La vi antes de que ella me viera a mí.

Vestido negro. Pelo recogido en un moño deshecho, aunque con Arai hasta el desorden parecía elegido, una copa de vino a medio llenar junto a la mano y esa expresión suya de mujer que está en una cena de empresa sin ninguna intención de facilitarle el trabajo al universo.

No sonreía.

Tampoco hacía falta.

Algo en la forma en que estaba allí, como si no terminara de encajar con todo aquello y al mismo tiempo no pudiera estar en ningún otro sitio, me dejó quieto un segundo más de la cuenta. Beatriz estaba hablando, Mario gesticulaba con el pan en la mano y mi padre escuchaba con media sonrisa, pero a mí me costó apartar la vista de Arai.

Lo hice tarde.

Ella levantó la cabeza y me vio.

Fingí normalidad bastante mejor de lo que me sentía. Me senté, respondí cuando me hablaban, brindé cuando tocaba y hasta hice un par de comentarios razonables sobre el cierre de las jornadas. Por dentro, sin embargo, tenía la cabeza en la *suite*, en el ascensor, en la forma en que Arai llevaba toda la tarde evitándome justo lo suficiente para que yo lo notara cada vez más.

Carla y yo habíamos hablado otra vez por la tarde. No había sido una conversación fácil, pero sí honesta. Nos habíamos pedido tiempo: tiempo para pensar, para respirar y para no seguir haciéndonos daño por seguir tirando de algo solo por costumbre.

Arai lo sabía. No todo, pero sí lo suficiente. Desde entonces me miraba menos, o quizá simplemente yo notaba más cada vez que apartaba la vista.

—¿Vas a brindar o estás esperando una señal divina? —me preguntó Nicolás desde mi izquierda.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Que Antonio ha levantado la copa hace unos segundos y tú estás mirando a la nada con cara de señor atormentado.

—¿Qué dices de atormentado?

—Bruno, tienes cara de haber leído tres contratos y una carta de despedida en el mismo ascensor.

Le lancé una mirada.

Nicolás sonrió, encantado consigo mismo.

—Ya ha vuelto en sí.

Antonio estaba de pie al final de la mesa, copa en mano. Había hablado poco durante la cena, pero cuando lo hacía, todos escuchaban. Siempre había tenido esa capacidad. No necesitaba imponerse. Bastaba con que se aclarara la garganta para que todos prestaran atención.

—Solo quería daros las gracias —dijo—. Sé que han sido unas jornadas intensas.

Alguien soltó una risa.

Arai levantó la copa.

—Intensas es una palabra generosa.

Varias personas rieron. Antonio también, aunque con discreción.

—También sé que algunas actividades han salido mejor que otras.

—Yo pediría revisar el concepto de «actividad» —añadió ella.

—Anotado —dijo mi padre.

Esta vez las risas sonaron más altas. Arai sonrió y luego, por error o por cansancio, me miró un segundo. Bastó para que se me apretara algo por dentro.

Mi padre siguió hablando. Agradeció el trabajo del equipo, la paciencia, el esfuerzo de aquellos meses. Dijo que a veces una empresa no se sostenía solo con estrategia, sino con la gente que seguía apareciendo incluso cuando el día venía torcido.

Arai bajó la vista a su copa. Y yo hice lo mismo.

Había algo en esa frase que nos tocó a los dos de una forma distinta.

Después del brindis, la cena se deshizo poco a poco. Algunos se quedaron tomando una copa. Otros subieron a las habitaciones. Beatriz intentó organizar un último baile y fracasó. Mario explicó, por tercera vez, que había encontrado una zona del jardín con cobertura aceptable y que pensaba incluirla en la encuesta de satisfacción.

Arai se levantó cuando ya no quedaban excusas y yo me puse en pie casi al mismo tiempo. No fue algo coordinado, pero debió de parecerlo, porque Nicolás me miró.

—¿Subes?

—Sí. Mañana salimos temprano.

—Claro.

Su cara dejaba claro que no se creía nada. Yo hice como si no lo viera.

Arai estaba recogiendo el bolso cuando Antonio la detuvo un momento. No oí lo que le dijo, pero vi cómo ella se ablandaba. Muy poco. Lo suficiente para que cualquiera que no la conociera no lo notara. Luego asintió, le tocó el brazo y se apartó.

En el ascensor no hablamos.

Había otras dos personas con nosotros, así que habría sido raro hablar de cualquier cosa importante. Arai miraba los números subir y yo la puerta metálica. Nuestras manos estaban a pocos centímetros, pero no se tocaron, y eso fue casi peor.

Cuando llegamos a la *suite*, la lluvia golpeaba los cristales con más fuerza. Una lluvia constante, de noche cerrada, que dejaba el salón en una penumbra azulada. Arai entró primero, dejó el bolso sobre la mesa y se quitó los zapatos con un suspiro.

—No vuelvo a hacer actividades de empresa en mi vida —dijo.

Cerré la puerta.

—Eso dijiste ayer.

—Ayer era una opinión. Hoy es una política personal.

Me quité la chaqueta y la dejé en el respaldo del sofá.

—Me parece razonable.

—Gracias. Me gusta que por fin alguien valore mi crecimiento.

Intenté sonreír, pero no me salió del todo. Ella lo notó, claro. Últimamente parecía notarlo todo.

—¿Estás bien?

La pregunta era sencilla. Peligrosa, pero sencilla.

—No lo sé.

Arai asintió despacio, sin invadir. Sin intentar arreglar nada.

—Vale.

Se hizo un silencio.

No era incómodo. No exactamente. Era más bien el silencio de dos personas que han llegado al borde de algo y saben que el siguiente paso ya no se puede disimular con bromas.

Arai se frotó los brazos.

—Bueno. Me voy a dormir.

—Sí.

Ninguno de los dos se movió.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches.

La lluvia siguió golpeando los cristales y, en algún lugar de la *suite*, la madera crujió. Arai miró hacia su habitación, luego hacia mí, y en ese silencio ya no quedaba nada que pudiera disimularse con una broma.

Capítulo 24



Bruno

Arai soltó una risa pequeña, nerviosa, casi enfadada consigo misma.

—Esto es absurdo.

—Sí.

—Pues haz algo normal.

—No puedo.

Arai levantó la mirada.

—¿No puedes?

Di un paso hacia ella. Solo uno. Lo suficiente para que el aire cambiara.

—Lo siento —dije—, pero no puedo dejar de hacer lo que llevo deseando desde la primera vez que te vi.

Arai dejó de respirar un segundo.

—Bruno…

—Si me dices que no, paro.

Me miró a los ojos. Había miedo, deseo y una cordura desesperada intentando llegar a tiempo.

No llegó.

—No te estoy diciendo que no.

Entonces la besé.

No fue un beso prudente. No fue lento ni correcto ni nada que pudiera explicarse mañana con una frase tranquila. Fue todo lo que llevaba días cerrando con llave: la bodega, el refugio, su risa, su cuerpo dormido contra el mío, la forma en que me miraba cuando quería fingir que no sentía nada.

Arai respondió como si también se hubiera cansado de contenerse.

Me agarró de la camisa con las dos manos y tiró de mí hasta que no quedó distancia. Su boca se abrió bajo la mía, cálida, urgente, y yo perdí el poco control que me quedaba. La sujeté por la cintura, la acerqué más y ella dejó escapar un gemido pequeño que me terminó de romper.

—Espera —murmuró contra mi boca.

Me detuve al instante.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo… —Tragó saliva—. Necesito estar segura de que esto no es una mala idea.

Apoyé mi frente contra la suya.

—Probablemente lo es.

Arai soltó una risa temblorosa.

—Fatal respuesta.

—Pero no quiero mentirte.

—No empieces ahora a ser honorable.

—Intento no estropearlo.

—Pues bésame otra vez.

La obedecí.

Esta vez fue más lento al principio, pero no duró. Arai me desabrochó el primer botón de la camisa con dedos torpes, luego el segundo, y terminó soltando un suspiro impaciente.

—Qué manía con tantos botones.

—No estaba planificado.

—Pues mal.

Me reí contra su boca y ella aprovechó para deslizarme la camisa por los hombros. Se lo facilité sin apartarme demasiado, porque en aquel momento separarme de ella me parecía una estupidez grave. Después busqué la cremallera de su vestido, despacio, dándole tiempo a apartarse si quería.

No se apartó.

Al contrario. Se giró un poco, dejando al descubierto la nuca.

—Está aquí —susurró.

Le bajé la cremallera con cuidado. Mis dedos rozaron su espalda y noté cómo se le erizaba la piel.

—¿Tienes frío?

—No.

La respuesta salió demasiado rápida.

Sonreí y le besé el hombro. Arai cerró los ojos.

El vestido cayó al suelo y ella se quedó delante de mí en ropa interior, con la respiración agitada y la barbilla un poco alta, como si no pensara darme ni un centímetro de ventaja.

Era preciosa.

No de una forma perfecta, sino real. Viva. Con marcas pequeñas en la piel, el pelo escapándose del recogido y esa mirada que parecía decir «como hagas un comentario idiota, te mato».

—No me mires así —dijo.

—¿Cómo?

—Como si fueras a decir algo intenso.

—Estoy intentando no decir nada.

—Mejor.

La besé en la mandíbula, en el cuello, en ese punto bajo la oreja que la hizo agarrarse a mis brazos.

—Eso sí puedes hacerlo —murmuró.

—Tomaré nota.

—No te pongas administrativo ahora.

Volví a reír, pero se me cortó cuando ella me desabrochó el cinturón. Había una mezcla de torpeza y decisión en sus manos que me dejó sin aire. Yo le acaricié la cintura, la espalda, el borde de las costillas, aprendiendo su cuerpo con una lentitud que no se parecía en nada a la urgencia que tenía dentro.

—Bruno.

—Dime.

—Si vamos a parar, tiene que ser ahora.

La miré.

—¿Quieres parar?

Negó con la cabeza.

—No.

—Yo tampoco.

Arai me rodeó el cuello con los brazos y saltó. La sujeté por los muslos sin pensarlo, pegándola a mí, y ella soltó una risa ahogada contra mi boca.

—Como me caiga, te denuncio.

—No vas a caerte.

—Eso espero. Sería una escena muy poco sexi.

—Arai.

—¿Qué?

—Cállate un momento.

—Qué borde.

La besé antes de que pudiera seguir.

La llevé hasta mi habitación porque era la que estaba más cerca. O quizá porque mi cuerpo decidió por mí y yo solo intenté no tropezar con ningún mueble. Arai iba aferrada a mí, las piernas alrededor de mi cintura, la boca en mi cuello, y cada paso hasta la cama fue una prueba absurda de autocontrol.

La dejé sobre el colchón con cuidado.

Ella me miró desde abajo, despeinada, encendida, con los labios hinchados por mis besos.

—Si ahora dices algo tipo «estás preciosa», me voy.

—Estás insoportable.

Sonrió.

—Mejor.

Me incliné sobre ella y la besé otra vez. Más despacio. Quería tocarla entera, pero también quería no correr. Quería que aquello no fuera solo deseo acumulado, aunque lo fuera. Quería que supiera que la veía. Que no era una reacción, ni una huida, ni una forma torpe de tapar lo de Carla.

Era ella.

Arai.

La mujer que discutía con señales, que llevaba tiritas en la mochila, que protegía a mi padre con una lealtad feroz y que había convertido mi vida en algo mucho menos ordenado y bastante más verdadero.

Le besé el cuello, la clavícula, el hombro. Ella dejó de bromear cuando mis manos bajaron por su cuerpo. Se quedó quieta al principio, como si le costara permitirse aquello, y luego empezó a moverse conmigo, buscando más, pidiendo sin decir.

—¿Bien? —pregunté.

—Sí.

—Necesito que me lo digas.

Abrió los ojos.

—Bien, Bruno. Muy bien.

Seguí bajando, besándola con calma, atento a cada respiración, a cada forma en que su cuerpo respondía. Arai me metió los dedos en el pelo y tiró de mí con una impaciencia que me hizo sonreír contra su piel.

—No te rías.

—No me río.

—Mentiroso.

—Un poco.

—Como pares, te echo de tu propia cama.

No paré.

Abrí un poco más sus piernas con las manos, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba incluso antes de tocarla de verdad. El primer roce de mi boca la hizo tensarse, un instante breve en el que dejó de respirar, antes de soltar el aire despacio, como si no quisiera que se le escapara ningún sonido.

—Bruno…

Mi nombre en su boca sonó distinto. Más bajo, más sincero.

Deslicé la lengua con calma al principio, marcando un ritmo que la obligaba a esperar, a sentir cada movimiento. Sus dedos volvieron a tirar de mi pelo, esta vez con menos control, mientras sus caderas empezaban a moverse contra mí sin que ella pareciera darse cuenta.

—No hagas eso tan despacio —murmuró, con la voz ya rota.

Sonreí contra su piel, sin apartarme.

—¿Así?

Negó con la cabeza, pero su cuerpo ya estaba reaccionando justo como yo quería. Aumenté un poco la presión, sin perder del todo la calma, dejándola al borde, obligándola a sostener esa tensión que iba creciendo cada vez más abajo.

Sus piernas se tensaron a ambos lados de mi cabeza.

Sentí cómo su respiración se rompía del todo.

—Bruno… voy a…

No terminó la frase.

Su cuerpo se arqueó sobre la cama cuando el orgasmo la alcanzó, aferrándose a mí con las manos mientras pronunciaba mi nombre con la voz completamente desarmada.

No me aparté.

La sostuve mientras temblaba, sintiendo cómo pequeñas sacudidas seguían recorriéndola incluso después, como si su cuerpo necesitara unos segundos más para entender que ya había pasado.

La noche se llenó de lluvia, respiraciones y palabras dichas al oído. Arai dejó de intentar controlar la escena cuando entendió que no tenía que hacerlo. Yo dejé de fingir que podía sostener la distancia cuando ella me buscó con las manos y dijo mi nombre de una forma que me borró cualquier pensamiento útil.

Cuando por fin me incorporé para buscar protección en la mesilla, Arai me sujetó de la muñeca.

—Mírame.

Lo hice.

No había broma en su cara ahora. Solo deseo, sí, pero también algo más frágil.

—Esto cambia cosas —dijo.

—Lo sé.

—No quiero ser una pausa de nadie.

Me dolió que tuviera que decirlo, pero me gustó que lo hiciera.

—No lo eres.

—Bruno.

—No lo eres —repetí—. Y si mañana te arrepientes, lo aceptaré. Pero esto no es una distracción para mí.

Arai me sostuvo la mirada unos segundos. Luego tiró de mí.

—Entonces ven.

Fui.

La besé mientras nuestros cuerpos se encontraban sin prisa al principio, con ese cuidado inicial que dura lo mínimo antes de romperse. Mis manos recorrieron su cintura, subieron despacio hasta su pecho y se detuvieron ahí un instante, sintiendo cómo su piel reaccionaba bajo mis dedos antes incluso de apretar.

Sus pezones se endurecieron enseguida.

Los rocé con el pulgar, primero suave, probando, y Arai soltó el aire contra mi boca, clavándome los dedos en los hombros.

—Bruno…

Su voz ya no tenía calma.

Bajé la cabeza y los atrapé con la boca, alternando entre morder y suavizar justo lo suficiente para que su cuerpo se arqueara contra el mío mientras sus caderas empezaban a moverse buscando más.

—No me hagas esperar —murmuró, casi sin aliento.

Sonreí contra su piel.

—No pensaba hacerlo.

Volví a besarla, más profundo esta vez, mientras mi mano descendía entre nuestros cuerpos, encontrándola todavía húmeda, todavía sensible. El simple roce hizo que su respiración se rompiera otra vez.

Cuando entré en ella, lo hice despacio.

Muy despacio.

Sentí cómo su cuerpo me recibía poco a poco, cómo se tensaba un instante antes de adaptarse, antes de ceder del todo.

Arai cerró los ojos y apoyó la frente en la mía.

—Joder…

No me moví al principio.

Me quedé ahí, dentro de ella, dejando que el cuerpo entendiera, que se reconociera otra vez. Sus manos subieron por mi espalda, aferrándose con una mezcla de urgencia y necesidad que me atravesó entero.

—Muévete —susurró.

Y lo hice.

Empecé con un ritmo lento, profundo, sintiendo cada embestida, cada respuesta de su cuerpo. Arai acompañaba el movimiento, primero contenida, luego cada vez más, hasta que sus caderas empezaron a marcar el ritmo conmigo.

El sonido de nuestras respiraciones llenó el espacio.

Mis manos volvieron a su pecho, apretando, jugando con sus pezones ya duros mientras ella soltaba pequeños gemidos que se perdían contra mi cuello.

—Así… —murmuró—. No pares.

El ritmo cambió.

Se volvió más firme, más intenso, más difícil de sostener sin perder el control. Sentía cómo su cuerpo reaccionaba a cada movimiento, cómo se tensaba, cómo se abría más, cómo me buscaba sin disimulo.

Bajé una mano entre nuestros cuerpos.

Encontré su clítoris sin esfuerzo.

Arai reaccionó al instante, arqueándose contra mí, clavándome las uñas en la espalda.

—Bruno… —su voz ya no era un susurro—. No…

Pero no había ninguna intención real de que parara.

Empecé a dibujar círculos con el pulgar, marcando el ritmo mientras seguía moviéndome dentro de ella. La combinación fue inmediata, brutal, imposible de ignorar.

Su respiración se rompió del todo.

—Mírame… —murmuré, rozando su boca.

Abrió los ojos.

Y en cuanto lo hizo, supe que estaba perdida.

Sus caderas se movían contra mí sin control, buscando más presión, más fricción, mientras mi mano seguía insistiendo en el mismo punto.

—Bruno… voy a…

No terminó la frase.

Su cuerpo se tensó entero cuando el orgasmo la atravesó, aferrándose a mí mientras decía mi nombre con la voz completamente desarmada.

Sentí cómo me arrastraba con ella.

Perdí el ritmo un segundo, lo recuperé con un par de embestidas más profundas, más torpes, ya sin control.

—Joder, Arai…

Su nombre salió de mi boca como un golpe seco cuando el placer me alcanzó también, tensándome contra ella mientras me corría con un gruñido bajo, enterrando la cara en su cuello.

Nos quedamos unos segundos pegados, sin movernos, intentando recuperar el aire.

Arai tenía una pierna sobre la mía y la mano apoyada en mi pecho. Yo le acariciaba la espalda sin pensar, siguiendo un ritmo lento, casi hipnótico.

—No digas nada —murmuró.

—No iba a decir nada.

—Tienes cara.

—Otra vez mi cara.

—Tu cara trabaja mucho.

Le besé la frente.

—¿Estás bien?

Tardó un segundo en responder.

—Sí.

—¿Seguro?

Levantó la cabeza.

—Estoy desnuda en tu cama después de haber tenido sexo contigo. Si sigues preguntando con esa seriedad, me va a entrar la risa.

—Perdón.

—No pidas perdón por eso.

Se quedó mirándome, más suave.

—Estoy bien.

Asentí.

Ella apoyó la barbilla en mi pecho.

—Aunque necesito una ducha.

—Yo también.

—Y no en plan película.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Nos levantamos con una torpeza que rompió un poco el momento. Arai buscó su ropa interior por el suelo, la encontró junto a la puerta y se la quedó mirando como si hubiera llegado allí por voluntad propia.

—Esto es culpa tuya.

—¿Mi ropa interior?

—El desorden en general.

—Acepto parte de la responsabilidad.

—Qué generoso.

Fuimos al baño. El agua caliente llenó el espacio de vapor enseguida. Arai entró primero y dejó que le cayera sobre el pelo, los hombros, la espalda. Yo me quedé un segundo mirándola, no con urgencia ahora, sino con una especie de incredulidad tranquila.

Ella abrió un ojo.

—Como hagas un comentario intenso, te empujo fuera.

—No he dicho nada.

—Bien.

Me metí con ella.

Al principio fue solo una ducha. Agua caliente, jabón, cuerpos cansados, una intimidad extraña y sencilla después de todo lo demás. Luego Arai me quitó el gel de las manos, me lo puso en el pecho con una lentitud que no tenía nada de inocente y levantó la mirada.

—Esto tampoco estaba planificado, ¿no?

—No.

—Mal otra vez.

La besé bajo el agua.

Esta vez no hubo prisa. Hubo risas contra la boca, manos resbalando, un segundo encuentro menos desesperado y más lento, como si el cuerpo ya supiera el camino y quisiera recorrerlo sin correr. No hizo falta decir mucho. Apenas algunos murmullos, mi nombre en su voz, el suyo en la mía y la lluvia acompañando desde el otro lado de los cristales.

Cuando salimos, el baño estaba lleno de vapor y Arai tenía las mejillas encendidas.

Cogí una toalla y se la pasé por los hombros. Ella me miró con una ceja levantada.

—¿Ahora vas a secarme?

—Esa era la idea.

—Muy doméstico todo.

—Puedo parar.

—No he dicho eso.

La sequé despacio, para alargar el momento. Ella hizo lo mismo conmigo después, aunque fingió que era una tarea técnica y no una caricia.

—Te estás recreando —dije.

—Estoy siendo eficiente.

—Claro.

—No discutas con una mujer que lleva una toalla como única prenda.

—No se me ocurriría.

Volvimos a la habitación. La cama estaba deshecha, la ropa seguía repartida por el suelo y la lluvia no había parado. Arai se quedó un segundo en medio de la habitación, envuelta en la toalla, como si acabara de recordar dónde estaba.

—Esto mañana va a ser complicado —dijo.

—Sí.

—Fatal.

—Probablemente.

—Me gusta que no intentes venderme optimismo barato.

—No creo que funcionara contigo.

—No.

Le tendí la mano. Arai la miró, luego me miró a mí y al final la tomó, como si aquello también fuera una decisión.

Nos metimos en la cama desnudos, bajo las sábanas todavía revueltas. Ella se colocó de lado, dándome la espalda durante apenas tres segundos, antes de soltar un suspiro y girarse hacia mí.

—No digas nada.

—No he dicho nada en mucho rato.

—Por eso. Vas acumulando.

La rodeé con un brazo y ella no se apartó. Al contrario, se acercó hasta apoyar la frente en mi hombro.

—Buenas noches, señor Montalbán —murmuró.

Sonreí contra su pelo.

—Buenas noches, Bethencourt.

Fuera seguía lloviendo y, dentro, por primera vez en días, no intenté ordenar nada. Solo la abracé.

Capítulo 25



Arai

Despertarme desnuda en la cama de Bruno ya había sido bastante para una mañana.

Bajar a desayunar con él después, fingiendo normalidad delante de media empresa, fue directamente un deporte de riesgo.

Y, por si el universo pensaba que todavía me quedaba dignidad por perder, Lola estaba radiante.

Radiante.

Como si hubiera organizado una boda, un banquete y el viaje de novios. No se separaba de nosotros más de dos metros y llevaba toda la mañana con esa cara de satisfacción que daban ganas de envolverla en una manta y mandarla a otro plano por mensajería urgente.

—No pongas esa sonrisa —le murmuré mientras removía el café.

Bruno levantó la vista.

—¿Qué sonrisa?

—La mía. Que no la ponga. Me pone nerviosa.

Él me observó un segundo.

—Tu cara está haciendo cosas raras desde que nos hemos sentado.

—Normal. Estoy en una mesa de desayuno de empresa después de dormir poco y peor.

—Dormiste bastante bien, por lo que recuerdo.

Lo miré.

Bruno se llevó la taza a la boca para esconder la sonrisa.

—Ni una palabra —murmuré.

—No he dicho nada.

—Tu cara trabaja demasiado.

Mario apareció por detrás con una bandeja.

—¿Puedo sentarme o interrumpo algo delicado?

—Nada delicado —dije enseguida.

—Mentira —murmuró Lola.

Apreté la mandíbula.

Mario dejó la bandeja en la mesa y se sentó a mi lado.

—Antonio ha dicho que a las once hacemos una reunión corta para cerrar lo del hotel y luego cada uno a su vida.

—Eso sí son buenas noticias —respondí.

—Y después quiere hacerse una foto con todo el equipo.

—Eso ya no.

—¿No te gustan las fotos de grupo? —preguntó Bruno.

—No me gustan las fotos de grupo, las dinámicas, el rafting, el senderismo ni las jornadas. Estoy en un momento muy sincero de mi vida.

Mario levantó el vaso de zumo.

—Brindo por esa honestidad.

Lola se inclinó hacia mí con una emoción absolutamente fuera de lugar.

—Podríais haceros una foto solos.

Me atraganté con el café, así que Bruno se giró enseguida.

—¿Estás bien?

—Sí.

Mario me dio una palmada en la espalda.

—Arai, de verdad, tú y el café tenéis una relación muy dramática.

—No es el café.

—Ya, ya. La vida.

Bruno dejó escapar una risa y Lola, encantada, se fue hacia Antonio. No me gustó nada, porque esa mujer, cuando se movía con tanta decisión, nunca era para algo bueno.

La reunión de cierre se hizo en una sala pequeña del hotel, con café, agua, caras de cansancio y el ambiente de último día que tienen estas cosas, cuando todo el mundo ya está haciendo la maleta mentalmente y solo quiere llegar a casa, quitarse la acreditación y fingir que nunca se puso un casco ridículo.

Yo me senté al fondo, cerca de la ventana, para no sentirme demasiado expuesta.

Y, aun así, el simple hecho de tenerlo ahí me volvió incapaz de atender a la mitad de lo que decía Beatriz sobre tiempos, informes y encuestas de satisfacción.

Antonio estaba delante, revisando unos papeles mientras escuchaba a una chica de administración hablar del transporte de vuelta. Lola estaba a su lado, por supuesto, mirándolo como si cada gesto suyo le removiera algo por dentro, y yo ya no sabía si iba a echarse a llorar o a ponerse a reír.

—No me gusta esta cara —le dije en voz baja.

Bruno giró la cabeza.

—¿Qué cara?

—Nada.

—Arai.

—Estoy hablando sola.

—Ya.

—¿Qué significa ese ya?

—Que lo haces mucho.

—Y me va estupendamente.

Bruno no respondió. Solo se quedó mirándome medio segundo más antes de volver a la reunión.

Ese medio segundo me puso nerviosa por motivos que no me apetecía analizar.

Antonio levantó la vista en ese momento.

—Arai, ¿tienes el listado final de habitaciones?

—Sí.

Abrí la carpeta y se la pasé. Él la revisó rápido, pasó una página y frunció un poco el ceño.

—Aquí falta la observación del refugio.

Cerré los ojos un instante. Claro. El refugio, la noche en la montaña, la baba, la cama. Justo lo que me faltaba.

—La añado luego —dije.

—Hazlo, por favor. Quiero dejar constancia del incidente por si el hotel tiene que asumir algo.

Lola se inclinó hacia la mesa como si aquello también fuera asunto suyo.

—Dile que deje ya el dichoso listado, que bastante has tenido con dormir en una litera de penitencia. Y dile a Antonio que no ponga esa cara, que parece que le van a cobrar por respirar. Y a Bruno le puedes decir que deje de mirarte de reojo, que no le está saliendo nada bien.

Apreté el boli y decidí no contestar. O eso intenté.

—Y otra cosa —siguió, encantada consigo misma—. Como no espabiléis los dos, voy a tener que volver a empujar yo, y ya bastante trabajo me ha dado todo esto.

Cerré los ojos un instante.

—Lola… —murmuré entre dientes.

Bruno giró la cabeza.

—¿Qué?

—Nada.

Volvió a mirar al frente.

Antonio seguía revisando papeles y la chica de administración hablaba del transporte de vuelta, de los horarios y de no sé qué coordinación de maletas. Yo intenté concentrarme, de verdad, pero Lola no pensaba ponérmelo fácil.

—Dile también a Antonio que deje de hacerse el fuerte, que está agotado. Y a Bruno le puedes decir que esa cara de señor digno ya no impresiona a nadie. Y, por favor, deja de apretar así el boli, que parece que vas a firmar una declaración de guerra.

Me giré antes de darme cuenta.

—¿Te quieres callar de una vez?

La chica de administración dejó de hablar a mitad de frase. Antonio levantó la cabeza. Bruno también. Y yo sentí cómo se me iba toda la sangre a los pies.

—¿Perdona? —preguntó Beatriz al otro lado de la mesa.

Abrí la boca, pero no me salió nada.

—Arai… —dijo Bruno, muy quieto.

—Nada —solté demasiado rápido—. No iba por…

Quise arreglarlo, pero cuando una mete la pata a fondo, el universo suele ponerle otra delante.

Lola se puso nerviosa por primera vez en toda la mañana.

—No la líes más. Haz una broma. Di cualquier cosa.

La miré mal y cometí el segundo error.

—No me digas ahora que haga una broma, porque no estoy para hacer de tripas corazón y poner buena cara.

Esta vez el silencio fue peor.

Antonio dejó el bolígrafo sobre la mesa despacio.

—¿Qué has dicho?

Se me secó la boca.

—Nada.

—No —dijo él, con una calma que me puso bastante peor—. Has dicho «hacer de tripas corazón y poner buena cara».

No contesté, no porque no quisiera, sino porque no me salía una sola mentira decente.

Bruno seguía mirándome y algo en su cara me dejó claro que ya no estaba solo extrañado. Antonio respiró hondo.

—Esa expresión la decía Lola.

Lola se llevó una mano a la boca.

—Arai…

—Cállate —murmuré.

Y ahí fue donde todo se rompió de verdad.

No fue una gran escena ni pasó nada espectacular. Se rompió por una palabra mal dicha y por la forma en que Antonio y Bruno me miraron cuando de repente empezaron a atar cabos.

Bruno se echó un poco hacia atrás en la silla.

—Arai.

No dijo nada más, pero tampoco le hizo falta. Su forma de decir mi nombre ya llevaba demasiadas preguntas encima, y Beatriz nos miró a los dos con una cara de no estar entendiendo absolutamente nada.

—¿Pasa algo?

—No —dije.

—Sí —dijo Bruno al mismo tiempo.

Lo miré y él no apartó la vista. Antonio respiró hondo y cerró la carpeta despacio.

—Vamos a hacer una pausa de diez minutos —dijo, poniéndose en pie.

Beatriz parpadeó.

—Pero si estamos terminando…

—Diez minutos, Beatriz.

No levantó la voz. Ni falta que hacía.

La gente empezó a levantarse con ese silencio raro de oficina cuando nadie entiende qué pasa, pero todos notan que algo pasa. Mario fue el primero en salir. Luego, Beatriz. Luego el resto.

Bruno no se movió.

Yo tampoco.

Antonio esperó a que la puerta se cerrara antes de mirarme de verdad.

—Arai —dijo con una calma que me puso peor—, dime qué está pasando.

Lola estaba junto a él, pálida, si es que una muerta podía ponerse así. Yo me levanté demasiado deprisa y la silla rozó el suelo con un sonido bastante desagradable.

—No aquí.

Bruno frunció el ceño.

—¿No aquí dónde?

—No aquí como si esto fuera otro punto del orden del día.

Antonio no dijo nada.

Solo me miró.

Y en esa mirada había cansancio, preocupación y algo que me partió un poco por dentro: una especie de miedo viejo.

—A mi despacho improvisado —dijo al final—. Ahora.

Salimos los tres de la sala. Bueno, los cuatro, porque Lola iba a mi lado como si pudiera esconderse y yo ya supiera que no iba a poder protegerla de lo que venía.

Antonio nos llevó a una salita pequeña junto a recepción. Una mesa, cuatro sillas, una cafetera apagada y una ventana que daba al aparcamiento.

Qué bien, qué íntimo y qué ganas de tirarme por la ventana. En cuanto cerró la puerta, Bruno habló primero.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada.

—No.

—Bruno…

—No, Arai.

Lo dijo bajo, que a esas alturas casi era peor.

—Llevas días rara. Hablas sola. Miras sitios vacíos. Sabes cosas que no puedes saber.

Antonio se sentó despacio, como si necesitara que el cuerpo le siguiera el ritmo a la cabeza.

—Arai —dijo—. Si hay algo que tenga que ver con Lola, quiero que me lo digas ahora.

La frase me dejó sin aire. Bruno giró la cabeza hacia su padre, como si acabara de oír algo que no sabía ni cómo colocar.

—¿Con mi madre?

Lola cerró los ojos y yo hice lo mismo.

Durante un segundo estuve tentada de seguir negándolo todo. Decir que estaba cansada, que las jornadas me habían afectado, que había dormido poco, que el refugio me había dejado medio idiota.

Pero no podía seguir tirando de eso. No con Antonio mirándome así, no con Bruno empezando a encajar demasiadas piezas y no con Lola a mi lado temblando de una forma que no debería ser posible. Al final me senté, porque las piernas ya no me daban para heroicidades.

—Vale —dije.

Bruno seguía de pie.

—Vale qué.

Levanté la vista hacia él.

—Vale que no puedo seguir mintiendo.

Antonio no se movió, Bruno tampoco, y Lola me miró con una mezcla imposible de gratitud y miedo. Respiré hondo.

—Necesito que me escuchéis hasta el final antes de decidir que he perdido la cabeza.

Nadie dijo nada.

Me pasé las manos por las piernas, intentando ordenar algo, aunque ya sabía que no había manera elegante de decir lo que tenía que decir.

Miré primero a Antonio y después a Bruno.

Y por fin lo solté.

—Lola está aquí.

Capítulo 26



Arai

En cuanto dije que Lola estaba allí, en la sala se hizo un silencio bastante feo. No el típico de oficina cuando alguien mete la pata, sino uno peor, de esos en los que nadie sabe qué decir.

Bruno fue el primero en hablar.

—No.

Lo dijo en voz baja, sin levantar la voz. Y quizá por eso sonó peor.

Antonio no dijo nada. Seguía sentado, con las manos apoyadas en las piernas y la vista clavada en mí, como si todavía no supiera si lo que acababa de oír era imposible o solo demasiado doloroso.

Lola estaba a mi lado, pero no me miraba a mí. Lo miraba a él, y esa fue la parte que más me dolió.

Porque en su cara ya no había ni una pizca de la emoción de los últimos días. Solo miedo. Miedo de verdad. Miedo a que Antonio no pudiera soportarlo. Miedo a que Bruno se rompiera. Miedo a haber esperado demasiado o a haber elegido mal el momento.

—Arai —dijo Bruno, un poco más firme—. ¿Qué quieres decir con que mi madre está aquí?

Tragué saliva.

—Quiero decir eso.

—No.

—Bruno…

—No.

Esta vez sí levantó un poco la voz. No mucho, pero lo suficiente para que en la sala se notara.

Antonio respiró hondo.

—Déjala hablar.

Bruno giró la cabeza hacia su padre.

—Papá, no puedes estar considerando esto en serio.

—No he dicho que lo esté considerando —respondió Antonio, sin apartar la vista de mí—. He dicho que la dejes hablar.

Lola cerró los ojos un segundo.

Yo me senté porque noté que las piernas ya no estaban para heroicidades. Tenía la boca seca y las manos heladas.

—Sé cómo suena —dije.

—Pues imagínatelo desde aquí —soltó Bruno.

No lo miré. Todavía no.

—No estoy diciendo que me creáis porque sí. Sé que no tiene sentido. Sé que parece una locura. Y, sinceramente, nunca me ha dejado de parecerlo del todo. Lo que pasa es que la primera noche fue especialmente surrealista.

»Se me apareció en casa, pasó allí la noche entera y, cuando me levanté a la mañana siguiente, seguía sentada en el sillón, tan tranquila, empeñada en acompañarme a la oficina como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Antonio se removió apenas en la silla.

—Entiende que no te podemos creer sin más.

Asentí.

—Lo entiendo. ¿Y qué puedo hacer para que me creáis?

Miré a Antonio primero y luego a Bruno.

—Decídmelo vosotros, porque yo ya no sé cómo contar esto para que suene menos imposible.

Antonio respiró hondo y se inclinó un poco hacia delante.

—Dime una cosa que solo Lola pudiera saber.

Ella asintió muy despacio.

—La primera vez fue en mi casa —dije—. Apareció y pensé que me estaba volviendo loca. Luego empezó a hablarme de Bruno, de ti, de la empresa, de cosas pequeñas. Detalles. Manías. Frases. Al principio creí que mi cabeza estaba uniendo piezas raras. Hasta que dejó de ser posible.

Bruno soltó una risa seca, sin humor.

—Arai, eso no prueba nada.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué pruebas tienes?

—Ninguna que te sirva si ya has decidido que estoy mintiendo.

La frase salió peor de lo que quería. Más cansada. Más dolida.

Antonio habló antes de que Bruno pudiera responder.

—Dime una.

Lo miré.

—¿Una qué?

—Una cosa —dijo él—. Una sola. Algo que solo Lola pudiera saber y tú no.

Lola se quedó muy quieta.

Yo también.

Porque de pronto ya no había marcha atrás. Ya no se trataba de si yo seguía pareciendo estable. Se trataba de poner a una mujer muerta en mitad de una habitación y pedirle que no temblara.

Miré a Lola. Ella asintió muy despacio.

Y entonces empecé a hacer de puente, que era lo único que me quedaba ya: repetirles lo que Lola me iba diciendo.

—Dile lo de la sal —susurró Lola.

Fruncí el ceño.

—¿Qué sal?

—La del puré. Díselo.

Miré a Antonio.

—Los jueves, cuando cenabais puré, Lola siempre te echaba más sal a escondidas porque tú fingías que comías soso por el colesterol, pero luego hacías esa cara de resignación que ponías cuando algo no te gustaba y no querías discutir.

Antonio dejó de respirar durante un segundo. No fue una forma de hablar, se le vio. Bruno me miró.

—Eso puede ser una casualidad.

Lola negó con la cabeza, nerviosa.

—La taza azul —dijo enseguida—. Dile lo de la taza azul.

—La taza azul de Cádiz —continué, antes de pensar demasiado—. La que tenía un desconchón en la base y que tú no querías tirar porque decías que el café sabía mejor ahí, aunque Lola te decía siempre que eso era una tontería y que lo que pasaba era que eras un sentimental ridículo.

Antonio bajó la cabeza, apretó un poco las manos sobre las rodillas y Bruno dio un paso atrás.

—Vale —dijo Antonio al cabo de un momento, con la voz rota—. Vale, eso sí es algo que solo Lola puede saber.

Levantó la cabeza despacio y me miró como si no supiera si quería la respuesta o le aterraba escucharla.

—Entonces explícame una cosa. ¿Por qué está aquí? ¿Qué significa esto? ¿Por qué está contigo? ¿Qué quiere de nosotros? ¿Atormentarnos?

Lola negó enseguida, angustiada.

—No —dijo—. No, por Dios. Dile que no.

Miré a Antonio y tragué saliva.

—Dice que no. Que no está aquí para atormentaros.

—Dile lo de la cena —susurró.

Noté que algo se me tensaba en la garganta.

—Lola no se fue de casa enfadada contigo.

Antonio cerró los ojos.

Bruno se quedó inmóvil.

—No —seguí—. Me está diciendo que no se quedó en esa discusión. Que lo había dejado atrás antes de salir. Que iba al supermercado para comprar lo que le faltaba y prepararte tu cena favorita.

Antonio abrió los ojos despacio.

—¿Qué cena? —preguntó, con la voz mucho más baja.

Lola me miró.

—La carne al horno con cebollitas —dijo, casi temblando—. Y el flan comprado, porque no me daba tiempo a hacerlo casero.

Me llevé una mano al pecho sin pensar.

—Carne al horno con cebollitas. Y flan comprado porque no le daba tiempo a preparar uno casero.

Antonio se rompió un poco, despacio, en la forma en que se le vino abajo la cara y se le doblaron un poco los hombros.

—No —dijo, pero ya no sonó como Bruno antes. No sonó a negación. Sonó a dolor—. No. Ella… ella salió enfadada.

Lola negó con fuerza.

—No. Dile que no. Dile que no me quedé ahí.

Y entonces lo dije yo, con la voz ya rota.

—Dile que no me quedé en aquella discusión. Que él tampoco se quede ahí.

Antonio levantó la cabeza tan rápido que me dolió mirarlo.

—Eso lo decía ella.

Asentí, llorando ya sin darme cuenta.

—Lo sé.

Bruno seguía de pie, rígido, con la cara desencajada de alguien que todavía no ha decidido si cree en lo que oye o si va a salir corriendo antes de hacerlo.

Pero Antonio sí.

Antonio ya no dudaba.

—¿Qué más? —preguntó, apenas.

Lola respiró hondo, si es que los muertos respiran.

—Dile que tenía pensado poner velas —susurró—. Y la mantelería buena. Y hablar sin orgullo, de una vez.

Cerré los ojos un segundo antes de repetirlo.

—Tenía pensado poner velas. Y la mantelería buena. Y hablar sin orgullo de una vez.

A Antonio se le escapó una risa rota, pequeña, que terminó en una especie de sollozo seco.

—La mantelería buena —repitió.

Lola sonrió entre lágrimas.

—La del aparador, sí. La que decías que iba a acabar usándose solo en mi funeral.

Yo ya lloraba sin ningún tipo de elegancia.

—La del aparador —dije—. La que tú decías que iba a acabarse usando solo en su funeral.

Antonio se llevó una mano a la cara.

Bruno dio un paso hacia él, instintivo.

—Papá…

Antonio no lo miró. Seguía conmigo. O con Lola a través de mí. Ya daba igual.

—Todos estos años —murmuró—. Todos estos años he pensado que si no hubiéramos discutido…

La voz se le quebró del todo.

Lola dio un paso hacia él, como si pudiera tocarle la cara. No podía. Y creo que esa imposibilidad fue lo más cruel que he visto en mi vida.

—Dile que no fue su culpa —me dijo—. Díselo otra vez. Hasta que le entre.

Me limpié la cara con la palma de la mano.

—No fue tu culpa, Antonio. No fue tu culpa que ella tuviera el accidente. No fue tu culpa aquella discusión. No fue tu culpa que saliera de casa. Y no fue tu culpa que no volviera.

Antonio empezó a llorar en silencio.

Sin hacer ruido.

Solo lágrimas cayéndole por la cara como si llevaran años esperando permiso.

Bruno me miró entonces, y por primera vez desde que entramos en aquella sala, ya no vi enfado primero. Vi miedo. Un miedo infantil, brutal, el de alguien que quiere creer y al mismo tiempo sabe que si cree ya no va a poder volver atrás.

—¿De verdad eres tú? —preguntó, pero no me lo preguntó a mí.

Lola giró la cabeza hacia él.

Tardó un segundo en hablar.

—Ahora tú, hijo —susurró.

Asentí, intentando recomponer la voz.

—Ahora tú, hijo.

Bruno se quedó muy quieto.

—No sé cómo hacer esto —dije.

—Como salga —respondió Lola—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Respiré hondo.

—Dice que Carla es buena.

Bruno cerró los ojos un segundo.

—Claro que empieza por ahí —murmuró.

A pesar de todo, casi se me escapó una risa. Muy pequeña. Muy triste.

—Dice que Carla es buena, pero que no es para ti. Que ella estaba tranquila cuando vivías en Hamburgo porque pensaba que eras feliz. Que al verte aquí entendió que no lo estabas. Que estabas cómodo, sí. Tranquilo, quizá. Pero no vivo del todo.

Bruno no se movió, ni siquiera parpadeó, mientras Lola seguía hablándome muy deprisa, como si se le fuera el tiempo.

—Dice que te pide perdón por haber movido cosas. Por la habitación. Por las señales. Por todo. Que sabe que se ha pasado, pero que una madre hace lo que puede para ver feliz a su hijo y que al verte conmigo entendió algo que antes no había querido mirar.

Ahí sí miré a Bruno.

Porque ya no era solo emoción. También había peligro.

Tenía la mandíbula tensa, el pecho subiendo y bajando demasiado rápido y esa mirada suya tan quieta que siempre anunciaba tormenta.

Pero Bruno no habló todavía. Antonio sí, y lo hizo muy bajo.

—¿Y por qué sigue aquí?

Lola se volvió hacia él con una ternura insoportable.

—Porque tú no me sueltas y porque yo tampoco he sabido irme —susurró.

La frase me partió por la mitad antes de repetirla.

—Porque tú no la sueltas y porque ella tampoco ha sabido irse.

Antonio cerró los ojos otra vez.

Yo ya no veía bien. Tenía la cara empapada y la garganta ardiendo. Lola seguía mirándolo con ese amor tan grande e inútil que dan ganas de pelearse con el cielo por puro orgullo.

—Dice que tienes que vivir por los dos —continué—. Que tienes que dejar de castigarte. Que cumplas algún sueño pendiente. Que viajes. Que vuelvas a reírte sin pedir perdón por ello. Que no conviertas el resto de tu vida en una habitación cerrada.

Antonio soltó el aire temblando.

—No sé cómo se hace eso.

Lola sonrió, rota.

—Dile que improvisando. Como todo.

Me salió una risa entre lágrimas.

—Improvisando —repetí—. Como todo.

Antonio se secó la cara con las dos manos. Después me miró con una vulnerabilidad tan desnuda que tuve que agarrarme al borde de la silla.

—¿Está enfadada conmigo?

Lola negó con fuerza.

—No. Dile que no. Dile que lo amé hasta el último minuto.

Ya no me quedaba voz, pero lo dije igual.

—No. No está enfadada. Dice que te quiso hasta el último minuto.

La sala se quedó en silencio otra vez, y esta vez pesaba de verdad. Había lágrimas, cosas atragantadas y demasiado tiempo aguantando lo que por fin estaba saliendo.

Y entonces Bruno habló. No alzó la voz, al menos no todavía, pero el tono fue suficiente para que hasta Lola se girara hacia él.

—Has movido piezas —repitió.

Lola cerró los ojos, yo también, porque el llanto no había terminado. Solo iba por otro sitio.

Capítulo 27



Bruno

La sala se quedó en silencio después de la última frase de Arai.

Mi padre seguía sentado, con la cara descompuesta y la vista clavada en un punto que no era la mesa ni la pared ni ninguno de nosotros. Yo no sabía dónde mirar.

Tenía el pecho apretado, la cabeza hecha un lío y la sensación de no saber qué hacer con nada. Mi madre estaba allí, o eso decía Arai, y lo peor era que una parte de mí ya no sabía cómo negar que podía ser verdad.

No saber qué hacer con algo tan grande cuando llegaba mezclado con otras cosas. Con la habitación cancelada. Con el sendero. Con el refugio. Con la noche con Arai. Con todas esas piezas encajando de repente de una forma que me dio ganas de salir de la sala y no volver a entrar en meses.

Arai no decía nada. Tenía la cara mojada, el gesto agotado y esa forma de quedarse quieta que siempre parecía una defensa.

Mi padre se secó la cara con una mano.

—Necesito… —empezó, pero no terminó.

Se puso en pie y fue hasta la ventana. No creo que estuviera mirando el aparcamiento. Creo que solo necesitaba ponerse de espaldas a nosotros para no deshacerse delante.

Yo seguía sin moverme.

Arai respiró hondo.

—Bruno.

Levanté la cabeza.

—No.

Lo dije antes de que pudiera seguir.

Ella se quedó quieta.

—Déjame explicarte…

—¿Explicarme qué?

Mi voz salió peor de lo que esperaba. Más alta. Más dura. Más rota.

Antonio giró un poco la cabeza.

—Bruno.

—No, papá. Ahora no.

Arai tragó saliva.

—No he querido hacerte daño.

Solté una risa seca.

—Pues lo has clavado.

—No iba por ahí.

—¿Ah, no? ¿Entonces por dónde iba, Arai? Porque yo ahora mismo tengo a mi madre metida en la cabeza, cosas que no sé cómo encajar y la sensación bastante desagradable de que llevas días sabiendo más de mi vida de lo que deberías.

—Yo no elegí esto.

—Pero sí has decidido callártelo.

Ella apretó la mandíbula.

—Porque estaba aterrada, Bruno.

—¿De qué? ¿De parecer loca? Pues fíjate qué novedad.

Antonio se giró del todo.

—Basta.

No lo dijo alto. Pero bastó.

Yo respiré hondo por la nariz, intentando bajar un poco el cabreo antes de que se me fuera de las manos.

Arai seguía mirándome, no todavía a la defensiva, sino con una tristeza cansada, como si ya supiera por dónde iba a salir yo.

—No te he utilizado —dijo despacio.

Eso terminó de hacerme daño, porque no era lo que yo quería oír. Me sonó a defensa y, de pronto, empecé a atar cabos de la peor manera posible: lo del hotel rural, las señales y a mi madre hablando a través de Arai para decirme que Carla no era para mí.

—¿No? —dije.

Arai palideció un poco.

Antonio dio un paso hacia nosotros.

—Bruno, no sigas por ahí.

Pero ya estaba allí.

Y cuando una frase se te pone delante con esa claridad horrible, a veces no la frenas. La sueltas aunque sepas que va a romper algo.

—¿Utilizaste a mi madre para acercarte a mí?

La cara de Arai cambió de golpe. No hizo ningún gesto raro, pero se quedó completamente quieta, como si por dentro se hubiera vaciado de repente.

—¿Qué? —preguntó, casi sin voz.

Yo ya no sabía si estaba hablando desde la rabia, desde el miedo o desde la vergüenza. Quizá desde las tres cosas a la vez.

—Llevas días sabiendo cosas que no tenías por qué saber. Llevas días metida en medio. Y ahora resulta que mi madre ha estado aquí, hablando contigo, diciéndote qué hacer, qué decir, a quién querer, a quién no. ¿Y me dices que no has usado nada de eso?

—Bruno —dijo Antonio, mucho más duro.

Pero Arai no miraba a Antonio. Me miraba a mí, y ahí entendí que ya era tarde.

—No me puedo creer que me estés diciendo eso.

Lo dijo muy bajo.

Y aun así me atravesó de una forma bastante más limpia que cualquier grito.

—Yo tampoco me puedo creer nada de esto —solté.

—Eso no te da derecho.

Por fin hubo algo de filo en su voz.

—No te da derecho a decirme algo así.

—¿Y qué quieres que piense?

—No lo sé. Empieza por no pensar lo peor de mí cinco minutos después de contarme eso.

—¿Cinco minutos después? —Me salió una risa sin humor—. Arai, llevo días tragándome rarezas. Días. Y ahora me entero de que todo esto también pasa por ti.

—No pasa por mí. Me ha pasado a mí, que es distinto.

—Qué cómodo.

Antonio se plantó entre los dos.

—Se ha terminado.

Arai apartó la vista de mí y la clavó en él. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no estaba llorando. Al menos no todavía.

—No, Antonio. Tiene razón en una cosa.

Mi padre frunció el ceño.

—No.

—Sí.

Ella respiró hondo. Temblaba un poco, pero no se escondió.

—Tiene razón en que yo tenía que haberlo dicho antes. No así. No de esta manera. No arrastrándolo durante días como si pudiera controlar cuándo iba a estallar. Pero no he usado a nadie. Y mucho menos a Lola.

Se me hizo un nudo desagradable en el estómago al oír el nombre de mi madre en su boca, como si de pronto ya no supiera ni qué me dolía exactamente.

—Lo que he hecho —siguió— ha sido intentar que esto no os hiciera más daño del necesario. Aunque, visto lo visto, me ha salido de maravilla.

La última frase llevaba un cansancio tan seco que me dejó peor que si me hubiera gritado.

Antonio la miró como si quisiera agarrarla del hombro, sentarla y no dejarla salir de aquella sala hasta que todo estuviera en orden otra vez.

Pero ya no había orden posible.

Arai se agachó, cogió el bolso de la silla y se lo colgó al hombro con una calma que me puso enfermo.

—¿Qué haces? —preguntó Antonio.

—Irme.

—No.

La palabra me salió sin temblar.

—Arai… —empezó mi padre.

Ella negó con la cabeza.

—Ahora no puedo quedarme aquí.

Me miró una última vez. No había rabia en su cara, sino decepción, y eso fue mucho peor.

—No te preocupes —dijo—. No volverás a tener que preguntarte si estoy usando a tu madre para nada.

La frase me dio en mitad del pecho y di medio paso, casi sin pensar.

—Arai…

Pero ya era tarde. Ella abrió la puerta y salió, y Antonio fue detrás de ella al instante.

Yo me quedé donde estaba, inmóvil, con la respiración mal colocada y una sensación muy concreta de haber cruzado una línea que no tenía arreglo.

No sé cuánto pasó hasta que volví a oír algo. Igual fueron unos segundos, igual un minuto, pero cuando levanté la vista la sala estaba vacía salvo por mí. Y entonces pasó una cosa que no tenía ningún sentido, aunque a esas alturas ya me pareció casi hasta lógica.

El libro de actas que Antonio había dejado sobre la mesa cayó al suelo solo. No resbaló ni se movió: cayó. Me quedé mirándolo con el corazón disparado, y entonces otro libro, el que estaba junto a la cafetera, se abrió de golpe por la mitad. El aire de la sala estaba quieto. No había corriente. No había nadie.

Y, aun así, las páginas pasaron solas hasta detenerse en una frase subrayada en bolígrafo azul:

«A veces llegamos tarde a la verdad y, aun así, seguimos a tiempo de pedir perdón.»

Se me heló la sangre y miré alrededor.

—No.

Lo dije bajo. Ridículo, probablemente.

—No hagas esto ahora.

No hubo nada. Solo silencio. Y, aun así, yo tenía clarísimo que allí seguía habiendo algo, y eso me puso peor. Mi madre, el recuerdo de ella, la culpa o las tres cosas juntas, ya no lo sabía.

Me pasé una mano por la cara y cerré los ojos. Lo que había dicho no tenía arreglo, pero por primera vez desde que Arai había empezado a contar verdades imposibles entendí algo todavía peor: mi madre no se había ido.

Y lo más jodido era pensar que, después de lo que yo acababa de hacer, quizá seguía allí porque aún quedaba algo por arreglar. O porque el desastre nuevo lo acababa de provocar yo.

Capítulo 28



Arai

No recuerdo muy bien cómo salí del hotel.

Recuerdo el bolso colgado al hombro. Recuerdo a Antonio llamándome por mi nombre desde algún punto detrás de mí. Recuerdo el aire frío en la cara, el aparcamiento mojado y la sensación bastante clara de que, si me paraba un segundo, no iba a poder volver a moverme.

Así que no me paré.

Crucé la entrada, bajé los escalones y fui directa a recepción. Tenía el corazón disparado, la garganta cerrada y una frase de Bruno dándome vueltas en la cabeza con la precisión de una navaja.

«¿Utilizaste a mi madre para acercarte a mí?»

Ni siquiera era solo la frase. Era la cara con la que me lo había dicho, la forma en que había decidido pensar lo peor de mí. No que yo me hubiera equivocado, que hubiera llegado tarde o que todo aquello se nos hubiera ido de las manos, sino lo peor. Como si, en el fondo, yo fuera capaz de algo así.

La chica de recepción levantó la cabeza cuando me acerqué.

—¿Todo bien?

—Necesito un taxi.

Desde luego, no estaba todo bien. Ni de lejos. Pero la recepcionista no tenía la culpa de nada y yo no estaba para otra conversación más en un sitio que todavía olía a café y a reunión de empresa.

—Claro —dijo, cogiendo el teléfono—. ¿Vas a la estación?

Parpadeé.

—Sí.

Ni siquiera lo había pensado, pero sí. La estación era una salida, y yo en ese momento habría aceptado cualquier cosa que me sacara de allí.

Mientras ella hablaba por teléfono, me senté en uno de los sofás del vestíbulo y miré mis manos. Me temblaban. No de una forma exagerada. Lo bastante como para que me diera rabia.

Lola apareció a mi lado con la cara desencajada. Bueno, todo lo desencajada que podía tenerla una fantasma.

—Arai…

Levanté la vista.

—No.

—Lo siento.

—No.

—No quería…

—No, Lola.

Lo dije bajo. Cansada. Sin fuerzas para gritarle ni para tenerle la compasión que, en otro momento, quizá habría tenido.

—No puedo ahora mismo.

Ella se quedó quieta.

—No he querido que acabara así.

Me reí sin ganas.

—Pues ha quedado precioso.

Se le llenaron los ojos de una tristeza tan grande que, por un segundo, casi me dolió más por ella que por mí.

Casi.

—El taxi llega en diez minutos —dijo la recepcionista.

Asentí.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Antonio apareció en el vestíbulo. Quizá un minuto. Quizá menos. Yo seguía sentada, con Lola a un lado y mi orgullo hecho trizas en el sofá.

Antonio se detuvo delante de mí.

Tenía la cara cansada, los ojos rojos y esa manera suya de sostenerse en pie cuando por dentro ya iba tarde a todas partes.

—No te vayas así.

Levanté la cabeza.

—No puedo quedarme.

—Arai…

Negué despacio.

—Ahora mismo no. No allí. No con él. No después de eso.

Antonio cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, ya no parecía mi jefe. Solo un hombre muy triste intentando sujetar demasiado a la vez.

—Bruno no sabe lo que ha dicho.

Solté aire por la nariz.

—No. Bruno sabía exactamente lo que estaba diciendo. Otra cosa es que no mida bien el daño cuando se siente acorralado.

Antonio no me llevó la contraria. Y ese detalle, por pequeño que fuera, me dolió todavía más.

—Dame un día —dijo—. Solo un día. Volvemos a Barcelona, descansamos y hablamos.

—Antonio, te juro que si me quedo un día más aquí, me rompo.

La frase salió tan limpia que ni siquiera yo intenté maquillarla.

Antonio bajó la vista.

—Vale.

Solo dijo «vale», como si entendiera que, llegados a cierto punto, lo único decente que le quedaba era dejarme ir.

El taxi apareció delante del hotel y la recepcionista me hizo un gesto. Me puse en pie. Antonio hizo lo mismo.

—Llámame cuando llegues —dijo.

—Lo haré.

—Aunque no quieras hablar conmigo, llámame.

Lo miré y asentí, porque a él todavía sí.

Lola se había quedado un poco más atrás, cerca de la puerta del salón. No se acercó ni dijo nada. Solo me miró como si quisiera abrazarme y supiera que no tenía derecho. Quizá no lo tenía. Quizá ninguna de las dos.

Me metí en el taxi y cerré la puerta. Cuando el coche arrancó, vi a Antonio quedarse quieto bajo el porche del hotel, con las manos en los bolsillos y la espalda doblada por algo que no era solo la edad.

No miré atrás una segunda vez.

En la estación compré el primer billete que salía hacia Barcelona y me senté en un banco a esperar con la sensación bastante absurda de estar huyendo de un incendio sin saber si el fuego estaba detrás o dentro.

El tren iba medio vacío. Mejor.

Me senté junto a la ventana y apoyé la frente en el cristal. Fuera, la montaña fue dando paso a carreteras, pueblos y estaciones pequeñas, todo demasiado normal para lo rota que yo iba por dentro.

A mitad de trayecto saqué el móvil.

Tenía varios mensajes.

Uno de Beatriz.
Uno de Mario, increíblemente respetuoso para ser él.
Dos de Antonio.
Ninguno de Bruno.

Eso también dolió.

No porque quisiera que me escribiera, o no solo por eso, sino porque ya no sabía qué me dolía más: que no lo hiciera o que, si lo hacía, yo fuera a leerlo.

Abrí el chat de Yaiza.

No pensé mucho.

Arai: *¿Estás en casa?*

La respuesta llegó al segundo.

Yaiza: Sí. ¿Qué ha pasado?

Tardé un poco en escribir.

Arai: *Estoy regresando en tren.*

La siguiente respuesta tardó menos.

Yaiza: *Te espero abajo.*

Eso fue todo. No preguntó qué había pasado, ni qué había hecho él, ni siquiera si yo estaba bien. Solo dijo: «Te espero abajo». Y, de pronto, aquello fue lo más parecido a casa que había tenido en todo el día.

Cuando llegué a Barcelona, ya era de noche. Cogí un taxi desde Sants hasta el Eixample y durante todo el trayecto miré la ciudad como si llevara meses fuera en vez de unos días. Las farolas, las motos, la gente caminando deprisa, los semáforos, el ruido. Todo me pareció excesivamente normal.

Yaiza estaba en el portal de mi edificio, con una sudadera vieja, un moño mal hecho y cara de haber decidido ya que iba a matar a alguien cuando supiera a quién. En cuanto me vio, no dijo nada. Abrió los brazos, y ahí sí me vine abajo.

No lloré bonito ni nada de eso. Me vine abajo contra ella sin más, y Yaiza me sostuvo con esa firmeza de quien te conoce demasiado bien como para soltarte justo ahí.

—Vale —murmuró contra mi pelo—. Vale. Ya está.

—No —dije, llorando sin ningún tipo de glamur—. No está ya.

—Ya lo sé. Pero ahora estás aquí.

Con la maleta a rastras, subimos a mi piso. O al suyo. O al de las dos. En ese momento las fronteras eran bastante teóricas. Yaiza me la quitó de la mano, la dejó en la entrada y luego me sentó en el sofá antes de irse directa a la cocina.

—Te hago una tila, un café o una maleta —dijo desde allí.

Me sequé la cara con las manos.

—No sé.

Volvió con un vaso de agua.

—Empieza por esto.

Me lo bebí entero.

Yaiza se sentó enfrente y me observó dos segundos. Luego negó con la cabeza.

—No. Así no.

—¿Así cómo?

—Así, en versión superviviente. Vamos a hacerlo bien.

Fruncí el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

Se apoyó en las rodillas.

—Que nos vamos a casa.

Parpadeé.

—¿Qué?

—A Canarias.

La miré como si acabara de anunciarme que iba a secuestrarme con fines terapéuticos.

—Yaiza…

—No. Escúchame tú. Llevas demasiados días sosteniendo cosas que no te tocaban, demasiado cerca de gente demasiado complicada y con una muerta metiendo baza.

»Te vas a ir a casa, vas a ver a tus padres, vas a comer comida de verdad y vas a recordar quién eras antes de los Montalbán.

Me quedé callada, porque lo peor era que tenía razón. Canarias era mi casa, el mar, mis padres, la voz de mi hermana si llamaba, el olor de la cocina, las ventanas abiertas y esa sensación de volver a ser solo hija durante un rato, antes que mujer, empleada, médium improvisada o desastre emocional con piernas.

—No puedo irme así —murmuré.

—Claro que puedes.

—Está la empresa.

—Antonio sobrevivirá.

—Bruno…

Yaiza alzó una mano.

—No. Bruno ahora mismo no entra en la decisión. Bruno entra después, si acaso. Cuando tú hayas dormido, comido y dejado de tener esa cara de persona a la que le han arrancado algo sin anestesia.

No discutí, que ya era una señal bastante clara, y Yaiza se puso en pie.

—Voy a mirar vuelos.

—Tú das mucho miedo cuando te activas.

—Es mi encanto.

Sacó el portátil y en diez minutos ya tenía media pantalla llena de horarios. Yo la miraba desde el sofá con la sensación de que estaba viendo a alguien salvarme la vida con pestañas abiertas y una tarjeta de embarque.

—Mañana por la tarde —dijo—. Hay plazas. Directo.

—¿Mañana?

—Sí, mañana. No te vas a quedar aquí dándole vueltas toda la noche tres días seguidos como si el sufrimiento fuera una afición.

Me tapé la cara un segundo.

—No sé si estoy huyendo.

—Claro que estás huyendo. Y haces bien. A veces primero te apartas del incendio y luego ya decides si vuelves con un cubo o con una orden de demolición.

A pesar de todo, solté una risa pequeña.

Yaiza me miró.

—Esa. Esa me gusta más. La otra cara, no.

Cogí el móvil y abrí el chat de Antonio. Tardé varios segundos en escribir.

Arai: *He llegado a Barcelona. Necesito unos días de vacaciones.*

Lo envié.

Él respondió casi al instante.

Antonio: *Tómate los que necesites. Hablamos cuando quieras.*

No preguntó dónde iba, y con eso me dejó claras dos cosas: que intuía bastante más de lo que decía y que sabía perfectamente que Bruno la había cagado.

Dejé el móvil bocabajo sobre la mesa y miré a Yaiza.

—Le he pedido unos días de vacaciones.

—Bien.

—No le he dicho a dónde voy.

—Mejor.

—¿Eso no es un poco cobarde?

Yaiza me sostuvo la mirada.

—No. Cobarde es quedarse donde te acaban de romper por si el otro se siente mejor viéndote aguantar.

No dije nada, porque tenía razón. Porque últimamente casi todo el mundo parecía tenerla menos yo, o quizá el problema no era ese, sino que llevaba demasiado tiempo intentando ser razonable cuando lo único que necesitaba era distancia.

Yaiza cerró el portátil.

—Hecho. Mañana nos vamos.

—¿Nos vamos?

—Claro. No te pienso mandar sola a un avión con esa cara. Además, hace siglos que no veo a tu madre y quiero que vuelva a cocinarme como si me estuviera cebando para invierno.

La miré y me reí un poco. Muy poco, pero de verdad.

—Te quiero.

—Ya lo sé. Ahora dúchate, ponte un pijama decente y haz una lista mental de a quién quieres ver primero cuando llegues.

Me quedé sentada unos segundos más.

La casa estaba en silencio, y por una vez eso no me hizo daño. Pensé en Canarias y lo sentí como justo lo que necesitaba: aire. Y aquella noche, con eso, me bastaba.

Capítulo 29



Bruno

No volví a la empresa. Al menos, no ese día.

No tuve cuerpo para meterme en un despacho, fingir normalidad y revisar correos como si no acabara de acusar a Arai de la peor mierda que se me podía haber ocurrido.

Volví a casa.

A casa de mi padre, en realidad, aunque seguía costándome llamarla así desde que había regresado a Barcelona. Nicolás insistió en llevarme él. No me dejó conducir y, sinceramente, no peleé mucho. Mario dijo que ya se encargaba de traer mi coche, y yo no estaba para discutirle nada a nadie. Durante el trayecto apenas hablamos. Yo miraba por la ventanilla y él hacía eso que hacen los amigos cuando saben que cualquier frase más o menos sensata llega demasiado pronto.

En cuanto entré en mi habitación, me quité la chaqueta, la dejé sobre la silla y me senté en la cama sin deshacerla.

El silencio de la casa me cayó encima de golpe.

No era el silencio tranquilo de otras veces. Era uno raro, incómodo, como si hasta la casa supiera que yo la había cagado.

Me pasé las manos por la cara y cerré los ojos.

La escena volvía sola.

Arai sentada frente a nosotros, agotada, sosteniendo a mi madre con su propia voz. Mi padre llorando por primera vez en años sin esconderse. Y yo, como un imbécil, rematándolo todo con la frase más cruel que podía haber elegido.

«¿Utilizaste a mi madre para acercarte a mí?»

Solo recordarlo me revolvió el estómago.

Me puse en pie porque sentarme no ayudaba y empecé a caminar por la habitación sin ningún rumbo útil. Me quité el reloj. Lo dejé sobre la cómoda. Fui al baño. Volví. Abrí el armario sin saber para qué.

Y entonces cayó el primer libro. No resbaló ni estaba mal puesto: cayó, con un golpe seco contra el suelo de madera. Me quedé quieto mirando la estantería y, un par de segundos después, otro se inclinó y terminó abriéndose sobre la alfombra con las páginas hacia arriba. Se me heló la espalda.

—No.

Lo dije en voz baja. Ridículo, probablemente.

—No ahora.

El tercer libro fue el peor porque lo reconocí antes de que tocara el suelo.

Era uno de los de mi madre.

Tapa azul oscura, lomo gastado, una marca de café en la esquina inferior. Se lo había visto mil veces entre las manos. Le gustaba dejar papeles doblados dentro y luego indignarse cuando no recordaba en qué página iba.

El libro cayó abierto. Fui hasta él despacio, como si moverme más rápido pudiera empeorar algo, y vi una frase subrayada en lápiz que no recordaba haber visto antes:

«El amor no sirve de nada si se usa para castigar.»

Me quedé mirándola demasiado tiempo y al final solté el aire por la nariz, pasándome una mano por la boca, sin saber muy bien si lo que estaba intentando tragarme era rabia, culpa o puro miedo.

—Joder, mamá.

Nadie respondió, pero otro libro se abrió en la cama. Me giré y lo vi bocarriba, justo en el centro del colchón. Lo había dejado cerrado en la mesilla antes de ir al hotel, y ahora estaba abierto por la mitad.

Me acerqué y vi otra frase subrayada, esta vez en bolígrafo azul:

«A veces el daño no está en llegar tarde, sino en seguir empujando a quien ya ha llegado roto.»

Me dejé caer en la cama, derrotado, y ahí fue cuando lo entendí. No había sido Arai la que había movido nada. No había sido ella la que había usado información íntima ni la que había jugado con mi padre o conmigo. Arai había cargado con todo aquello sola.

Había aguantado a mi madre apareciendo en su casa, en la oficina, en el hotel, en la montaña y donde le diera la gana. Había protegido a mi padre. Había intentado protegerme a mí. Había intentado proteger incluso a Carla, que ni siquiera estaba allí. Y yo, en cuanto el suelo se movió debajo de mis pies, elegí pensar lo peor de ella.

Me incliné hacia delante y apoyé los codos en las rodillas. La vergüenza llegó como llega siempre, tarde y con ganas de quedarse. Llamaron una vez a la puerta y Nicolás entró sin esperar respuesta. Me miró a mí, luego a los libros en el suelo y después volvió a mirarme.

—Vale —dijo—. O has tenido una crisis espiritual rara o aquí está pasando algo que no me vas a saber explicar bien.

No contesté. Él cerró la puerta con el pie y se quedó dentro.

—La has cagado más de lo que creía, ¿verdad?

Solté una risa seca.

—Bastante más.

Nicolás se apoyó en la cómoda.

—A ver.

Miré el libro abierto sobre la cama.

—No ha sido Arai.

—Ya.

Levanté la cabeza.

—¿Ya?

—Bruno, la chica llevaba días con cara de estar sosteniendo una central nuclear con dos clips. No me parecía precisamente la mente criminal del siglo.

Me pasé una mano por el pelo.

—La he acusado de utilizar a mi madre.

Nicolás cerró los ojos.

—Hostia.

—Sí.

—Eso es… sí. Eso es gordo.

—Ya lo sé.

—No, creo que todavía no lo sabes del todo. Pero vas bien encaminado.

No tenía energía para discutirle el tono.

Él miró otra vez los libros tirados.

—¿Y esto?

—Mi madre sigue aquí.

Lo dije tan serio que Nicolás no se rio.

Ese fue el momento exacto en que su expresión cambió.

—Vale —dijo despacio—. Pues entonces estamos oficialmente en una novela que no estaba en el catálogo.

—Ha tirado libros. Los ha abierto. Me ha dejado claro que la he cagado.

—Bueno, por una vez estoy de acuerdo con tu madre.

Lo miré mal.

—No es el momento.

—No, claro que no. Tienes razón. El momento era antes de preguntarle a Arai si había usado a tu madre para acercarse a ti, pero por lo visto lo hemos perdido.

Me levanté de la cama.

—Necesito encontrarla.

—Bien. Primera frase útil de la tarde.

Cogí el móvil y abrí el chat de Arai. Nada. Ni mensaje, ni llamada, ni una sola línea que no fuera mía. Probé igualmente.

Desactivado.

La sensación en el pecho empeoró.

—No contesta.

—Normal.

—Nicolás.

—¿Qué? ¿Esperabas que te contestara al segundo y te dijera «tranquilo, Bruno, a todos nos pasa acusar a la gente de cosas horribles cuando se nos muere el criterio»?

Levanté una mano.

—Vale.

—No, vale, no. Ahora toca hacer lo único sensato que te queda: encontrarla antes de que se suba a un avión, a un tren o se le asiente el cabreo.

Lo miré.

—¿Tú crees que se habrá ido?

Nicolás me sostuvo la mirada dos segundos.

—Sí.

Y lo peor fue que yo también.

—Yaiza —dije.

—Eso sí. Por fin otro nombre útil.

Llamé a Yaiza. No cogió. Volví a llamar y tampoco. A la tercera me mandó un mensaje.

Yaiza: *Si llamas por Arai, ni lo intentes.*

Cerré los ojos un segundo.

Nicolás se acercó.

—Déjame a mí.

—No te va a decir nada.

—A ti no. A mí ya veremos. Tengo encanto de apoyo técnico.

—No sé qué significa eso.

—Ni falta que hace.

Me quitó el móvil de la mano con una naturalidad ofensiva y escribió sin pedirme permiso. Leí el mensaje por encima de su hombro.

Bruno: *Hola, Yaiza. Soy Nicolás, el amigo del idiota. No voy a defenderlo porque no puedo. Solo necesito saber si Arai está bien y si se ha ido a algún sitio desde el que luego haya que rescatarla otra vez.*

Lo envió. Yo me quedé mirando la pantalla.

—¿En serio?

—En serio.

—Eso te parece una estrategia.

—No. Me parece verdad. Y ahora mismo es lo único que tenemos.

Esperamos. Pasaron treinta segundos, luego un minuto, luego dos, y al final llegó la respuesta.

Yaiza: *Está conmigo. Y si has venido a hacer de mediador simpático, te ahorras el viaje.*

Nicolás sonrió.

—Ves. Ya responde.

Le arrebaté el móvil.

Bruno: *No necesito mediador. Quiero saber si está bien.*

La respuesta tardó poco.

Yaiza: *No está bien. Sorpresa.*

Me apoyé en la mesa.

Nicolás leyó por encima de mi hombro.

—Te la has ganado.

—Gracias.

Escribí otra vez.

Bruno: *Dime dónde está, por favor.*

Esta vez tardó más.

Cuando respondió, fue para no responder:

Yaiza: *No.*

Solté el aire, frustrado.

Nicolás me quitó el móvil otra vez.

—Ahora aparta.

Escribió sin pensárselo:

Bruno: *Vuelvo a ser Nicolás. Vale. Entonces dime solo una cosa: ¿le preparo un discurso de arrepentimiento decente o directamente me lo llevo a Canarias atado al ala del avión?*

Lo miré.

—¿Canarias?

Nicolás alzó una ceja.

—Tú míralo todo, menos lo obvio.

La respuesta llegó enseguida.

Yaiza: *No te he dicho que nos vayamos a Canarias.*

Nos quedamos los dos mirando la pantalla.

Luego Nicolás sonrió despacio, con una satisfacción que en otro momento me habría parecido insoportable.

—Y, sin embargo, ya nos lo ha dicho.

Lo miré.

—Te odio un poco.

—Lo normal.

Le quité el móvil.

Bruno: *Gracias. No voy a aparecer así sin más. Pero necesito arreglar esto.*

Tardó un poco.

Yaiza: *Pues empieza por arreglarte tú. Luego ya veremos.*

No era una dirección ni una invitación, pero tampoco era un no rotundo. Y, a esas alturas, eso ya me parecía bastante más de lo que merecía.

Dejé el móvil sobre la mesa y me senté otra vez en la cama, con la sensación bastante clara de que acababa de abrirse una puerta minúscula y de que, si la cagaba otra vez, no iba a haber madre muerta, amigo pesado ni libro subrayado que me sacara del agujero.

Miré la estantería.

Los libros seguían en el suelo.

Uno de ellos, el de mi madre, se había quedado abierto por una página distinta. No lo había oído moverse. Ni yo ni Nicolás.

Nos acercamos los dos.

La nueva frase subrayada era corta.

«Ve.»

Me quedé mirándola.

Nicolás soltó aire por la nariz.

—Tu madre da un poco de miedo.

—Sí.

—Pero tiene razón.

Asentí, porque esta vez ya no había nada que discutir.

Tocaba ir.

Capítulo 30



Bruno

Nunca pensé que acabaría persiguiendo a una mujer hasta Canarias acompañado por mi padre, mi mejor amigo y, muy probablemente, el fantasma entrometido de mi madre.

Si alguien me lo hubiera dicho un mes antes, le habría recomendado dormir más y beber menos.

Sin embargo, allí estaba yo, en la terminal del aeropuerto, con un café horrible en la mano, Nicolás comiéndose una napolitana como si fuéramos de excursión y mi padre mirando la pantalla de salidas con la concentración de quien cree que, si frunce mucho el ceño, los vuelos se ordenan solos.

—Todavía estamos a tiempo de admitir que esto no es normal —murmuré.

Nicolás dio otro mordisco.

—Eso lo perdimos en el momento en que tu madre empezó a comunicarse con libros.

Mi padre no apartó la vista de la pantalla.

—No habléis de tu madre en voz alta en un aeropuerto.

—No está muerto quien pelea —dijo Nicolás con toda la tranquilidad del mundo.

Lo miré.

—¿Puedes no hacerte el gracioso con esto?

—No me hago el gracioso. Soy el gracioso. Es distinto.

Mi padre soltó aire por la nariz.

—Nicolás.

—Vale, vale. Ya me callo. Pero solo quiero dejar constancia de que, si a mí me llegan a decir hace una semana que iba a cruzarme media España para ayudarte a arreglar lo de Arai, habría pedido detalles y palomitas.

No le respondí porque cualquier cosa que me saliera iba a sonar peor de lo que ya estaba el día.

El móvil vibró.

Yaiza.

Lo saqué tan rápido que Nicolás sonrió como un imbécil.

—Relájate, Romeo rural.

Le enseñé el móvil con ganas de estampárselo en la frente.

No llamó, sino que envió un mensaje.

Yaiza: *No aparezcáis aquí como si esto fuera una película.*

Miré la pantalla.

Antonio se acercó un poco.

—¿Qué dice?

—Que no aparezcamos allí como si esto fuera una película.

Nicolás tragó.

—A su favor diré que, visto desde fuera, tiene bastante razón.

Escribí sin pensar demasiado.

Bruno: *No vamos a montar un numerito. Solo quiero hablar con ella.*

La respuesta tardó menos de lo que yo esperaba y bastante más de lo que me habría gustado.

Yaiza: *Tú quieres hablar. Yo quiero que la dejéis respirar. Ahora mismo gana mi opción.*

Le enseñé la pantalla a Nicolás.

—Te ha calado —dijo.

—No ayudas.

—No estoy aquí para ayudarte. Estoy aquí para evitar que la cagues más y, si es posible, verlo de cerca.

Antonio me quitó el móvil con esa autoridad de padre que uno acepta incluso pasados los treinta.

Leyó el mensaje y luego me lo devolvió.

—Tiene razón.

Me giré hacia él.

—Papá.

—No digo que no vayas a hablar con Arai. Digo que no puedes llegar a la casa de sus padres como si fueras un héroe romántico al que le ha costado mucho coger un avión.

Nicolás levantó la mano.

—Aquí me gustaría puntualizar que a mí sí me ha costado muchísimo coger este avión. El café era malo y casi me hacen tirar la colonia.

—Nicolás —dije.

—Ya me callo, pero estáis subestimando mi sufrimiento logístico.

El embarque fue exactamente tan tenso como parecía. Yo apenas probé el café. Mi padre se sentó junto a la ventanilla, callado, con una pequeña libreta en la mano que no abrió en ningún momento. Nicolás se quedó en el asiento del pasillo y decidió que era buen momento para seguir comentando.

—A ver, plan rápido —dijo, mientras el avión todavía rodaba por pista—. No puedes presentarte llorando ni demasiado serio. Tampoco puedes presentarte con flores, porque eso es de cobarde que no sabe hablar.

»Y no puedes, bajo ningún concepto, decir «he venido a buscarte», porque eso da mezcla de secuestrador y protagonista de serie turca.

Me giré un poco para mirarlo.

—¿Te puedes callar cinco minutos?

—Podría. Pero no te conviene. ¿Sabes lo que te conviene? Llegar a Canarias con una idea clara y no con esa cara de hombre que lleva tres días discutiendo con fantasmas y remordimientos.

Antonio siguió mirando al frente.

—Tiene razón en una cosa.

Nicolás sonrió.

—Gracias, Antonio. Me aferro a ese reconocimiento.

—No improvises con Arai.

Lo dijo sin girarse, y a mí la frase me cayó encima con el peso justo. Porque mi padre no estaba hablando solo como padre. Estaba hablando como alguien que llevaba demasiado tiempo improvisando con el dolor y sabía perfectamente cuánto cuesta arreglar luego lo que sale mal.

—Lo sé —dije.

Antonio asintió muy despacio, mientras Nicolás se recostaba en el asiento.

—Perfecto. Entonces ya solo nos queda sobrevivir al aterrizaje, a Yaiza y, si hay suerte, a la madre de Arai, que seguramente nos examinará por la forma de coger la cuchara.

Miré por la ventanilla del otro lado sin ver nada. Llevaba demasiado rato con el cuerpo en tensión. Desde que salimos de Barcelona, desde que vi la frase en el libro, desde que entendí que mi madre no había conseguido irse y que, en el fondo, quizá seguía allí porque yo todavía no había arreglado nada.

O porque aún no me había ganado el derecho a que ella me dejara tranquilo.

No sé cuánto dormí durante el vuelo. No mucho, pero sí lo suficiente para abrir los ojos de golpe cuando el avión empezó a descender y notar la luz diferente, el azul de abajo, la línea de costa y esa sensación extraña de llegar a un lugar donde nadie te había llamado, pero donde igual estabas más cerca de la verdad que en casa.

Nicolás se estiró.

—Vale, esto sí compensa.

Mi padre, por primera vez en toda la mañana, sonrió un poco.

—Es bonito.

—No sé si bonito es la palabra. Es insultantemente bonito —dijo Nicolás—. Entiendo por qué la gente no quiere irse de aquí.

Yo no dije nada.

Estaba mirando las casas blancas, las carreteras curvas, el mar abierto al fondo y pensando que, si Arai había necesitado volver a todo eso para recordar quién era, yo no tenía ningún derecho a aparecer y estropearle también ese refugio.

Eso no me quitó las ganas de verla, solo me hizo sentir aún más pequeño.

El calor nos golpeó en cuanto salimos del aeropuerto. No era exagerado, pero sí de ese que te cambia la forma de respirar. Mi padre levantó la cabeza, olió el aire y soltó el primer comentario realmente humano del día.

—Esto ya es otra cosa.

Nicolás se puso las gafas de sol.

—Yo aquí me quedaba.

—Tú te quedas en cualquier sitio donde haya desayuno de hotel —dije.

—Porque sé priorizar.

Cogimos un coche de alquiler porque, al parecer, el universo había decidido que lo de la excursión grupal absurda todavía podía dar más de sí. Nicolás insistió en conducir él «por razones estratégicas», que luego se tradujeron en que quería poner música, comentar el paisaje y hacer de guía espiritual sin tener ni idea de a dónde iba.

—A ver —dijo, arrancando—, repasemos. Vamos a casa de la familia de Arai, o a la zona donde estén, pero sin entrar en modo invasión. Tú respiras. Antonio parece una persona seria y respetable, cosa que ayuda. Yo, si hace falta, entretengo a Yaiza.

—No quiero ni imaginar cómo piensas hacer eso —dije.

—Con encanto, rapidez mental y una capacidad muy desarrollada para detectar cuándo una mujer está a punto de echarte con la zapatilla.

Mi padre se abrochó mejor el cinturón.

—No quiero un circo.

—Yo tampoco —dije.

Nicolás me miró por el retrovisor.

—Eso lo dices ahora porque todavía no has visto a Yaiza defendiendo territorio.

No se equivocaba.

La primera vez que vimos a Yaiza fue en una terraza frente al mar, con una mesa pequeña, dos cafés, una botella de agua y una cara de «como me hagáis perder la paciencia, os entierro en la arena». Estaba sola. Eso, de entrada, me dio un golpe en el pecho.

Nicolás aparcó como pudo.

—Voy yo primero —dijo.

—Ni hablar.

—Bruno, con esa cara no convences ni a un cajero automático. Déjame trabajar.

Se bajó antes de que pudiera sujetarlo por el cuello. Mi padre hizo amago de seguirlo, pero lo frené.

—Espera.

—No me hace gracia esto.

—A mí tampoco.

Vimos a Nicolás cruzar la calle con una tranquilidad ofensiva y acercarse a la mesa de Yaiza como si fuera un cliente habitual de aquel sitio. Ella lo miró, no se levantó y ni siquiera le hizo el favor de aparentar sorpresa.

Desde donde estábamos no oíamos todo, pero sí lo bastante para enterarnos. Nicolás sonrió; Yaiza no. Él señaló hacia el coche y ella nos miró primero a mí y luego a mi padre. Por la cara que puso, tuve claro que mi padre le había caído bastante mejor.

—Eso escuece —dijo Nicolás cuando volvió al coche cinco minutos después.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Que no piensa ponértelo fácil.

—Normal.

—También ha dicho que Arai está con sus padres y que, si quieres verla, vas a verla bien.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que no piensa dejarte aparecer con cara de perro abandonado, soltar cuatro frases sentidas y creer que con eso se arregla una hostia emocional de tamaño considerable.

Mi padre asintió.

—Sigue teniendo razón.

Nicolás lo señaló.

—Antonio, tú y yo podríamos tener una amistad preciosa si dejaras de usarme solo para validar a mujeres que me quieren echar.

—Nicolás.

—Vale, vale. Lo importante es esto: Yaiza ha dicho que Arai no está para sorpresas. Si quieres verla, primero hablas con la familia. Sin cara de pena y sin ponerse a improvisar.

Me quedé callado.

Porque aquella opción, que era la más difícil, era también la única decente.

—Vamos —dijo mi padre.

—¿Así, sin más? —preguntó Nicolás.

—Sí. Así, sin más.

—Vale. Lo pregunto porque me gusta saber cuándo empieza oficialmente la parte más incómoda del día.

La casa de los padres de Arai estaba en una zona tranquila, con buganvillas en la entrada, persianas medio bajadas y ese aire de casa vivida de verdad que se nota incluso antes de que alguien te abra. No era grande. O no lo parecía desde fuera. Pero tenía algo que la hacía sentirse de verdad, como una casa de las que llevan toda la vida siendo casa.

Yaiza fue delante.

Nosotros detrás, como una procesión absurda compuesta por un hombre arrepentido, su padre todavía roto y un amigo que estaba disfrutando demasiado del drama para ser una persona del todo normal.

Justo cuando llegábamos a la puerta, se me tensó algo por dentro.

Yaiza llamó una vez.

Abrió una mujer menuda, morena, con el pelo recogido y una mirada que me hizo entender en menos de tres segundos de quién había heredado Arai la capacidad de dejarte quieto sin levantar la voz.

Miró a Yaiza, luego a mi padre, después a mí y, por último, a Nicolás, que le dedicó una sonrisa tan impecable que me dieron ganas de empujarlo contra un seto.

—Buenas tardes —dijo ella.

Yaiza cruzó los brazos.

—Han venido a hablar con Arai.

La mujer me sostuvo la mirada.

—¿Y usted es el que ha venido a complicarle la vida desde Barcelona?

Nicolás se atragantó con su propia respiración, yo me quedé sin nada que decir y mi padre dio un paso al frente.

—Soy Antonio Montalbán. Y sí, hemos venido por Arai. Pero antes queríamos hablar con ustedes, si nos lo permiten.

La madre de Arai lo miró de arriba abajo. Luego asintió una sola vez.

—Encantada, Antonio. Soy Elena, la madre de Arai. Pasen.

Cuando entramos, olía a café, a comida recién hecha y a algo dulce que me recordó de golpe que llevaba demasiadas horas sin ingerir nada decente. El salón era sencillo, luminoso y estaba lleno de esas cosas pequeñas que dicen familia sin necesidad de un cartel: fotos, plantas, cojines colocados sin obsesión, una manta doblada sobre el brazo del sofá y un ventilador girando despacio en la esquina.

Un hombre se levantó del sillón en cuanto nos vio entrar. Más alto que la madre, pelo canoso, cara de persona tranquila hasta que dejan de darle razones para serlo.

—Néstor —dijo Yaiza en voz baja, como aviso.

Nos miró uno a uno.

—¿Qué ha pasado?

Nadie dijo nada.

Y ahí se me colocó una verdad bastante simple: Arai no había vuelto a Canarias solo por distancia o por aire; había vuelto al único sitio donde no iban a dejarla caer sola.

Y por primera vez desde que me bajé del avión dejé de pensar en mi discurso y pensé en algo mucho peor: si de verdad tenía derecho a plantarme delante de ella.

Capítulo 31



Arai

Cuando Yaiza me dijo que Bruno quería hablar conmigo, pensé que sería por teléfono. Pero cuando añadió que estaba en mi salón, con su padre y con Nicolás, casi me da algo.

Aun así, no me moví de la cama. Ni un centímetro.

Estaba tumbada bocarriba, con los brazos cruzados sobre el abdomen, mirando al techo y dejando que el ventilador diera vueltas sobre mi cabeza con ese punto hipnótico que tienen las cosas cuando una no quiere pensar en nada y, al mismo tiempo, no puede pensar en otra cosa.

Yaiza se quedó de pie delante de mí, con los brazos cruzados y esa cara suya de hermana mayor no biológica que anuncia dos cosas: que te quiere y que no piensa dejarte hacer el idiota sin supervisión.

—No he dicho que vayas a perdonarlo —dijo.

—Ya.

—He dicho que quiere hablar.

—No me apetece.

—Arai…

La miré.

—No puedo tener otra conversación en la que alguien me diga que no ha querido hacerme daño mientras me deja el pecho como una obra pública.

Yaiza no sonrió. Eso ya era una señal.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—No exactamente, claro. Por suerte para mí, porque el hombre de mi vida todavía no me ha acusado de usar a su madre difunta para seducirlo.

A pesar de todo, solté aire por la nariz.

Ella se apoyó en la pared.

—No te estoy empujando. Te estoy diciendo que está ahí fuera desde hace media hora, sin hacerse el interesante, sin montar una escena y con una cara de haberse dado cuenta por fin de que la ha cagado a lo grande.

Bajé la vista a las manos. No quería verlo, pero tampoco quería no verlo, y las dos cosas llevaban peleándose dentro de mí desde que me fui de Barcelona.

—¿Y Antonio? —pregunté.

—Con tus padres. Y sorprendentemente bien. Tu madre ya le ha dado dos cafés, lo cual aquí significa aceptación provisional.

Eso me arrancó una sonrisa pequeña. Muy pequeña.

Yaiza la vio, claro.

—Eso. Esa cara me gusta más.

—No te vengas arriba.

—No me vengo arriba. Solo te aviso de una cosa: si sales ahí fuera, yo estaré cerca. No para interrumpir. Para vigilar que no vuelva a ponerse imbécil.

—Qué tranquilizador.

—Es mi encanto.

Me puse en pie despacio.

Sentía las piernas raras, como si bajar a hablar con Bruno fuera otra forma de asomarme a una cornisa. No porque pensara que iba a volver a decirme algo horrible. Sino porque una parte de mí seguía queriéndolo incluso después de eso, y no había orgullo suficiente para que reconocerlo no doliera.

Bruno estaba en el patio interior, junto al limonero, con las manos en los bolsillos, la espalda un poco tensa y la mirada clavada en el suelo de piedra.

No llevaba flores, ni cara de galán arrepentido, ni uno de esos discursos preparados que parecen sacados de un anuncio de colonia, lo cual agradecí bastante.

Cuando me oyó salir, levantó la cabeza, pero no sonrió. Yo tampoco.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, con el aire tibio de la tarde entre los dos y todo lo que había pasado apretando desde sitios distintos.

—Hola —dijo al final.

—Hola.

No parecía el principio de nada prometedor, pero al menos era verdad.

Bruno dio un paso, muy poco.

—No sé hacerlo bonito.

Crucé los brazos, más por sujetarme yo que por otra cosa.

—Pues no lo hagas bonito.

Asintió.

—Fui cruel.

Lo dijo de frente. Sin rodeos. Sin intentar rebajar la frase ni esconderla detrás de una excusa más o menos aceptable.

—Sí —respondí.

—Y no porque pensara de verdad que tú eras capaz de algo así, aunque fue exactamente lo que te lancé a la cara.

No aparté la vista. Quería que lo dijera entero, sin dejarse nada fuera.

—Lo hice porque me dio miedo. Miedo de golpe. Miedo de que mi madre siguiera ahí, de que mi padre estuviera roto delante de mí, de que tú supieras cosas que yo no sabía, de que me importaras en medio de todo eso y de no saber dónde poner nada sin que me explotara encima.

Respiré hondo.

—Y decidiste explotarme a mí.

La frase le dolió. Se le vio.

—Sí.

—Muy bien.

No lo dije con ironía. Lo dije cansada.

Bruno tragó saliva.

—No merecías cargar con mi miedo. Ni con mi duelo. Ni con el desastre que tengo encima con mi padre, con mi madre, con Carla o conmigo mismo. Y, aun así, te lo eché todo. Y encima en el peor momento posible.

No había defensa en su voz, ni un «pero» al que agarrarse. Solo eso.

—Me hiciste sentir sucia —dije.

Levantó la cabeza.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes.

—No exactamente. Pero lo imagino, y me basta para entender que hay cosas que no se arreglan con decir «lo siento».

Me quedé callada porque, aunque seguía enfadada, esa frase sí había estado bien puesta.

Bruno respiró hondo.

—No sé hacerlo perfecto. No sé llegar aquí y decir la frase exacta que te quite esto de encima. Ni siquiera sé si la merezco. Pero sí sé una cosa: no quiero volver a hablarte desde el miedo como si tú tuvieras que pagar la factura de lo que yo no supe sostener.

Noté que se me apretaba algo en el pecho.

—Eso suena bien —murmuré—. El problema es que yo ya no me fío tan fácil.

—Lo entiendo.

—Y no me vale con que lo entiendas. Tiene que costarte.

—Me está costando.

—No lo suficiente todavía.

Lo aceptó. Así, sin más.

No intentó defenderse ni pedirme que acelerara el perdón. No me recordó que había venido hasta Canarias. No se puso intenso. Y precisamente por eso me resultó más difícil mantener la coraza intacta.

Se oyó una silla arrastrarse dentro de la casa. Yaiza, seguramente, recolocándose para seguir siendo una amenaza visible.

Bruno miró hacia la puerta y casi sonrió.

—Tu amiga da bastante miedo.

—Yaiza no es mi amiga. Es una institución pública.

Eso sí me arrancó una sonrisa breve. Bruno la vio y no dijo nada, que en ese momento fue mejor así.

—No sé qué hacemos con esto —admití.

—Yo sí sé lo que quiero hacer —dijo—. Intentarlo bien. Sin fantasmas empujando, sin culpa mal colocada y sin usarte para tapar nada.

—¿Y Carla?

No desvió la mirada.

—Carla y yo hemos terminado de verdad.

Asentí despacio.

No porque me hiciera feliz. No del todo. Sino porque era la única manera limpia de estar allí.

—Y aun así —añadió—, eso no te obliga a nada.

Le sostuve la mirada.

—Menos mal.

Se hizo un silencio, pero esta vez no era pesado. Era de esos momentos frágiles en los que los dos saben que cualquier cosa puede arreglar algo o romperlo del todo.

—Mi madre ha reservado una habitación de hotel —dije de repente.

Bruno parpadeó.

—¿Perdón?

—No para ella. Para nosotros. Bueno, para «que habléis tranquilamente», ha dicho. Lo ha soltado como quien no organiza nada y luego me ha dado una bolsa con un bikini, un vestido y crema hidratante como si llevara semanas esperando este momento.

Bruno se quedó mirándome unos segundos.

Luego se le escapó una risa.

—Eso es gravísimo.

—Mi madre da mucho miedo. Solo que con pendientes bonitos.

—¿Yaiza va a vigilar desde la habitación de al lado?

—Yaiza habría pedido una *suite* conectada por una puerta secreta si hubiera podido.

—Me cae bien.

—No lo digas muy alto. Se crece.

Lo miré y, por primera vez desde que había llegado a Canarias, noté que el cuerpo dejaba de estar en modo huida.

No del todo, solo lo necesario.

—Arai —dijo, bajando un poco la voz—. Si me dices que no, me voy. Y no vuelvo a presionarte. Pero si me dices que sí, aunque sea a medias, aunque sea con condiciones, esta vez lo hago bien.

Lo pensé.

No mucho, porque en realidad llevaba pensándolo desde que lo vi en el patio con esa cara de hombre que por fin se había tragado la verdad entera.

—No te perdono del todo todavía.

—Lo sé.

—Y como la cagues otra vez, te dejo sin posibilidad de redención insular.

—Justo.

—Y no pienso ponértelo fácil.

—Tampoco esperaba eso.

Lo miré un segundo más y al final asentí, muy poco, pero lo suficiente. Bruno soltó el aire como si llevara horas aguantándolo, y quizá era verdad.

—Vale —dijo.

—No te emociones.

—Lo estoy intentando.

—Se te nota un poco.

—Es lo máximo que puedo disimular ahora mismo.

Lo miré un segundo más y, antes de pensármelo demasiado, le tendí la mano. Bruno la cogió al instante.

Cuando entramos en el salón así, cogidos de la mano, nadie dijo nada, pero tampoco hizo falta. Mi madre sonrió como si llevara media vida esperando aquel gesto. Yaiza me miró con esa cara de «luego hablamos» que venía con amenaza incorporada; Antonio soltó el aire despacio y hasta Nicolás tuvo el detalle de no abrir la boca durante unos segundos.

Nos despedimos sin alargarlo demasiado, porque a esas alturas todos entendieron que ya habíamos tenido bastante familia, bastante drama y bastante supervisión por un día. Y, sinceramente, también porque Bruno y yo nos merecíamos estar solos de una vez, sin fantasmas, sin testigos y sin nadie pendiente de si nos daba por discutir, besarnos o las dos cosas a la vez.

Fuimos al hotel casi en silencio. No uno incómodo, sino uno raro, nuevo, de esos que llegan cuando la bronca grande ya ha pasado y todavía no sabes si estás entrando en una tregua, en una recaída o en algo mejor.

El hotel era de esos sitios que mi madre definiría como una barbaridad carísima y luego recomendaría a todo el mundo. Tenía una entrada enorme, olor a jazmín en el vestíbulo, suelos brillantes y una calma de sitio caro que te obligaba a bajar la voz aunque nadie te lo pidiera.

La habitación era todavía peor. O mejor. Dependía de cuánto quisiera una hacerse la digna.

Había un *jacuzzi* junto al ventanal, una terraza amplia con dos tumbonas y una mesa baja, una cama enorme y una ducha de cristal ahumado que dejaba bastante claras sus intenciones. Sobre la mesa habían dejado una bandeja con fresas, chocolate y una botella de cava, como si alguien hubiera decidido que, después de todo lo que llevábamos encima, el universo nos debía un gesto bonito.

—Tu madre planifica como una delincuente elegante —murmuró Bruno.

—Lo sé.

Dejé el bolso sobre una butaca y me quedé quieta en mitad de la habitación, mirándolo todo. No era el refugio, ni la *suite* del hotel rural, ni una cama compartida a la fuerza. No era nada improvisado. Era, por primera vez en mucho tiempo, un sitio donde no parecía que fuera a pasar nada malo.

Bruno se acercó despacio.

—¿Estás bien?

Lo miré.

—No me estropees el momento con tu pregunta favorita.

—Perdón.

—Tampoco pidas perdón por respirar, que entonces no acabamos hoy.

Eso sí me arrancó una sonrisa pequeña. Bruno la vio, pero no dijo nada. Otra vez, mejor.

Se quedó delante de mí, lo bastante cerca para tocarme y lo bastante lejos para que siguiera siendo yo quien decidiera. Y esa tontería, a esas alturas, importaba más de lo que él seguramente imaginaba.

Le puse una mano en el pecho, no para frenarlo, solo para sentirlo ahí.

—No hay prisa —dije.

—No, no la hay.

—No quiero sentir que esto es un premio por haberte perdonado.

—No lo es.

—No quiero que mañana se convierta en algo raro.

—Mañana ya lo gestionaremos.

La respuesta me hizo gracia.

—Qué poco corporativo.

—Estoy evolucionando.

—Se nota a ratos.

Levantó una mano y me apartó un mechón de la cara con una suavidad que me desarmó más que cualquier frase.

No me besó, esperó, y fue ahí donde terminé de decidir.

Me puse de puntillas y lo besé yo, no con la desesperación del hotel rural ni con la urgencia de quien ha acumulado demasiado, sino más despacio, más consciente y con la sensación de que esta vez lo estaba eligiendo de verdad.

Bruno me sostuvo la cara entre las manos como si no quisiera romper nada, pero su cuerpo no tuvo esa misma delicadeza. Lo noté enseguida. Duro contra mí, reaccionando a cada segundo del beso, a cada movimiento de mi boca.

Y eso me hizo sonreír.

—¿Así bien? —murmuró contra mi boca.

—Así, perfecto.

No hizo falta decir mucho más.

Su mano bajó de mi cara a mi cuello, de ahí a mi clavícula, y siguió descendiendo despacio hasta mi pecho. No se detuvo, no dudó. Apretó lo justo para hacerme soltar el aire.

—Bruno…

—Dime.

—Nada… sigue.

Y siguió.

Nos fuimos quitando la ropa sin prisa, pero sin pausa, con esa torpeza inevitable de quien no quiere separarse del todo. Yo le desabroché la camisa con los dedos un poco torpes, más pendiente de su boca que de los botones. Él me bajó el vestido por los hombros, despacio, dejando un beso en cada uno, pero cuando la tela cayó del todo, su mirada cambió.

Ahí ya no había calma. Había hambre.

Sus manos volvieron a mi pecho, jugando con mis pezones hasta endurecerlos del todo, arrancándome un gemido que se le quedó pegado a la boca cuando volvió a besarme.

—Esto mejora bastante cuando no hay riesgo de rescate en mitad —murmuré como pude.

—Muchísimo.

—Y cuando nadie nos ha asignado la habitación por error.

—Eso también ayuda.

—Y cuando no hay lentejas.

Bruno soltó una risa contra mi cuello.

—No voy a superar nunca lo de las lentejas.

—Yo tampoco.

Pero ya no estaba pensando en eso.

Me llevó hasta el *jacuzzi* y nos metimos en el agua caliente, pero la calma duró poco. El calor me relajó el cuerpo, sí, pero cuando me sentó entre sus piernas y sus manos volvieron a mi piel, el efecto fue justo el contrario.

Apoyé la espalda en su pecho y dejé que el peso de mi cuerpo cayera un poco más contra él, notando su respiración en mi nuca mientras su mano se apoyaba en mi muslo con una calma casi desesperante. Empezó a subir despacio, recorriendo la piel mojada centímetro a centímetro, sin prisa, como si disfrutara alargando cada segundo, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo y lo mucho que me iba a costar aguantarlo.

Demasiado despacio.

—Bruno…

—¿Qué?

—No hagas eso tan lento.

Su risa me vibró en la espalda.

—¿No?

Negué con la cabeza, pero mi cuerpo ya iba por libre, abriéndose más entre sus piernas, acomodándome mejor contra él para que llegara justo donde lo necesitaba. Noté cómo me echaba un poco hacia atrás, pegando más la espalda a su pecho, dándole todo el acceso sin pensar demasiado.

Su mano dejó de ir con cuidado y empezó a moverse como sabía que tenía que hacerlo, directa, sin rodeos, y yo reaccioné al momento, moviendo las caderas contra sus dedos, buscándole el ritmo porque no podía quedarme quieta.

La otra mano subió a mi pecho y me apretó el pezón lo suficiente para hacerme soltar el aire.

—Joder… —Se me escapó.

Cuando dio con el punto, se me cortó la respiración de golpe y la cabeza se me quedó en blanco. El agua caliente seguía moviéndose alrededor, pero yo ya no estaba para nada de eso, solo para su mano, su cuerpo detrás del mío y la forma en que no paraba justo donde más lo necesitaba.

La tensión empezó a apretarme abajo, subiendo sin parar, haciéndome agarrarme a su brazo mientras el cuerpo se me iba de las manos. Me movía contra él sin control, abriéndome más, buscándole más presión, más ritmo, incapaz de aguantar ese punto sin romperme.

—Bruno… —murmuré.

No me dejó bajar el ritmo. Al contrario.

Sus dedos se movían con una seguridad que ya no dejaba espacio para dudas, marcando el ritmo sin concesiones, y mi cuerpo respondió al instante, empujando contra su mano, siguiendo cada movimiento con una necesidad cada vez menos disimulada, como si ya no supiera hacer otra cosa que no fuera buscarlo.

—Voy a…

—Mírame.

Me giré como pude. Y ese fue el error o el acierto.

Porque en cuanto lo miré, el orgasmo me atravesó de golpe. Me aferré a su brazo, a su hombro, a lo que encontré, mientras decía su nombre sin ningún tipo de control.

No se apartó.

Me sostuvo ahí, pegada a él, dejando que el temblor terminara de recorrerme mientras pequeñas sacudidas seguían escapándoseme, como si mi cuerpo no quisiera soltarlo todavía.

Y, sinceramente, yo tampoco.

—Esto sí que no lo tenían previsto nuestras madres —murmuró contra mi boca.

Me reí sin aire.

—Desde luego que no.

Salimos del *jacuzzi* todavía pegados, con la piel caliente y las manos que no sabían estarse quietas. Cogí una toalla por puro gesto, pero ni la usé.

—Vamos a la ducha —dijo Bruno, mirándome de esa forma.

Asentí.

Entramos juntos, cerró la mampara y abrió el agua. Mientras se calentaba, ya me tenía contra él, besándome sin paciencia, con las manos en mi espalda como si no hubiera tenido bastante.

Cuando el agua salió caliente, nos pilló así, pegados, con su boca en la mía y su cuerpo ya duro contra el mío.

Y ahí ya no hubo pausa.

Sus manos bajaron hasta mi pubis, abriéndome las piernas sin disimulo, y yo noté cómo reaccionaba antes incluso de tocarme como quería.

—Arai… —murmuró.

—¿Qué?

—Ahora sí.

No pregunté.

Me agarró por la cadera y me levantó un poco. Yo me enganché a su cintura con las piernas, sintiendo su pene duro rozándome justo donde más lo necesitaba.

—Joder… —solté.

—Lo sé.

Se colocó sin prisa, pero sin dudas, y cuando se deslizó dentro de mí lo hizo despacio, dejándome sentir cómo entraba centímetro a centímetro.

Se me cortó la respiración.

—Hostia…

—Dímelo otra vez —murmuró.

No pude. Solo me agarré más fuerte.

Se quedó quieto un segundo, dentro de mí, como si también quisiera saborearlo, y yo apoyé la frente en la suya, intentando no perder el aire.

Pero no aguanté.

—Fóllame.

Y lo hizo.

Empezó despacio, entrando y saliendo con calma, haciendo que lo sintiera todo, y yo fui detrás, primero intentando seguirle… y luego buscándolo yo también.

Mis piernas se cerraron más alrededor de su cintura. Mis manos se agarraron a su espalda, a su pelo, a lo que pillaba, mientras el ritmo subía sin que ninguno quisiera frenarlo.

—Arai…

—No pares.

Bajó una mano entre nosotros y en cuanto me tocó el clítoris supe que ya estaba, que no iba a durar mucho más.

—Bruno… voy a correrme…

—Mírame.

Abrí los ojos y lo hice; me rompí.

El orgasmo me llegó de golpe, fuerte, haciendo que me tensara contra él mientras decía su nombre sin poder evitarlo.

Bruno empujó un par de veces más, ya sin ritmo ni control.

—Joder… Arai…

Se corrió conmigo, apretándose contra mi cuerpo, enterrando la cara en mi cuello, soltando un gruñido que me hizo temblar otra vez.

Nos quedamos así, unidos, sin movernos, respirando como podíamos mientras el agua seguía cayendo por encima.

Y durante unos segundos, no hizo falta nada más.

El segundo encuentro fue menos torpe y más nuestro. Más atento. Más libre. Más de escuchar que de demostrar.

Cuando terminó, nos quedamos un rato en la cama enorme, con las sábanas revueltas, la terraza abierta y la bandeja de fresas olvidada en la mesa.

Luego Bruno estiró el brazo, cogió una, la mojó en chocolate y me la acercó a la boca.

Lo miré.

—¿En serio?

—¿Qué?

—Estamos haciendo una cosa entre ridícula y maravillosa.

—Sí.

Mordí la fresa.

—Odio que funcione.

—A mí me encanta.

Le quité otra de la mano.

—No te vengas arriba.

—No prometo nada.

Me tumbé a su lado y apoyé la cabeza en su pecho. Esta vez no porque me venciera el sueño, ni porque el cuerpo decidiera por mí. Lo hice porque quise.

Eso, después de todo, era lo que realmente había cambiado, no la cama, ni el *jacuzzi*, ni la ducha, ni la terraza, sino el hecho de que esta vez no nos empujaba nadie, que no había ruido alrededor ni decisiones a medias, y que, por primera vez en mucho tiempo, nos estábamos eligiendo nosotros.

Y, por mucho que todavía me doliera lo que había pasado, por mucho que el perdón siguiera a medio hacer y Bruno aún tuviera cosas que demostrarme, allí, tumbada sobre él con el mar de fondo al otro lado del cristal, entendí que ya no quería volver a la versión en la que todo esto daba más miedo que ganas.

—No te duermas —murmuró Bruno, acariciándome la espalda.

—No pensaba.

—Lo digo porque si te duermes ahora, voy a volver a preocuparme por si me babeas.

Levanté la cabeza y lo miré con toda la dignidad que me quedaba.

—Eso fue una vez.

—Una vez demostrable.

Le di un golpecito en el pecho.

—Idiota.

—Un poco.

Volví a tumbarme sobre él.

Y, por primera vez en muchísimo tiempo, no pensé en lo que venía después.

Solo en que, al menos esa noche, por fin habíamos llegado a un sitio donde nadie necesitaba rescatarnos.

Epílogo



Tres años después…

Arai

Sí, habéis leído bien, habían pasado tres años, que dicho así no parecen tanto, pero a nosotros nos habían dado para bastante.

Volver a confiar en Bruno no fue inmediato. Ni rápido. Ni especialmente bonito. Le costó. Me costó. Nos costó. Hubo semanas en las que me bastaba con mirarlo para acordarme del daño y otras en las que me odiaba un poco por seguir queriéndolo a pesar de eso. Pero lo hizo bien. No perfecto, porque Bruno y perfecto siguen siendo dos conceptos que no acaban de caerse bien, pero sí lo bastante bien como para que, poco a poco, dejara de esperar el golpe.

Seguíamos trabajando juntos en la empresa, que probablemente era la forma menos sensata de llevar una relación y, al mismo tiempo, la única que nos iba de verdad. Seguíamos picándonos en reuniones, discutiendo por tonterías, llevándonos la contraria por deporte y dándole material de sobra a media oficina para montar teorías. Lo nuestro había evolucionado, sí, pero por suerte no hasta el punto de volvernos empalagosos o razonables.

Las jornadas de empresa también habían seguido existiendo, porque al parecer hay tradiciones corporativas que sobreviven a todo, incluso al ridículo ajeno. Eso sí, nunca más volvió a plantearse el rafting, ni refugios de montaña, ni ninguna actividad que incluyera riesgo real de muerte, humedad o convivencia forzada en litera. A esa parte de la historia le pusimos una cruz y seguimos adelante.

Y luego estaban Yaiza y Nicolás, que llevaban tres años en un tira y afloja bastante lamentable y evidente que ninguno de los dos terminaba de rematar. Se buscaban, se pinchaban, se retaban, se miraban más de la cuenta y después actuaban como si todo fuera casualidad. No lo era. Nunca lo había sido. Pero supongo que hay gente a la que le gusta convertir lo obvio en una serie de larga duración.

Yo terminé de colocarme un pendiente y me miré un segundo en el espejo.

No habíamos llegado hasta allí de una forma perfecta. Habíamos llegado de la nuestra, que ya era bastante decir. Porque si alguien me hubiera dicho que acabaría casándome en una playa de Canarias, descalza, con un vestido que mi madre había decidido que era «sencillo pero no soso» y Bruno Montalbán esperando al final de una pasarela de madera con cara de estar feliz y un poco aterrado, le habría preguntado primero si estaba bien hidratado.

Y luego, seguramente, me habría reído en su cara.

Pero allí estaba, descalza, con el pelo recogido a medias porque el viento en la playa iba por libre, y con Yaiza a mi lado sujetándome el ramo como si llevara material sensible del Estado.

—Como me pises el vestido, te dejo soltera por principios —me dijo.

—Qué bonito todo lo que haces por mí.

—Yo doy apoyo emocional y amenazas logísticas. Es mi lenguaje del amor.

Mi madre apareció por el otro lado con esa rapidez sospechosa que tienen las madres cuando creen que una hija está a dos segundos de arruinar una entrada.

—No habléis de romper nada a cinco minutos de la boda.

—No vamos a romper nada, mamá —dije.

Yaiza me devolvió el ramo.

—Eso está por ver. Tu novio lleva diez minutos mirando al mar como si estuviera intentando aclararse.

Me asomé un poco, lo bastante para verlo.

Bruno estaba al final del pasillo de madera, con una americana clara, una camisa blanca que le sentaba insultantemente bien y esa cara de hombre serio que, después de tres años juntos, yo ya sabía traducir bastante bien.

Por fuera: control.

Por dentro: estaba sin respirar bien desde hacía veinte minutos.

Sonreí.

Yaiza lo vio.

—Mira qué contenta se pone. Luego dirás que no eres blanda.

—Es que no lo soy.

—Claro. Por eso te vas a casar en la playa donde has pasado media infancia en vez de en un juzgado con aire acondicionado.

—Eso ha sido idea de Bruno.

Yaiza arqueó una ceja.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Dijo que, si lo hacíamos, lo hacíamos bien. Y que ya puestos a sufrir calor, mejor sufrirlo con unas bonitas vistas.

Mi madre se llevó una mano al pecho.

—A mí ese hombre me cae mejor cada año.

—Porque no eres tú la que vive con él.

—Precisamente por eso lo valoro más.

Al fondo, la música empezó a sonar.

No una cosa demasiado cursi, gracias a Dios, porque bastante tenía yo con caminar descalza por la arena y no ponerme aún más nerviosa. El mar estaba precioso, el cielo claro y la brisa acompañaba apenas para que todo pareciera más fácil.

—Bueno —dijo Yaiza, colocándome una flor rebelde detrás de la oreja—. Vamos a casarte antes de que Montalbán se deshidrate del todo.

Empecé a andar y, durante los primeros segundos, no miré a nadie. Ni a la gente, ni al mar, ni a mis padres, ni a Antonio.

Solo a Bruno.

Pensé en Lola justo entonces. Hacía mucho que no daba señales y, por una vez, eso no me dolió. Al contrario. Quise creer que significaba justo lo que tenía que significar: que ya estaba en paz.

Cuando Bruno me vio avanzar hacia él, se le notó. No mucho, pero sí lo suficiente. Se le relajó un poco la cara, bajó los hombros y dejó de parecer tan rígido. No era felicidad de película ni nada así, solo esa calma rara que llega cuando, después de mucho lío, por fin estás donde quieres estar.

Antonio estaba sentado en primera fila. Tenía algunas canas más, sí, y seguía vistiendo mejor que la mayoría de los hombres de su edad, también, pero ya no parecía ir por la vida con el peso de todo encima.

Viajaba más, sonreía más, ya podía hablar de Lola sin quedarse sin aire y, sobre todo, había vuelto a hacer planes.

Lo vi limpiarse discretamente el rabillo del ojo antes de que yo llegara al altar improvisado, y no supe si me emocionó más eso o el hecho de que, justo a su lado, Nicolás le ofreciera un pañuelo con cara de haber nacido para fastidiar momentos solemnes.

Antonio se lo quitó de la mano sin mirarlo. Nicolás sonrió como si hubiera ganado algo, y Yaiza, sentada al otro lado, le lanzó una mirada de «ni se te ocurra abrir la boca». Él le guiñó un ojo, yo casi me tropiezo de la risa y, por supuesto, Bruno lo notó.

—No te rías ahora —murmuró cuando llegué a su lado.

—No es culpa mía. Nuestros invitados dan mucho juego.

—Tu amiga está a punto de asesinar al mío.

—Eso, en su idioma, son preliminares.

La ceremonia fue bonita. Nada empalagosa, gracias a Dios, sino bonita de verdad.

Hubo arena, viento, un micrófono que decidió hacer cosas raras justo cuando el juez preguntó si estábamos allí libremente y Nicolás murmuró algo sobre «libres del todo nunca, con estas familias», lo bastante alto como para que media primera fila se riera y mi madre le lanzara una mirada que, milagrosamente, no lo fulminó allí mismo.

Cuando llegó mi turno de hablar, miré a Bruno y respiré hondo.

—Hace años —empecé—, si me hubieran dicho que iba a acabar aquí contigo, probablemente habría pensado que alguien se había golpeado la cabeza. Tú eras mandón, serio, insoportable y tenías una capacidad especial para ponerme de los nervios antes de las nueve de la mañana.

Nicolás soltó un «era, dice» por lo bajo.

Bruno cerró los ojos un segundo.

Yo seguí.

—Luego la vida hizo lo que le dio la gana, que es una costumbre bastante fea que tiene, y acabamos aprendiendo que quererse no siempre es fácil, pero que contigo, incluso cuando lo ha sido todo menos sencillo, siempre ha merecido la pena.

Bruno me miraba con esa intensidad suya que todavía me sigue descolocando un poco cuando no me la espero.

Le sonreí.

—No prometo no discutir contigo, porque eso sería poco creíble y bastante aburrido. Pero sí prometo elegirte incluso en los días en que me saques de quicio, que ya sabemos los dos que serán bastantes.

Esta vez la risa fue general.

Le tocó a él después.

Se aclaró la garganta como si fuera a ponerse demasiado formal, y yo me preparé mentalmente por si le daba por hablar como si estuviera en la oficina.

No hizo falta.

—Arai —dijo—, tú llegaste a mi vida como llegan casi todas las cosas importantes: en el peor momento posible y sin pedir permiso.

Las risas se oyeron otra vez, pero él no apartó la vista de mí.

—He hecho muchas cosas mal contigo. Algunas las arreglé tarde. Otras aún las sigo arreglando. Pero desde que estás a mi lado, incluso los días malos tienen algo que antes no tenían.

—¿Estrés? —murmuré.

Él sonrió.

—Sentido.

Se me apretó algo en el pecho.

—Prometo quererte bien —continuó—. No perfecto, porque no me sale. No sin errores, porque tampoco. Pero sí con verdad. Y prometo otra cosa más.

Lo miré.

—¿Qué?

—No volver a llevarte a un refugio de montaña sin cobertura en toda mi vida.

Se rio media playa. Yo también.

—Más te vale.

Nos casamos entre viento, arena y carcajadas. Y, sinceramente, sentí que no podía haber una forma mejor de empezar algo que llevaba años siendo importante, mucho antes del vestido y la firma.

Después vino la parte caótica, que es la única que de verdad encaja con nuestras familias.

Mi madre intentó reorganizar las mesas porque decía que la sombra estaba fatal repartida y aquello parecía una injusticia familiar. La tía de Yaiza quiso repetir unas fotos porque, al parecer, Antonio había salido demasiado favorecido para resultar creíble. Nicolás se ofreció a encargarse de la barra libre y todos supimos al instante que eso solo podía acabar mal. Y Bruno desapareció durante diez minutos, hasta que lo encontré en la orilla con Antonio, los pantalones remangados y cara de estar hablando de algo serio sin querer reconocerlo.

Me acerqué por la arena con la copa en la mano.

—¿Interrumpo un momento de hombre sensible?

Antonio me miró y sonrió de esa forma tranquila que aún hoy me sigue ablandando por dentro.

—Tu marido me estaba explicando que no piensa dejarte conducir de vuelta.

—Listo. Me divorcio ya mismo.

Bruno se giró hacia mí.

—Tú has brindado con mi amigo.

—Tu amigo ha brindado con media isla.

Nicolás, a lo lejos, levantó una copa como si nos hubiera oído.

Yaiza, sentada en una mesa con dos primas mías, lo observaba con una expresión que se parecía muchísimo a la de una persona que quiere estrangular a alguien y besarlo un poco al mismo tiempo.

Se lo dije a Bruno, y tanto él como Antonio miraron hacia allí.

—No puede ser —dijo Antonio.

—Claro que puede ser —respondí—. Otra cosa es que sobrevivan.

Bruno esbozó una sonrisa.

—Nicolás no está preparado para Yaiza.

—Eso llevo diciéndolo yo dos años —murmuré.

Nos quedamos un momento en silencio, mirando el mar. La música sonaba más atrás, la gente hablaba alto, había niños corriendo cerca de las sillas y mi padre estaba discutiendo con el fotógrafo sobre si una foto familiar de verdad podía hacerse sin que nadie entrecerrara los ojos.

Y entonces pasó, pero no fue nada grande ni aparatoso. Fue una tontería.

La servilleta que había dejado sobre mi silla, en la mesa principal, salió volando de pronto, aunque el aire llevaba un rato quieto, y fue a caer justo en el plato de Antonio.

Encima, como si fuera una orden. Antonio la cogió, la abrió por puro reflejo y se quedó mirándola.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me la tendió en silencio.

Había una única frase escrita en tinta azul. No sé cómo. No pienso discutirlo ya. A esas alturas de mi vida, sinceramente, tengo otras prioridades.

La letra era redonda, un poco inclinada a la derecha.

La había visto demasiadas veces en notas, listas de la compra y recetas pasadas a limpio.

«No pongas esa cara en la boda de tu hijo.»

Antonio soltó una risa tan sincera que me dieron ganas de llorar otra vez, pero no lloré, porque aquel día no era para eso. Bruno leyó la nota, levantó la vista al cielo y negó con la cabeza.

—Ni en mi boda me deja tranquilo.

—Te conoce bien —dije.

Antonio dobló la servilleta con un cuidado casi ridículo y se la guardó en el bolsillo interior de la americana.

—Pues menos mal.

Nos volvimos hacia la fiesta. Nicolás ya estaba en la pista, bailando con una convicción lamentable. Yaiza seguía negándose a entrar, lo cual significaba que tardaría menos de tres minutos en hacerlo. Mi madre había convencido a una prima de Bruno para descalzarse, mi padre tenía una cara extrañamente feliz y mi marido, porque todavía me hacía gracia pensarlo así, me miró como si quisiera saber si a mí todo aquello me parecía tan surrealista y bonito como a él.

La respuesta era sí. Muchísimo.

Le di la mano.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A impedir que Nicolás ligue sin supervisión.

Bruno apretó los labios.

—Eso sí que sería un milagro poco serio.

—Pues venga, marido. Tenemos trabajo.

Empezamos a caminar hacia la música y él tiró un poco de mí para frenarme un segundo.

—Arai.

—¿Qué?

Se inclinó y me besó con esa calma nueva que seguía dejándome sin sitio donde esconderme.

—Nada —dijo—. Solo quería comprobar que esto es de verdad.

Lo miré, negué con la cabeza y sonreí.

—Nada personal, señor Montalbán —murmuré—. Pero como vuelvas a dejar a Nicolás cerca de una barra libre, firmo la nulidad mañana mismo.

A Bruno se le escapó esa risa suya que siempre parecía medio contenida y medio provocación.

Y justo entonces, desde la pista, Yaiza le dio un codazo a Nicolás, él se llevó una mano al pecho como si lo hubieran abatido en combate, y Antonio, a mi lado, soltó una carcajada tan fuerte que medio mundo se giró a mirarlo.

Yo levanté mi copa.

—Mira —le dije a Bruno—. Al final va a ser verdad que los muertos arreglan cosas, pero los vivos las rematan bastante peor.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer
